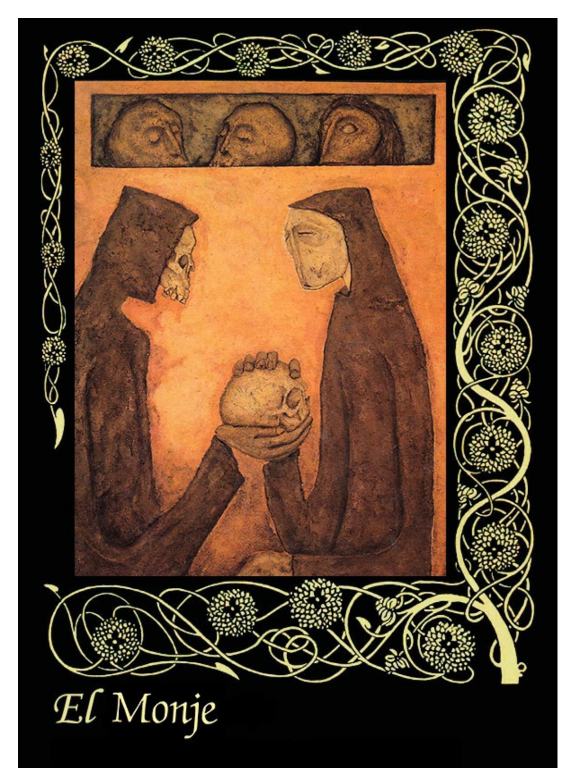

EL
MONJE
Matthew G. Lewis



El Monje

MATTHEW G. LEWIS

Ambrosio es un monje al que todo el mundo en Madrid venera. Él se siente muy a gusto con un compañero llamado Rosario, pero éste tiene un secreto que, una vez confiese, hará que la vida de Ambrosio tome un giro de 180º. Y no sin razón, porque a partir de ese momento Ambrosio conocerá aquello que su vida dedicada a la religión no le permitió conocer: el gozo sexual y la brujería. Paralelamente el joven conde Raimundo le cuenta a su amigo Lorenzo de Medina que es el enamorado de su hermana, Inés de Medina, entregada a la religión para convertirse en monja. Al mismo tiempo la joven Antonia, de belleza sin igual, es la mujer que adoran dos hombres, uno que no tiene derecho por el oficio que profesa, y Lorenzo de Medina.

Todas estas historias principales (y otras secundarias pero no menos importantes y alucinantes) confluyen en una en la que los protagonistas se relacionan íntimamente. Vivirán aventuras, sacrificios, tormentos, experiencias paranormales y conocerán la gran mentira de la religión más rígida.

Matthew G. Lewis

El monje

ePub r1.6
Titivillus 08.03.17

Introducción

Hay tres aproximaciones a la persona y la obra de Matthew G. Lewis que merece la pena retener: *The Life and Correspondence of M.G. Lewis* (dos tomos), Henry Colburn, 1839; Montague Summers, *The Gothic Quest. A History of the gothic Novel,* The Fortune Press, Londres, 1938 (págs. 202-308); y André Parreaux, *The Publication of* The Monk. *A Literary Event (1796-1798),* Librairie Marcel Didier, París 1960. Existen otras fuentes también; los mismos ensayos de Summers y Parreaux incluyen un extenso catálogo de publicaciones sobre el tema; sin embargo, estas tres obras aportan datos más que suficientes para conocer a fondo a Lewis, sus defensores, sus enemigos, el ambiente social, intelectual y político de su tiempo, el escándalo descomunal que provocó su libro, etc. De ellas extraigo las siguientes notas a modo de introducción.

UN AUTOR JOVEN

Matthew Gregory Lewis nació en Londres, en 1775. Tenía diecisiete años cuando su padre, Subsecretario de Guerra y Miembro del Gabinete, decidió mandarlo a Weimar a fin de que estudiase allí la lengua alemana, dado que la consideraba indispensable para la carrera diplomática que proyectaba para él. De modo que en julio de 1792, el joven Matthew emprende el fatigoso viaje, con cartas de presentación para el embajador inglés en esa pequeña ciudad. Weimar se encuentra en un momento de gran esplendor cultural: aquí residen Goethe, Schiller, Herder, Wieland, etc., y por aquí pasan numerosas figuras del arte y de la escena. Esta atmósfera de efervescencia romántica impresiona hondamente a nuestro escritor en ciernes, que desde el primer instante se entrega con entusiasmo al estudio del alemán. Ahora tiene ocasión de leer *Werther* —obra que ya conocía traducida— en su lengua original; pero sobre todo, se sumerge en un género de lectura por el que siente especial fascinación: el que, en prosa o en verso, desarrolla un clima de misterio y terror. Sin duda lee entonces *Die Teufelbeschwörung* —que muy poco después aparecerá en Inglaterra como *The Sorcerer*—, de Veit Weber; *Der Genie, oder Memorien des Marquis de* G. —publicado en inglés en 1796, el mismo año que *El Monje*, con el título de *Horrid Mysteries*—, e infinidad de leyendas y baladas, de las que tradujo bastantes. Este

interés por lo fantástico y lo espectral no es nuevo en él: a muy tierna edad había dado ya muestras de una imaginación nada común; imaginación que se había visto estimulada por el escenario sombrío y espectral en el que había transcurrido su niñez (una antigua mansión con habitaciones cerradas « porque había fantasmas» y aposentos donde no se le permitía entrar después de oscurecer) y, en opinión de algunos, por las sobrecogedoras ilustraciones que solía contemplar en un libro favorito de su madre: el *Sadducismus Triumphatus*, de Joseph Glanville (Montague Summers comenta brevemente estas ilustraciones; A. Parreaux, sin embargo, pone en duda la exactitud de este detalle).

De regreso a Inglaterra, su entusiasmo y su conocimiento de primera mano del movimiento romántico alemán contribuirán en buena medida a trasvasar elementos del *Sturm und Drang* a la literatura inglesa, como reconocen Shelley, Byron y Walter Scott.

En febrero de 1793, Matthew Lewis se encuentra de nuevo en Londres. Un año después, su padre le consigue un puesto de agregado en la Embajada Británica de La Haya, adonde se traslada en mayo de 1794. El mes anterior había aparecido una nueva novela de Ann Radcliffe, *Los misterios de Udolfo*, y el joven Matthew aprovecha el viaje para leerla. Una vez instalado en la aburrida La Haya, y animado por la lectura de este mamotreto, intenta reanudar un relato que había empezado a escribir en Weimar, « al estilo de *El castillo de Otranto*» , el cual se había atascado en un moribundo que llevaba medio volumen hablando sin parar. No puede con el moribundo; así que renuncia a seguir por ese camino, y decide comenzar otra cosa. El resultado fue *El monje*. Y el 23 de septiembre escribe a su madre una carta en la que se muestra rebosante de satisfacción por este *tour de force:* « ¿Qué te parece?, en diez semanas he escrito una novela de unas trescientas o cuatrocientas páginas en octavo…» A las pocas semanas, su padre le hace volver a Inglaterra, y ese mismo año pasa las Navidades en Londres.

UN LIBRO ASOMBROSO

El monje se publica, anónimamente, en marzo de 1796. Su éxito es tal que se reimprime al mes siguiente, y en octubre de ese mismo año sale la segunda edición. En esta ocasión, dada la excelente acogida que le han dispensado la crítica y el público, el autor decide poner su nombre en la portada: « M.G. Lewis, MP» ; porque desde hace algún tiempo ocupa un cargo en el Parlamento.

Es un libro que deja sorprendidos a sus lectores. En cierto modo, está en la línea de lo que escribe Ann Radcliffe. Pero sólo en cierto modo; porque, a poco que se preste atención, saltan a la vista diferencias fundamentales. En primer lugar, es más tenebroso; su autor no concede, como la señora Radcliffe,

explicaciones naturales que disipen las sombras y devuelvan el sosiego al lector. En segundo lugar, es un libro atrevido, por el desenfado y la ligereza con que trata dos de los valores que la buena sociedad inglesa tiene por sacrosantos: la moral y la religión.

En una palabra, es un libro terrible; muy poco anglosajón sin duda alguna, de gusto más bien alemán.

Pero a partir de la segunda edición se sabe ya quién es el autor; así que, pese a los elogios de alguna revista y a la amplia difusión que el libro alcanza en poco tiempo, empiezan a lloverle acusaciones, y no sabemos qué le perdonan menos a Matthew Lewis sus enemigos, si su desenvoltura, su condición de político… o su juventud.

UN LIBRO CORROMPIDO

Las primeras voces que truenan contra el libro lo hacen, en nombre de la decencia y el decoro, para advertir al lector de los peligros que encierran sus páginas. *The Critical Review* considera a su autor dotado de una especie de brutalidad; *The Soots Magazine* subraya la mala influencia que este tipo de obras puede ejercer en los lectores, y *The Monthly Magazine* lo tacha lisa y llanamente de obsceno. Coleridge elogia la fuerza imaginativa que revela en determinados pasajes, pero añade a continuación que la obra destila un veneno moral que los aciertos literarios no hacen sino agravar; ejemplo: la minuciosidad libidinosa con que describe las tentaciones de Ambrosio.

Es decir que, en un primer ataque, los « patriotas defensores de la moral, la religión y los sanos principios literarios y políticos» —como condecora *The British Critic* a Thomas James Mathias, el enemigo más encarnizado que tuvo *El monje* en su tiempo, al aplaudir sus invectivas—, condenan el libro por libertino, por indecente, por desvergonzado, y porque parece notarse en él un cierto tufo a ateísmo… diríamos que casi revolucionario. Y lo condenan con tanta más virulencia cuanto que sienten estremecerse los puntales que sustentan la educación de sus jóvenes.

UN LIBRO BLASFEMO

Pero he aquí que un periódico dublinés publica una reseña —una carta firmada con seudónimo— comentando *El monje*, en la que además de condenar el talante inmoral de la obra, censura la forma irrespetuosa con que es tratada la Biblia. Se refiere concretamente a la conocida reflexión (Libro Segundo, capítulo IV de la presente edición) que Ambrosio se hace al descubrir que Antonia, toda pureza y candor a sus quince años, está leyendo la Biblia. « ¡Cómo! —se dijo el

fraile— ¿Antonia lee la Biblia, y todavía sigue siendo tan ignorante?» Su extrañeza, nos dice el autor, se debe a que en la Biblia las cosas se dicen crudamente y sin rodeos, al extremo de que « los anales de un burdel no podrían proporcionar mayor selección de expresiones indecentes» .

El tono de la citada carta o reseña es más bien sarcástico. Coleridge, sin embargo, recoge la alusión y la repite con voz claramente irritada: « No es imposible que una mente —por supuesto, se refiere a Matthew Lewis— se encuentre tan profundamente encenagada por el hábito de leer relatos salaces y voluptuosos al punto de utilizar la misma Biblia para invocar el espíritu de la impureza» . Y en otro momento añade: « ¿Será posible que el autor de estas blasfemias…?»

Da la impresión de que Coleridge emplea el término *blasfemia* impremeditadamete, como una explosión de indignación. Pero los adversarios de Matthew Lewis —en especial T.J. Mathias— se dan cuenta de las implicaciones de este término, y tratan de sacar el mayor partido. La blasfemia estaba perseguida por la ley, y era reprimida con multa, la cárcel o el rollo.

Escudado en el anonimato, Thomas James Mathias venía publicando, en forma de diálogos, un poema satírico titulado *Pursuits of Literature,* con muchas más notas que verso. Medio siglo después dirá Thomas de Quincey que es un mosaico de pedanterías y rencores como no ha habido otro en la historia de las letras.

Pues bien, el cuarto diálogo de *Pursuits of Literature* aparece en 1797; y en él, el solapado Mathias ataca por primera vez a Matthew Lewis. Y lo hace con toda la brutalidad y malevolencia de que es capaz, tachándolo de monstruo de la corrupción y personaje sin escrúpulos empeñado en socavar la moral y la religión de Inglaterra. En cuanto al libro, lo considera una obra plagada de obscenidades. « No sé cómo puede el autor reparar este atentado a la decencia pública, más que retirando el libro de la circulación; o podría suprimir los pasajes indecentes y blasfemos en una nueva edición» .

Pero posteriormente, en una reedición del poema, T.J. Mathias cambia de estrategia: deja a un lado las andanadas sobre la inmoralidad, y abre otro flanco de ataque: ahora acusa a Matthew Lewis del delito de blasfemia: « A los pasajes obscenos, el Sr. Lewis ha añadido la BLASFEMIA CONTRA LAS SAGRADAS ESCRITURAS» (las mayúsculas son suyas); e invita al Fiscal General a procesarlo, como se ha hecho en otros casos que se toma la molestia en buscar y aducir.

Con este clamor continuo y toda esta persecución, Mathias logra aglutinar una opinión de ciudadanos y publicaciones en contra de la novela; sin embargo, aunque « una de las sociedades para la supresión del vicio» existentes entonces en Inglaterra intenta llevar a Matthew Lewis ante los tribunales, no logra tener éxito; entre otras cosas, porque Matthew Lewis —en un esfuerzo por acallar el

escándalo, o quizá por respeto a la posición de su padre—, había hecho lo que el propio Mathias había pedido en 1797. En efecto, en 1798 había publicado la cuarta edición de *El monje* «con considerables adiciones y alteraciones». Concretamente, había suprimido palabras, expresiones, párrafos y páginas enteras. Pero de esto, T.J. Mathias nunca quiso darse por enterado, y siguió acosándolo con un empeño que a Walter Scott le resultó siempre sospechoso. («La pertinacia con que se insistía en los pasajes juzgados condenables —escribe 23 años más tarde— parecía avalar la creencia de que se pretendía algo más que corregir los errores del autor»).

El resultado de esta campaña fue, lógicamente, el que T.J. Mathias menos deseaba: *El monje* se convirtió en una novela inmensamente popular. Entre 1796 y 1800 salieron cinco ediciones. En Dublín, publicada en dos tomos, se hicieron dos ediciones, una en 1796 y otra en 1797. En Alemania se publica en 1797-8. En Francia (1797) aparece en cuatro tomos con el título *Le Jacobin espagnol, ou Histoire du moine Ambrosio et de la belle Antonia, sa soeur*. En España aparece en 1822; aquí se titula *El Fraile, o historia del padre Ambrosio y de la bella Antonia,* no hace falta decir que la traducción se hace del francés.

El número de los que defendieron la novela fue bastante reducido —de hecho, la única revista que la elogió sin reservas fue *The Monthly Mirror*—, el número de los que la leyeron, en cambio, fue verdaderamente enorme.

El relato —aun reconociendo que tiene puntos flojos y partes mal ensambladas, o mal encoladas— es un relato de trazo rápido y vigoroso, con unas puestas en escena coloristas, sorprendentemente vivas, incluso palpitantes. Uno tiene la sensación de que nota el olor de la gente que se apretuja en la iglesia, de que percibe el aire electrizado cuando Ambrosio se encierra en su celda o visita a la madre de Antonia. Parece como si Matthew Lewis hubiera vivido toda su vida en España y se hubiera estado paseando por las calles de Madrid. Y sobre todo, sorprende lo perfectamente dosificado que está el proceso de la tentación de Ambrosio, su degeneración progresiva y su hundimiento irremisible en lo que su propia conciencia concibe como la más negra de las abominaciones. Ahí, la novela funciona como la maquinaria de un reloj. Es lo que hace que el lector no pueda soltar el libro.

Por último, sólo resta decir que la presente traducción se ha hecho de la edición de Oxford University Press, de 1977, preparada por Howard Anderson.

Francisco Torres Oliver

Somnia, terrores mágicos, miracula, fagas,
Nocturnos lemures. Portentaque.

HORACIO

Prefacio

IMITACIÓN DE HORACIO

EPÍSTOLA 20. LIBRO I

Creo, oh vano, mal pensado libro,
Verte lanzar una mirada deseosa,
Donde hay reputaciones ganadas y perdidas
En sarta famosa que llaman el Rosario.
Irritado al ver tu precioso óleo
Sepulto en inexplorado cajón,
Desprecias a la prudente llave y cerradura,
Y, encuadernado y dorado, ansias ver
Tu volumen en el escaparate
De Stockdale, de Hookham o de Dehrett.

Ve, pues, traspón el peligroso límite
De donde ningún libro retorna.
Cuando te veas condenado, despreciado,
Blanco del odio, la crítica y la condena,
Y maltratado por aquellos que te lean
(Si por ventura te leen)
Ya suspirarás pesaroso
Por mí, por el reposo y la quietud.

Asumo, pues, el oficio del augur
Y así profetizo tu fortuna:
Cuando hayas perdido tu novedad,
Y no seas ni joven ni reciente,
En algún rincón oscuro y polvoriento,
Mohoso, perdido entre telarañas,
Servirás de festín a las polillas,
O tal vez vayas a dar a la cerería,
Y, condenado a sufrir público escándalo,

¡Forrarás el baúl o envolverás la vela!

Pero ojalá encuentres aprobación
Y alguien se sienta inclinado
A preguntar, por natural mudanza,
Sobre mí y mi condición;
Que sepa, pues, el que pregunta
Que no soy rico ni pobre;
Soy de fuertes impulsos y pasiones
De cuerpo pequeño y desgarbado;
Aceptado de pocos y de pocos aceptador,
Extremado en el odio y el amor.

Detesto al que me desagrada,
Y adoro al que se me antoja;
Precipitado en el juzgar,
Y errado de juicio casi siempre;
Firme en la amistad, aunque supongo
A los otros falaces y engañosos.
Y considero que en el tiempo presente
El término amistad sólo es quimera:
No hay criatura más apasionada,
Orgullosa, terca e implacable;
Pero dispuesto, por alguien bondadoso,
A dar alma y vida enteras.

Así, si a tus páginas preguntan,
La edad del que esto escribe
Tus faltas, sin duda, mostrarán
Que acabo de ver pasar los veinte,
Amable lector, doy mi palabra,
Cuando ocupa el Tercer Jorge el trono de Inglaterra
Y ahora, sigue tu curso venturoso:
¡Ve, mi bien! ¡Amado Libro, adiós!

M.G.L.
La Haya
28 de octubre de 1794

Advertencia

La primera idea de esta novela la sugirió la historia del Santon Barsisa, relatada en *The Guardian*. La Monja Sangrienta es una tradición que todavía circula en muchas regiones de Alemania; y me han dicho que las ruinas del castillo de Lauenstein, donde se supone que vaga ella, pueden verse en los confines de Turingia. De la tercera a la duodécima estrofa de *El Rey de las Aguas*, se encuentran en una colección de poesía española antigua, la cual contiene también la popular canción de *Gayferos y Melisandra*, mencionada en el *Quijote*. Hago, pues, plena confesión de todos los plagios que he hecho a sabiendas; pero no dudo que se encontrarán muchos otros, de los que en este momento no tengo conciencia en absoluto.

VOLUMEN PRIMERO

Capítulo primero

—Lord Angelo is precise;
Stands at a guard with envy;
Scarce confesses That his blood flows, or that his appetite
Is more to bread than stone.

SHAKESPEARE, Medida por medida

Apenas llevaba sonando la campana del convento cinco minutos, y ya se encontraba la iglesia de los capuchinos abarrotada de oyentes. No creáis que la multitud acudía movida por la devoción o el deseo de instruirse. A muy pocos les impulsaban tales motivos; en una ciudad como Madrid, donde reina la superstición con tan despótica pujanza, buscar la devoción sincera habría sido empresa vana. El público congregado en la iglesia capuchina acudía por causas diversas, todas ellas ajenas al motivo ostensible. Las mujeres venían a exhibirse, y los hombres a ver a las mujeres; a algunos les atraía la curiosidad de escuchar a un orador afamado; a otros el no tener otro medio de matar el tiempo hasta que empezase el teatro; a otros, el habérseles asegurado que era imposible encontrar sitio en la iglesia; y la mitad de Madrid acudía allí esperando encontrarse con la otra mitad. Las únicas personas verdaderamente deseosas de oír al predicador eran unas cuantas viejas beatas y media docena de oradores rivales, dispuestos a encontrar defectos y a ridiculizar el discurso. En cuanto al resto del auditorio, de haberse suprimido totalmente el sermón, nadie se habría sentido defraudado, y muy probablemente ni habrían notado la omisión.

Fuera como fuese, lo cierto es que la iglesia capuchina jamás se había visto con una asistencia tan numerosa. Estaban llenos todos los rincones y ocupados todos los asientos. Incluso las imágenes que adornaban las largas naves habían sido utilizadas. Los chicos se habían encaramado en las alas de los querubines; San Francisco y San Marcos cargaban un espectador sobre los hombros; y Santa Águeda se vio en la necesidad de llevar dos. El resultado fue que, a pesar de toda su diligencia y premura, nuestras dos recién llegadas miraron inútilmente, al entrar en la iglesia, buscando algún sitio vacío.

Con todo, la más vieja siguió avanzando. En vano se elevaban de todas partes exclamaciones contra ella; en vano se le decía: «Os aseguro, señora, que aquí no hay sitio». «¡Por favor, señora, no me empujéis de manera tan desconsiderada!». «¡Señora, no podéis pasar por aquí! ¡Válgame Dios! ¡Qué

pesada es la gente!» ; la vieja, testaruda, seguía adelante. A fuerza de persistencia y de brazos robustos, se abrió paso a través de la multitud y logró hacerse sitio en el mismo centro de la iglesia, a no mucha distancia del púlpito. Su acompañante la había seguido con timidez y en silencio, al amparo de los esfuerzos de su guía.

—¡Virgen Santa! —exclamó la vieja en tono de contrariedad, mientras lanzaba una mirada interrogativa a su alrededor—. ¡Virgen Santa! ¡Qué calor! ¡Qué gentío! Me pregunto a qué se deberá todo esto. Creo que debemos regresar: no hay ni una silla, y no parece que haya ninguna persona amable dispuesta a cedernos la suya.

Esta descarada indirecta atrajo la atención de dos caballeros que ocupaban sendos taburetes a la derecha y apoyaban la espalda contra la séptima columna a partir del púlpito. Los dos eran jóvenes e iban ricamente vestidos. Al oír esta apelación a su cortesía hecha por una voz femenina, interrumpieron su conversación para mirar a la que había hablado. Esta se había apartado el velo para otear mejor en torno suyo. Tenía el pelo rojizo y era bizca. Los caballeros se volvieron otra vez y reanudaron la charla.

—¡Por favor! —exclamó la compañera de la vieja—; ¡por favor, Leonela, regresemos a casa inmediatamente; hace demasiado calor, y me horroriza tanta gente!

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono de inmensa dulzura. Los caballeros interrumpieron de nuevo su charla, pero esta vez no se contentaron con mirar: se enderezaron ostensiblemente en sus asientos y se volvieron hacia la que había hablado.

La voz provenía de una dama cuya figura delicada y elegante inspiró a los jóvenes la más viva curiosidad por ver qué rostro tenía. No pudieron satisfacerla. Un tupido velo ocultaba su semblante. Pero la pugna con la muchedumbre se lo había ladeado lo bastante como para dejar al descubierto un cuello que por su simetría y belleza podía rivalizar con el de la Venus de Médicis. Era de la más deslumbrante blancura, realzada por el encanto adicional de las ondas de largo y rubio cabello que descendía sinuoso hasta la cintura. De estatura más bien por debajo de la media, su figura era grácil y etérea como la de una ninfa. Tenía el pecho cuidadosamente velado. Su vestido era blanco, sujeto por un ceñidor azul, y permitía asomar un piececillo de las más delicadas proporciones. Un rosario de gruesas cuentas colgaba de su brazo, y ocultaba su rostro bajo un velo de tupido y negro cendal. Tal era la dama, a quien el más joven de los caballeros ofreció al punto su asiento, mientras el otro creyó necesario brindar la misma atención a la acompañante.

La vieja dama, con grandes muestras de gratitud, pero sin ningún embarazo, aceptó el ofrecimiento y se sentó; la joven siguió su ejemplo, aunque sin otro cumplido que una sencilla y graciosa reverencia. Don Lorenzo (que así se llamaba el caballero cuyo asiento había aceptado ella) se colocó a su lado; pero

antes susurró unas palabras a su amigo al oído, quien inmediatamente captó la intención y se dispuso a distraer la atención de la vieja de su hermosa custodia.

—Sin duda hace poco que habéis llegado a Madrid —dijo Lorenzo a su bella vecina—; es imposible que tales prendas hayan pasado inadvertidas tanto tiempo; y de no ser esta vuestra primera aparición en público, la envidia de las mujeres y la adoración de los hombres os habrían hecho ya suficientemente notable.

Guardó silencio esperando una respuesta. Como sus palabras no la requerían, la dama no despegó los labios. Tras unos momentos, reanudó su discurso:

—¿Me equivoco al suponer que no sois de Madrid?

La dama vaciló; finalmente, en una voz tan queda que apenas era audible, consiguió decir:

—No, señor.

—¿Pensáis quedaros bastante tiempo?

—Sí, señor.

—Me consideraría afortunado si pudiese contribuir a hacer agradable vuestra estancia. Soy muy conocido en Madrid, y mi familia posee cierta influencia en la corte. Si puedo seros de algún servicio, no podríais honrarme ni complacerme más que permitiéndome serviros.

«Sin duda —se dijo para sus adentros—, no podrá ya contestarme con un monosílabo; ahora tendrá que decir algo».

Lorenzo se equivocó, pues la dama contestó tan sólo con un asentimiento de cabeza.

Hasta ahora, había descubierto que su vecina no era muy comunicativa; pero no sabía si su mutismo se debía a orgullo, discreción, timidez o estupidez.

Tras una pausa de unos minutos, dijo:

—Sin duda se debe a que sois forastera, y no estáis familiarizada con nuestras costumbres, el que sigáis llevando ese velo. Permitidme que os lo retire.

Al mismo tiempo, avanzó la mano hacia el velo: la dama alzó la suya para impedírselo.

—Nunca me quito el velo en público, señor.

—¿Qué mal hay en ello, dime? —terció su acompañante con cierta aspereza—; ¿no ves que las otras damas se han quitado todas el velo, sin duda para honrar el santo lugar en el que estamos? ¡Yo me he quitado ya el mío; y si expongo mi rostro a la observación general, no tienes motivo tú para sentirte tan prodigiosamente alarmada! ¡Virgen María! ¡Cuánto embarazo y tribulación por una carita! ¡Vamos, vamos, criatura! Descúbrela; te aseguro que nadie te la robará.

—Querida tía, esa no es la costumbre en Murcia.

—¡En Murcia, no! ¡Santa Bárbara bendita! ¿Pero eso qué significa? No haces más que recordarme esa detestable provincia. Lo único que nos importa es si es costumbre en Madrid, así que es mi deseo que te quites el velo inmediatamente.

Obedéceme al punto, Antonia, pues sabes que no soporto que me contradigan.

La sobrina se quedó callada, pero no opuso resistencia a los esfuerzos de don Lorenzo, quien alentado por la sanción de la tía se apresuró a retirarle el velo. ¡Qué cabeza de serafín se ofreció a su admiración! Más que hermosa era arrobadora; su encanto residía no tanto en la perfección de sus rasgos como en la dulzura y sensibilidad de su gesto. Consideradas las diversas facciones por separado, distaban mucho de ser hermosas; pero contempladas en su conjunto, eran adorables. Su piel, aunque blanca, no estaba enteramente limpia de pecas, sus ojos no eran muy grandes, ni sus pestañas especialmente largas. Pero sus labios eran de la más sonrosada frescura, su cabello rubio y ondulante, sujeto con una simple cinta, descendía hasta más abajo de su talle con gran profusión de rizos; su cuello era lleno y hermoso en extremo; sus manos y brazos estaban formados con la más perfecta simetría; sus tiernos ojos tenían la dulzura de los cielos, y el cristal con que se movían centelleaba con todo el esplendor de los diamantes. Parecía tener escasamente quince años; una sonrisa traviesa, jugando en su boca, delataba una vivacidad que el exceso de timidez reprimía de momento. Miró a su alrededor con ojos vergonzosos, y al encontrarse accidentalmente con los de Lorenzo, los bajó en seguida ruborizada y empezó a desgranar sus cuentas, si bien su actitud mostraba evidentemente que no sabía lo que se hacía.

Lorenzo la contempló con una mezcla de sorpresa y admiración; pero la tía consideró oportuno excusar la *mauvaise honte* de Antonia.

—Es una niña —dijo— que ignora totalmente el mundo. Se ha criado en un viejo castillo de Murcia, sin otra compañía que la de su madre, la cual, ¡Dios la perdone!, no tiene otro juicio que el necesario para llevarse la sopa a la boca. Sin embargo, es mi propia hermana, de padre y madre.

—¿Tan poco juicio tiene? —dijo don Cristóbal con fingido asombro—; ¡qué extraordinario!

—Muy cierto, señor, ¿verdad que es extraño? Sin embargo, así es; ¡y mirad la suerte de algunas personas! A un joven noble, de condición muy principal, se le antojó que Elvira no carecía de cierta belleza: bueno, *pretensiones*, ha tenido bastantes; ¡pero belleza…! ¡Ojalá me hubiese tomado yo la mitad de sus trabajos en acicalarme…! Pero esto no tiene nada que ver. Como iba diciendo, señor, un joven noble se prendó y se casó con ella sin que lo supiese su padre. Mantuvieron su unión en secreto casi tres años, hasta que llegó a oídos del marqués, a quien, como ya podéis suponer, no agradó mucho la noticia. Partió a toda prisa para Córdoba, decidido a coger a Elvira y mandarla a algún lejano lugar, de forma que no se supiese de ella nunca más. ¡San Pablo bendito! ¡Cómo se enfureció al encontrarse con que había escapado con su esposo, y que habían embarcado los dos para las Indias! Nos maldijo a todos como si estuviera poseído por el demonio; arrojó a mi padre, el zapatero más honrado y trabajador de toda

Córdoba, al calabozo; y al marcharse, tuvo la crueldad de quitarnos el niño de mi hermana, de apenas dos años entonces, al que se había visto ella obligada a dejar con la precipitación de la huida. La desventurada criaturita debió de recibir de él un trato despiadado, pues unos meses después recibimos la noticia de su muerte.

—¡Válgame Dios, qué viejo más terrible, señora!

—¡Oh, espantoso! ¡Y además totalmente carente de gusto! ¿Creeréis, señor, que cuando intenté apaciguarle me llamó bruja, y deseó que, para castigar al conde, se volviese mi hermana tan fea como yo? ¡Fea! ¿Os dais cuenta?

—¡Ridículo! —exclamó don Cristóbal—. Evidentemente, el conde se habría considerado afortunado de haber podido cambiar una hermana por la otra.

—¡Oh, Jesús! Señor, sois demasiado galante. Sin embargo, me alegro de que el conde pensara de otro modo. ¡Con lo mal que lo ha debido de pasar la pobre Elvira! ¡Después de pelear y sudar en las Indias durante trece largos años, muere su esposo y regresa a España sin una casa que le dé cobijo, ni dinero para procurárselo! Antonia era entonces muy pequeñita, y la única hijita que le quedaba. Se encontró con que su suegro se había vuelto a casar, que seguía irreconciliable con el conde, y que su segunda esposa le había dado un hijo, del cual se dice que es un joven muy gallardo. El viejo marqués se negó a ver a mi hermana y a su hijita, pero le envió su palabra de que, a condición de no oír hablar de ella nunca más, le asignaría una modesta pensión y podría vivir en un viejo castillo que poseía en Murcia, y allí ha permanecido hasta hace un mes.

—¿Y qué la trae ahora a Madrid? —inquirió don Lorenzo, a quien la admiración por la joven Antonia le inspiraba un vivo interés por la historia de la vieja charlatana.

—¡Ay, señor!; al morir su suegro recientemente, el administrador de sus propiedades murcianas se ha negado a seguir pasándole la pensión. Ahora ha venido a Madrid con el propósito de suplicarle a su hijo que se la renueve. ¡Pero creo que podía haberse ahorrado la molestia! Los jóvenes nobles tienen siempre demasiadas cosas que hacer con su dinero, y no están dispuestos muy a menudo a sacrificarlo a las viejas. Yo aconsejé a mi hermana que enviase a Antonia con su petición; pero no ha querido hacerme caso. ¡La muy terca! ¡Bueno! Ya sentirá no haber seguido mi consejo: la niña tiene una carita preciosa, y podía haber conseguido mucho más.

—¡Ah, señora! —interrumpió don Cristóbal simulando un aire apasionado—; si lo que conviene es una cara bonita, ¿por qué no ha recurrido a vos vuestra hermana?

—¡Oh! ¡Jesús! ¡Mi señor, os juro que me abrumáis con vuestra galantería! ¡Pero os aseguro que sé muy bien el peligro de tales misiones para ponerme a merced de un joven noble! No, no; hasta ahora he conservado mi reputación sin tacha ni reproche, y siempre he sabido mantener a distancia a los hombres.

—De eso, señora, no tengo la menor duda. Pero permitidme una pregunta:

¿es que tenéis aversión al matrimonio?

—Esa es una pregunta muy atinada. No puedo por menos de confesar que si se presentase un amable caballero…

Aquí intentó lanzar a don Cristóbal una mirada tierna y significativa; pero dado que bizqueaba de la manera más abominable, la mirada cayó sobre su compañero: Lorenzo creyó que el cumplido iba dirigido a él, y respondió con una profunda reverencia.

—¿Puedo preguntar —dijo— el nombre de ese marqués?

—Es el marqués de las Cisternas.

—Le conozco bastante. No está en este momento en Madrid, pero se le espera de un día para otro. Es uno de los hombres más buenos; y si la encantadora Antonia me da permiso para ser su abogado ante él, no dudo que podré presentarle un informe favorable de su causa.

Antonia alzó sus ojos azules, y agradeció el ofrecimiento con una sonrisa inefable de dulzura. La satisfacción de Leonela fue mucho más sonora y audible: en efecto, mientras su sobrina se mostraba callada en compañía, ella se consideraba en la obligación de hablar por las dos; cosa que hacía sin dificultad, ya que raramente se quedaba sin palabras.

—¡Oh, señor! —exclamó—. ¡Toda nuestra familia quedará en la mayor deuda con vos! Acepto vuestro ofrecimiento con toda mi gratitud, y os doy mil gracias por la generosidad de vuestra proposición. Antonia, ¿por qué no dices nada, criatura? ¡Mientras este caballero dice toda clase de cosas amables, tú sigues callada como una estatua, sin una palabra de agradecimiento, buena, mala o indiferente!

—Mi querida tía, comprendo muy bien que…

—¡Vaya, sobrina! ¿Cuántas veces te he dicho que no debes interrumpir a una persona cuando está hablando? ¿Son estos los modales de Murcia? ¡Válgame Dios! Jamás podré hacer de esta niña una persona bien educada. Pero os lo ruego, señor —prosiguió, dirigiéndose a don Cristóbal—, decidme, ¿por qué se ha congregado hoy tanta gente en esta catedral?

—¿Es posible que ignoréis que Ambrosio, abad de este monasterio, pronuncia un sermón en esta iglesia todos los jueves? Todo Madrid pregona sus alabanzas. Hasta ahora sólo ha predicado tres veces; pero todos los que le han oído se sienten tan embargados por su elocuencia, que es tan difícil coger sitio en la iglesia como en la primera representación de una comedia. Desde luego, su fama debería haber llegado a oídos vuestros…

—¡Ay! Señor, hasta ayer, no tuve la suerte de ver Madrid; y en Córdoba estamos tan poco informados de lo que ocurre en el resto del mundo, que el nombre de Ambrosio jamás se ha mencionado allí.

—Pues en Madrid lo encontraréis en boca de todos. Parece tener fascinados a todos sus habitantes, y aunque yo mismo no he asistido a sus sermones, me

asombra el entusiasmo que ha despertado. La adoración que le tributan los jóvenes y los viejos, los hombres y las mujeres, es sin igual. Los grandes le colman de regalos; sus esposas se niegan a tener otro confesor, y en toda la ciudad se le conoce con el nombre de « Hombre santo» .

—Sin duda, señor, será de noble origen…

—Esa cuestión aún permanece confusa. El difunto superior de los capuchinos le encontró en la puerta de la abadía cuando era aún muy pequeño. Todos los intentos por descubrir quién le había dejado allí resultaron infructuosos, y el propio niño fue incapaz de informar sobre sus padres. Se educó en el monasterio, donde ha residido desde entonces. Muy pronto manifestó una fuerte inclinación por el estudio y el recogimiento, y tan pronto como alcanzó la edad pronunció los votos. Nadie ha venido a reclamarle, ni a disipar el misterio que envuelve su nacimiento; y los monjes, conscientes del favor que reporta a su institución el respeto hacia él, no han dudado en proclamar que es un regalo que les ha enviado la Virgen. En verdad, la singular austeridad de su vida da cierto fundamento a la historia. Ahora tiene treinta años y cada hora de su vida la ha pasado en estudio, completo aislamiento y mortificación de la carne. Hasta hace tres semanas, en que fue elegido superior de la comunidad a la que pertenece, nunca había traspasado los muros de la abadía: incluso ahora no los traspone más que los jueves, para pronunciar su sermón en esta catedral, a la que Madrid entero acude a escucharle. Dicen que su sabiduría es de lo más profunda, y su elocuencia de lo más persuasiva. En el curso de toda su vida, jamás ha infringido una sola regla de su orden, ni se ha descubierto la más leve mancha en su persona; y se dice que es tan estricto observador de la castidad que desconoce en qué consiste la diferencia entre el hombre y la mujer. Así que las gentes le tienen por un santo.

—¿Un santo por eso? —preguntó Antonia—. ¡Válgame Dios! Entonces, ¿lo soy yo también?

—¡Santa Bárbara bendita! —exclamó Leonela—. ¡Qué pregunta! ¡Calla, criatura, calla! Esos temas no son apropiados para las jóvenes. Sería como pretender que no recuerdas que en el mundo existen los hombres, e imaginar que todos son del mismo sexo que tú. Prefiero que des a entender a las personas que sabes que un hombre no tiene pechos, ni caderas, ni…

Afortunadamente para la ignorancia de Antonia, que la conferencia de su tía habría tardado muy poco en disipar, un murmullo general en la iglesia anunció la llegada del predicador. Doña Leonela se levantó de su asiento para verle mejor, y Antonia siguió su ejemplo.

Era un hombre de noble ademán y presencia imponente. Era de estatura elevada, y tenía las facciones singularmente hermosas. Tenía la nariz aguileña; los ojos grandes, negros y centelleantes, y las cejas oscuras y casi juntas. Su tez era morena, aunque el estudio y la vigilia habían privado a sus mejillas enteramente de color. En su frente tersa y sin arrugas imperaba la serenidad; y el

contento que denotaba cada rasgo parecía revelar a un hombre igualmente ajeno a las tribulaciones y a los crímenes. Saludó con humildad al auditorio: sin embargo, había cierta severidad en su mirada y continente que inspiraba un temor universal, y pocos se atrevieron a sostener la mirada inflamada y penetrante de sus ojos. Este era Ambrosio, abad de los capuchinos, y apodado « el Hombre santo» .

Antonia, mientras le miraba ansiosa, sintió en su pecho el estremecimiento de un placer hasta ahora desconocido para ella, y al que en vano se esforzó en encontrar explicación. Esperó con impaciencia a que empezase el sermón; y cuando finalmente habló el fraile, el sonido de su voz pareció penetrar hasta el fondo de su alma. Aunque ninguno de los oyentes sentía las violentas sensaciones de la joven Antonia, todos escucharon con interés y emoción. Aun aquellos que eran insensibles a los méritos de la religión se sintieron encantados con la elocuencia de Ambrosio. Todos se hallaban irresistiblemente atraídos mientras él hablaba, y en las naves atestadas reinaba el más profundo silencio. El propio Lorenzo sucumbió también al encanto: olvidó que Antonia estaba junto a él, y escuchó al predicador con toda la atención puesta en sus palabras.

Con lenguaje nervioso, claro y simple, el monje se extendió en las bellezas de la religión. Explicó algunos pasajes oscuros de los textos sagrados en un estilo que logró la convicción general. Su voz a la vez clara y profunda estaba cargada de todos los terrores de la tempestad, al arremeter contra los vicios de la humanidad y describir los castigos a ellos reservados en un estado futuro. Cada oyente reflexionaba sobre sus pasadas culpas, y temblaba: parecía desatar el trueno cuyo rayo estaba destinado a aplastarle y a abrir el abismo de eterna destrucción a sus pies. Pero cuando Ambrosio, al cambiar de tema, habló de la excelencia de una conciencia inmaculada, de la gloria futura que la eternidad ofrecía al alma exenta de reproche y de la recompensa que le aguardaba en las regiones de gloria eterna, los oyentes sintieron que les volvía el ánimo insensiblemente. Suplicaron confiados la clemencia de su juez y se acogieron a las palabras consoladoras del predicador; y mientras su voz llena se henchía de melodía, se sintieron todos transportados a aquellas regiones dichosas que él describía con colores tan brillantes y esplendorosos.

El discurso fue de considerable longitud; no obstante, al concluir, el auditorio lamentó que no hubiese durado más. Aunque el monje había dejado de hablar, aún reinó un silencio entusiasta en la iglesia; por último, el encanto se disipó gradualmente y comenzó a expresarse la general admiración en términos audibles. Al descender Ambrosio del púlpito, sus oyentes se agolparon a su alrededor, le colmaron de bendiciones, se arrojaron a sus pies y besaron el borde de su hábito. Avanzó lentamente con las manos devotamente cruzadas sobre su pecho, hasta la puerta que daba a la abadía, en la cual aguardaban sus monjes para acogerle. Subió los peldaños y luego, volviéndose hacia los que le seguían,

les dirigió unas palabras de gratitud y exhortación. Mientras hablaba, su rosario, hecho de gruesas cuentas de ámbar, resbaló de su mano y cayó entre la multitud que le rodeaba. Los espectadores se apoderaron ansiosamente de él y se lo repartieron inmediatamente. Todo el que logró coger una cuenta se la guardó como si fuese una sagrada reliquia; de haber estado bendecido tres veces por el propio San Francisco, no se lo habrían disputado con mayor viveza. El abad, sonriendo ante esta avidez, les bendijo y abandonó la iglesia con la humildad reflejada en cada gesto. ¿Reinaba esta también en su corazón?

Los ojos de Antonia le siguieron con ansiedad. Al cerrarse la puerta tras él, le pareció haber perdido a alguien esencial para su dicha. Una lágrima rodó en silencio por su mejilla.

«¡Está separado del mundo! —dijo para sus adentros—. ¡Puede que no vuelva a verle más!».

Al enjugarse la lágrima, Lorenzo observó su gesto.

—¿Os ha satisfecho nuestro orador? —preguntó—. ¿O creéis que Madrid sobrevalora su talento?

El corazón de Antonia estaba tan lleno de admiración por el monje que al punto aprovechó la ocasión para hablar de él: además, puesto que ya no consideraba a Lorenzo un completo extraño, se sintió menos confundida por su extrema timidez.

—¡Oh! Sobrepasa con mucho lo que yo me esperaba —contestó—; hasta este momento no tenía idea del poder de la elocuencia. Pero cuando se ha puesto a hablar, su voz me ha inspirado tal interés, tal estima, casi puedo decir que tal afecto por él, que yo misma me asombro de la hondura de mi sentimiento.

Lorenzo sonrió ante la vehemencia de sus palabras.

—Sois joven y acabáis de entrar en la vida —dijo—; vuestro corazón tierno para el mundo y, lleno de calor y sensibilidad, recibe sus primeras impresiones con anhelo. En vuestra sencillez, no sospecháis engaño alguno de nadie; y al contemplar el mundo a través de vuestra propia sinceridad e inocencia, consideráis que todos los que están a vuestro alrededor merecen vuestra confianza y estima. ¡Qué lástima que estas visiones alegres se tengan que ver tan pronto disipadas! ¡Qué lástima que tengáis que descubrir tan pronto la bajeza de la humanidad, y guardaros de vuestros semejantes como de vuestros enemigos!

—¡Ay, señor! —replicó Antonia—. ¡Las desgracias de mis padres me han traído ya demasiados ejemplos de la perfidia del mundo! Sin embargo, en el presente caso el calor de la simpatía no puede haberme engañado.

—En el presente caso, reconozco que no. La reputación de Ambrosio es totalmente irreprochable; y un hombre que ha pasado toda su vida entre los muros de un convento no puede haber tenido ocasión de caer en culpa alguna, aun cuando poseyera tal inclinación. Pero ahora que, obligado por los deberes de su condición, debe entrar en el mundo y caminar por la vía de la tentación, ahora

es cuando le corresponde demostrar el esplendor de su virtud. La prueba es peligrosa; se le presenta precisamente en esa etapa de la vida en que las pasiones son más vehementes, indomables y despóticas; su reconocida fama le convertirá en una víctima ilustre para la seducción; la novedad le prestará un encanto más de los halagos del placer; y el mismo talento con que la naturaleza le ha dotado contribuirá a su ruina, facilitando los medios de conseguir su objeto. Muy pocos vuelven victoriosos de una contienda tan grave.

—¡Ah!, sin duda Ambrosio será uno de ellos.

—De eso no tengo ninguna duda: En todos los respectos, es una excepción en la humanidad, y en vano tratará la envidia de manchar su reputación.

—¡Señor, me tranquilizáis con esta seguridad! Eso me anima a confirmarme en mi opinión en su favor; ¡y no sabéis con cuánto valor habría tenido que reprimir este sentimiento! ¡Ah!, tía querida, convenced a mi madre para que le elija como nuestro confesor.

—¿Convencerla yo? —replicó Leonela—; te prometo que no haré semejante cosa. No me gusta el tal Ambrosio lo más mínimo; hay un aire de severidad en todo él que me hace temblar de pies a cabeza: si fuera mi confesor, no sería capaz de revelarle ni la mitad de mis pecadillos, y entonces, ¡bonita situación! En mi vida he visto un hombre de aspecto más austero, ni espero verlo. ¡Qué descripción del diablo! ¡Dios nos bendiga! Casi me vuelvo loca de miedo; y cuando hablaba de los pecadores, parecía que se los iba a comer…

—Tenéis razón, señora —contestó don Cristóbal—; la excesiva severidad se dice que es el único defecto de Ambrosio. Como él está exento de las debilidades humanas, no es bastante indulgente con los demás; y aunque estrictamente justo y desinteresado en sus decisiones, su gobierno de los monjes ha dado ya alguna prueba de su inflexibilidad. Pero la multitud casi se ha dispersado: ¿Permitís que os acompañemos a vuestra casa?

—¡Oh, Jesús! ¡Señor! —exclamó Leonela fingiendo ruborizarse—, ¡no lo permitiría por nada del mundo! Si yo regresase a casa acompañada de un caballero tan galante, mi hermana es tan escrupulosa que me echaría un sermón de una hora, y no pararía de oírla. Además, desearía no considerar vuestras proposiciones de momento.

—¿Mis proposiciones? Os aseguro, señora…

—¡Oh! Señor, creo que vuestras manifestaciones de impaciencia son muy sinceras; pero realmente necesito algún tiempo. No sería muy delicado por mi parte aceptar vuestra mano al primer día.

—¿Aceptar mi mano? Como espero vivir y respirar que…

—¡Oh, mi querido señor, si me amáis, no me presionéis más! Consideraré vuestra obediencia como prueba de vuestro afecto; mañana os enviaré noticias mías, de modo que adiós. Pero decidme, caballeros, ¿puedo preguntaros vuestros nombres?

—Mi amigo —replicó Lorenzo—, es el conde de Ossorio, y yo Lorenzo de Medina.

—Es suficiente. Bien, don Lorenzo, comunicaré a mi hermana vuestro gentil ofrecimiento, y os haré conocer la decisión con toda premura. ¿Adónde os la puedo enviar?

—Se me encontrará siempre en el palacio de Medina.

—Podéis confiar en que recibiréis noticias mías. Adiós, caballeros. Señor conde, permitidme suplicaros que moderéis el excesivo ardor de vuestra pasión; sin embargo, para probaros que no me desagradáis y evitar que os abandonéis a la desesperación, recibid esta muestra de mi afecto, y dedicad algún pensamiento a la ausente Leonela.

Diciendo esto, tendió su mano flaca y arrugada, que su supuesto admirador besó con tan poca gracia y aprensión tan evidente que Lorenzo tuvo que hacer esfuerzos para no echarse a reír. Leonela entonces se apresuró a abandonar la iglesia; la encantadora Antonia la siguió en silencio; pero cuando llegó al atrio, se volvió involuntariamente y dirigió una mirada hacia Lorenzo. Este hizo una inclinación a modo de adiós; ella le devolvió el saludo y salió apresuradamente.

—¡Bueno, Lorenzo! —dijo don Cristóbal tan pronto como estuvieron solos—. ¡Bonita intriga me habéis procurado! Para favorecer vuestros planes con Antonia, le hago cortésmente unos cumplidos sin importancia a la tía, y al cabo de una hora ¡me encuentro al borde del matrimonio! ¿Cómo vais a recompensarme por haber sufrido de este modo por vos? ¿Qué puede retribuirme el haber besado la zarpa correosa de esa maldita bruja? ¡Diablos! Me ha dejado tal perfume en los labios que voy a oler a ajo durante todo este mes que viene. ¡Cuando vaya a pasear al Prado, me van a tomar por una tortilla ambulante o una enorme cebolla pasada!

—Reconozco, mi pobre conde —replicó Lorenzo—, que vuestro servicio se ha visto acompañado de peligro; pero estoy tan lejos de considerarlo superior a vuestras fuerzas, que probablemente os pediré que llevéis vuestros amores aún más adelante.

—De esta petición infiero que la pequeña Antonia ha causado alguna impresión en vos.

—No puedo expresaros lo hechizado que me tiene. Desde la muerte de mi padre, mi tío el duque de Medina me ha manifestado su deseo de verme casado; hasta ahora he soslayado sus insinuaciones, y no he querido darme por enterado. Pero lo que he visto esta tarde…

—¿Y bien? ¿Qué es lo que habéis visto esta tarde? ¡Vaya, don Lorenzo, no podéis estar tan loco como para pensar en convertir en vuestra esposa a la nieta del zapatero más honrado y trabajador de Córdoba!

—Olvidáis que es también nieta del difunto marqués de las Cisternas; pero sin entrar a discutir cunas ni títulos, os aseguro que jamás he visto mujer más

interesante que Antonia.

—Es muy posible; pero no pretenderéis casaros con ella.

—¿Por qué no, mi querido conde? Poseo riqueza suficiente para los dos, y sabéis que mi tío tiene ideas muy liberales a ese respecto. Por lo que sé de Raimundo de las Cisternas, estoy seguro de que estará dispuesto a acoger a Antonia como sobrina. Su cuna, por tanto, no será obstáculo para que pida yo su mano. Me portaría como un miserable si pensase en otra cosa que no fuese el matrimonio; y en verdad, parece dotada de todas las cualidades que para mí debe tener una esposa. Joven, adorable, dulce, juiciosa…

—¿Juiciosa? ¡Pero si no ha dicho más que «sí» y «no»!

—No ha dicho mucho más, lo reconozco; pero siempre ha dicho «sí» y «no» en el momento adecuado.

—¿De veras? ¡Oh! ¡Os pido mil perdones! Eso es emplear un argumento de enamorado, y no seré yo quien discuta con tan profundo casuista. ¿Y si nos dirigiéramos al teatro?

—Yo no puedo. Llegué anoche a Madrid, y aún no he tenido ocasión de ver a mi hermana; como sabéis, su convento está en esta calle, y me dirigía allí cuando la multitud que vi agolparse en esta iglesia excitó mi curiosidad por saber qué ocurría. Ahora deseo proseguir hacia donde iba al principio, y probablemente pasaré la tarde con mi hermana en el locutorio.

—¿Vuestra hermana en un convento, decís? ¡Oh, claro!, lo había olvidado. ¿Y cómo está doña Inés? ¡Me sorprende, don Lorenzo, cómo se os pudo ocurrir encerrar a una joven tan encantadora entre los muros de un claustro!

—¿Que se me ocurrió, don Cristóbal? ¿Cómo podéis considerarme capaz de semejante barbaridad? Sabed que tomó los hábitos por propio deseo y que determinadas circunstancias la indujeron a retirarse del mundo. Empleé todos los medios a mi alcance para hacerla cambiar de decisión. Mi esfuerzo fue inútil. ¡Y perdí a mi hermana!

—En cambio, vos tuvisteis más suerte. Creo, Lorenzo, que ganasteis bastante con esa pérdida. Si no recuerdo mal, doña Inés tenía una dote de diez mil doblones, la mitad de los cuales habrán ido a parar a vos. ¡Por Santiago! Quisiera tener cincuenta hermanas de esa misma categoría. Me resignaría a perderlas todas sin demasiado pesar.

—¡Cómo, conde! —exclamó Lorenzo con voz irritada—. ¿Me suponéis tan bajo como para haber influido en el retiro de mi hermana? ¿Creéis que el despreciable deseo de convertirme en dueño de su fortuna ha podido…?

—¡Admirable! ¡Valor, don Lorenzo! Ya se ha puesto como una furia. ¡Quiera Dios que Antonia temple vuestro fogoso carácter, o acabaremos cortándonos el cuello antes de que termine el mes! Pero para evitar tan trágica catástrofe de momento, me voy y os dejo dueño del terreno. ¡Adiós, mi caballero del Etna! Moderad vuestro carácter inflamable, y recordad que cuantas veces sea

necesario hacerle la corte a esa vieja arpía, podéis contar con mis servicios.

Y dicho esto salió precipitadamente de la catedral.

«¡Qué atolondrado! —dijo don Lorenzo para sí—. Con un corazón tan excelente, ¡qué lástima que tenga tan poco juicio!».

La noche avanzaba rápidamente. Sin embargo, aún no habían encendido las lámparas. Los débiles destellos de la luna ascendente apenas conseguían traspasar la gótica oscuridad de la iglesia. Don Lorenzo no se sintió capaz para abandonar el lugar. El vacío que la ausencia de Antonia había dejado en su corazón, y el sacrificio de su hermana, que don Cristóbal acababa de recordarle, hicieron nacer en su espíritu una melancolía muy acorde con la religiosa oscuridad que le envolvía. Aún estaba apoyado contra la séptima columna del púlpito. Una brisa suave y fresca recorrió las naves solitarias. La claridad de la luna, penetrando en la iglesia a través de las pintadas vidrieras, teñía las bóvedas labradas y los gruesos pilares con mil matices diversos de luz y color: un silencio universal reinaba a su alrededor, turbado sólo por el cerrar de alguna puerta en la abadía contigua.

La calma de la hora y la soledad del lugar contribuyeron a fomentar la disposición de Lorenzo a la melancolía. Se dejó caer en el asiento que había junto a él y se abandonó a las ilusiones de su fantasía. Pensó en su unión con Antonia, y en los obstáculos que podían oponerse a sus deseos; y mil visiones cambiantes flotaron ante su imaginación, tristes, es cierto, aunque no desagradables. Insensiblemente, el sueño se fue adueñando de él, y la tranquila solemnidad que embargaba su espíritu momentos antes, siguió influyendo en sus sueños durante un rato.

Soñó que aún se encontraba en la iglesia de los capuchinos; pero ya no estaba oscura y solitaria. Multitud de lámparas de plata derramaban su esplendor desde el abovedado techo. Acompañada por el cántico lejano del coro, la melodía del órgano inundó la iglesia. El altar parecía adornado como para una fiesta señalada: estaba rodeado de un espléndido grupo de personas; y en el centro se encontraba Antonia, vestida de blanco, ruborizada con todos los encantos de su virginal modestia.

Esperanzado y temeroso, Lorenzo contemplaba la escena que tenía ante sí. De súbito, se abrió la puerta que conducía a la abadía, y vio avanzar, escoltado por una larga fila de monjes, al predicador que acababa de escuchar con tanta admiración. Se acercó a Antonia.

—¿Dónde está el novio? —preguntó el imaginario fraile.

Antonia pareció mirar con ansiedad por la iglesia. Involuntariamente, el joven avanzó unos pasos. Ella le vio. Un rubor de alegría afloró a sus mejillas. Con un gracioso movimiento de mano, le hizo seña de que se acercase. No se hizo esperar: corrió hacia ella y se arrojó a sus pies.

Ella retrocedió un instante. Luego, mirándole con un gozo inefable, exclamó:

—¡Sí! ¡Sois mi esposo! ¡Mi esposo prometido!

Y se arrojó a sus brazos. Pero antes de que él tuviese tiempo de recibirla, un desconocido se interpuso entre los dos. Su figura era gigantesca. Su piel, atezada; sus ojos, terribles y fieros; su boca exhalaba llamaradas de fuego; y su frente tenía escrito en caracteres legibles: «¡Orgullo! ¡Lujuria! ¡Crueldad!».

Antonia profirió un grito. El monstruo la cogió en sus brazos, y saltando con ella sobre el altar, la torturó con sus odiosas caricias. Ella luchó en vano por escapar de su abrazo. Lorenzo corrió en su socorro, pero antes de llegar hasta ella, se oyó un trueno espantoso. Instantáneamente la catedral pareció desmoronarse. Los monjes echaron a correr, gritando de terror. Se apagaron las lámparas, se hundió el altar, y en su lugar se abrió un abismo que vomitaba bocanadas de humo y de fuego. El monstruo profirió un grito espantoso y terrible, y se precipitó en el abismo, tratando de arrastrar a Antonia con él. Forcejeó en vano. Animada de unos poderes sobrenaturales, ella se zafó de su abrazo; pero su blanco vestido quedó en su poder. Al punto, un ala de brillante esplendor se desplegó de cada brazo de Antonia. Se elevó, y mientras ascendía gritó a Lorenzo:

—¡Amigo mío! ¡Arriba nos reuniremos!

En el mismo instante, se abrió la bóveda de la catedral; unas voces armoniosas resonaron en lo alto, y el resplandor que acogió a Antonia estaba formado por una luz tan deslumbrante, que Lorenzo no fue capaz de sostener la mirada. Le falló la visión y se derrumbó en el suelo.

Cuando despertó, se encontró tendido en el pavimento de la iglesia: estaba iluminada, y los cánticos sonaban a lo lejos. Durante un rato, Lorenzo no consiguió convencerse de que lo que había presenciado era un sueño, tan fuerte impresión había dejado en su mente. Una breve reflexión le convenció de su engaño. Durante su sueño habían encendido las lámparas, y la música que oía se debía a los monjes, que celebraban vísperas en la capilla de la abadía.

Se levantó Lorenzo, y se dispuso a dirigir sus pasos hacia el convento de su hermana. Había llegado ya cerca del atrio, con la mente ocupada en este sueño singular, cuando le llamó la atención una sombra al deslizarse por el muro opuesto. Miró con curiosidad, y descubrió a un hombre embozado en su capa, el cual pareció comprobar cautelosamente si eran observados sus movimientos. Muy pocas personas estaban exentas de curiosidad. El desconocido parecía deseoso de ocultar su entrada en la catedral, y fue esta misma circunstancia la que hizo que Lorenzo desease averiguar qué hacía.

Nuestro héroe sabía que no tenía derecho a espiar los secretos de aquel desconocido caballero.

«Me iré», se dijo Lorenzo. Pero se quedó donde estaba.

La sombra que proyectaba la columna le ocultaba del desconocido, que siguió avanzando con cautela. Finalmente, sacó una carta de debajo de su capa y

la colocó apresuradamente bajo una colosal estatua de San Francisco. Luego, retirándose a toda prisa, se ocultó en un rincón de la iglesia, a considerable distancia de dicha imagen.

«¡Vaya! —se dijo Lorenzo—; creo que se trata de un vulgar asunto amoroso. Será mejor que me vaya, puesto que nada tengo que ver».

Lo cierto es que hasta ese momento no se le había ocurrido ni de lejos que pudiese tener algo que ver con él. Pero creyó necesario darse una pequeña excusa por haberse permitido esta curiosidad. Ahora hizo un segundo intento de retirarse de la iglesia: esta vez llegó al atrio sin ningún impedimento. Pero estaba destinado a encontrarse con otra visita esa noche. Al bajar la escalinata que conducía a la calle, chocó con él un caballero con tal violencia que a punto estuvieron de caerse al suelo los dos. Lorenzo echó mano a su espada.

—¿Qué significa eso, señor? —exclamó—. ¿A qué viene esta insolencia?

—¡Ah, sois vos, Medina! —replicó el recién llegado, en quien Lorenzo reconoció a don Cristóbal por la voz—. ¡Sois el hombre más afortunado del universo, por no haber abandonado la iglesia hasta mi regreso! ¡Entrad, entrad! ¡Mi querido muchacho! ¡Estarán aquí inmediatamente!

—¿Quiénes estarán aquí?

—La vieja gallina y sus preciosos pollitos. ¡Vayamos dentro, luego sabréis toda la historia!

Lorenzo le siguió al interior de la catedral, y se ocultaron detrás de la estatua de San Francisco.

—Y ahora —dijo nuestro héroe—, ¿puedo tomarme la libertad de preguntar qué significa toda esta prisa y arrebato?

—¡Oh, Lorenzo! ¡Vamos a tener una gloriosa aparición! La priora de Santa Clara y todo su séquito de monjas van a venir aquí. Debéis saber que el piadoso padre Ambrosio (¡Dios le bendiga por ello!), no quiere salir bajo ningún concepto de su recinto; y dado que a todo convento de actualidad le es absolutamente necesario tenerle de confesor, las monjas se ven obligadas a visitarle en la abadía. Ya que la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Y la priora de Santa Clara, para evitar mejor miradas impuras como las de vuestros ojos y las de este humilde servidor, considera conveniente traer a confesar a su santa grey al anochecer; va a acceder a la capilla de la abadía por aquella puerta privada. La hermana portera, que es un alma bendita, y muy amiga mía, me acaba de asegurar que estarán aquí dentro de unos momentos. ¡Hay noticias para vos, bribón! ¡Vamos a ver a una de las caras más preciosas de Madrid!

—En verdad, Cristóbal, que no haremos tal cosa. Las monjas van siempre con velo.

—¡No, no! Lo sé mejor que vos. Al entrar en un lugar sagrado, se quitan siempre el velo por respeto al santo al que está dedicado. ¡Pero mirad! ¡Ya llegan! ¡Silencio, silencio! Observad y os convenceréis.

«¡Bien! —se dijo Lorenzo—; ¡tal vez averigüe a quién van dirigidas las promesas de ese misterioso desconocido!».

Apenas hubo dejado de hablar don Cristóbal, cuando apareció la priora de Santa Clara, seguida de una larga procesión de monjas. Cada una, al entrar, se levantaba el velo. La priora se cruzó las manos sobre el pecho e hizo una profunda reverencia al pasar frente a la imagen de San Francisco, el patrono de la catedral. Las monjas siguieron su ejemplo, y varias pasaron sin haber satisfecho la curiosidad de Lorenzo. Casi había empezado a desesperar de ver aclarado el misterio, cuando, tras rendir homenaje a San Francisco, una de las monjas dejó caer el rosario. Al inclinarse a recogerlo le dio la luz de lleno en la cara. Al mismo tiempo, recogió hábilmente la carta de debajo de la imagen, se la metió en el pecho y corrió a ocupar su puesto en la procesión.

—¡Ajá! —dijo Cristóbal en voz baja—; aquí hay alguna pequeña intriga, sin duda.

—¡Santo Dios, Inés! —exclamó Lorenzo.

—¡Cómo! ¿Vuestra hermana? ¡Diablos! Entonces supongo que alguien purgará nuestra curiosidad.

—Y la purgará sin demora —aseguró el enfurecido hermano.

La piadosa procesión había entrado en la abadía. La puerta se había cerrado ya, tras ella. El desconocido abandonó inmediatamente su escondite y se dispuso a salir de la iglesia. Antes de conseguirlo, descubrió a Medina cerrándole el paso. El desconocido retrocedió y se echó el sombrero sobre los ojos.

—No intentéis huir de mí —exclamó Lorenzo—; sabré quién sois y qué contenía esa carta.

—¿Qué carta? —replicó el desconocido—, ¿y con qué derecho me preguntáis eso?

—Con un derecho por el que ahora me siento avergonzado; pero no os corresponde a vos preguntarme a mí. O respondéis con detalle a mis preguntas, o tendréis que responderme con la espada.

—Ese último modo será el más breve —replicó el otro, sacando su arma—. ¡Vamos, señor bravucón! ¡Estoy preparado!

Furioso de rabia, Lorenzo se lanzó al ataque: habían cruzado ya los adversarios varias estocadas cuando Cristóbal, que en ese momento tenía más sensatez que ninguno de los otros dos, se interpuso entre sus armas.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Medina! —exclamó—. ¡Recordad las consecuencias de un derramamiento de sangre en suelo sagrado!

El desconocido soltó inmediatamente la espada.

—¿Medina? —exclamó—. ¿Dios mío, es posible? Lorenzo, ¿habéis olvidado completamente a Raimundo de las Cisternas?

El asombro de Lorenzo aumentaba a cada instante. Raimundo avanzó hacia él, pero con una expresión de sorpresa retiró su mano, que el otro estaba

dispuesto a estrechar.

—¿Vos aquí, marqués? ¿Qué significa todo esto? Vos envuelto en una correspondencia clandestina con mi hermana, cuyo afecto…

—Siempre ha sido mía, y aún lo es. Pero no es este lugar apropiado para explicaciones. Acompañadme a mi palacio y os lo contaré todo. ¿Quién os acompaña?

—Alguien a quien creo que habéis visto antes —replicó don Cristóbal—, aunque no probablemente en una iglesia.

—¿El conde de Ossorio?

—El mismo, marqués.

—No tengo ninguna objeción en confiaros mi secreto, pues estoy seguro de que puedo fiar en vuestro silencio.

—Entonces la opinión que tenéis de mí es mejor que la mía propia, por lo que debo rogaros que os abstengáis de tal confianza. Seguid vuestro camino, que yo seguiré el mío. Marqués, ¿dónde puedo encontraros?

—Como siempre, en el palacio de las Cisternas; pero recordad que estoy de incógnito, y que si deseáis verme, debéis preguntar por Alfonso de Alvarada.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Adiós, caballeros! —dijo don Cristóbal, y se marchó inmediatamente.

—¿Cómo, marqués? —dijo Lorenzo con voz de sorpresa—. ¿Vos Alfonso de Alvarada?

—El mismo, Lorenzo. Pero, a menos que vuestra hermana os haya contado mi historia, tengo que referiros cosas que os asombrarán. Así que seguidme a mi palacio sin más dilación.

En ese momento el portero de los capuchinos entró en la catedral para cerrar las puertas. Los dos nobles se retiraron al punto y se dirigieron apresuradamente al palacio de las Cisternas.

—¡Bueno, Antonia! —dijo la tía, tan pronto como salió de la iglesia—, ¿qué piensas de nuestros galanes? Don Lorenzo parece un joven realmente cortés: Tenía la atención puesta en ti, y nadie sabe qué puede resultar de ello. En cuanto a don Cristóbal, declaro que es el mismísimo Fénix de la cortesía. ¡Tan galante! ¡Tan educado! ¡Tan sensible y tan tierno! ¡Bueno! Si hay un hombre capaz de hacerme renunciar a mi voto de no casarme, ese es don Cristóbal. Ya ves, sobrina, que todo sale exactamente como yo te decía: que en el mismo momento en que me presentase en Madrid, me vería rodeada de admiradores. ¿Has visto, Antonia, el efecto que ha causado en el conde el haberme quitado el velo? Y cuando le he presentado mi mano, ¿has observado con qué pasión la ha besado? ¡Si alguna vez he visto un amor de verdad, ha sido en el semblante de don Cristóbal!

Antonia había observado el gesto de don Cristóbal al besarle la mano; pero

como había sacado una conclusión muy distinta de la de su tía, creyó prudente guardar silencio, cosa que vale la pena decir aquí, ya que es el único caso conocido.

La vieja dama siguió su discurso por este mismo derrotero hasta que llegaron a la calle donde estaba su alojamiento. Allí, una multitud congregada ante la puerta les obstruía el paso; de modo que se situaron al otro lado de la calle y trataron de averiguar qué había atraído a tanta gente. Unos minutos después, la muchedumbre se abrió en círculo, y Antonia descubrió en el centro a una mujer de extraordinaria estatura, la cual giraba repetidamente, una y otra vez, haciendo toda clase de gestos extravagantes. Su vestido estaba formado de trozos de sedas multicolores y lino fantásticamente combinados, aunque no sin gusto. Llevaba la cabeza cubierta con una especie de turbante, adornado con pámpanos y flores silvestres. Parecía muy tostada por el sol, y de piel aceitunada; tenía unos ojos llameantes y extraños, y llevaba en la mano una vara larga y negra con la que de cuando en cuando trazaba extrañas figuras en el suelo, alrededor de las cuales danzaba con todas las excéntricas actitudes de la locura y el desvarío. De repente, dejó de danzar, giró tres veces sobre sí con rápido movimiento, y tras detenerse un instante, cantó la siguiente balada:

LA CANCIÓN DE LA GITANA

¡Venid, dadme la mano! Mi arte supera
Cuanto ha conocido mortal alguno.
¡Venid, doncellas, venid! Mis mágicos espejos
Os mostrarán a vuestro esposo futuro:

Pues se me ha concedido el poder
De leer en el libro del destino;
Leer los designios que el cielo decreta
Y sumergirme en el porvenir.

Guío el carro plateado de la luna,
Sujeto los vientos con mágicas ligazones,

Hago dormir al dragón rojo
Que vigila sobre el oro sepultado:

Protegida con hechizos, indemne me aventuro
Hasta el aquelarre extraño de las brujas;
Sin miedo entro en el círculo del hechicero
Y sin daño camino sobre serpientes dormidas.

¡Mirad! Aquí están los hechizos poderosos

Que aseguran la fidelidad del marido,
Y este, compuesto a media noche,
Despertará el amor del joven más frío:

Si una joven se ha entregado demasiado,
Este filtro puede reparar lo que perdió,
Remoza el rubor de la mejilla
Y este vuelve blanco el oscuro color.

Escuchad en silencio, mientras descubro
Qué veo en mi espejo de la fortuna;
Y cada una, al término del año,
Verá cumplidas las palabras de la gitana.

—Tía —dijo Antonia cuando la extranjera hubo terminado—, ¿acaso está loca?

—¿Loca? No, criatura; únicamente es malvada. Es una gitana, una especie de vagabunda, cuya sola ocupación consiste en recorrer el país diciendo mentiras y sacándole el dinero a quien se le acerca honradamente. ¡Aléjate de ese bicho! Si yo fuese el rey de España, mandaría a la hoguera a todas las que no hubiesen salido de mis dominios en un plazo de tres semanas.

Pronunció estas palabras tan alto, que llegaron a oídos de la gitana. Esta se abrió paso inmediatamente a través de la multitud y se acercó a las damas. Las saludó tres veces a la manera oriental, y luego se dirigió a Antonia.

LA GITANA

¡Señora! ¡Gentil señora! Sabed que puedo adivinaros el futuro. Dadme vuestra mano, y no temáis. ¡Señora! ¡Gentil señora! ¡Escuchad!

—¡Tía querida —rogó Antonia—, permitídmelo esta vez! ¡Dejad que me digan la buenaventura!

—¡Tonterías, criatura! No te dirá más que mentiras.

—¡No importa; dejadme al menos oír lo que tenga que decir! ¡Vamos, querida tía! ¡Complacedme, os lo ruego!

—¡Bueno, bueno! Antonia, ya que tanto empeño tienes… Vamos, buena mujer, nos leerás la mano a las dos. Toma este dinero; ahora, dime la buenaventura.

Diciendo esto, se quitó un guante y le presentó la mano; la gitana la miró un instante, y luego le dio esta respuesta:

LA GITANA

¿La buenaventura? Sois tan vieja,
Buena señora, que ya está dicha:
Sin embargo, a cambio del dinero,
Os compensaré con un consejo.
Asombrados de vuestra infantil vanidad,
Vuestros amigos os tachan de loca,
Y sienten veros emplear vuestras artes
En cazar el corazón de algún joven.
Creedme, señora, que todo ha pasado
Cuando habéis llegado a los cincuenta y uno;
Los hombres rara vez querrán saber
Del amor de dos ojos que bizquean.
Seguid entonces mi consejo: dejad
Los afeites y lunares, la lujuria y el orgullo,
Entregad a los pobres esas sumas
Que tan inútilmente malgastáis.
Pensad en el Señor, no en los galanes;
En vuestras faltas pasadas, no en el futuro;
Y en que la guadaña del tiempo segará
El rojo cabello que corona vuestra frente.

El auditorio estallaba en risas durante el discurso de la gitana; y de boca en boca corrían « los cincuenta y uno» , « ojos bizcos» , « cabello rojo» , « afeites y lunares» , etcétera. Leonela se sentía casi sofocada de rabia, y cubrió a la maliciosa consejera con los más crueles reproches. La curtida profetisa la escuchó con sonrisa desdeñosa: finalmente, tras una breve respuesta, se volvió hacia Antonia:

LA GITANA

¡Id en paz, señora! Lo que os digo es cierto;
Y ahora, vos, mi joven y amable señora;
Dadme vuestra mano, dejadme ver
Vuestro futuro, y los designios del cielo.

Al igual que Leonela, Antonia se quitó el guante y presentó su blanca mano a la gitana, quien tras estudiarla un momento, con una expresión a la vez de compasión y de asombro, pronunció su oráculo con las siguientes palabras:

LA GITANA

¡Jesús! ¡Qué palma tenéis!

Casta y amable, joven y pura,
De espíritu y cuerpo perfectos,
Seríais la bendición de un hombre bueno.
Pero ¡ay!, esta raya revela
Que la muerte se cierne sobre vos;
Un hombre sensual y un demonio taimado
Se unirán para labrar vuestro mal;
Y de la tierra, arrebatada por el dolor,
No tardará vuestra alma en ir al cielo.
Pero para diferir los sufrimientos,
Recordad lo que os digo.
Cuando veáis a alguien muy virtuoso
Y este resulte ser hombre
Cuya alma no acosa ningún crimen
Ni se apiada de las flaquezas del otro,
Recordad lo que os dice la gitana:
Por bueno y amable que parezca,
¡Las obras buenas ocultan a menudo
Corazones repletos de lujuria y orgullo!
¡Hermosa doncella, con lágrimas os dejo!
No os apene mi predicción,
Sino someteos resignada,
Aguardad serena la desdicha inminente,
Y esperad la dicha eterna
En otro mundo mejor.

Dicho esto, la gitana giró sobre sí tres veces, y luego echó a correr por la calle con gesto frenético. La multitud la siguió; y despejada ya la puerta de Elvira, entró Leonela en la casa, irritada con la gitana, con su sobrina y con la gente; en suma, con todos menos consigo misma y con el caballero encantador. Las predicciones de la gitana habían afectado considerablemente a Antonia, también; pero no tardó en disiparse esta impresión, y unas horas después había olvidado la aventura tan completamente como si nunca hubiera tenido lugar.

Capítulo II

Fórse sé tu gustassi una sól volta
La millésima parte délle giója,
Ché gusta un cór amato riamando,
Diresti ripentita sospirando,
Perduto é tutto el tempo
Ché in amar non si spénde

TASSO

Después de escoltar los monjes a su prior hasta la puerta de su celda, fueron despedidos por este con un gesto de consciente superioridad, en el que la apariencia de humildad luchaba con la realidad del orgullo.

Tan pronto como se quedó solo, dio rienda suelta a su vanidad. Al recordar el entusiasmo que había despertado su discurso, su corazón se infló de éxtasis, y su imaginación le presentó espléndidas visiones de engrandecimiento. Miró en torno suyo lleno de alborozo, y el orgullo le cantó que era superior al resto de sus semejantes.

«¿Quién —pensó—, quién, aparte de mí, ha superado la ordalía de la juventud sin una mancha en su conciencia? ¿Qué otro ha vencido la violencia de las pasiones y de un temperamento impetuoso, y se ha sometido aun desde el amanecer de la vida a un retiro voluntario? En vano busco a ese hombre. Nadie más que yo posee tal resolución. ¡La religión no puede enorgullecerse de otro Ambrosio! ¡Qué poderoso efecto ha producido mi discurso entre los oyentes! ¡Cómo se han apiñado a mi alrededor! ¡Cómo me han colmado de bendiciones y me han proclamado el único pilar incorrupto de la iglesia! ¿Qué me queda ahora por hacer? Nada, sino vigilar solícitamente la conducta de mis hermanos como he vigilado la mía hasta ahora. ¡Pero alto!, ¿no me sentiré tentado a apartarme del sendero que hasta ahora he seguido sin un momento de vacilación? ¿No soy hombre, y por tanto de naturaleza frágil y propensa al error? Ahora debo abandonar la soledad de mi retiro; las damas más puras y nobles de Madrid se presentan continuamente en la abadía, y no quieren ningún otro confesor. Debo acostumbrar mis ojos a los objetos tentadores, y exponerme a la seducción de la concupiscencia y el deseo. ¿Y si encontrase, en ese mundo en el que me veo obligado a adentrarme, una mujer adorable, adorable… como vos, Virgen

María…?» .

Diciendo esto, clavó los ojos en un retrato de la Virgen que tenía colgado frente a él: desde hacía dos años, este era el objeto de su cada vez más creciente adoración. Guardó silencio, y lo contempló extasiado.

« ¡Qué belleza la de ese semblante! —prosiguió tras unos minutos—. ¡Qué graciosa es la forma de esa cabeza! ¡Qué dulzura y majestad hay en sus divinos ojos! ¡Qué blandamente apoya la mejilla en su mano! ¿Puede la rosa competir con el rubor de esa mejilla? ¿Puede rivalizar el lirio con la blancura de esa mano? ¡Oh! ¡Si existiera una criatura semejante, existiría sólo para mí! ¡Ojalá me fuera dado enroscar entre mis dedos esos dorados rizos, y rozar con mis labios los tesoros de ese níveo pecho! ¡Dios misericordioso!, ¿resistiría entonces la tentación? ¿No cambiaría por un simple abrazo la recompensa de treinta años de sufrimiento? ¿No abandonaría…? ¡Qué insensato soy! ¿Adónde me arrastra la admiración que me causa este retrato? ¡Atrás, pensamientos impuros! Debo recordar que la mujer ya no existe para mí. Jamás ha nacido un ser mortal tan perfecto como el de ese cuadro. Si existiese, la prueba sería demasiado dura para una virtud ordinaria; pero la de Ambrosio es inquebrantable frente a toda tentación. ¿Tentación he dicho? Para mí ni existiría. La que me extasía, cuando la idealizo y la considero como un ser superior, me repugnaría verla convertida en mujer manchada con todas las flaquezas de la mortalidad. No es la belleza de la mujer lo que suscita en mí este entusiasmo; ¡es la habilidad del pintor lo que admiro, es la divinidad lo que yo adoro! Pues, ¿no han muerto las pasiones en mi pecho? ¿No me he liberado de la humana fragilidad? ¡No temas, Ambrosio! Ten confianza en la fuerza de tu virtud. Entra con decisión en el mundo, puesto que estás por encima de sus debilidades. Piensa que ahora te hallas exento de los defectos de la humanidad; y desafía todas las artes de los Espíritus de las Tinieblas. ¡Van a saber quién eres!» .

Aquí, sus desvaríos se vieron interrumpidos por tres suaves golpecitos en la puerta de su celda. El abad despertó dificultosamente de su delirio. Se repitió la llamada.

—¿Quién es? —preguntó Ambrosio por fin.

—Soy Rosario —respondió una voz suave.

—¡Entra! ¡Entra, hijo mío!

Se abrió la puerta inmediatamente, y apareció Rosario con una pequeña cesta en la mano.

Rosario era un joven novicio del monasterio, que quería hacer los votos dentro de tres meses. Una especie de misterio envolvía su juventud que le hacía a la vez objeto de interés y curiosidad. Su odio a la sociedad, su profunda melancolía, su rígida observancia de las reglas de su orden, y su retiro voluntario del mundo a una edad tan excepcional, llamaban la atención de la comunidad entera. Parecía temeroso de ser reconocido, y nadie le había visto jamás el

rostro. Llevaba la cabeza continuamente cubierta con la cogulla. Sin embargo, a juzgar por las facciones accidentalmente vislumbradas, parecía ser de lo más hermoso y noble. En el monasterio tan sólo se le conocía con el nombre de Rosario. Nadie sabía de dónde había venido, y cuando se le preguntaba al respecto, guardaba un profundo silencio. Un desconocido, cuyo rico atuendo y magnífico carruaje le proclamaban de distinguido linaje, había pedido a los monjes que recibiesen al novicio y había depositado las sumas necesarias. Al día siguiente volvió con Rosario, y desde entonces no volvió a saberse nada más de él.

El joven había evitado cuidadosamente la compañía de los monjes: respondía a sus atenciones con dulzura, aunque con reserva, y evidentemente mostraba su inclinación a la soledad. El superior era la sola excepción a esta regla general. A él le miraba con un respeto próximo a la idolatría: buscaba su compañía con la más atenta asiduidad, y aprovechaba ansioso cualquier medio para granjearse su favor. En compañía del abad, su corazón parecía sentirse extraordinariamente a gusto, y por su parte, no se sentía menos atraído hacia el joven; sólo ante él olvidaba su habitual severidad. Cuando le hablaba, adoptaba insensiblemente un tono más suave que el que era habitual en él; y ninguna voz le resultaba tan dulce como la de Rosario. Recompensaba las atenciones del joven instruyéndole en las más variadas ciencias; el novicio acogía sus lecciones con docilidad; Ambrosio estaba cada día más encantado con la vivacidad de su genio, la sencillez de sus modales y la rectitud de su corazón; en suma, le amaba con todo el afecto de un padre. A veces no podía por menos de experimentar un secreto deseo de verle la cara a su discípulo; pero su norma de renunciación abarcaba incluso la curiosidad, y le impedía comunicar sus deseos al joven.

—Perdonad mi intrusión, padre —dijo Rosario, mientras ponía la cesta sobre la mesa—; acudo a vos con un ruego. Al saber que un querido hermano está gravemente enfermo, vengo a suplicaros que recéis por su restablecimiento. Si alguna plegaria puede interceder por él en el cielo, la vuestra debe de ser la más eficaz.

—Sabes que puedes pedirme, hijo mío, cuanto dependa de mí. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Vincentio della Ronda.

—Es suficiente. No le olvidaré en mis plegarias, ¡y ojalá nuestro tres veces bendito San Francisco se digne escuchar mi intercesión! ¿Qué llevas en la cesta, Rosario?

—Unas cuantas flores, reverendo padre, que he observado os son muy gratas. ¿Me permitís ordenarlas en vuestro aposento?

—Tus atenciones me encantan, hijo mío.

Mientras Rosario distribuía el contenido de la cesta en pequeños jarrones, colocados a este propósito en diversos lugares de la habitación, el abad prosiguió

de este modo la conversación:

—No te he visto en la iglesia esta tarde, Rosario.

—Sin embargo, estaba presente, padre. Os estoy demasiado agradecido por vuestra protección, para perderme la oportunidad de presenciar vuestro triunfo.

—¡Ay, Rosario! Tengo pocos motivos para triunfar: el Santo hablaba por mi boca; a él corresponde todo el mérito. Entonces, ¿te ha satisfecho mi discurso?

—¿Satisfecho, decís? ¡Oh, os habéis superado! Jamás había oído una elocuencia así… ¡salvo una vez!

Aquí el novicio dejó escapar involuntariamente un suspiro.

—¿Cuándo fue esa vez? —preguntó el abad.

—Cuando os tocó predicar el día de la súbita indisposición del difunto superior.

—Lo recuerdo. De eso hace más de dos años. ¿Y estabas presente? Yo no te conocía entonces, Rosario.

—Es cierto, padre. ¡Pluguiera a Dios que hubiese muerto yo, para no ver aquel día! ¡Cuántos sufrimientos, cuántos trabajos me habría ahorrado!

—¿Sufrimientos a tus años, Rosario?

—Sí, padre. Sufrimientos que, si vos los conocierais, ¡despertarían vuestra cólera y vuestra compasión! ¡Sufrimientos que representan a la vez el tormento y el placer de mi existencia! Pero en este retiro, mi pecho estaría sosegado, si no fuese por las torturas de la aprensión. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Qué cruel es vivir sumido en el miedo! ¡Padre! He renunciado a todo, he abandonado el mundo y sus delicias para siempre: nada me queda, nada tiene encanto para mí, salvo vuestra amistad, salvo vuestro afecto. ¡Si yo perdiera eso, padre! ¡Oh!, si yo perdiera eso, ¡temblad ante los efectos de mi desesperación!

—¿Temes perder mi amistad? ¿Cómo puede mi conducta justificar tu temor? Deberías conocerme mejor, Rosario, y considerarme digno de tu confianza. ¿Cuáles son tus sufrimientos? Revélamelos, y ten la seguridad de que si está en mi poder aliviarlos…

—¡Ah!, nadie podría más que vos. Sin embargo, no os los puedo revelar. ¡Me odiaríais por esta revelación! ¡Me arrojaríais de vuestra presencia con desprecio e ignominia!

—¡Hijo mío! ¡Te lo suplico! ¡Te lo ruego!

—¡Por piedad, no me insistáis más! No debo… No me atrevo… ¡Escuchad! ¡La campana llama a vísperas! ¡Padre, dadme vuestra bendición, y os dejaré!

Y diciendo esto, se dejó caer de rodillas y recibió la bendición que había pedido. Luego, posando los labios sobre la mano del abad, se levantó del suelo y abandonó apresuradamente el aposento. Poco después, Ambrosio bajó a vísperas [que se celebraban en una pequeña capilla perteneciente a la abadía] lleno de sorpresa ante la singular conducta del joven.

Terminado el oficio de vísperas, los monjes se retiraron a sus respectivas celdas. Sólo se quedó el abad en la capilla para recibir a las monjas de Santa

Clara. No llevaba mucho tiempo sentado en el confesionario, cuando hizo su aparición la priora. Escuchó a cada una de las monjas por turno, mientras las demás aguardaban con la priora en la sacristía adyacente. Ambrosio escuchó las confesiones con atención, hizo muchas exhortaciones, impuso las penitencias de acuerdo con cada falta, y durante un rato todo transcurrió como de costumbre: hasta que de pronto, a una de las monjas, que destacaba por la nobleza de su aire y la elegancia de su figura, se le cayó inadvertidamente una carta del pecho. Se iba a retirar sin darse cuenta de la pérdida. Ambrosio creyó que sería de algún pariente, y la recogió con intención de devolvérsela.

—Aguardad, hija —dijo—; se os ha caído…

En ese instante, como el papel estaba ya abierto, sus ojos leyeron involuntariamente las primeras palabras. ¡Dio un paso atrás, sorprendido! La monja se había vuelto al oír que la llamaban; vio la carta en sus manos, y profiriendo un grito de terror, corrió a recuperarla en seguida.

—¡Deteneos! —dijo el fraile, en un tono de severidad—: hija, debo leer esta carta.

—¡Entonces, estoy perdida! —exclamó, cogiéndose las manos violentamente.

Su rostro perdió inmediatamente todo su color, comenzó a temblar con tal agitación, que se vio obligada a abrazarse a una columna de la capilla para no caer al suelo. Entretanto, el abad leyó las siguientes líneas:

Todo está preparado para vuestra fuga, mi queridísima Inés. Mañana a las doce de la noche, espero encontraros en la puerta del jardín. He conseguido la llave, y en pocas horas estaréis en lugar seguro. No dejéis que equívocos escrúpulos os induzcan a rechazar este medio de salvaros vos y la inocente criatura que alimentáis en vuestro seno. Recordad que prometisteis ser mía mucho antes de ingresar en la iglesia; que vuestro estado se hará muy pronto evidente ante los ojos observadores de vuestras compañeras, y que la huida es el único medio de evitar los efectos de su malévolo resentimiento. ¡Adiós, Inés mía!, ¡mi querida y destinada esposa! ¡No dejéis de estar en la puerta del jardín a las doce!

Tan pronto como hubo terminado, Ambrosio dirigió una mirada severa e irritada a la imprudente monja.

—¡Esta carta tiene que verla la madre priora! —dijo, y se dispuso a salir.

Sus palabras sonaron como un estampido en los oídos de la monja, que despertó de su embotamiento sólo para darse cuenta de los peligros de su situación. Corrió tras él, y le retuvo por el hábito.

—¡Aguardad! ¡Oh, aguardad! —gritó con acento desesperado, arrojándose a los pies del fraile, y bañándoselos con sus lágrimas—. ¡Padre, compadeceos de

mi juventud! ¡Mirad con indulgencia la debilidad de una mujer, y dignaos ocultar mi fragilidad! ¡Pasaré el resto de mi vida expiando esta única falta, y vuestra benevolencia llevará un alma al cielo!

—¡Asombroso atrevimiento! ¡Pues qué! ¿Va a convertirse el convento de Santa Clara en un asilo de prostitutas? ¿Debo consentir que la iglesia de Cristo alimente en su pecho el libertinaje y la vergüenza? ¡Indigna desdichada! Semejante lenidad me haría vuestro cómplice. La clemencia aquí sería criminal. Os habéis abandonado a la lujuria de un seductor; habéis mancillado los hábitos sagrados con vuestra impureza ¿y aún os atrevéis a consideraros digna de mi compasión? ¡Vamos, no me detengáis más! ¿Dónde está la madre priora? —añadió, alzando la voz.

—¡Deteneos! ¡Padre, deteneos! ¡Escuchadme sólo un momento! No me acuséis de impureza, ni creáis que me ha descarriado el ardor de mi temperamento. Mucho antes de que tomase los hábitos, Raimundo era dueño de mi corazón: él me inspiró la más pura e irreprochable pasión, y estaba a punto de convertirse en mi legítimo esposo. Una horrible aventura, y la traición de una pariente, nos separaron al uno del otro: creí que le había perdido para siempre, y entré en el convento impulsada por la desesperación. El azar nos unió otra vez; no fui capaz de renunciar al melancólico placer del mezclar mis lágrimas con las suyas: nos citamos de noche en los jardines de Santa Clara, y en un momento de ofuscamiento violé mi voto de castidad. Pronto seré madre: Reverendo Ambrosio, tened compasión de mí; tened compasión del ser inocente cuya existencia está atada a la mía. Si descubrís mi imprudencia a la superiora, estaremos perdidos los dos: los castigos que asignan las reglas de Santa Clara a las desventuradas como yo son los más severos y crueles. ¡Digno, dignísimo padre! ¡Que vuestra conciencia inmaculada no os vuelva insensible ante los menos capaces de resistir la tentación! ¡Que no sea la misericordia la única virtud que no conmueve vuestro corazón! ¡Apiadaos de mí, reverendísimo padre! ¡Devolvedme la carta y no me condenéis a una muerte inexorable!

—¡Vuestro atrevimiento me confunde! ¿Ocultar vuestro crimen, yo, a quien acabáis de engañar con vuestra fingida confesión? ¡No, hija, no! Os haré un favor más esencial. Os rescataré de la perdición a pesar de vos misma. La penitencia y la mortificación expiarán vuestra culpa, y el rigor os obligará a volver a la senda de la santidad. ¡Eh! ¡Madre Santa Águeda!

—¡Padre! ¡Por todo lo que es sagrado, por cuanto es más caro para vos, os ruego, os suplico…!

—¡Soltadme! No quiero escucharos. ¿Dónde está la superiora? Madre Santa Águeda, ¿dónde estáis?

Se abrió la puerta de la sacristía, y la priora entró en la capilla, seguida de sus monjas.

—¡Cruel! ¡Cruel! —exclamó Inés, soltando el hábito del monje.

Trastornada y desesperada, se arrojó al suelo, golpeándose el pecho y desgarrándose el velo con todo el frenesí de la desesperación. Las monjas se quedaron asombradas ante esta escena. El fraile tendió el fatídico papel a la priora, le contó cómo lo había encontrado, y añadió que a ella correspondía decidir la penitencia que merecía la culpable.

Mientras leía la carta, el semblante de la superiora se iba inflamando de cólera. ¡Cómo! ¡Un crimen semejante cometido en su convento, y conocido por Ambrosio, el ídolo de Madrid, el hombre a quien más deseaba ella dar impresión del rigor y regularidad de su casa! No había palabras para expresar su ira. Se quedó callada y lanzó una mirada de amenaza y malignidad a la monja tendida.

—¡Llevadla al convento! —dijo por fin a algunas de sus acompañantes.

Dos de las monjas más viejas se acercaron ahora a Inés, la levantaron del suelo a la fuerza y se dispusieron a llevársela de la capilla.

—¡Cómo! —exclamó Inés de repente, zafándose con gesto perturbado de las manos que la sujetaban—. ¿No hay ninguna esperanza para mí? ¿Ya me lleváis a castigarme? ¿Dónde estáis, Raimundo? ¡Oh! ¡Salvadme! ¡Salvadme! —Luego, lanzando una mirada frenética al abad, prosiguió—: ¡Escuchadme, hombre sin corazón! ¡Escuchadme, orgulloso, duro y cruel! ¡Podíais haberme salvado, podíais haberme devuelto la felicidad y la virtud, pero no habéis querido! Sois el destructor de mi alma. ¡Sois mi asesino, y sobre vos caerá la maldición de mi muerte y la de mi hijo nonato! ¡Altivo en vuestra virtud hasta ahora inconmovible, habéis despreciado las súplicas de una penitente; pero Dios tendrá piedad, aunque vos no tengáis ninguna! ¿Dónde está el mérito de vuestra cacareada virtud? ¿Qué tentaciones habéis vencido? ¡Cobarde! ¡Vos habéis huido de la seducción, no os habéis enfrentado a ella! ¡Pero ya os llegará el día en que tendréis que poneros a prueba! ¡Oh! ¡Entonces, cuando sucumbáis a las pasiones impetuosas! ¡Cuando sintáis que el hombre es débil, y ha nacido para el error! ¡Cuando, temblando, volváis los ojos hacia vuestros crímenes, y supliquéis con terror la misericordia de Dios, en ese espantoso momento, pensad en mí! ¡Pensad en vuestra crueldad! ¡Pensad en Inés, y perded toda esperanza de perdón!

Y tras proferir estas últimas palabras, la abandonaron todas sus fuerzas y cayó exánime sobre el pecho de una monja que había junto a ella. Inmediatamente la sacaron de la capilla, y sus compañeras salieron detrás.

Ambrosio no había escuchado sus reproches sin emoción. Una secreta opresión en el corazón le hacía comprender que había tratado a la desventurada con excesiva severidad. Así que detuvo a la priora, y se aventuró a decirle unas palabras en favor de la culpable.

—La violencia de la desesperación —dijo— prueba al menos que el vicio no le es familiar. Quizá tratándola con algo menos de rigor de lo que es preceptivo, y mitigando un poco la acostumbrada penitencia…

—¿Mitigarla, padre? —interrumpió la madre priora—; no, creedme. Las reglas de nuestra orden son estrictas y severas; han caído en desuso últimamente. Pero el crimen de Inés me hace ver la necesidad de restaurarlas. Voy a manifestar mi intención al convento, e Inés será la primera en sentir el rigor de esas reglas, que serán observadas al pie de la letra. ¡Adiós, padre!

Y, dicho esto, abandonó apresuradamente la capilla. «He cumplido con mi deber», se dijo Ambrosio a sí mismo.

Sin embargo, esta reflexión no le dejó totalmente satisfecho. Para disipar las desagradables ideas que esta escena había suscitado en él, al abandonar la capilla bajó al jardín de la abadía. No había en todo Madrid lugar más hermoso ni más ordenado. Estaba trazado con el gusto más exquisito. Las flores más escogidas lo adornaban hasta la profusión, y aunque hábilmente distribuidas, parecían plantadas tan sólo por la mano de la naturaleza: las fuentes, brotando de tazas de blanco mármol, refrescaban el aire con una lluvia constante. Y los muros estaban enteramente cubiertos de jazmines, parras y madreselvas. Y la hora añadía belleza al escenario. La luna llena, surcando un cielo azul y sin nubes, derramaba sobre los árboles un resplandor tembloroso, y el agua de las fuentes centelleaba bajo los rayos de plata. Una brisa mansa esparcía la fragancia del azahar por los senderos, y los ruiseñores elevaban su melodioso murmullo desde la protección de una floresta artificial. El abad dirigió sus pasos hacia ese lugar.

En el seno de ese pequeño bosquecillo se abría una gruta rústica que imitaba una ermita. Las paredes estaban construidas con raíces de árboles, y los intersticios rellenos de musgo y de hiedra. A uno y otro lado había trozos de césped, y una cascada natural caía de la roca que había encima. Ensimismado, el monje se acercó a este lugar. Una calma universal inundó su pecho, y una tranquilidad voluptuosa fue sumiendo su espíritu en una especie de languidez.

Llegó a la ermita; e iba a entrar para descansar un poco, cuando se detuvo, al descubrir que ya estaba ocupada. Inclinado en uno de los bancos, había un hombre en melancólica postura. Tenía la cabeza apoyada sobre un brazo, y parecía sumido en honda meditación. El monje se acercó y reconoció a Rosario: lo contempló en silencio, pero no entró en la ermita. Unos minutos después, el joven alzó los ojos y los fijó con tristeza en la pared de enfrente.

—¡Sí! —dijo, con un suspiro profundo y quejumbroso—. ¡Siento toda la dicha de tu situación, y toda la desventura de la mía! ¡Qué feliz sería yo si pudiese pensar igual que tú! ¡Si pudiese, como tú, mirar con aversión al género humano y pudiera enterrarme para siempre en alguna impenetrable soledad, y olvidar que en el mundo hay seres que merecen ser amados! ¡Oh, Dios! ¡Qué bendición sería la misantropía para mí!

—Ese es un pensamiento muy extraño, Rosario —dijo el abad, entrando en la gruta.

—¿Vos aquí, reverendo padre? —exclamó el novicio.

Al tiempo que se levantaba confundido de su sitio, se echó la cogulla apresuradamente sobre la cara. Ambrosio se sentó en el banco, y obligó al joven a sentarse junto a él.

—No debes alentar esta disposición a la melancolía —dijo—; ¿qué es lo que te hace mirar con ojos tan deseosos la misantropía, el más odioso de todos los sentimientos?

—La lectura de estos versos, padre mío, que hasta hoy habían escapado a mi observación. La excepcional claridad de la luna me ha permitido leerlos; y, ¡oh, cómo envidio los sentimientos de su autor!

Diciendo esto, señaló una tableta de mármol fijada en la pared opuesta: en ella estaban grabados los siguientes versos.

INSCRIPCIÓN EN UNA ERMITA

Quienquiera que lea ahora estos versos,
No crea que si, retirado del mundo,
Gozo los días solitarios que paso en este lúgubre desierto,
Que un remordimiento de conciencia herida me arrojó a este [lugar.
Ningún pensamiento de culpa amarga mi pecho,
Libremente huí de las galantes moradas;
Pues vi que en los palacios y torres, la lujuria y el orgullo,
Potencias más caras y negras del demonio, con dignidad [presiden.
Vi a la humanidad encostrada de vicio,
Vi herrumbrosa la espada del honor,
Que a nadie conmueve sino la loca lascivia,
Que era engañado aquel que confiaba en el amor o el amigo,
Y aquí vine, disgustado con el hombre, a acabar mis días.
En esta cueva solitaria, vestido de harapos,
Como un enemigo de la bulliciosa locura
Y sumida mi frente en la melancolía, transcurre mi vida
Y me entrego al oficio divino, y así consumo el día.
Más contento y alegría encuentro yo
En esta cueva, que en tiempos pasados
En el palacio; y elevando el pensamiento al Dios de los cielos,
Cada noche y mañana con voz implorante este deseo elevo yo:
«Déjame, ¡oh, Señor!, salir de esta vida
Sin conocer el fuego de la culpa mundana,
Ni el latido compungido, ni el deseo desatado,
Y cuando muera,
Que expire con esta creencia: “¡Vuelo hacia Dios!”».

Extranjero, si lleno de juventud y de exceso,
Aún no ha roto el pesar tu sosiego,
Aún mirarás, con ojo desdeñoso
La oración del ermitaño;
Pero si tienes motivo para suspirar por tu culpa o tu cuidado,
Si has conocido el enojo de un amor falso,
O vives desterrado de tu nación,
O culpable, te asusta una culpa y por ella desfalleces,
¡Oh! ¡Cuánto debes lamentar tu condición, y envidiar la mía!

—Si le fuera posible al hombre —dijo el fraile— sumergirse en sí mismo hasta el punto de vivir absolutamente de espaldas a la humana naturaleza, y no obstante pudiese conocer la serena tranquilidad que reflejan estos versos, admitiría que tal estado sería más deseable que vivir en un mundo tan plagado de vicios y locuras. Pero jamás se da este caso. Esta inscripción fue colocada ahí como mero ornamento de la gruta, y los sentimientos y el ermitaño son igualmente imaginarios. El hombre ha nacido para la sociedad. Por poco que se sienta vinculado al mundo, jamás lo puede olvidar del todo, ni soportar ser olvidado enteramente por él.

» Disgustado por la culpa y la absurdidad del género humano, el misántropo huye de él. Decide hacerse ermitaño, y se entierra en la caverna de alguna tenebrosa roca. Mientras el odio inflama su pecho, posiblemente se sienta a gusto en su situación. Pero cuando sus pasiones comiencen a enfriarse, cuando el tiempo haya aliviado sus dolores y sanen aquellas heridas que se llevó consigo a su retiro, ¿crees que el gozo será su compañero? ¡Ah, no, Rosario! Al no sentirse ya sostenido por la violencia de sus pasiones, siente toda la monotonía de su forma de vida, y su corazón se hace presa del tedio y el cansancio. Mira a su alrededor, y descubre que está solo en el universo: el amor a la sociedad renace en su pecho, y anhela regresar al mundo que ha abandonado. La naturaleza pierde todo encanto ante sus ojos. No tiene a nadie junto a él que le señale sus bellezas, o comparta su admiración ante su excelencia y variedad. Apoyado en el fragmento de alguna roca, contempla la caída de la cascada con ojos ausentes, mira sin emoción el esplendor del ocaso, y regresa lentamente a su celda en el crepúsculo, pues nadie está ansioso por su llegada. No siente placer en su comida solitaria e insulsa. Se deja caer desalentado e insatisfecho en su lecho de musgo, y despierta sólo para pasar un día tan triste y tan monótono como el anterior.

—¡Me asombráis, padre! Suponiendo que las circunstancias os hubieran condenado a la soledad, ¿no habrían comunicado esa serenidad a vuestro corazón los deberes de la religión y la conciencia de una vida bien empleada…?

—Me engañaría a mí mismo, si lo considerase posible. Estoy convencido de lo contrario, y de que toda mi fortaleza no evitaría que cayese en la melancolía y

el tedio. Después de pasar el día dedicado al estudio, ¡no sabes con cuánto placer me reúno con mis hermanos por la tarde! Después de pasar largas horas en soledad, ¡cómo explicarte la alegría que experimento al ver otra vez a mis semejantes! Es en este aspecto en donde yo sitúo el principal mérito de una institución monástica. Aleja al hombre de las tentaciones del vicio; le concede el reposo necesario para el servicio del Ser Supremo; le ahorra la mortificación de presenciar los crímenes del mundo y, sin embargo, le permite gozar de las bendiciones de la sociedad. *¿Y tú*, Rosario, envidias la vida del ermitaño? ¿Puedes estar tan ciego a la dicha de tu situación? Reflexiona un momento. Esta abadía se ha convertido en tu refugio: tu regularidad, tu mansedumbre, tu talento, te han convertido en objeto de la estima de todos. Estás apartado del mundo al que declaras odiar; sin embargo, sigues en posesión de los beneficios de la sociedad, de una sociedad compuesta por los hombres más apreciables.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Esa es la causa de mi tormento! ¡Feliz habría sido mi vida si la hubiese pasado entre los viciosos y los disolutos! ¡Ojalá no hubiese oído pronunciar jamás el nombre de la virtud! ¡Es mi adoración ilimitada de la religión, es la intensa sensibilidad de mi alma para la belleza de la pureza y el bien, lo que me llena de vergüenza! ¡Lo que me empuja a la perdición! ¡Oh! ¡Ojalá no hubiese visto jamás los muros de esta abadía!

—¡Cómo, Rosario! La última vez que estuvimos juntos hablabas en un tono diferente. ¿En tan poca cosa se ha convertido mi amistad? De no haber visto los muros de esta abadía, jamás me habrías conocido a mí. ¿Es ese realmente tu deseo?

—¿No os habría visto jamás? —repitió el novicio, levantándose del banco, y cogiendo la mano del fraile frenéticamente—. ¿Vos? ¿Vos? ¡Ojalá hubiera hecho Dios que un rayo cegara mis ojos, antes de llegar a veros! ¡Ojalá hubiera querido Dios que no os hubiese vuelto a ver, y que pudiera olvidar haberos visto jamás!

Con estas palabras, salió corriendo de la gruta. Ambrosio permaneció donde estaba, reflexionando sobre la inexplicable conducta del joven. Le pareció que había perdido el juicio; sin embargo, su actitud general, la coordinación de sus ideas y la serenidad de su comportamiento hasta el momento de abandonar la gruta, parecía desmentir esta hipótesis. Unos minutos después, regresó Rosario. Se sentó nuevamente en el banco. Apoyó una mejilla sobre una mano y con la otra se enjugó las lágrimas que le resbalaban de cuando en cuando de los ojos.

El monje le miró con compasión y se abstuvo de interrumpir sus meditaciones. Durante un rato, los dos guardaron un profundo silencio. El ruiseñor se había posado ahora en un naranjo que había enfrente de la ermita y derramaba un trino de lo más triste y melodioso. Rosario alzó la cabeza y escuchó con atención.

—Así —dijo, dejando escapar un profundo suspiro—; así es como, durante el

último y desventurado mes de su vida, solía sentarse mi hermana a escuchar los ruiseñores. ¡Pobre Matilde! Ahora duerme en su tumba, y su roto corazón no late ya de pasión.

—¿Tenías una hermana?

—Decís bien: *tenía*. ¡Ay! Ahora ya no la tengo. Pereció bajo el peso de sus desventuras en la misma primavera de la vida.

—¿Cuáles eran esas desventuras?

—No son de las que conmueven *vuestra* piedad. No conocéis el poder de esos irresistibles, esos fatales sentimientos de los que es presa el corazón. Padre, ella amaba desventuradamente. Su pasión por un hombre dotado de todas las virtudes, o más bien diría de la divinidad, resultó fatal para su existencia. Su noble figura, su carácter inmaculado, sus diversos talentos, su sólida, maravillosa y gloriosa sabiduría, podían haber inflamado el pecho más insensible. Mi hermana le vio, y se atrevió a amarle, aunque jamás osó esperar nada.

—Si tan bien había encauzado su amor, ¿qué le impedía a ella abrigar la esperanza de ser correspondida?

—¡Padre, antes de conocerla él, Julián ya había dado promesa a la mujer más pura y más celestial! Sin embargo, mi hermana aún le amaba, y por amor al esposo, amó con locura a la esposa también. Una mañana encontró el medio de escapar de casa de nuestro padre. Vestida con ropas humildes, se ofreció como sirvienta a la esposa del amado, y esta la aceptó. Entonces estuvo continuamente en su presencia: se esforzó por granjearse su favor, y lo consiguió. Sus atenciones despertaron el interés de Julián. Los virtuosos son siempre agradecidos, de modo que distinguió a Matilde por encima del resto de sus compañeras.

—¿Y tus padres, no la buscaron? ¿Aceptaron dócilmente su pérdida, sin intentar recobrar a la hija extraviada?

—Antes de que la pudieran encontrar, ella misma se descubrió. Su amor se volvió demasiado violento para poder ocultarlo. Sin embargo, no deseaba la persona de Julián, ella sólo ambicionaba una parte de su corazón. En un momento de impremeditación, ella le confesó su afecto. ¿Cuál fue la recompensa? Enamorado de su esposa, y convencido de que una mirada de compasión a otra era como robarle algo a ella, echó a Matilde de su presencia. Le prohibió volver a presentarse más ante él. Su severidad le destrozó el corazón: regresó a casa de nuestro padre, y a los pocos meses la llevaban a la tumba.

—¡Desventurada muchacha! Evidentemente, el destino fue demasiado severo con ella, y Julián demasiado cruel.

—¿Lo creéis así, padre? —exclamó el novicio con vivacidad—. ¿Consideráis que fue demasiado cruel?

—Desde luego, y la compadezco muy sinceramente.

—¿La compadecéis? ¿La compadecéis? ¡Oh! ¡Padre! ¡Padre! ¡Entonces

compadecedme a mí!

El fraile dio un respingo; luego, tras un momento de pausa, Rosario añadió con voz insegura:

—Pues mis sufrimientos son aún mayores. Mi hermana tenía un amigo, un amigo de verdad, que se apiadaba de la agudeza de sus sentimientos, y no le censuraba su incapacidad para reprimirlos. Yo… ¡Yo no tengo ningún amigo! ¡En todo el ancho mundo no hay un solo corazón que quiera compartir los sufrimientos del mío!

Al pronunciar estas palabras, sollozó audiblemente. El fraile se conmovió. Le cogió la mano, y se la apretó con ternura.

—¿No tienes amigo, dices? ¿Entonces qué soy yo? ¿Por qué no confías en mí, a qué tienes miedo? ¿A mi severidad? ¿La he empleado alguna vez contigo? ¿La dignidad de mi hábito? Rosario, deja a un lado al monje, y te ruego que no me consideres más que como tu amigo, tu padre. Bien puedo adoptar ese título, pues jamás ha velado un padre por su hijo con el afecto que velo yo por ti. Desde el momento en que te vi por primera vez, sentí que en mi pecho se despertaban unos sentimientos que hasta entonces desconocía; noté que tu compañía me producía un gozo que no me proporcionaba la de ningún otro; y al comprobar la magnitud de tu genio y tu saber, me congratulé como un padre ante las perfecciones de su hijo. Así que desecha tus temores; háblame con franqueza. Háblame, Rosario, y dime que confías en mí. Si mi ayuda y mi piedad pueden aliviar tu desventura…

—¡Sí que pueden! ¡Sólo las vuestras pueden! ¡Ah! ¡Padre, cómo desearía poder desvelaros mi corazón! ¡Cómo desearía confesaros el secreto que me agobia! ¡Pero tengo miedo! ¡Tengo miedo!

—¿De qué, hijo mío?

—De que me odiéis por mi debilidad; de que la recompensa a mi confianza sea la pérdida de vuestra estima.

—¿Cómo podría yo tranquilizarte? Piensa en toda mi conducta pasada, en la paternal ternura que he mostrado siempre contigo. ¿Odiarte, Rosario? No me sería posible. Perder tu compañía significaría privarme del mayor placer de mi vida. Así que cuéntame qué te aflige, y créeme si juro solemnemente…

—¡Deteneos! —interrumpió el novicio—; juradme que, cualquiera que sea mi secreto, no me obligaréis a abandonar el monasterio hasta haber concluido mi noviciado.

—Os lo prometo sinceramente, y como mantengo yo la promesa que te hago, mantenga Cristo la que hizo al hombre. Ahora explícame este misterio y confía en mi indulgencia.

—Os obedezco. Sabed pues… ¡Oh! ¡Cómo tiemblo a la hora de decirlo! Escuchadme con compasión, venerado Ambrosio. ¡Apelad a toda chispa latente de humana debilidad que pueda ayudaros a compadecer la mía! ¡Padre! —

prosiguió, arrojándose a los pies del fraile y besándole la mano con ansiedad, mientras la agitación ahogaba momentáneamente su voz—. ¡Padre! —continuó, con acento vacilante—, ¡soy mujer!

El abad se estremeció ante esta inesperada confesión. Prosternado en el suelo, el falso Rosario parecía aguardar en silencio la decisión de su juez. El estupor del uno, y el temor del otro, les tuvieron encadenados en las mismas actitudes durante unos minutos, como tocados por la varita de un mago. Por último, recobrándose de su confusión, el monje abandonó la gruta y se encaminó apresuradamente a la abadía. Su acción no pasó inadvertida a la suplicante. Se levantó inmediatamente del suelo y corrió tras él, le alcanzó, se arrojó a sus pies y se abrazó a sus rodillas. Ambrosio forcejeó en vano para librarse de este abrazo.

—¡No huyáis de mí! —exclamó—. ¡No me abandonéis al impulso de la desesperación! ¡Dejad que justifique mi imprudencia! ¡Confieso que la historia de mi hermana es la mía propia! Soy Matilde; y vos sois su amado.

Si la sorpresa de Ambrosio fue grande al principio, esta segunda confesión rebasó todos los límites. Atónito, confundido e indeciso, se sintió incapaz de pronunciar una sílaba, y se quedó mirando en silencio a Matilde; esto le dio a ella ocasión de proseguir su explicación de este modo:

—No penséis, Ambrosio, que he venido a robaros a la esposa de vuestros afectos. No, creedme, sólo la religión es digna de vos; está muy lejos de los deseos de Matilde apartaros de la senda de la virtud. Lo que siento por vos es amor, no concupiscencia. Aspiro a poseer vuestro corazón, no ambiciono gozar de vuestra persona. Dignaos escuchar mi justificación: en unos momentos os convenceréis de que este sagrado retiro no queda manchado por mi presencia, y que podéis concederme vuestra compasión sin transgredir ninguno de vuestros votos —se sentó; y Ambrosio, casi sin saber lo que hacía, siguió su ejemplo.

Luego ella prosiguió su discurso:

—Yo procedo de una distinguida familia: mi padre era primogénito de la noble casa de Villanegas. Murió siendo yo niña, y me nombró heredera única de sus inmensas posesiones. Joven y rica, me pretendieron los jóvenes más nobles de Madrid. Pero ninguno consiguió conquistar mis afectos. Yo me había educado bajo la custodia de un tío, dotado del más sólido juicio y la más vasta erudición. Le encantaba transmitirme algo de su sabiduría. Bajo su instrucción, mi entendimiento adquirió más fuerza y precisión de las que suelen ser normales en mi sexo. Ayudada la habilidad de mi preceptor por mi natural curiosidad, no sólo hice considerables progresos en las ciencias universalmente estudiadas, sino en otras asequibles a muy pocos, y rechazadas por la censura en la ceguera de su superstición. Pero a la vez que mi guardián se esforzaba en ensanchar la esfera de mis conocimientos, me fue inculcando todos los preceptos morales. Me hizo ver la belleza de la religión; me enseñó a mirar con veneración a los puros y

virtuosos, y, ¡ay de mí! ¡Le he obedecido demasiado bien!

» En tales disposiciones, juzgad si podría yo observar con otro sentimiento que el de aversión el vicio, la disipación y la ignorancia, que deshonran a nuestros jóvenes españoles. Rechacé todos los ofrecimientos con desprecio. Mi corazón permaneció sin dueño, hasta que el azar me condujo a la catedral de los capuchinos. ¡Oh! ¡Sin duda aquel día mi ángel de la guarda se durmió, dejando abandonado su puesto! Entonces os vi por primera vez; ocupabais el lugar del superior, ausente por enfermedad. No podéis dejar de recordar el vivo entusiasmo que despertó vuestro sermón. ¡Oh! ¡Cómo bebía yo vuestras palabras! ¡Cómo parecía transportarme vuestra elocuencia! Apenas me atrevía a respirar, por temor a perderme una sílaba; y mientras hablabais, parecía que una aureola de radiante gloria rodeaba vuestra cabeza, y que de vuestro semblante emanaba la majestad de un dios. Me retiré de la iglesia inflamada de admiración. Desde aquel momento, os convertisteis en el ídolo de mi corazón, en el perpetuo objeto de mis meditaciones. Hice averiguaciones sobre vos. Las informaciones que me llegaron de vuestro modo de vida, de vuestra sabiduría, piedad y abnegación reforzaron las cadenas que me había impuesto vuestra elocuencia. Comprendí que mi corazón ya no estaba vacío; que había encontrado al hombre al que hasta entonces había buscado en vano. Con el anhelo de volveros a oír, visité todos los días vuestra catedral: vos permanecíais recluido entre los muros de la abadía, y me veía obligada a retirarme siempre decepcionada y desdichada. La noche se mostraba más benévola conmigo, pues entonces me visitabais en sueños. Me prometíais eterna amistad. Me llevabais por los senderos de la virtud, y me ayudabais a soportar las vejaciones de la vida. La madrugada disipaba estas gratas visiones; al despertar, me hallaba separada de vos por barreras que parecían insuperables. El tiempo parecía aumentar la fuerza de mi pasión: me fui sumiendo en una melancolía y abatimiento aún mayores. Finalmente, no pudiendo vivir en este estado de tortura, decidí adoptar el disfraz en que ahora me veis. Mi artificio fue afortunado, pues fui recibida en el monasterio y conseguí ganarme vuestra estima.

» Ahora hubiera podido sentirme completamente feliz, de no haber venido a turbar mi paz el temor de ser descubierta. El placer que disfrutaba con vuestra compañía lo agriaba el pensamiento de que quizá no tardaría en verme privada de ella; y el corazón me latía con tanta intensidad cuando obtenía alguna prueba de vuestra amistad, que me convencí de que no podría sobrevivir a su pérdida. Así que decidí no dejar ninguna posibilidad de que se descubriese casualmente mi sexo, confesároslo todo a vos y entregarme enteramente a vuestra compasión y misericordia. ¡Ah, Ambrosio! ¿Acaso me he equivocado? ¿Vais a ser menos generoso de lo que yo os creía? No quiero suponerlo. No arrastraréis a una desdichada a la desesperación. ¡Aún me permitiréis veros, conversar con vos, adoraros! Vuestras virtudes serán para mí un ejemplo a lo largo de toda mi vida.

Y cuando expiremos, nuestros cuerpos descansarán en la misma sepultura.

Guardó silencio. Mientras estuvo hablando, mil sentimientos contrapuestos se debatían en el pecho de Ambrosio. La sorpresa ante su inesperada revelación, el resentimiento ante su osadía al ingresar en el monasterio, la conciencia de la severidad con que le correspondía contestar, eran sentimientos de los que se daba cuenta. Pero había otros también, de los que no se percataba. No percibía que su vanidad se sentía halagada ante las alabanzas a su elocuencia y su virtud; de que sentía un secreto placer al ver que una mujer joven, y hermosa al parecer, había abandonado el mundo por él, y había sacrificado toda otra pasión a la que él le había inspirado; y aún se daba menos cuenta de que su corazón latía de deseo mientras sentía en su mano la dulce presión de los delicados dedos de Matilde.

Gradualmente, se recobró de su ofuscamiento. Sus ideas se hicieron menos perplejas; se dio cuenta inmediatamente de la extremada insensatez que suponía el consentir que Matilde permaneciese en la abadía, después de revelar su sexo. De modo que adoptó un aire de severidad y retiró la mano.

—¡Vamos, señora! —dijo—; ¿acaso esperáis realmente que os conceda permiso para permanecer entre nosotros? Y aun cuando yo accediese a ello, ¿qué beneficio podría derivarse de ello? ¿Creéis que yo podría corresponder a un afecto que…?

—¡No, padre, no! Yo no espero inspiraros un amor como el mío. Yo sólo deseo la libertad de estar cerca de vos, pasar algunas horas al día en vuestra compañía; obtener vuestra compasión, vuestra amistad y estima. Creo que mi petición no es desorbitada.

—¡Pero reflexionad, señora! Reflexionad un momento cuán impropio sería que yo diese cobijo a una mujer en la abadía; a una mujer, además, que confiesa que me ama. No puede ser. El riesgo de que os descubran es demasiado grande, y no quiero exponerme a tan peligrosa tentación.

—¿Tentación, decís? Olvidad, padre, que soy mujer, y no existirá. Consideradme sólo como un amigo, como un desventurado cuya felicidad, cuya vida, depende de vuestra protección. No temáis que vaya a recordaros que el amor más impetuoso, el más desatado, me ha impulsado a disfrazar mi sexo; o que, instigada por deseos ofensivos para *vuestros* votos y para mi propio honor, intente apartaros del sendero de la rectitud. No, Ambrosio; aprended a conocerme mejor. Yo os amo por vuestras virtudes: perdedlas, y con ellas perderéis mi afecto. Os miro como a un santo. Probadme que no sois más que un hombre, y os dejaré con repugnancia. ¿Vais entonces a temer de mí la tentación? ¿De mí, en quien los deslumbrantes placeres del mundo no despertaron otro sentimiento que el de desprecio? ¿De mí, cuyo afecto se basa en vuestra carencia de toda debilidad humana? ¡Oh! ¡Desechad tales aprensiones perniciosas! Pensad más noblemente de mí; pensad más noblemente de vos. Yo soy incapaz de induciros al pecado; y sin duda vuestra virtud está cimentada sobre una base

demasiado firme para que la hagan tambalearse unos deseos injustificables. ¡Ambrosio, queridísimo Ambrosio! ¡No me arrojéis de vuestra presencia; recordad vuestra promesa y autorizadme a que me quede!

—Imposible, Matilde; es *vuestro* interés el que me obliga a rechazar vuestra súplica, ya que tiemblo por vos, no por mí. Después de vencer las ebulliciones de la juventud; después de pasar treinta años de mortificación y penitencia, podría permitir que os quedarais sin peligro, y sin temor a que me inspiraseis sentimientos más cálidos que el de la mera compasión. Pero vuestra permanencia en la abadía no puede traeros más que fatales consecuencias. Interpretaríais mal todas mis palabras y mis acciones. Aprovecharíais con avidez todas las ocasiones que os alentasen a esperar una correspondencia a vuestro afecto. Insensiblemente, vuestras pasiones predominarían sobre vuestra razón; y lejos de reprimirlas mi presencia, cada momento que pasáramos juntos no serviría más que para irritarlas y excitarlas. ¡Creedme, desventurada mujer! Tenéis mi sincera compasión. Estoy convencido de que hasta aquí habéis actuado con los más puros motivos. Pero aun cuando sois ciega a la imprudencia de vuestra conducta, sería culpable en mí el no abriros los ojos. Me doy cuenta de que el deber me obliga a trataros con rudeza: debo rechazar vuestra súplica y disipar toda sombra de esperanza que contribuya a alentar sentimientos tan perniciosos para vuestra paz: Matilde, tendréis que iros de aquí mañana.

—¿Mañana, Ambrosio? ¿Mañana? ¡Oh! ¡Sin duda no lo decís en serio! ¡No podéis decidir arrojarme a la desesperación! ¡No podéis tener la crueldad…!

—Habéis oído mi decisión, y debéis obedecer. Las reglas de nuestra orden prohíben que permanezcáis aquí. Sería perjurio ocultar el hecho de que hay una mujer entre estos muros, y mis votos me obligarían a declarar vuestra historia a la comunidad. ¡Debéis marcharos de aquí! ¡Os compadezco, pero no puedo hacer nada más!

Pronunció estas palabras con voz débil y temblorosa. Luego, levantándose de su asiento, se dispuso a regresar apresuradamente al monasterio. Matilde profirió un grito, echó a correr tras él y le detuvo.

—¡Esperad un instante, Ambrosio! ¡Permitid que os diga una cosa!

—¡No quiero escucharos! ¡Soltadme! ¡Ya sabéis mi decisión!

—¡Sólo una palabra! ¡Una sola, y habré terminado!

—¡Dejadme! ¡Son inútiles vuestras súplicas! ¡Deberéis marcharos mañana!

—¡Id, pues, bárbaro! Pero aún me queda este recurso.

Diciendo esto, sacó de pronto un puñal: se desgarró el hábito y apoyó la punta del arma contra su pecho.

—¡Padre, no saldré viva de estos muros!

—¡Deteneos! ¡Deteneos, Matilde! ¿Qué vais a hacer?

—Vos estáis decidido, y yo también. En el instante en que me dejéis me hundiré este acero en el corazón.

—¡San Francisco bendito! ¡Matilde, habéis perdido el juicio! ¿Os dais cuenta de las consecuencias de vuestra acción? ¿De que el suicidio es el más grande de los crímenes? ¿De que destruiréis vuestra alma? ¿De que perderéis vuestra posibilidad de salvación? ¿De que os enviará a la condenación eterna?

—¡No me importa! ¡No me importa! —replicó ella apasionadamente—. ¡O me conduce vuestra mano al paraíso, o me arroja la mía a la perdición! ¡Hablad, Ambrosio! ¡Decid que ocultaréis mi historia, que seguiré siendo vuestro amigo y compañero, o este puñal beberá mi sangre!

Al tiempo que pronunció estas palabras, alzó el brazo e hizo el movimiento como para clavárselo. Los ojos del fraile siguieron espantados la trayectoria de la daga. Matilde se había rasgado el hábito y su pecho quedaba medio al aire. Apoyó la punta del arma sobre el seno izquierdo. Y ¡oh, qué seno! La luna, iluminándolo de lleno, permitió al monje observar su deslumbrante blancura. Sus ojos se demoraron ávidos en la hermosa redondez. Una sensación hasta entonces desconocida inundó su corazón, con una mezcla de ansiedad y placer. Un fuego abrasador le recorrió todos los miembros. La sangre hirvió en sus venas, y mil deseos insensatos aturdieron su imaginación.

—¡Deteneos! —exclamó con voz entrecortada—. ¡No puedo resistirlo más! ¡Quedaos pues, hechicera! ¡Quedaos para mi perdición!

Y abandonando precipitadamente el lugar, se retiró al monasterio. Llegó a su celda y se arrojó sobre el lecho trastornado, indeciso y confundido.

Durante un rato fue incapaz de ordenar sus ideas. La escena en que acababa de verse envuelto había suscitado tal diversidad de sentimientos en su pecho que fue incapaz de determinar cuál predominaba. No sabía qué actitud debía adoptar frente a esta perturbadora de su paz. Era consciente de que la prudencia, la religión y el decoro exigían obligarla a abandonar la abadía. Pero por otra parte, había razones tan poderosas que la autorizaban a quedarse, que se sentía demasiado inclinado a permitirle que lo hiciera. No podía evitar sentirse halagado por la declaración de Matilde, y por el hecho de haber conquistado impremeditadamente un corazón que había resistido los asedios de los más nobles caballeros de España. El modo en que había ganado su afecto era también de lo más satisfactorio para su vanidad: recordaba las muchas horas dichosas que había pasado en compañía de Rosario, y sentía miedo al vacío que su marcha dejaría en su corazón. Pero además, reflexionó, como Matilde era rica, su favor podía ser de gran beneficio para la abadía.

« ¿Y qué riesgo corro yo —se dijo— dejándola que se quede? ¿No puedo fiar sin peligro en sus afirmaciones? ¿Acaso no puedo olvidar con facilidad su sexo, y seguir considerándola mi amigo y discípulo? Sin duda su amor es tan puro como lo describe. De haber sido fruto de la mera licencia, ¿lo habría ocultado durante tanto tiempo en su pecho? ¿No habría empleado algún medio de procurarle satisfacción? En cambio, ha hecho todo lo contrario. Se ha esforzado en

ocultarme su propio sexo; y nada, de no ser por el temor a que mis insistencias la descubriesen, la habría obligado a revelar el secreto. Ha cumplido con los deberes de la religión tan estrictamente como yo. No ha hecho intento alguno de excitar mis pasiones dormidas, ni ha conversado conmigo hasta esta noche acerca del amor. De haber estado deseosa de ganarse mi afecto y no mi estima, no me habría ocultado sus encantos tan cuidadosamente. Hasta este mismísimo momento no le he visto la cara; aunque ciertamente deben de ser un rostro precioso y un cuerpo hermoso los suyos, a juzgar por su… por lo que he visto».

Al cruzarle esta última idea por la imaginación, un rubor le encendió las mejillas. Alarmado por los sentimientos a los que acababa de abandonarse, se entregó a la oración; se levantó de su lecho, se arrodilló ante la hermosa Virgen e imploró su ayuda para sofocar tan culpables emociones. Luego regresó a la cama y se abandonó al sueño.

Se despertó enfebrecido y cansado. Durante el sueño, su inflamada imaginación no había cesado de girar en torno a escenas voluptuosas. Había soñado que Matilde estaba ante él, y que volvía a demorar sus ojos en su seno desnudo. Ella le repetía sus protestas de amor eterno, le arrojaba los brazos alrededor de su cuello y le cubría de besos. Él se los devolvía: la estrechaba apasionadamente contra su pecho y… se disipaba la escena. A veces, sus sueños le presentaban la imagen de su Virgen predilecta, e imaginaba que estaba de rodillas ante ella. Al ofrecerle sus votos, los ojos de la imagen parecían mirarle con inefable dulzura. Posaba sus labios en los del retrato, y los encontraba cálidos: la animada figura del cuadro salía de la tela, le abrazaba afectuosamente, y sus sentidos eran incapaces de soportar la intensidad de tanto placer. Tales eran las escenas que ocuparon su cerebro durante el sueño. Sus deseos insatisfechos le presentaron las imágenes más sensuales y provocativas, y le sumergieron en goces que hasta entonces había ignorado.

Se levantó de su lecho lleno de confusión ante el recuerdo de esos sueños. Asimismo, se sentía avergonzado al pensar en las razones que la noche anterior le indujeron a autorizar a Matilde a quedarse. Ahora se había disipado la nube que le había ofuscado el juicio. Se estremeció al contemplar los argumentos en sus verdaderos colores, y vio que había sucumbido a la adulación, a la avaricia, al amor propio. Si en una hora de conversación Matilde había producido en él un cambio tan considerable de sentimientos, ¿qué no podía esperar, si permanecía más tiempo en la abadía? Consciente del peligro que le acechaba, despertó de su sueño de confianza, y decidió insistir en que se marchase sin demora. Empezaba a comprender que no era tan invulnerable a la tentación, y que por mucho que Matilde se mantuviese dentro de los límites de la modestia, él se sentía incapaz de enfrentarse con estas pasiones, de las que equivocadamente se creía exento.

—¡Inés! ¡Inés! —exclamó, en medio de sus tribulaciones—. ¡Ya empiezo a sentir tu maldición!

Abandonó su celda, dispuesto a expulsar al fingido Rosario. Asistió a los maitines, pero sus pensamientos estaban ausentes, y prestó al oficio escasa atención. Su corazón y su cerebro estaban llenos de objetos mundanos, y rezó sin devoción. Terminado el oficio, bajó al jardín, dirigió sus pasos hacia el mismo lugar en el que tan embarazoso descubrimiento había hecho la noche anterior. No dudaba que Matilde iría a buscarle allí: y no se equivocó. Poco después entró ella en la ermita, y se acercó al monje con timidez. Tras unos minutos, durante los cuales permanecieron en silencio, pareció ella como a punto de hablar. Pero el abad, que había estado hasta ahora haciendo acopio de toda su resolución, la interrumpió apresuradamente. Aunque ignoraba aún cuán vasto era el influjo de su voz, temía su melodiosa seducción.

—Sentaos a mi lado, Matilde —dijo, adoptando una expresión de firmeza, aunque evitando cuidadosamente el más mínimo asomo de severidad—; escuchadme con paciencia, y creed que lo que voy a deciros no está motivado tanto por mi propio interés como por el vuestro. Creed que siento por vos la más cálida amistad, la más sincera compasión, y que no podéis sentiros más apenada de lo que me siento yo al teneros que decir que no debemos volver a vernos.

—¡Ambrosio! —exclamó ella con una voz que expresaba a la vez sorpresa y dolor.

—¡Serenaos, amigo mío, mi buen Rosario! ¡Dejadme que os llame por este nombre tan querido para mí! Nuestra separación es inevitable; me avergüenza confesar cuán sensiblemente me afecta… Pero así debe ser. Me siento incapaz de trataros con indiferencia, y esa misma convicción me obliga a insistir en vuestra marcha. Matilde, no debéis permanecer más tiempo aquí.

—¡Oh!, ¿dónde buscaré ahora sinceridad? Hastiada de un mundo insincero, ¿en qué región dichosa se oculta la verdad? Padre, yo esperaba que imperase aquí; yo creía que vuestro pecho era su altar predilecto. ¿Así que también vos demostráis ser falso? ¡Oh, Dios! ¿También vos podéis traicionarme?

—¡Matilde!

—¡Sí, padre, sí! Os reprocho, con toda justicia. ¡Oh!, ¿dónde están vuestras promesas? Mi noviciado no ha expirado, y, sin embargo, me obligáis a abandonar el monasterio. ¿Podéis tener valor para arrojarme de vuestra presencia? ¿No me habéis hecho solemne juramento de lo contrario?

—Yo no os obligo a que abandonéis el monasterio; habéis recibido mi solemne juramento de lo contrario. Pero si apelo a vuestra generosidad al declararos las turbaciones en que me sume vuestra presencia, ¿no me relevaréis de ese juramento? Pensad en lo peligroso que sería si esto se descubriese, en el oprobio en que me hundiría semejante contingencia. Considerad que están en juego mi honor y mi reputación, y que mi paz espiritual depende de vuestro consentimiento. Hasta ahora mi corazón ha sido libre. Me separaré de vos con pesar, aunque no con desesperación. Quedaos, y en pocas semanas habréis

sacrificado mi felicidad en el altar de vuestros encantos. ¡Sois demasiado atractiva, demasiado afectuosa! ¡Os amaría! ¡Me volvería loco por vos! ¡Mi pecho acabaría siendo presa de deseos que el honor y mi profesión me prohíben satisfacer! Si los reprimiera, la impetuosidad de mis deseos insatisfechos me arrastraría a la locura; y si cediera a la tentación, sacrificaría a un momento de placer culpable mi reputación en este mundo y mi salvación en el otro. Así que apelo a vos para que me defendáis de mí mismo. ¡Preservadme de convertirme en víctima de los remordimientos! *Vuestro* corazón ha sentido ya las angustias del amor sin esperanza. ¡Oh, si de veras me amáis, ahorrad al mío esas angustias! Libradme de esa promesa; huid de estos muros. Si os marcháis, os acompañarán mis más fervientes plegarias en favor de vuestra felicidad, así como mi amistad, estima y admiración. Si os quedáis, os convertiréis para mí en fuente de peligros, de sufrimiento, ¡y de desesperación! Respondedme, Matilde: ¿cuál es vuestra decisión? —Ella siguió callada—. ¿No decís nada, Matilde? ¿No queréis darme a conocer vuestra decisión?

—¡Cruel! ¡Cruel! —exclamó Matilde, retorciéndose las manos con agonía—. ¡De sobra sabéis que no me dais a elegir! ¡De sobra sabéis que no tengo otra voluntad que la vuestra!

—¡Entonces no me había equivocado! La generosidad de Matilde es tan inmensa como yo esperaba.

—Sí; demostraré la sinceridad de mi afecto sometiéndome a la sentencia que me destroza el corazón. Os devuelvo vuestra promesa. Hoy mismo abandonaré el monasterio. Tengo una pariente, la abadesa de un convento de Extremadura: acudiré a ella, y abandonaré el mundo para siempre. Pero decidme, padre, ¿me acompañarán vuestros parabienes en mi soledad? ¿Apartaréis alguna vez vuestra atención de los objetos divinos para dedicarme un pensamiento a mí?

—¡Ah, Matilde, me temo que pensaré en vos demasiadas veces para mi serenidad!

—Entonces, no deseo nada más, salvo que podamos reunirnos en el cielo. ¡Adiós, amigo mío! ¡Ambrosio mío! ¡Pero antes, desearía con toda el alma llevarme alguna prenda en señal de vuestro afecto!

—¿Qué podría daros?

—Algo… cualquier cosa. Una de esas flores será suficiente. —Y señaló un rosal que había plantado en la puerta de la gruta—. La ocultaré en mi pecho; y cuando muera las monjas la descubrirán marchita sobre mi corazón.

El fraile fue incapaz de hablar: con el paso lento y el alma agobiada por la aflicción, salió de la ermita. Se acercó al arbusto, se inclinó a coger una de las rosas. De pronto, profirió un grito penetrante, retrocedió apresuradamente y dejó caer la flor, que ya había cortado. Matilde, al oír el grito, corrió ansiosa hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¡Contestadme, por el amor de Dios! ¿Qué ha sucedido?

—¡Acabo de recibir la muerte! —contestó con voz desfallecida—. Oculta entre las rosas…, una serpiente…

Aquí se hizo tan intenso el dolor de la herida, que su naturaleza fue incapaz de soportarlo. Le abandonaron los sentidos y se desplomó exánime en los brazos de Matilde.

La angustia de esta fue indescriptible. Se mesó los cabellos, se golpeó el pecho, y no atreviéndose a abandonar a Ambrosio, comenzó a llamar con grandes voces a los monjes para que acudiesen en su auxilio. Lo consiguió finalmente. Alarmados por sus gritos, acudieron presurosos varios hermanos al lugar, y transportaron al superior de la abadía. Le acostaron inmediatamente, y el monje que ejercía las funciones de cirujano en la comunidad se dedicó a examinar la herida. La mano de Ambrosio se había hinchado considerablemente. Los remedios que le habían administrado, es cierto, le devolvieron la vida, pero no los sentidos; desvariaba, presa de todos los horrores del delirio, echaba espumarajos por la boca, y cuatro de los monjes más fornidos apenas podían tenerle sujeto en la cama.

El padre Pablos, que así se llamaba el cirujano, examinó rápidamente la mano. Los monjes rodeaban el lecho, aguardando ansiosamente el veredicto. Entre estos, el fingido Rosario no parecía el menos afectado por la calamidad del fraile. Miraba al paciente con indecible angustia; y los gemidos que a cada instante escapaban de su pecho bastaban para delatar la violencia de su aflicción.

El padre Pablos sajó la herida. Al retirar su lanceta, vio la punta teñida de un humor verdoso. Movió la cabeza pesarosamente, y se apartó de la cama.

—Es lo que me temía —dijo—. No hay esperanza.

—¿No hay esperanza? —exclamaron los monjes al unísono—. ¿Que no hay esperanza, decís?

—Por los efectos tan inmediatos, sospechaba que le ha picado un cientipedoro: el veneno que veis en la lanceta confirma mi idea. No vivirá más de tres días.

—¿Y no puede haber remedio posible? —preguntó Rosario.

—Si no se le extrae el veneno, no tiene salvación; y para mí aún sigue siendo un secreto el modo de extraerlo. Todo lo que puedo hacer es aplicarle hierbas a la herida para aliviarle el dolor. El paciente recobrará los sentidos. Pero el veneno corromperá toda la masa de su sangre, y a los tres días dejará de existir.

Excesiva fue la universal aflicción al oír esta sentencia. Vendó Pablos la herida como había prometido, y luego se retiró, seguido de sus compañeros; sólo se quedó Rosario en la celda al habérsele asignado, a instancias suyas, el cuidado del abad. Ambrosio, sin fuerzas después de la violencia de sus esfuerzos, había caído en un profundo sopor. Tan completamente agotado estaba por el cansancio que apenas manifestaba signos de vida. Y aún se encontraba en este estado cuando regresaron los monjes para ver si se había operado algún cambio. Retiró

Pablos la venda que cubría la herida, movido más por la curiosidad que por la esperanza de descubrir algún síntoma favorable. ¡Y cuál no fue su asombro, cuando descubrió que la inflamación había desaparecido completamente! Pinchó la mano: su lanceta salió limpia y sin mancha. No se veía señal alguna de veneno. Y de no apreciarse de manera visible el orificio, aún habría puesto en duda Pablos que hubiese existido herida de ninguna clase.

Comunicó la noticia a los hermanos: la alegría sólo fue comparable a la sorpresa. Este último sentimiento, sin embargo, lo disipó al explicar la circunstancia de acuerdo con sus propias ideas. Estaban convencidos de que su superior era un santo, y pensaban que nada más natural que el que San Francisco hubiera hecho un milagro en su favor. Esta opinión fue acogida unánimemente. Y la declararon tan ruidosamente, y vociferaron « ¡Milagro! ¡Milagro!» con tanto fervor que no tardaron en turbar los sueños de Ambrosio.

Inmediatamente, los monjes se agruparon alrededor de su cama, y le expresaron su alegría ante la prodigiosa recuperación. Había recobrado completamente sus sentidos y no sentía nada, salvo una cierta languidez y debilidad. Pablos le administró una medicina tonificante y le aconsejó que guardase cama dos días. Luego se retiró, recomendando al paciente que no hablase demasiado, sino que procurase descansar. Los demás monjes siguieron su ejemplo, y el abad y Rosario se quedaron sin testigos.

Durante unos minutos, Ambrosio contempló a su acompañante con una mezcla de placer y aprensión. Ella estaba sentada en el borde de la cama, con la cabeza inclinada y cubierta como siempre con la cogulla del hábito.

—¿Aún estáis aquí, Matilde? —dijo el fraile al fin—. ¿No estáis satisfecha con haberme puesto en ocasión tan próxima a la muerte que nada sino un milagro ha podido salvarme de la tumba? ¡Ah!, sin duda ha sido el cielo quien ha enviado la serpiente para castigarme…

Matilde le interrumpió poniéndole una mano en los labios con gesto alegre.

—¡Chist, padre! ¡Chist! ¡No debéis hablar!

—Quien ha dado esa orden ignora las urgentes cuestiones que tengo que decir.

—Pero yo sí, y sin embargo, os doy la misma orden terminante. Me han encargado que os cuide, así que no debéis desobedecerme.

—¡Estáis de humor, Matilde!

—Puede que sí: acabo de tener un placer como jamás había tenido en la vida.

—¿Qué placer?

—Tengo que ocultarlo a todos, pero sobre todo a vos.

—¿Sobre todo a mí? Por favor, os lo ruego, Matilde…

—¡Chist, padre! ¡Chist! No debéis hablar. Pero puesto que no parecéis tener deseos de dormir, ¿permitís que procure entreteneros con mi arpa?

—¡Cómo! No tenía idea de que supierais música.

—¡Oh, soy muy mala tañedora! Pero puesto que os han prescrito silencio

durante cuarenta y ocho horas, procuraré distraeros cuando estéis cansado de vuestras propias reflexiones. Voy a traer el arpa.

No tardó en regresar con ella.

—Bueno, padre; ¿qué queréis que cante? ¿Queréis oír la balada que trata del valeroso Durandarte, que murió en la famosa batalla de Roncesvalles?

—Como queráis, Matilde.

—¡Oh! ¡No me llaméis Matilde! ¡Llamadme Rosario, llamadme amigo! Son nombres que me gusta oír de vuestros labios. ¡Ahora escuchad!

Templó el arpa, y después ejecutó un preludio con tan exquisito gusto que reveló un perfecto dominio del instrumento. Tocó una tonada melodiosa y sentida. Al oírla, Ambrosio sintió que le desaparecía el desasosiego, y que una plácida melancolía inundaba su pecho. Súbitamente, Matilde cambió de aire: con mano firme y rápida arrancó unos acordes marciales, y luego cantó la siguiente balada en un tono a la vez sencillo y melodioso:

DURANDARTE Y BELERMA

Triste y terrible es la historia
De la batalla de Roncesvalles,
En aquellos fatales campos de gloria
Donde perecieron muy esforzados caballeros,

Allí cayó Durandarte; jamás
Verso alguno cantó a más noble capitán.
Antes que sus labios se cerrasen
Para siempre, así exclamó:

«¡Oh, Belerma! ¡Oh, amada mía!
¡Para mi dolor y dicha nacida!
Siete largos años te he servido,
Siete largos años gané tus desdenes.

»Y ahora que tu corazón ha respondido
A mis deseos, y arde como el mío,
El destino cruel, negándome la dicha,
Me manda renunciar a la esperanza.

»¡Ah! Aunque muero joven, créeme,
No me arranca la muerte esta queja;
¡Es perderte, es dejarte,
Lo que me hace duro morir!

»¡Oh, primo mío Montesinos!

Por la firme y querida amistad
Que hubo entre nosotros desde jóvenes,
¡Escuchad mi súplica postrera!

»Cuando mi alma, olvidando este cuerpo,
Busque ansiosa una atmósfera más pura,
Arrancad de mi pecho el corazón frío
Y entregadlo al cuidado de Belerma.

»Decidle que el dueño de mis tierras
La nombró en su último suspiro.
Decidle que mis labios la bendijeron
Antes que la muerte los sellara.

»Decidle, primo, cuán sinceramente
Dos veces por semana la adoraba.
Dos veces por semana, pedidle,
Que rece por quien la amó de esta manera.

»Montesinos, ya está cerca, ahora,
El instante que señala mi destino.
¡Mirad! ¡Mi brazo ha perdido su fuerza!
¡Mirad! ¡Se me cae mi fiel espada!

»¡Ojos que me visteis partir,
No me veréis ya más regresar!
¡Primo, contened esas lágrimas vuestras,
Y dejad que muera sobre vuestro pecho!

»Al cerrar mis ojos vuestra mano generosa,
Un favor más quiero imploraros:
Rezad por el descanso de mi alma
Cuando el corazón me deje de latir;

»Que Jesús, atendiendo aún,
Generoso, a la súplica de un cristiano,
Se digne aceptar mi espíritu
Y le conceda un lugar en el cielo».

Así habló el valeroso Durandarte
Y su gran corazón partióse en dos.
Grande fue la alegría de los moros
Con la muerte del esforzado caballero.

Llorando amargamente, Montesinos
Quitóle el yelmo y la espada;
Llorando amargamente, Montesinos,
Cavó la sepultura de su primo.

Para cumplir su promesa
Le sacó del pecho el corazón
A fin de que Belerma, ¡desdichada!,
Recibiese su último legado.

Triste estaba el corazón de Montesinos,
Sentía el pecho desgarrado.
«¡Oh, primo mío Durandarte,
Qué desdicha la mía, ver tu muerte!

»De dulce donaire, de pura merced,
Carácter amable y fiero valor,
¡Guerrero más noble, más dulce, más bravo,
Jamás verá la luz!

»¡Ay primo mío! ¡Mis ojos te bañan!
¡Cómo te podré sobrevivir!
Durandarte, aquel que te mató
¿Por qué me deja a mí vivir?»

Mientras Matilde cantaba, Ambrosio escuchaba con deleite: jamás había oído voz más armoniosa, y se preguntaba cómo sones tan celestiales podían ser producidos por criaturas que no eran ángeles. Pero aunque se permitió el goce del oído, una simple mirada le convenció de que no debía fiarse del de la vista. La cantora estaba sentada a cierta distancia de su lecho. La actitud con que se inclinaba sobre su arpa era natural y graciosa. La cogulla se le había deslizado hacia atrás un poco más de lo habitual, dejando ver unos labios de coral, maduros, frescos y cálidos, y una barbilla cuyos hoyuelos parecían ocultar mil cupidos. La ancha manga de su hábito habría rozado las cuerdas del instrumento, pero ella había evitado la molestia subiéndosela por encima del codo; y de este modo vio Ambrosio que el brazo descubierto estaba dotado de la más perfecta simetría, y que la delicadeza de su piel podía haber competido en blancura con la nieve. Ambrosio no se atrevió a mirar más. Una ojeada le había bastado para convencerse de lo peligrosa que era la presencia de esta criatura seductora. Cerró los ojos, pero luchó en vano por borrarla de su pensamiento. Siguió viéndola allí, adornada con todas las prendas que su enfebrecida imaginación era capaz de forjar. Cada uno de los encantos que había visto se lo presentaba aún

más hermoso, y los que habían permanecido ocultos, su imaginación los representaba con espléndidos colores. Sin embargo, aún estaban presentes en su memoria sus votos, así como la necesidad de mantenerlos. Luchó contra el deseo, y se estremeció al darse cuenta de lo profundo que era el abismo que tenía ante sí.

Matilde había dejado de cantar. Temiendo la influencia de sus encantos, Ambrosio siguió con los ojos cerrados y elevó sus plegarias a San Francisco para que le socorriese en tan peligroso trance. Matilde creyó que se había dormido. Se levantó, se acercó a la cama sigilosamente, y le observó con atención durante unos minutos.

—¡Se ha dormido! —dijo por fin en voz baja, aunque el abad la oyó perfectamente—. ¡Ahora puedo mirarle sin ofenderle! ¡Puedo mezclar mi aliento con el suyo; puedo extasiarme en su semblante sin que piense él que pueda haber impureza ni engaño! ¡Teme que le seduzca y le induzca a violar sus votos! ¡Oh! ¡Qué injusto! De querer yo excitar su deseo, ¿le ocultaría tan cuidadosamente mi semblante? Este semblante, del que le oigo a diario…

Se calló, y se sumió en sus propios pensamientos.

—¡Ayer mismo —prosiguió—, hace unas horas incluso, era querida por él! ¡Me estimaba, y mi corazón se sentía con ello satisfecho! ¡Ahora! ¡Oh, ahora, qué cruelmente ha cambiado mi situación! ¡Me mira con recelo! ¡Me pide que le deje para siempre! ¡Oh, tú, santo mío! ¡Ídolo mío! ¡Tú, que ocupas el segundo lugar en mi pecho, junto a Dios! Dentro de dos días, mi corazón quedará desvelado ante ti. ¡Si hubieras conocido mis sentimientos cuando presenciaba tu agonía! ¡Si hubieras sabido lo mucho que tus sufrimientos han hecho aumentar mi amor por ti! Pero ya llegará el momento en que te convenzas de que mi pasión es pura y desinteresada. ¡Entonces te compadecerás de mí, y sentirás el peso entero de estas amarguras!

Al decir esto, su voz se ahogó en un sollozo. Al inclinarse sobre él, le cayó una lágrima en su mejilla.

—¡Ah! ¡Le he molestado! —exclamó Matilde, y se retiró apresuradamente.

Su alarma fue infundada. No hay sueño más profundo que el de aquel que está decidido a no despertar. El fraile se hallaba en esta disposición de ánimo: aún parecía sumido en un descanso que cada minuto se volvía más difícil de disfrutar. La ardiente lágrima había infundido calor a su corazón.

«¡Cuánto afecto! ¡Cuánta pureza! —se dijo para sus adentros—. ¡Ah!, si mi pecho se conmueve de este modo por la compasión, ¿qué ocurriría si lo agitara el amor?».

Abandonó Matilde otra vez su asiento, y se retiró a cierta distancia de la cama. Ambrosio se aventuró a abrir los ojos, y a lanzarle una mirada temerosa. Vio que tenía la cara vuelta hacia el otro lado; su cabeza descansaba sobre el arpa en melancólica postura, y contemplaba el cuadro que colgaba frente al lecho.

—¡Feliz, feliz imagen! —exclamó, dirigiéndose a la hermosa Virgen—. ¡A ti es a quien él ofrece sus oraciones! ¡A ti a quien vuelve los ojos con admiración! Yo creía que aliviarías mis pesares, pero no has hecho sino aumentar su peso. Me has hecho comprender que de haberle conocido antes de pronunciar sus votos, Ambrosio y la felicidad habrían sido míos. ¡Con qué placer contempla él este cuadro! ¡Con qué fervor dirige su plegaria a esta imagen insensible! ¡Ah! ¿No podrían estar inspirados estos sentimientos suyos por algún genio amable y secreto, partidario de mi afecto? ¿No podría ser el instinto natural del hombre el que le instruye…? ¡Callad, vanas esperanzas! No alentéis una idea que empaña el esplendor de la virtud de Ambrosio. Es la religión y no la belleza la que atrae su admiración. No es ante la mujer, sino ante la deidad, ante quien él se arrodilla. ¡Ojalá dijese tan sólo que de no haber estado prometido ya a la iglesia no habría despreciado a Matilde! ¡Oh! ¡Dejadme al menos abrigar esta idea adorable! Quizá acceda a reconocer que siente por mí algo más que piedad, y que un afecto como el mío puede merecer reciprocidad. ¡Quizá lo reconozca así cuando yo me encuentre en el lecho de la muerte! Entonces no tendrá que temer quebrantar sus votos, y la confesión de su afecto me aliviará los dolores de la agonía. ¡Si yo estuviese segura de eso! ¡Oh! ¡Con qué vehemencia suspiraría yo por que llegase el instante de mi disolución!

El abad no perdió una sola sílaba de este discurso; y el tono con que Matilde pronunció las últimas palabras le traspasó el corazón. Involuntariamente, alzó la cabeza de la almohada.

—¡Matilde! —dijo con voz turbada—. ¡Oh, Matilde mía!

Al oír estas palabras, Matilde se sobresaltó y se volvió súbitamente hacia él. La rapidez del movimiento hizo que le cayese del todo la cogulla. Su semblante quedó completamente al descubierto ante los ojos inquisitivos del monje. ¡Cuál no fue su estupor al contemplar la réplica exacta de su admirada imagen de la Virgen! ¡La misma exquisita proporción de rasgos, la misma abundancia de dorados cabellos, los mismos labios sonrosados, ojos celestiales y majestuosidad de gesto adornaban a Matilde! Profiriendo una exclamación de sorpresa, Ambrosio cayó de nuevo en la almohada, sin saber si la criatura que tenía delante era mortal o divina.

Matilde pareció sentirse confundida. Se quedó inmóvil, y se apoyó en su instrumento. Tenía los ojos fijos en el suelo, y sus blancas mejillas se habían teñido de rubor. Al recobrarse, su primer movimiento fue ocultar su semblante. Luego, con voz turbada e insegura, se aventuró a decir estas palabras al fraile:

—El azar ha hecho que descubráis un secreto que sólo habría revelado yo en mi lecho de muerte. Sí, Ambrosio: en Matilde de Villanegas tenéis el original de vuestra amada imagen de la Virgen. Poco después de concebir mi desventurada pasión, se me ocurrió la idea de enviaros mi retrato: una multitud de admiradores me habían convencido de que yo poseía alguna belleza, y estaba deseosa de

saber qué efecto podría producir en vos. Mandé pintar mi retrato a Martín Galuppi, célebre pintor veneciano que por entonces residía en Madrid. El parecido que sacó fue asombroso. Lo envié a la abadía de capuchinos como para venderlo, y el judío a quien se lo comprasteis era uno de mis emisarios. Porque lo comprasteis vos. Juzgad mi entusiasmo cuando me informaron que lo habíais contemplado con admiración, o más bien con adoración; que lo habíais colgado en vuestra celda, y que no dirigíais vuestras súplicas a ningún otro santo. ¿Me hará este descubrimiento, aún más, objeto de sospecha? Sin embargo, debería convenceros de la pureza de mi afecto, y moveros a concederme vuestra compañía y estima. Os he oído diariamente entonar las alabanzas de mi retrato, he sido testigo ocular de los transportes que su belleza produce en vos; sin embargo, no he querido emplear esas armas, que vos mismo me habéis proporcionado, contra vuestra virtud. Oculté a vuestros ojos aquellos rasgos que vos amabais inconscientemente. Procuré no excitar deseo alguno mostrando mis encantos, y haciéndome dueña de vuestro corazón por medio de vuestros sentidos. Mi único objetivo era atraer vuestra atención atendiendo asiduamente a los deberes religiosos, ganar vuestra estima convenciéndoos de que mi propósito era virtuoso y mi devoción sincera. Lo conseguí: me convertí en vuestro compañero y vuestro amigo. Oculté mi sexo a vuestro conocimiento, y de no haberme asaltado el temor de ser descubierta, jamás me habríais conocido más que como Rosario. ¿Y aún estáis decidido a echarme de vuestro lado? ¿No me permitís que pase en vuestra compañía las pocas horas que me quedan? ¡Oh, hablad, Ambrosio, y decidme que puedo quedarme!

Este discurso dio ocasión al abad para recobrarse. Se daba cuenta de que, en la presente disposición de ánimo, la única escapatoria frente al poder de aquella encantadora mujer era evitar su compañía.

—Vuestra declaración me ha dejado tan asombrado —dijo—, que en este instante me siento incapaz de contestaros. No insistáis en que os dé una respuesta, Matilde; dejadme ahora. Necesito estar solo.

—Os obedezco; pero antes de irme, prometedme no insistir en que abandone la abadía inmediatamente.

—Matilde, pensad en vuestra situación; pensad en las consecuencias si os quedáis. Nuestra separación es indispensable, y así ha de ser.

—¡Pero hoy no, padre! ¡Oh! ¡Por compasión, hoy no!

—Me presionáis demasiado, pero no puedo resistirme a ese tono de súplica: accedo a que os quedéis aquí el tiempo suficiente para preparar de algún modo vuestra marcha ante los hermanos. Os quedaréis dos días; pero al tercero… —suspiró involuntariamente—. Recordad que al tercero deberéis marcharos para siempre.

Matilde le cogió la mano con vehemencia y posó en ella sus labios.

—¿Al tercero? —exclamó con aire de extraviada solemnidad—. ¡Tenéis

razón, padre! ¡Tenéis razón! ¡Al tercer día tendremos que separarnos para siempre!

Una espantosa expresión relampagueó en sus ojos, al pronunciar estas palabras, que llenó de horror el alma del fraile. Besó ella su mano otra vez y salió rápidamente de la cámara.

Deseoso de autorizar la presencia de tan peligrosa huésped, y consciente no obstante de que su permanencia infringía las reglas de su orden, el pecho de Ambrosio se convirtió en escenario de batalla de mil encontradas pasiones. Por último, su afecto por el fingido Rosario, ayudado por el ardor natural de su carácter, pareció inclinar la victoria de su parte. El éxito estuvo asegurado cuando la presunción que constituía el fundamento de su carácter acudió en auxilio de Matilde. El monje consideró que vencer la tentación suponía un mérito infinitamente mayor que evitarla. Pensó que más bien debía alegrarse de la ocasión que se le brindaba de probar la firmeza de su virtud. San Antonio había resistido a todas las seducciones de la concupiscencia; ¿por qué no podía él? Además, San Antonio fue tentado por el diablo, que puso en práctica todas sus artes para excitar sus pasiones, mientras que el peligro de Ambrosio provenía de una mera mujer mortal, temerosa y modesta, cuyo temor a la caída era no menos violento que el suyo propio.

« Sí —se dijo—; la desventurada se quedará. No tengo nada que temer de su presencia. Aun cuando resultase ser yo demasiado débil para resistir la tentación, estoy a salvo del peligro, merced a la inocencia de Matilde» .

Ambrosio debería haber sabido que, para un corazón inexperto, el vicio es siempre más peligroso cuando se oculta tras la máscara de la virtud.

Se sintió tan perfectamente recuperado que cuando el padre Pablos le visitó otra vez por la noche, le pidió permiso para abandonar su aposento al día siguiente. Le fue concedida su petición. Matilde no volvió a aparecer más esa tarde, salvo en compañía de los monjes, cuando entraron todos juntos a interesarse por la salud del abad. Parecía temer conversar con él en privado, y sólo permaneció unos minutos en la habitación. El fraile durmió bien. Pero se repitieron los sueños de la noche anterior, y sus sensaciones de voluptuosidad se hicieron aún más agudas e intensas. Ante él flotaron las mismas visiones voluptuosas: Matilde, con todo el esplendor de su belleza, se abrazaba a su pecho y le prodigaba las más ardientes caricias. Él le correspondía con la misma ansiedad, y ya estaba a punto de satisfacer sus deseos, cuando la pérfida figura desapareció, dejándole sumido en todos los horrores de la vergüenza y la decepción.

Despuntó el día. Cansado, abrumado y exhausto por estos sueños provocativos, no se sintió con ánimos de abandonar la cama. Se excusó de asistir a los maitines. Era la primera vez en su vida que faltaba. Se levantó tarde. En todo el día no tuvo ocasión de hablar con Matilde sin testigos. Su celda estaba

constantemente llena de monjes deseosos de expresarle su preocupación por su salud; y aún andaba ocupado en recibir sus congratulaciones por su recuperación, cuando la campana los llamó a todos al refectorio.

Después de comer, los monjes se separaron y se dispersaron por el jardín, buscando un sitio donde la sombra de los árboles o el retiro de alguna gruta les ofreciese el más agradable medio de dormir la siesta. El abad encaminó sus pasos hacia la ermita, invitando a Matilde con una mirada a que le acompañase. Obedeció ella, y le siguió en silencio. Entraron en la gruta y se sentaron. Ninguno de los dos parecía deseoso de iniciar la conversación, y se debatían bajo la influencia del mutuo embarazo. Por último, habló el abad: se limitó a comentar cosas indiferentes, y Matilde le contestó en el mismo tono. Parecía deseosa de hacerle olvidar que la persona que estaba sentada a su lado era otra que Rosario. Ninguno de los dos se atrevía ni deseaba tampoco hacer alusión al tema que más presente estaba en sus corazones.

Los esfuerzos de Matilde por parecer alegre eran evidentemente dificultosos. Tenía el ánimo oprimido por el peso de la ansiedad, y cuando hablaba, su voz era desmayada y débil. Parecía deseosa de terminar una conversación que la aturdía; y quejándose de que no se sentía bien, pidió permiso a Ambrosio para regresar a la abadía. Este la acompañó hasta la puerta de la celda; y cuando llegaron, el abad la detuvo para comunicarle que le daba permiso para que siguiese compartiendo su soledad el tiempo que ella gustase.

Pero ella no dio muestra alguna de alegría ante esta noticia, a pesar de que el día anterior había estado tan deseosa de conseguir tal permiso.

—¡Ay, padre! —dijo, moviendo la cabeza tristemente—. ¡Vuestra bondad llega demasiado tarde! Mi última hora está señalada. Debemos separarnos para siempre. ¡Sin embargo, creed que agradezco vuestra generosidad, y vuestra compasión, por una desventurada que tan poco la merece!

Se llevó el pañuelo a los ojos. Tenía la cogulla sólo medio echada sobre la cara. Ambrosio observó que estaba pálida, y con los ojos cargados y hundidos.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¡Estáis muy enferma, Matilde! Voy a llamar inmediatamente al padre Pablos.

—No; no lo hagáis. Estoy enferma, es cierto. Pero él no puede curar mi enfermedad. ¡Adiós, padre! Recordadme en vuestras oraciones mañana; mientras, ¡yo os recordaré en el cielo!

Entró en la celda y cerró la puerta.

El abad le envió el médico sin perder un instante, y aguardó impaciente el diagnóstico. Pero el padre Pablos regresó en seguida y declaró que había sido en balde. Rosario se negaba a dejarle entrar y rechazaba sus ofrecimientos de ayuda. No fue pequeña la desazón que esta información produjo a Ambrosio. Sin embargo, decidió dejar que Matilde pasase la noche como deseaba; aunque, si su estado no había mejorado por la mañana, insistiría en que la reconociese el padre

Pablos.

No sentía deseos de dormir. Abrió la ventana y se puso a contemplar los rayos de la luna que jugaban sobre el pequeño riachuelo cuyas aguas bañaban los muros del monasterio. El frescor de la brisa y la tranquilidad de la hora infundieron en el ánimo del fraile una vaga tristeza. Pensó en la belleza y el afecto de Matilde, en los placeres que podía haber compartido con ella, de no haberse encontrado sujeto por los grillos monásticos. Pensó que al carecer de esperanza, el amor de ella acabaría por sucumbir; que sin duda lograría apagar su pasión y buscaría la felicidad en los brazos de otro más afortunado. Se estremeció ante el vacío que la ausencia de Matilde dejaría en su corazón. Consideró con disgusto la monotonía del convento, y exhaló un suspiro al pensar en el mundo, del que se hallaba separado para siempre. Una llamada en la puerta le interrumpió todas estas reflexiones. La campana de la iglesia había dado ya las dos. El abad corrió a averiguar la causa de esta intromisión. Abrió la puerta, y entró un hermano lego, cuyo semblante denotaba agitación y premura.

—¡Apresuraos, reverendo padre! —dijo—. Corred a la celda del joven Rosario. No para de insistir en que quiere veros. Está a punto de morir.

—¡Dios misericordioso! ¿Dónde está el padre Pablos? ¿Por qué no está con él? ¡Oh, tengo miedo! ¡Tengo miedo!

—El padre Pablos le ha visto ya, pero su arte no puede hacer nada. Dice que sospecha que el joven está envenenado.

—¿Envenenado? ¡Oh! ¡El desventurado! ¡Entonces es lo que yo me sospechaba! Pero no perdamos un instante. ¡Quizá aún haya tiempo de salvarle!

Echó a correr hacia la celda del novicio. Había ya varios monjes en su cámara. El padre Pablos era uno de ellos, y sostenía una medicina en la mano, la cual trataban de persuadir a Rosario que se tomase; los demás estaban ocupados en admirar el divino semblante del paciente, que ahora veían por primera vez. Su expresión era más encantadora que nunca. Ya no estaba pálido ni lánguido. Un vivo rubor se había extendido por sus mejillas; sus ojos brillaban con una alegría serena, y su gesto expresaba confianza y resignación.

—¡Oh, no me atormentéis más! —estaba diciendo a Pablos, cuando entró el aterrado abad en la celda—; mi enfermedad está mucho más allá del alcance de vuestra habilidad, y no deseo que me curéis de ella. —Luego, al ver a Ambrosio, exclamó—: ¡Ah! ¡Aquí está! ¡Por fin le veo otra vez, antes de partir para siempre! Dejadme, hermanos; es mucho lo que tengo que contar en privado a este hombre santo.

Los monjes se retiraron inmediatamente, y Matilde y el abad se quedaron solos.

—¿Qué habéis hecho, imprudente mujer? —exclamó este, tan pronto como se hubieron marchado todos—. Decidme, ¿son ciertas mis sospechas? ¿Voy a perderos efectivamente? ¿Ha sido vuestra mano el instrumento de vuestra

destrucción?

Ella sonrió y le cogió la mano.

—¿En qué he sido imprudente, padre? He sacrificado un guijarro para salvar un diamante. Mi muerte preserva una vida valiosa para el mundo, y más querida para mí que la mía propia. Sí, padre: me he envenenado. Pero sabed que este veneno circuló antes por vuestras venas.

—¡Matilde!

—Como os digo, estaba dispuesta a no revelároslo más que en el lecho de muerte. Ahora, ha llegado ese momento. No podéis haber olvidado el día en que os mordió el cientipedoro. El médico os desahució, declarándose impotente para extraer el veneno. Yo sabía un medio, y no vacilé un instante en emplearlo. Me dejaron sola con vos: vos dormíais. Os quité la venda de la mano; besé la herida, y extraje la ponzoña con mis labios. El efecto ha sido más rápido de lo que yo esperaba. Siento la muerte en mi corazón. Antes de una hora, habré pasado a un mundo mejor.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó el abad, y se dejó caer casi exánime en la cama.

Unos minutos después, se levantó de pronto, y se quedó mirando a Matilde con todo el extravío de la desesperación.

—¡Os habéis sacrificado por mí! ¡Vais a morir, a morir por haber salvado a Ambrosio! ¿Pero no existe un remedio, Matilde? ¿No existe ninguna esperanza? ¡Decidme! ¡Oh! ¡Decídmelo! ¡Decidme que aún hay un medio de salvaros!

—¡Consolaos, mi único amigo! Sí, aún tengo en mi poder un medio de salvarme. Pero es un medio que no me atrevo a emplear. ¡Es peligroso! ¡Es terrible! Sería comprar mi vida a un precio demasiado caro…, a menos que se me permitiese vivir para vos.

—¡Entonces, vivid para mí, Matilde, para mí y mi gratitud! —Le cogió la mano, y se la llevó arrebatadamente a los labios—. Recordad nuestras últimas conversaciones; pues bien, ahora accedo a todo. Recordad con qué vívidos colores me describisteis la unión de las almas; que sean las nuestras las que realicen esa idea. Olvidemos las distinciones de los sexos, despreciemos los prejuicios del mundo, y considerémonos el uno al otro tan sólo como hermanos y amigos. ¡Vivid, pues, Matilde! ¡Oh! ¡Vivid para mí!

—¡Ambrosio, eso no puede ser! Cuando yo pensaba así, os engañaba y me engañaba a mí misma. O muero ahora mismo, o me matarán los interminables tormentos del deseo insatisfecho. ¡Oh!, desde nuestra última conversación, se ha rasgado el velo espantoso que tenía delante de los ojos. No os amo ya con la devoción que se tributa a un santo; ya no os aprecio por las virtudes de vuestra alma: lo que anhelo es el goce de vuestra persona. En mi pecho domina la mujer, y me he convertido en presa de las más violentas pasiones. ¡Fuera la amistad, que es palabra fría e insensible! Mi pecho arde de amor, de incontenible amor, y

sólo el amor puede aplacarlo. ¡Temblad, pues, Ambrosio, temblad, si son escuchadas vuestras súplicas! Si vivo, vuestra fidelidad, vuestra reputación, la recompensa por vuestra vida de sufrimientos, todo cuanto estimáis, se habrá perdido irremediablemente. Ya no seré capaz de combatir mis pasiones, aprovecharé cualquier ocasión para excitar vuestros deseos, y me esforzaré en labrar vuestra deshonra y la mía. ¡No, no, Ambrosio! ¡Ya no puedo vivir! Estoy cada vez más convencida de que no tengo más que una alternativa; siento con cada latido que debo gozar de vos, o morir.

—¡Me dejáis estupefacto! ¡Matilde! ¿Sois vos la que me habláis así?

Hizo un movimiento como para levantarse. Ella profirió un grito, y medio incorporándose de la cama, echó los brazos en torno al cuello del fraile para detenerle.

—¡Oh! ¡No me dejéis! ¡Escuchad mis errores con compasión! Dentro de unas horas, no existiré; un poco más, y me habré librado de esta pasión vergonzosa.

—¡Desdichada! ¿Qué puedo deciros? Yo no puedo… No debo… ¡Pero vivid, Matilde! ¡Oh! ¡Vivid!

—No os dais cuenta de lo que pedís. ¿Pues qué? ¿Viviré para hundirme en la infamia? ¿Para convertirme en agente del mal? ¿Para labrar la destrucción de los dos, la vuestra y la mía? ¡Sentid este corazón, padre!

Le cogió la mano. Confundido, turbado y fascinado, no la retiró, y sintió debajo de ella palpitar su corazón.

—¡Sentid este corazón, padre! Aún lo habitan el honor, la verdad y la castidad. Si mañana sigue latiendo, será presa de los más negros crímenes. ¡Oh! ¡Dejad, pues, que muera hoy! ¡Dejad que muera, mientras aún merezco las lágrimas del virtuoso! ¡Quiero expirar así! —reclinó la cabeza sobre el hombro de él, y su dorado cabello se derramó sobre su pecho—. Cobijada en vuestros brazos, me sumiré en el sueño, vuestra mano cerrará mis ojos para siempre, y vuestros labios recibirán mi último aliento. ¿Pensaréis alguna vez en mí? ¿No derramaréis alguna vez una lágrima sobre mi tumba? ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Este beso es mi garantía!

Era una hora avanzada. El silencio reinaba alrededor. La luz desmayada de una lámpara solitaria iluminaba la figura de Matilde y difundía por la cámara un resplandor confuso y misterioso. Ningún ojo indiscreto, ningún oído curioso vigilaba a los amantes. No se oía nada, sino los melodiosos acentos de Matilde. Ambrosio se hallaba en pleno vigor de la virilidad. Vio ante sí a una mujer joven y hermosa, salvadora de su vida, adoradora de su persona, y cuyo afecto la había llevado hasta el borde de la tumba. Estaba sentado junto a la cama, su mano descansaba sobre el pecho de ella, que a su vez apoyaba la cabeza sobre su pecho. ¿Qué tiene de extraño que cayera en la tentación? Ebrio de deseo, apretó los labios sobre los labios que le buscaban. Sus besos compitieron con los de

Matilde en ardor y pasión. La estrechó arrebatadamente entre sus brazos. Olvidó sus votos, su santidad y su fama. No tuvo en cuenta otra cosa que el placer y la ocasión.

—¡Ambrosio! ¡Oh! ¡Ambrosio mío! —suspiró Matilde.

—¡Tuyo, tuyo para siempre! —murmuró el fraile, y se derrumbó sobre el pecho de ella.

Capítulo III

—Thesse are the Villains
Whom all the Travellers do fear so much —
Some of them are Gentlemen,
Such as the fury of ungoverned Youth
Thrust from the company of awful Men

SHAKESPEARE, Dos gentileshombres de Verona

El marqués y Lorenzo prosiguieron en silencio hacia el palacio. El primero, entregado a evocar todas las circunstancias que recordaba que pudiesen producir la opinión más favorable en Lorenzo, sobre sus relaciones con Inés. En tanto el otro, justamente alarmado por el honor de su familia, se sentía desconcertado por la presencia del marqués. El lance que acababa de presenciar le impedía tratarle como amigo; y habiéndose confiado los intereses de Antonia a su mediación, consideraba poco oportuno tratarle como enemigo. De estas reflexiones concluyó que lo más prudente era guardar silencio, y esperar con impaciencia la explicación de don Raimundo.

Llegaron al palacio de las Cisternas. El marqués le condujo inmediatamente a su aposento, y comenzó a expresarle su satisfacción por haberle encontrado en Madrid. Lorenzo le interrumpió:

—Excusadme, señor —dijo en tono distante—, si respondo con alguna frialdad a vuestras expresiones de estima. En este asunto está implicado el honor de mi hermana: hasta que quede establecido y aclarado el objeto de vuestra correspondencia con Inés no puedo consideraros como amigo. Estoy deseando oír el significado de vuestra conducta, y espero que no demoréis la prometida explicación.

—Primero, dadme vuestra palabra de que la oiréis con paciencia e indulgencia.

—Quiero a mi hermana demasiado para juzgarla con dureza; y hasta este momento, no tenía un amigo al que quisiera más que a vos. Quiero confesar también, que estando en vuestro poder darme satisfacción en un asunto que me afecta tan hondo, me siento muy deseoso de encontraros aún merecedor de toda mi estima.

—¡Lorenzo, me conmovéis! No podría brindárseme mayor placer que la

ocasión de servir al hermano de Inés.

—Convencedme de que puedo aceptar vuestros favores sin deshonor, y no habrá hombre en el mundo a quien tenga en más alto aprecio.

—Probablemente, vuestra hermana os habrá mencionado ya el nombre de Alfonso de Alvarada.

—Nunca. Aunque siento por Inés un afecto verdaderamente fraternal, las circunstancias nos han impedido estar juntos mucho tiempo. De niña fue confiada al cuidado de su tía, que estaba casada con un noble alemán. Permaneció en el castillo de este hasta hace dos años, en que regresó a España, decidida a retirarse del mundo.

—¡Santo Dios! ¿Conocíais vos su intención, y no hicisteis nada por disuadirla?

—Marqués, me ofendéis. La noticia, que me llegó estando en Nápoles, me consternó profundamente, y me apresuré a regresar a Madrid con el expreso propósito de evitar este sacrificio. En cuanto llegué, corrí al convento de Santa Clara, en el que Inés había escogido hacer su noviciado. Pedí ver a mi hermana. Imaginad mi sorpresa cuando me envió una negativa. Declaró categóricamente que, temiendo mi influencia sobre ella, no quería aventurarse a hablar conmigo hasta la víspera de pronunciar los votos. Supliqué a las monjas; insistí en ver a Inés, y no vacilé en manifestar mis recelos de que se impedía que la viese en contra de su propia inclinación. Para librarse de mis acusaciones de violencia, la priora trajo unas líneas escritas con la letra de mi hermana, que yo conocía tan bien, en las que repetía el mensaje que ya me había dado. Todos los intentos que después hice por conseguir una entrevista con ella resultaron tan infructuosos como el primero. Se mantuvo inflexible, y no se me permitió verla hasta la víspera del día en que ingresó en el claustro para no dejarlo más. Esta entrevista tuvo lugar en presencia de nuestros principales parientes. Era la primera vez que la veía desde que era niña, y la escena fue de lo más conmovedora. Se arrojó sobre mi pecho, me besó, y lloró desconsoladamente. Traté de hacerla renunciar con todos los argumentos posibles, llorando, suplicando y poniéndome de rodillas. Le expliqué todos los rigores de la vida religiosa; pinté a su imaginación todos los placeres a los que iba a renunciar, y le supliqué que me revelase qué era lo que la hacía rechazar el mundo. Ante esta pregunta se puso pálida, y sus lágrimas brotaron con mayor abundancia. Me pidió que no insistiera en esta cuestión. Que me bastase saber que su resolución estaba tomada, y que el único lugar donde ella podía encontrar la paz era el convento. Persistió en su propósito y pronunció los votos. La visité frecuentemente en las rejas, y cada momento que pasaba con ella me hacía sentir más aflicción por su pérdida. Poco después me marché de Madrid; regresé ayer mismo por la tarde; y desde entonces, aún no he tenido tiempo de ir al convento de Santa Clara.

—Entonces, hasta que yo no os lo he mencionado, ¿no habíais oído el nombre de Alfonso de Alvarada?

—Perdonadme: mi tía me escribió que un aventurero así llamado había encontrado el medio de introducirse en el castillo de Lindenberg; que había logrado ganarse las simpatías de mi hermana, que incluso había accedido a huir con él. Sin embargo, antes de que pudiesen poner en práctica dicho plan, este caballero descubrió que las propiedades que él creía que poseía Inés en la Española me pertenecían en realidad a mí. Esta información le hizo cambiar los planes. Desapareció el día que habían concertado huir; e Inés, desesperada ante esta perfidia y bajeza, había decidido retirarse a un convento. Añadió que como este aventurero se había hecho pasar por un amigo mío, deseaba saber si yo le conocía. Le contesté que no. No tenía idea de que Alfonso de Alvarada y el marqués de las Cisternas fuesen la misma persona. La descripción que me había dado del primero no encajaba de ningún modo con la que yo conocía del segundo.

—En esto reconozco fácilmente el pérfido carácter de doña Rodolfa. Cada palabra de esta relación está marcada con el sello de su malicia, su falsía y su habilidad para confundir a quienes quiere hacer daño. Perdonadme, Medina, por hablaros con tanta desenvoltura de vuestra pariente; el daño que me ha hecho autoriza mi resentimiento, y cuando hayáis oído mi historia quedaréis convencido de que mis expresiones no son demasiado severas.

A continuación, comenzó su relato de la siguiente manera…

HISTORIA DE DON RAIMUNDO, MARQUÉS DE LAS CISTERNAS

Mi larga experiencia, mi querido Lorenzo, me ha convencido de cuán generosa es vuestra naturaleza: no he esperado vuestra declaración de ignorancia respecto a las aventuras de vuestra hermana para comprender que os han sido ocultadas con toda intención. De haber llegado a vuestro conocimiento, ¡cuántas desventuras nos habríamos ahorrado Inés y yo! ¡Pero el destino había determinado lo contrario! Vos estabais de viaje cuando conocí a vuestra hermana; y como nuestros enemigos cuidaron de ocultarle a ella vuestra dirección, le fue imposible imploraros vuestra protección y consejo.

Al marcharme de Salamanca, en cuya Universidad, según he sabido después, habéis permanecido un año después de irme yo, emprendí inmediatamente una serie de viajes. Mi padre me suministró dinero liberalmente; pero insistió en que ocultase mi linaje y no me diese a conocer sino como un caballero particular. Esta petición se debía a los consejos de un amigo, el duque de Villa Hermosa, un noble cuyo talento y conocimiento del mundo me han causado siempre la más profunda veneración.

—Creedme —me dijo—, mi querido Raimundo; después os daréis cuenta de los beneficios de esta temporal degradación. Es cierto que como conde de las Cisternas seríais recibido con los brazos abiertos y vuestra juvenil vanidad se sentiría halagada por las atenciones que os lloverían de todos lados. De este otro modo, casi todo dependerá de vos: tenéis excelentes recomendaciones, pero debe ser asunto vuestro utilizarlas. Deberéis esforzaros en ganar la aprobación de aquellos a quienes seréis presentado. Quienes hubiesen buscado con solicitud la amistad del conde de las Cisternas, no habrían tenido interés en averiguar vuestros méritos, ni en soportar con paciencia los defectos de Alfonso de Alvarada. Por tanto, cuando os veáis realmente aceptado, podréis atribuirlo con seguridad a vuestras buenas cualidades, no a vuestro linaje, y la distinción que se os haga os resultará infinitamente más satisfactoria. Además, vuestra insigne cuna no os permitiría mezclaros con las clases inferiores de la sociedad, cosa que ahora estará en vuestro poder, y de lo cual, en mi opinión, sacaréis considerable beneficio. No limitéis vuestro contacto a los ilustres de los países que vayáis a visitar. Examinad los hábitos y costumbres de la multitud. Entrad en las cabañas, y observad cómo son tratados los vasallos de los extranjeros; aprended a disminuir las cargas y a aumentar el bienestar de los vuestros. A mi modo de ver, entre las ventajas que un joven destinado a la posesión de poder y riqueza puede obtener de un viaje, no debía tener por menos esencial la ocasión de mezclarse con las clases que son inferiores a la suya, y hacerse testigo ocular de los sufrimientos del pueblo.

Perdonadme, Lorenzo, si os parece aburrido mi relato. La estrecha relación que ahora existe entre nosotros me hace estar deseoso de que conozcáis cada detalle sobre mí; y en mi temor de omitir la mínima circunstancia que pueda induciros a juzgar favorablemente a vuestra hermana y a mí, puede que os cuente muchas cosas que os parecerán sin interés.

Seguí el consejo del duque; no tardé en convencerme de lo atinado que era. Salí de España, con el supuesto título de don Alfonso de Alvarada, asistido por un solo criado de probada fidelidad. París fue el destino de mi primera etapa. Durante un tiempo me sentí encantado, como efectivamente se debe de sentir todo hombre que es joven, rico y amante de los placeres. Sin embargo, entre todas las alegrías, sentía que faltaba algo a mi corazón. Acabó por hastiarme la disipación: descubría que las gentes entre las que vivía y cuyo exterior era tan cortés y seductor, eran frívolas en el fondo, insensibles e hipócritas. Me aparté de los habitantes de París con repugnancia, y abandoné el teatro del lujo sin un suspiro de pesar.

Entonces enderecé mi rumbo hacia Alemania con intención de visitar la mayor parte de las cortes principales. Antes de esta expedición, quise estar

algún tiempo en Estrasburgo. Al descender de mi coche en Luneville para tomar algún refrigerio, observé un espléndido carruaje, escoltado por cuatro criados de rica librea, el cual estaba detenido a la puerta del León de Plata. Poco después, estando yo asomado a la ventana, vi a una dama de noble presencia, seguida de dos acompañantes, que subía en el carruaje, poniéndose este en marcha inmediatamente.

Pregunté al posadero quién era la dama que acababa de partir.

—Una baronesa alemana, monsieur, de gran alcurnia y fortuna. Ha venido a visitar a la duquesa de Longueville, según me han informado sus criados; ahora se dirige a Estrasburgo, donde se reunirá con su esposo y regresarán juntos a su castillo de Alemania.

Reanudé mi viaje con la intención de llegar a Estrasburgo esa noche. Mi esperanza, empero, se vio frustrada al estropearse mi coche. El accidente ocurrió en medio de un tupido bosque, y no me sentí poco desconcertado sobre qué decisión tomar. Estábamos en pleno invierno. La noche cerraba ya en torno nuestro, y Estrasburgo, que era la ciudad más próxima, aún distaba de nosotros varias leguas. Me pareció que mi única alternativa, si no quería pasar la noche en el bosque, era tomar el caballo del criado y dirigirme a Estrasburgo, empresa que en aquella época del año estaba muy lejos de ser agradable. Sin embargo, no viendo otro recurso, tuve que decidirme por hacerlo así. De modo que comuniqué lo que había determinado al postillón, diciéndole que le enviaría a alguien para que le ayudase tan pronto como llegara a Estrasburgo. No confiaba demasiado en su honradez. Pero dado que dejaba a Stephano bien armado, y siendo el cochero de edad avanzada, consideré que no había peligro de perder mi equipaje.

Afortunadamente, según entonces me pareció, se me presentó la ocasión de pasar la noche más agradablemente de lo que yo esperaba. Al mencionar mi deseo de continuar solo hasta Estrasburgo, el postillón movió la cabeza con desaprobación.

—Es demasiada distancia —dijo—; os será difícil llegar sin un guía. Además, monsieur no parece acostumbrado a los rigores de esta época, y es posible que no pueda soportar el frío excesivo…

—¿Por qué me ponéis todas esas objeciones? —dije, interrumpiéndole impaciente—; no tengo otra solución: aún sería mayor el riesgo de perecer de frío si pasamos la noche en el bosque.

—¿Pasar la noche en el bosque? —replicó—. ¡Uh, por Saint Denis! No estamos en un trance tan apurado, por ahora. Si no me equivoco, nos encontramos a menos de cinco minutos de la cabaña de mi viejo amigo Baptiste. Es leñador, y persona muy honrada. No dudo que os cobijará por esta noche con mucho gusto. Entretanto, puedo coger el caballo ensillado e ir a Estrasburgo y volver con gente que pueda reparar vuestro carruaje al

amanecer.

—¡En nombre de Dios! —dije yo—, ¿cómo me habéis tenido tanto tiempo en suspenso? ¿Por qué no me habéis hablado antes de esa cabaña? ¡Qué estupidez!

—Creí que quizá monsieur no se dignaría aceptar…

—¡Absurdo! ¡Vamos, vamos! No hablemos más; conducidnos sin demora a casa de ese leñador.

Obedeció, y emprendimos el camino: los caballos tiraban con dificultad del estropeado vehículo, detrás de nosotros. Mi criado se había quedado casi sin habla, y yo empecé a sentir los efectos del frío antes de llegar a la deseada cabaña. Era una construcción pequeña aunque aseada. Al acercarnos, me alegró observar a través de las ventanas un fuego reconfortante. Nuestro conductor llamó a la puerta. Transcurrió un rato antes de obtener respuesta. La gente del interior pareció dudar si admitirnos o no.

—¡Vamos! ¡Vamos, amigo Baptiste! —gritó el conductor con impaciencia —. ¿Qué os pasa? ¿Estáis dormido? ¿O es que queréis negarle cobijo por una noche a un caballero cuyo coche acaba de averiarse en el bosque?

—¡Ah! ¿Sois vos, mi buen Claude? —replicó una voz de hombre en el interior—. Aguardad un momento, y os abriré la puerta.

Poco después descorrieron los cerrojos. Se abrió la puerta y apareció ante nosotros un hombre con una lámpara en la mano. Dio al conductor una efusiva acogida, y luego se dirigió a mí.

—Entrad, señor; entrad y sed bien venido. Excusadme por no haberos abierto antes. Pero hay tantos salteadores por estos lugares, que de no ser por vuestro aspecto, os habría podido tomar por uno de ellos.

Diciendo esto, me condujo a la habitación donde yo había visto el fuego. Inmediatamente, me acomodé en una silla que había cerca de la chimenea. Una mujer, que supuse sería esposa de mi anfitrión, se levantó de su asiento al entrar yo y me acogió con una leve y fría reverencia. No contestó a mi saludo, sino que volvió a sentarse inmediatamente y prosiguió la labor en la que estaba ocupada. La actitud de su marido era amistosa en la misma medida que la de ella era seca y desabrida.

—Desearía poder ofreceros un alojamiento más cómodo, monsieur —dijo —; pero no podernos presumir de tener demasiado espacio en esta choza. Sin embargo, creo que podré cederos un aposento a vos, y otro a vuestro criado. Tendréis que conformaros con una modesta cena; pero cuanto tenemos, creedme, os lo ofrecemos de corazón. —Luego, volviéndose a su mujer—: ¡Cómo, cómo es que sigues sentada ahí, Marguerite, con toda tranquilidad, como si no hubiese nada que hacer! ¡Muévete, mujer! ¡Muévete! Haz algo de cenar; pon sábanas limpias. Vamos, vamos; echa unos troncos al fuego. El caballero parece muerto de frío.

La mujer arrojó su labor sobre la mesa y procedió a ejecutar las órdenes de su esposo con manifiesta desgana. Su semblante me había desagradado desde el primer momento. Sin embargo, en conjunto, sus facciones eran incuestionablemente hermosas; pero tenía la piel cetrina y el cuerpo flaco y endeble. Una expresión ceñuda y sombría contraía su rostro, confiriéndole tan elocuentes huellas de rencor y malquerencia, que no podían pasar inadvertidas ni al observador más distraído. Cada mirada o gesto suyo manifestaba disgusto e impaciencia, y la contestación que le dio a Baptiste cuando este le reprochó que replicara con malhumor a sus cortesías, fue áspera, breve y cortante. En suma, desde el principio concebí tanta antipatía por ella como predisposición en favor del marido, cuyo semblante inspiraba estima y confianza. Tenía una cara franca, sincera y amistosa; sus modales poseían toda la honradez del campesino, sin ser rudos. Sus mejillas eran anchas, llenas y coloradas, y la solidez de su persona parecía ofrecer una amplia defensa de la endeblez de su mujer. Por las arrugas de su frente, juzgué que había rebasado los sesenta. Pero sobrellevaba bien la edad, y parecía mantenerse aún fuerte y vigoroso. La esposa no podía tener más de treinta años, aunque su vivacidad y su ánimo habían envejecido mucho más que los del esposo.

No obstante, a pesar de su desgana, Marguerite empezó a preparar la cena, mientras el leñador conversaba alegremente sobre temas diversos. El postillón, que a la sazón se había provisto de una botella de licor, estaba dispuesto ya para salir hacia Estrasburgo, y me preguntó si deseaba darle alguna otra orden.

—¿A Estrasburgo? —interrumpió Baptiste—; no pensaréis ir allá esta noche.

—Perdonad: si no traigo obreros que arreglen el coche, ¿cómo va a proseguir monsieur su viaje mañana?

—Eso es verdad, había olvidado el coche. Bien, pero Claude, podríais comer un poco, ¿no? Total os hará perder muy poco tiempo, y monsieur es sin duda demasiado bueno para enviar allá a alguien con el estómago vacío, y en una noche tan tremendamente fría como esta.

Asentí con mucho gusto, diciéndole al postillón que no tendría ninguna importancia que llegase yo a Estrasburgo al día siguiente una hora o dos más tarde. Me dio las gracias, y saliendo luego de la cabaña con Stephano, entró los caballos en el establo del leñador. Baptiste les siguió hasta la puerta y se asomó con preocupación.

—¡Sopla un viento cortante! —dijo—. ¡Me pregunto qué será lo que entretiene tanto a los chicos! Monsieur, le presentaré a dos de los muchachos más apuestos que visten y calzan. El mayor tiene veintitrés años, y el otro es un año más joven. En sensatez, valor y disposición para el trabajo no hay

otros en cincuenta millas a la redonda. ¡Ojalá estuvieran ya de vuelta! Empiezo a preocuparme.

Marguerite estaba poniendo el mantel.

—¿Y vos, no estáis también preocupada por el regreso de vuestros hijos? —le pregunté a ella.

—¡Yo no! —replicó de mal humor—. No son hijos míos.

—¡Vamos, vamos, Marguerite! —dijo el marido—; no te enfades con el caballero por haberte hecho una simple pregunta. Si no pusieras esa cara de enfado, no te habría creído él tan vieja como para tener un hijo de veintitrés. ¡Pero ya ves lo que te beneficia el mal humor! Excusad la rudeza de mi esposa, monsieur. Se enfada por nada; la ha incomodado que no os dierais cuenta de que aún no ha cumplido los treinta. Ha sido eso, ¿verdad, Marguerite? Ya sabéis, monsieur, lo quisquillosas que son las mujeres con la edad. ¡Vamos! ¡Vamos, Marguerite!; sonríe un poco. Aunque no tienes hijos tan mayores, los tendrás dentro de veinte años, y espero que vivamos lo bastante para verlos tan sanos como Jacques y Robert.

Marguerite juntó las manos con apasionamiento.

—¡No lo permita Dios! —dijo—. ¡No lo permita Dios! ¡Si los tuviera, los estrangularía con mis propias manos!

Se marchó apresuradamente de la habitación, y subió a los aposentos.

No pude por menos de manifestar al leñador cuánto le compadecía por verle encadenado para siempre a una compañera tan hosca.

—¡Ah, Señor! Monsieur, a cada uno le toca su parte de calvario, y el mío es Marguerite. Sin embargo, en el fondo no es mala, sino que está siempre malhumorada. Lo peor es que su afecto por los dos hijos que tuvo con su anterior marido la hace portarse como una madrastra con los míos. No puede soportar su presencia, y si fuera por ella, no volverían a poner los pies en esta casa. Pero en eso no estoy dispuesto a transigir, y jamás consentiré en abandonar a los pobres muchachos a su suerte por el mundo, como tantas veces me ha pedido ella que haga. En todo lo demás, la dejo que mande lo que quiera; y lo cierto es que lleva la casa excelentemente, eso hay que decirlo en su favor.

Estábamos conversando de esta manera, cuando vimos nuestro discurso interrumpido por una voz que llamó a lo lejos, desde el bosque…

—¡Mis hijos, espero! —exclamó el leñador, y corrió a abrir la puerta.

Se repitió la voz. Ahora distinguimos el cabalgar de caballos, y poco después se detenía ante la puerta de la cabaña un carruaje escoltado por varios caballeros. Uno de los jinetes preguntó cuánto faltaba para llegar a Estrasburgo. Como se había dirigido a mí, le dije el número de millas que Claude me había dicho antes; a lo cual descargó una andanada de maldiciones contra los cocheros por haber extraviado el camino. Informó a

continuación a las personas del interior del coche de la distancia que faltaba, así como que los caballos estaban tan cansados que no podían proseguir. Una dama, que parecía ser la dueña, se mostró muy contrariada ante esta información. Pero como no tenía remedio, uno de los que le daban escolta preguntó al leñador si podía proporcionarles alojamiento por una noche.

Este pareció desconcertado, y contestó que no, añadiendo que un caballero español y su criado ocupaban los únicos aposentos libres que había en la casa. Al oír esto, la galantería de mi nación no me permitió retener dichos acomodos, de los que tenía necesidad una mujer. Inmediatamente, indiqué al leñador que cedía mi derecho a la dama; él puso algunas objeciones, pero se las rebatí, y corriendo al carruaje, abrí la puerta y ayudé a la dama a descender. Inmediatamente reconocí en ella a la persona que había visto en la posada de Luneville. Aproveché la ocasión para preguntar a uno de sus acompañantes cómo se llamaba.

—La baronesa de Lindenberg —me contestó.

No pude por menos de observar cuán diferente fue la acogida que nuestro anfitrión dispensó a los recién llegados y a mí. Su renuencia a admitirles se hizo patente en su semblante, y tuvo que hacer esfuerzos para darle a la dama la bienvenida. La condujo a la casa y la acomodó en la butaca que yo acababa de dejar. Ella me dio las gracias muy cortésmente, y pidió mil perdones por haberme causado tal incomodidad. Súbitamente, el semblante del leñador se iluminó.

—¡Por fin lo he arreglado! —dijo, interrumpiendo las excusas de ella—; puedo alojaros a vos y vuestro séquito, señora, y no tendréis necesidad de hacer sufrir a este caballero la incomodidad a que le obliga su cortesía. Tenemos dos aposentos, uno para la dama, y el otro, monsieur, para vos. Mi esposa cederá el suyo a las dos doncellas que la acompañan; en cuanto a los criados, deberán conformarse con pasar la noche en el granero, que está a unas yardas de la casa. Tendrán fuego, y la mejor cena que les podamos preparar.

Tras varias expresiones de agradecimiento por parte de la dama, y de oposición por la mía a que Marguerite cediese su cama, quedó acordado este arreglo. Como la estancia era pequeña, la baronesa despidió inmediatamente a los criados. Y estaba a punto Baptiste de conducirles al granero que había mencionado, cuando aparecieron dos jóvenes en la puerta de la cabaña.

—¡Ira de Satanás! —exclamó el primero volviéndose al otro—. ¡Robert, la casa está llena de extranjeros!

—¡Ah! ¡Aquí están mis hijos! —exclamó nuestro anfitrión—. ¡Eh, Jacques! ¡Robert! ¿Adónde vais tan corriendo, muchachos? Aquí hay sitio de sobra para vosotros.

Ante esta afirmación, los jóvenes regresaron. El padre nos los presentó a

la baronesa y a mí; tras lo cual, el leñador salió con nuestros criados, mientras que a petición de las dos doncellas, Marguerite las condujo a la habitación de su señora.

Los dos jóvenes recién llegados eran altos, fornidos, bien formados y muy tostados por el sol. Nos presentaron sus respetos con pocas palabras, y saludaron a Claude, que entraba en ese momento en la habitación, como a un viejo conocido. Luego se quitaron las capas en las que venían envueltos, se despojaron de los cinturones de cuero, de los que colgaban dos largos machetes, y sacándose cada uno un par de pistolas de la cintura, las dejaron sobre un estante.

—Viajan bien armados —observé.

—Cierto, monsieur —convino Robert—. Hemos salido de Estrasburgo ya de noche, y es preciso tomar precauciones para atravesar el bosque después de oscurecer. No goza de buena fama, os lo aseguro.

—¿Cómo? —dijo la baronesa—. ¿Hay salteadores por aquí?

—Eso dicen, madame; por mi parte, he cruzado este bosque a todas horas, y jamás he topado con ninguno.

Marguerite regresó en ese momento. Sus hijastros la condujeron al otro extremo de la habitación y conferenciaron con ella en voz baja durante unos minutos. Por las miradas que echaban a intervalos, deduje que le preguntaban qué hacíamos en la cabaña.

Entretanto, la baronesa manifestó el temor de que su esposo se inquietase por ella. Había pensado enviar a uno de sus criados, para informar al barón del motivo de su demora. Pero la noticia que los jóvenes habían dado del bosque hacía el plan irrealizable. Claude la sacó de este apuro. Le comunicó que él tenía necesidad de llegar a Estrasburgo esa noche, y que si ella deseaba confiarle una carta, podía estar segura de que sería entregada debidamente.

—¿Y cómo es —pregunté— que vos no tenéis ningún miedo de tropezaros con los salteadores?

—¡Ay! Monsieur, un pobre cargado de hijos no debe desperdiciar la oportunidad de sacar algún provecho, sólo porque supone algún peligro, y quizá mi señor el barón recompense de algún modo mis trabajos. Además, no tengo nada que perder, salvo la vida, que de nada les valdría a los bandidos quitármela.

Sus argumentos no me parecieron convincentes y le aconsejé que esperase hasta la mañana siguiente. Pero como la baronesa no me secundó, me vi obligado a renunciar a la discusión. La baronesa de Lindenberg, como averigüé más tarde, estaba acostumbrada a sacrificar los intereses de los demás al suyo propio, y su deseo de enviar a Claude a Estrasburgo le impedía ver el peligro de la empresa. De modo que se decidió que este saldría sin

demora. La baronesa escribió una carta a su esposo, y yo envié unas líneas a mi banquero, notificándole que no estaría en Estrasburgo hasta el día siguiente. Claude cogió nuestras cartas y abandonó la cabaña.

La dama manifestó que estaba muy cansada del viaje: además de venir de muy lejos, los cocheros habían contribuido a perderse en el bosque. A continuación se dirigió a Marguerite, pidiéndole que le mostrase su aposento y la dejase descansar media hora. Fue llamada inmediatamente una de las doncellas; apareció esta con una luz, y la baronesa la siguió escalera arriba. Se puso el mantel en la estancia donde estaba yo, y Marguerite me dio a entender en seguida que yo estaba de más. Su alusión fue demasiado directa para no comprenderla claramente. Así que pedí a uno de los jóvenes que me condujese a la alcoba donde debía dormir, y pudiese permanecer hasta que la cena estuviera dispuesta.

—¿Qué alcoba es, madre? —preguntó Robert.

—La de cortinas verdes —respondió ella—; acabo de tomarme el trabajo de prepararla y poner sábanas limpias en la cama. Si el caballero desea echarse, que la haga después por mí.

—Estáis de mal humor, madre; aunque no es ninguna novedad. Tened la bondad de seguirme, monsieur.

Abrió la puerta y se dirigió hacia una estrecha escalera.

—¡No llevas ninguna luz! —dijo Marguerite—. ¿Quieres romperte el cuello tú, o se lo quieres romper al caballero?

Pasó delante de mí y le puso a Robert una vela en la mano; después de lo cual, comenzó este a subir. Jacques estaba poniendo el mantel de espaldas a mí. Marguerite aprovechó la ocasión de que no nos veían. Me cogió la mano y me la apretó fuertemente.

—¡Mirad las sábanas! —dijo al pasar junto a mí, e inmediatamente reanudó su anterior ocupación.

Sorprendido ante lo inesperado de su acción, me quedé petrificado. La voz de Robert, pidiéndome que le siguiera, me devolvió a la realidad. Subí. Mi guía me introdujo en una cámara en cuyo hogar ardía un excelente fuego. Colocó la luz sobre la mesa, me preguntó si deseaba alguna cosa más; y al contestarle que no, me dejó a solas. Podéis estar seguro de que en el instante en que me encontré solo fui a cumplir la petición de Marguerite. Cogí la vela, me acerqué apresuradamente a la cama y la abrí. ¡Cuál no sería mi estupor, mi horror, al ver las sábanas manchadas de sangre!

En aquel momento, me pasaron mil confusas ideas por la imaginación: los salteadores que infestaban el bosque, la exclamación de Marguerite sobre sus hijos, las armas y la aparición de los jóvenes, y las diversas anécdotas que había oído relatar sobre la secreta correspondencia que frecuentemente existe entre los bandidos y los postillones; todas estas circunstancias me

cruzaron por la mente, inspirándome recelo y aprensión. Me puse a meditar de qué medio podría valerme para comprobar la verdad de mis conjeturas. De pronto, oí que alguien andaba abajo paseando de un lado a otro, impaciente. Ahora, todo me resultaba sospechoso. Me acerqué con precaución a la ventana, la cual, como la habitación había estado cerrada mucho tiempo, había quedado abierta a pesar del frío. Me aventuré a asomarme. Los rayos de la luna me permitieron distinguir a un hombre, en quien reconocí a mi anfitrión. Observé sus movimientos. Avanzó rápidamente, luego se detuvo y pareció escuchar: pateaba el suelo y se golpeaba el estómago con los brazos como para entrar en calor. Al menor ruido, si oía alguna voz en la parte inferior de la casa, o si un murciélago le rozaba al pasar, o el viento hacía susurrar las ramas desnudas, se sobresaltaba y miraba en torno suyo con inquietud.

—¡La peste se lo lleve! —dijo por fin con impaciencia—. ¡Qué le pasará!

Lo dijo en voz baja; pero como estaba justamente debajo de mi ventana, distinguí sus palabras con claridad.

A continuación oí pasos de alguien que se acercaba. Baptiste se dirigió hacia el lugar de donde provenía el ruido. Se le unió un hombre, cuya baja estatura, y el cuerno que llevaba colgando del cuello, indicaba que no era otro que mi fiel Claude, a quien suponía ya camino de Estrasburgo. Esperando que su conversación arrojase alguna luz sobre mi situación, me apresuré a tomar una posición que me permitiese escuchar sin que me viesen. Para ello, apagué la luz que tenía en la mesita de noche, las llamas del fuego no eran lo bastante grandes como para delatarme. Seguidamente volví a mi puesto en la ventana.

Los dos individuos que despertaban mi curiosidad se habían detenido justamente debajo de ella. Supongo que durante mi breve ausencia, el leñador había reprochado a Claude su tardanza, ya que cuando me aposté de nuevo en la ventana este trataba de justificar su falta.

—Sin embargo —añadió—, mi diligencia compensará ahora mi anterior retraso.

—En ese caso —contestó Baptiste—, os perdono. Pero ya que vamos a partes iguales en las presas, vuestro propio interés debería estimularos para actuar con la mayor diligencia. ¡Sería una vergüenza que dejásemos escapar tan noble botín! ¿Decís que el español es rico?

—Su criado se jactaba en la posada de que los efectos de ese coche valen más de dos mil doblones.

¡Oh! ¡Cómo maldije la imprudente vanidad de Stephano!

—Y me han dicho —prosiguió el postillón— que la baronesa lleva consigo un cofrecillo de joyas de inmenso valor.

—Puede ser, pero habría preferido que se hubiese quedado en otra parte.

El español era presa segura. Los chicos y yo podíamos haberles reducido con facilidad a él y a su criado, y luego nos habríamos repartido los dos mil doblones entre los cuatro. Ahora nos toca dejar que entre la banda en el reparto, y quizá se nos vaya de las manos la nidada entera. Si nuestros amigos han acudido a sus diferentes puestos antes de que llegues tú a la caverna, todo se habrá perdido. Los acompañantes de la dama son demasiado numerosos para que los dominemos nosotros solos. A menos que nuestros compinches lleguen a tiempo, tendremos que dejar que estos viajeros prosigan mañana su viaje sin daño alguno.

—¡Ha sido una condenada desgracia que mis camaradas que conducían el coche estuvieran al margen de nuestra alianza! Pero no temáis, amigo Baptiste. En una hora estaré en la caverna. Ahora no son más que las diez, de modo que podéis esperar la llegada de la banda para las doce. A propósito, tened cuidado con vuestra esposa. Ya sabéis cómo aborrece ella nuestro modo de vida; puede encontrar algún medio de informar a los criados de la dama sobre nuestros propósitos.

—¡Oh! Estoy seguro de su silencio; me tiene demasiado miedo, y quiere demasiado a sus hijos para atreverse a traicionar mi secreto. Además, Jacques y Robert la vigilan estrechamente, y no le permitirán salir de la cabaña. Los criados están bien alojados en el granero; procuraré que todo esté tranquilo hasta la llegada de nuestros amigos. Si yo tuviera la seguridad de que ibais a encontrar a los bandidos, despacharíamos a los extranjeros en un instante. Pero como es posible que no, temo que vengan los criados a verles.

—¿Y si uno de los viajeros descubre vuestro plan?

—Entonces deberemos apuñalar a los que estén en nuestro poder, y hacer lo posible por reducir a los demás. Sin embargo, para evitar ese riesgo, corred a la cueva: los bandidos no se marcharán de allí hasta las once, y si sois diligente, podéis llegar a tiempo.

—Decid a Robert que cojo su caballo. El mío ha roto la brida y ha escapado al bosque. ¿Cuál es el santo y seña?

—La recompensa del valor.

—Es suficiente. Corro a la cueva.

—Y yo voy a reunirme con mis invitados, no vaya a ser que mi ausencia despierte sospechas. Adiós, y sed diligente.

Se separaron estos dignos asociados. Uno se encaminó hacia el establo, mientras que el otro regresó a la casa.

Podéis imaginar cuáles fueron mis sentimientos durante esta conversación, de la que no perdí una sola sílaba. No me atrevía a abandonarme a mis propias reflexiones, ni veía medio de escapar a los peligros que me amenazaban. Sabía que sería inútil toda resistencia; estaba

desarmado, y era un solo hombre contra tres. Sin embargo, estaba dispuesto al menos a vender mi vida lo más cara posible. Temiendo que Baptiste se diera cuenta de mi ausencia y sospechase que había oído su entrevista con Claude, me apresuré a encender de nuevo mi vela y a abandonar la alcoba. Al bajar, encontré la mesa puesta para seis personas. La baronesa estaba sentada junto a la chimenea. Marguerite aliñaba la ensalada, y sus hijastros deliberaban en voz baja en el otro extremo de la estancia. Baptiste, que había ido a efectuar una ronda alrededor de la cabaña antes de entrar, aún no había llegado. Me senté tranquilamente enfrente de la baronesa.

Con una mirada a Marguerite, le indiqué que había captado su alusión. ¡Cuán diferente me pareció ahora! Lo que antes había tomado por enfado y mal humor, ahora vi que era disgusto por sus compañeros, y compasión por mi peligro. La miré como mi único recurso. Sin embargo, sabiendo que su esposo la vigilaba con ojos recelosos, poca era la confianza que podía depositar en las diligencias de su buena voluntad.

Pese a todos mis esfuerzos por ocultarla, mi semblante reflejaba demasiado visiblemente la agitación que me dominaba. Estaba pálido, y tanto mis palabras como mis acciones eran nerviosas y atropelladas. Los jóvenes se dieron cuenta y me preguntaron la causa. Yo lo atribuí al exceso de cansancio y al violento efecto que producía en mí el rigor de la estación. Si me creyeron o no, es cosa que no puedo decir. Al menos, dejaron de agobiarme con sus preguntas. Me esforcé en apartar la atención de los peligros que me rodeaban, conversando sobre temas diversos con la baronesa. Hablé de Alemania, declarando mi intención de visitarla inmediatamente. ¡Bien sabe Dios lo poco que pensaba en aquel momento que la vería alguna vez! Ella me contestó con gran naturalidad y cortesía, manifestó que el placer de haberme conocido compensaba ampliamente la demora en su viaje, y me invitó cálidamente a pasar unos días en el castillo de Lindenberg. Mientras hablaba de este modo, los jóvenes intercambiaron una sonrisa maliciosa, la cual indicaba que sería afortunada si lograba llegar al castillo. No se me escapó este gesto; pero oculté la emoción que suscitó en mi pecho. Seguí conversando con la dama. Pero mi discurso era tan frecuentemente incoherente que, como después me contó, empezó a dudar que estuviese en mi juicio. La verdad es que mientras mi conversación giraba sobre un tema mis pensamientos estaban enteramente ocupados en otro. Pensaba en el medio de salir de la cabaña, llegar al granero e informar a los criados de los propósitos de nuestro anfitrión. No tardé en comprobar lo irrealizable que era este plan. Jacques y Robert vigilaban cada movimiento mío con ojos atentos, y me vi obligado a abandonar la idea. Ahora, todas mis esperanzas estaban puestas en que Claude no encontrase a los bandidos: en tal caso, según lo que había oído, nos dejarían marchar libremente.

Al entrar Baptiste en la estancia, me estremecí involuntariamente. Pidió mil perdones por su larga ausencia, pero «le habían entretenido asuntos imposibles de posponer». Luego nos pidió permiso para que su familia cenase en la misma mesa que nosotros, sin el cual, el respeto no le permitiría tomarse tal libertad. ¡Oh! ¡Cómo maldije en mi corazón al hipócrita! ¡Cómo odié la presencia de aquel que estaba a punto de privarme de la existencia en ese tiempo tan cara para mí! Tenía todos los motivos para estar satisfecho de la vida. Poseía juventud, riqueza, alcurnia y educación, y ante mí tenía las más hermosas expectativas. Pero veía que estas expectativas estaban a punto de derrumbarse de la manera más horrible. Sin embargo, me vi obligado a disimular y a acoger con expresiones de agradecimiento las falsas cortesías del que tenía la daga puesta sobre mi pecho.

Nuestro anfitrión recibió el permiso que solicitaba. Nos sentamos a la mesa. La baronesa y yo ocupamos un lado. Los hijos se sentaron enfrente de nosotros, de espaldas a la puerta. Baptiste ocupó su asiento en un extremo de la mesa, junto a la baronesa, y la otra plaza se dejó para su esposa. Entró esta en seguida en la habitación y nos colocó delante una sencilla pero reconfortante comida campesina. Nuestro anfitrión consideró necesario excusar la modestia de la cena: le había cogido desprevenido nuestra llegada, así que sólo podía ofrecernos compartir lo que estaba destinado a su propia familia.

—Pero —añadió—, si algún accidente retuviese a mis nobles invitados más de lo que es su propósito, espero que podría brindarles un tratamiento mejor.

¡El muy villano! De sobra sabía yo a qué accidente se refería; ¡me estremecí ante el tratamiento que nos quería dispensar!

Mi compañera de peligro parecía haber olvidado la pesadumbre del retraso. Reía y conversaba con la familia con infinita alegría. Yo me esforzaba inútilmente en seguir su ejemplo. Mi buen humor resultaba evidentemente forzado, y esta actitud que yo mismo me imponía no escapó a la observación de Baptiste.

—¡Vamos, vamos, monsieur, animaos! —dijo—. No parece que os hayáis recobrado del todo de vuestra fatiga. Para levantar el ánimo, ¿qué os parece si tomamos un vaso de un excelente vino añejo que me dejó mi padre? ¡Dios le tenga en su seno, ahora está en un mundo mejor! Raras veces saco yo vino de ese. Pero como no todos los días me siento honrado con invitados de vuestra categoría, esta ocasión bien merece una botella.

Dio a su esposa una llave y le indicó dónde hallaría el vino del que hablaba. No pareció ella complacida con tal comisión, ni mucho menos. Cogió la llave con embarazo y vaciló antes de abandonar la mesa.

Marguerite le lanzó una mirada de ira y temor, y salió de la habitación.

Los ojos del esposo la siguieron recelosamente, hasta que cerró la puerta.

Poco después regresó con una botella sellada con cera amarilla. La colocó sobre la mesa y devolvió la llave a su esposo. Sospeché que no se nos ofrecía este licor sin una intención, y observé los movimientos de Marguerite con inquietud. Se puso a enjuagar unas pequeñas copas de asta. Al colocarlas ante Baptiste, se dio cuenta de que mis ojos estaban fijos en ella, y en el instante en que creyó que los bandidos no la miraban, me hizo una seña con la cabeza para que no probara la bebida, y volvió a ocupar su sitio.

Entretanto, nuestro anfitrión había quitado el tapón, y llenando dos de las copas, nos las ofreció a la dama y a mí. Al principio, ella puso algunos reparos, pero las insistencias de Baptiste fueron tan apremiantes que se vio obligada a complacerle. Temiendo despertar sospechas, cogí el vaso que me ofrecía sin vacilar. Por el olor y el color supuse que era champaña; pero las motas de polvo que flotaban en su superficie me convencieron de que le habían añadido algo. Sin embargo, no me atreví a manifestar mi repugnancia a beberlo. Me lo llevé a los labios y fingí bebérmelo. Y levantándome súbitamente de la silla me dirigí lo mejor que pude a una cubeta de agua donde Marguerite había estado lavando las copas. Fingí tragar el vino con desagrado, y aproveché la ocasión para vaciar la copa inadvertidamente en la cubeta.

Los bandidos parecieron alarmarse ante mi acción. Jacques medio se incorporó de su silla, se metió la mano en el pecho, donde descubrí el puño de una daga. Volví a mi asiento con tranquilidad y fingí no haber notado su confusión.

—No habéis acertado con mi gusto, mi buen amigo —dije, dirigiéndome a Baptiste—. No puedo probar el champaña sin que me produzca un violento trastorno. Creo que he tragado demasiado antes de saber qué era, y me temo que mi imprudencia me va a causar molestias.

Baptiste y Jacques intercambiaron una mirada de desconfianza.

—Tal vez os resulte desagradable su olor —dijo Robert.

Se levantó de su silla y cogió la copa. Observé que comprobaba si efectivamente estaba vacía.

—Debe de haber bebido suficiente —le dijo a su hermano en voz baja, mientras se sentaba otra vez.

Marguerite pareció temer que hubiese probado el licor: la tranquilicé con una mirada.

Aguardé con ansiedad los efectos que el brebaje iba a producir en la dama. No dudaba que el polvo que había observado era ponzoñoso, y lamentaba no haberme sido posible advertirla del peligro. Pero transcurrieron varios minutos, antes de observar que se le cerraban los ojos. Se le dobló la cabeza hacia un lado, y se sumió en profundo sueño. Fingí no

enterarme de tal circunstancia, y seguí mi conversación con Baptiste, con toda la alegría que era capaz de aparentar. Él me miraba con desconfianza y asombro, y vi que los bandidos cuchicheaban frecuentemente entre sí. Mi situación se volvía más difícil a cada instante: mantenía la actitud de confianza cada vez con menos gracia. Temeroso a la vez de que llegasen sus cómplices y de que sospechasen que estaba enterado de sus propósitos, no sabía cómo disipar el recelo con que los bandidos me vigilaban. La servicial Marguerite me ayudó una vez más en este nuevo dilema. Pasó por detrás de sus hijastros, se detuvo un momento frente a mí, cerró los ojos e inclinó la cabeza sobre el hombro. Esta alusión disipó inmediatamente mi incertidumbre. Me decía que debía imitar a la baronesa y fingir que el licor había hecho pleno efecto en mí. Así lo hice, y a los pocos minutos simulé que el sueño me había vencido completamente.

—¡Vaya! —exclamó Baptiste, al caer yo en mi silla—. ¡Por fin se ha dormido! Empezaba a pensar que se había olido nuestro plan y que nos tocaría despacharlo de todas maneras.

—¿Y por qué no lo despachamos de todas maneras? —preguntó Jacques con ferocidad—. ¿Para qué vamos a darle la posibilidad de que traicione nuestro secreto? Marguerite, dadme una de mis pistolas. Total, puedo acabar con él con sólo apretar el gatillo.

—Supón —replicó el padre—, supón que no llegan nuestros amigos esta noche, ¡vaya un papel que haríamos cuando los criados preguntasen por él mañana por la mañana! No, no, Jacques; hay que esperar a nuestros socios. Si se unen a nosotros, seremos lo bastante fuertes como para acabar con los criados y los amos, y el botín será nuestro. Si Claude no encuentra a la banda, deberemos tener paciencia y dejar que la presa se nos vaya de entre los dedos. ¡Ah! ¡Muchachos, muchachos! De haber llegado vosotros cinco minutos antes, habríamos terminado con el español, y ahora seríamos dueños de dos mil doblones. Pero nunca estáis cuando os necesito. ¡Sois unos ladrones de lo más inoportunos!

—¡Bueno, bueno, padre! —contestó Jacques—; si pensarais como yo, ya habríamos terminado con todos. Vos, Robert, Claude y yo, habríamos reducido a los extranjeros, aunque sean el doble. Sin embargo, Claude no está; es demasiado tarde para pensar en eso ahora. Tendremos que esperar pacientemente a que llegue la banda; y si los viajeros se nos escapan esta noche, tendremos que ocuparnos de asaltarles mañana.

—¡Cierto! ¡Cierto! —dijo Baptiste—. Marguerite, ¿has dado el somnífero a las doncellas?

Marguerite dijo que sí.

—Entonces todo marcha. Vamos, vamos, muchachos. Pase lo que pase, no hay razón para quejarse de esta aventura. No corremos ningún peligro,

podemos ganar mucho, y no hay nada que perder.

En ese momento, oí cascos de caballos. ¡Oh, qué espantoso resultó ese ruido a mis oídos! Un sudor frío me corrió por la frente, y sentí todos los horrores de la muerte inminente. No fue tranquilizador, ni mucho menos, oír exclamar a Marguerite, con acento desesperado:

—¡Dios todopoderoso! ¡Están perdidos!

Afortunadamente, el leñador y sus hijos estaban demasiado atentos a la llegada de sus socios para ocuparse de mí; de otro modo, la violencia de mi agitación les habría convencido de que mi sueño era fingido.

—¡Abrid! ¡Abrid! —exclamaron varias voces, en el exterior.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó Baptiste alegremente—. ¡Son ellos! ¡Ahora nuestro botín es seguro! ¡Id, muchachos! Llevadles al granero; ya sabéis lo que hay que hacer allí.

Robert corrió a abrir la puerta.

—Pero primero —dijo Jacques, cogiendo sus armas—, primero dejadme despachar a estos dos dormidos.

—¡No, no, no! —replicó el padre—; ve al granero, donde haces falta. Deja que me encargue yo de estos y de las mujeres de arriba.

Jacques obedeció y siguió a su hermano. Parecieron conferenciar unos minutos con los recién llegados. Después de lo cual oí desmontar a los forajidos y, según supuse, dirigirse al granero.

—¡Bueno! ¡A eso se llama obrar juiciosamente! —murmuró Baptiste—; han dejado los caballos, y van a caer sobre los extranjeros por sorpresa. ¡Bien! ¡Bien!, ahora a lo mío.

Le oí acercarse a una pequeña alacena situada en el fondo de la habitación y abrirla. En ese momento, sentí que me sacudían suavemente.

—¡Ahora! ¡Ahora! —susurró Marguerite.

Abrí los ojos. Baptiste estaba de espaldas a mí. No había nadie más en la estancia, salvo Marguerite y la dama dormida. El villano había cogido una daga de la alacena, y parecía comprobar si estaba lo bastante afilada. Yo no me había cuidado de proveerme de armas; pero comprendí que esta era la única ocasión de escapar, y decidí no desaprovecharla. Me levanté de un salto, me abalancé sobre Baptiste, y cogiéndole por el cuello, le apreté con fuerza para que no pudiese gritar. Quizá recordéis la fama que tenía en Salamanca la fuerza de mi brazo. Ahora esta fuerza me prestó un servicio esencial. Sorprendido, aterrado y sin respiración, el villano no fue adversario peligroso. Le arrojé al suelo, le agarré aún más fuerte, y mientras le inmovilizaba, Marguerite le arrancó la daga de la mano y se la hundió repetidamente en el corazón, hasta que expiró.

No bien hubo perpetrado este acto horrible pero necesario, Marguerite me ordenó que la siguiese.

—¡Nuestra única salvación es huir! —dijo—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡De prisa!

Obedecí sin vacilar. Pero no queriendo dejar a la baronesa para que fuese víctima de la venganza de los ladrones, la cogí en brazos, aún dormida, y corrí tras Marguerite. Los caballos de los bandidos estaban atados junto a la puerta. Mi conductora saltó sobre uno de ellos. Seguí su ejemplo, coloqué a la baronesa delante de mí, y espoleé mi caballo. Nuestra única esperanza era llegar a Estrasburgo, que estaba mucho más cerca de lo que el pérfido Claude me había asegurado. Marguerite conocía el camino bastante bien, y galopaba delante de mí. Tuvimos que pasar por delante del granero, donde los ladrones estaban asesinando a nuestros criados. La puerta estaba abierta. ¡Oímos los alaridos de los moribundos y las imprecaciones de los asesinos! ¡Me es imposible describir lo que sentí en aquel momento!

Jacques oyó los cascos de nuestros caballos. Corrió a la puerta con una antorcha en la mano y nos reconoció en seguida.

—¡Traición! ¡Traición! —gritó a sus compañeros.

Inmediatamente dejaron su sangrienta tarea y corrieron a sus caballos. No les oímos más. Clavé las espuelas en los flancos de mi corcel, y Marguerite aguijoneó al suyo con el puñal que tan buen servicio le había prestado ya. Corríamos como centellas, y salimos a campo abierto. Teníamos la torre de la catedral de Estrasburgo a la vista, cuando oímos a los ladrones detrás de nosotros. Marguerite se volvió y divisó a los ladrones que descendían por una pequeña colina, a no mucha distancia. En vano hostigábamos a nuestros caballos; el ruido se aproximaba cada vez más.

—¡Estamos perdidos! —exclamó—. ¡Los villanos nos están alcanzando!

—¡Seguid! ¡Seguid! —repliqué—. Oigo caballos que vienen de la ciudad.

Redoblamos nuestros esfuerzos, y no tardamos en divisar un numeroso grupo de caballeros que venían hacia nosotros a toda velocidad. Estaban a punto de pasarnos.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó Marguerite—. ¡Salvadnos! ¡Por Dios, salvadnos!

—¡Es ella! ¡Es ella! —exclamó, saltando al suelo—. ¡Parad, mi señor, parad! ¡Están a salvo! ¡Es mi madre!

Al mismo tiempo, Marguerite saltó de su caballo, se abrazó a él, y le cubrió de besos. Los demás caballeros se detuvieron ante tales exclamaciones.

—¿La baronesa de Lindenberg? —gritó otro de los desconocidos ansiosamente—. ¿Dónde está? ¿No viene con vos?

Se detuvo al descubrirla sin sentido en mis brazos. Me la cogió apresuradamente. El profundo sueño en que había caído le hizo temer por su vida; pero el latido de su corazón le tranquilizó en seguida.

—¡Alabado sea Dios! —dijo—. Ha escapado sin daño.

Interrumpí su euforia señalándole a los forajidos, que seguían aproximándose. No bien los mencioné, la mayor parte de la compañía, que parecía estar compuesta casi toda de soldados, salió inmediatamente a su encuentro. Los villanos no esperaron a recibir el ataque: al darse cuenta del peligro, volvieron grupas y huyeron hacia el bosque, adonde los siguieron sus perseguidores. Entretanto, el desconocido, el cual supuse que era el barón de Lindenberg, después de darme las gracias por haber cuidado de su dama, sugirió que regresáramos inmediatamente a la ciudad. La baronesa, que seguía bajo los efectos del opio, fue colocada delante de él; Marguerite y su hijo volvieron a montar en sus caballos; los criados del barón nos dieron escolta, y no tardamos en llegar a la posada donde ya había tomado él aposento.

Se trataba del Águila Austriaca, donde mi banquero, a quien había informado antes de salir de París de mi intención de visitar Estrasburgo, había reservado ya aposento para mí. Me alegré de esta circunstancia. Esto me daba ocasión de trabar amistad con el barón, lo que preveía que me sería de gran utilidad en Alemania. Tan pronto como llegamos, la dama fue conducida a la cama. Llamaron a un médico; prescribió este una medicina que contrarrestase los efectos de la poción letárgica, y tras derramarle un poco en la boca, la baronesa fue encomendada a los cuidados de la posadera. El barón se dirigió a mí entonces, y me rogó que le contase los detalles de nuestra aventura. Satisfice al punto sus deseos, pues apenado por el destino de Stephano, a quien me había visto obligado a abandonar a la crueldad de los bandidos, me parecía imposible encontrar descanso hasta tanto no tuviera alguna noticia de él. Muy pronto me enteré de que mi fiel criado había perecido. Los soldados que habían perseguido a los forajidos regresaron cuando todavía estaba yo relatando mi aventura al barón. Dijeron que los habían alcanzado: el crimen y el auténtico valor son incompatibles. Se arrojaron a los pies de sus perseguidores, se rindieron sin cruzar un solo golpe y revelaron su refugio secreto, dándoles además la contraseña con la que podrían coger al resto de la banda. Y, maniatados, los habían conducido a Estrasburgo. Algunos de los soldados corrieron a la cabaña, utilizando de guía a uno de los bandidos. Lo primero que inspeccionaron fue el granero fatal, donde tuvieron la fortuna de hallar con vida aún a dos de los criados del barón, aunque desesperadamente malheridos. El resto había muerto bajo las espadas de los ladrones, y uno de estos era el desventurado Stephano.

Alarmados por nuestra huida, y en su prisa por alcanzarnos, los ladrones no habían visitado la cabaña. Por consiguiente, los soldados encontraron ilesas a las dos doncellas, y sumidas en el mismo sueño profundo que había vencido a su señora. No encontraron a nadie más en la cabaña, salvo a un niño que no tendría más de cuatro años, a quien los soldados se trajeron con

ellos. Estábamos haciendo mil conjeturas sobre los padres del infortunado pequeño, cuando irrumpió Marguerite en la habitación con el niño en brazos. Cayó a los pies del oficial que nos estaba informando, y le bendijo mil veces por haber salvado a su hijo.

Cuando hubo pasado esta primera efusión de ternura maternal, le rogué que nos explicase cómo era que había estado unida a un hombre cuyos principios parecían tan en desacuerdo con los suyos. Bajó los ojos y se limpió unas lágrimas de la mejilla.

—Caballeros —dijo tras un silencio de unos minutos—, desearía suplicaros un favor. Tenéis derecho a saber con quién habéis contraído una obligación. Así que no voy a ocultaros una confesión que me cubre de vergüenza. Pero permitidme que lo haga con el menor número de palabras posible.

»Nací en Estrasburgo, de padres respetables. De momento debo ocultar sus nombres: mi padre vive aún, y no merece que le mezcle en mi infamia; si me concedéis esto, os informaré del nombre de mi familia. Un villano se adueñó de mis afectos, y abandoné la casa de mi padre para seguirle. Sin embargo, aunque mis pasiones predominaban sobre mi virtud, no me hundí en la degeneración del vicio, como tan frecuentemente ocurre a las mujeres que dan un primer paso en falso. Amaba a mi seductor; ¡le amaba tiernamente! Le fui fiel hasta el final. Este niño, y el joven que os advirtió, mi señor barón, del peligro de vuestra dama, son fruto de nuestro afecto. Aún en este instante lamento su pérdida, aunque a él debo todas las desventuras de mi existencia.

»Era de noble cuna, pero había dilapidado su herencia paterna. Sus parientes le consideraban un baldón para su nombre y le echaron completamente. Sus excesos atrajeron sobre él la indignación de la policía. Se vio obligado a huir de Estrasburgo, y no encontró otro medio de evitar la mendicidad que uniéndose a los bandidos que infestaban el bosque vecino, y cuya banda estaba compuesta principalmente por jóvenes de buena familia, y en la misma situación que él. Yo estaba decidida a no abandonarlo. Lo acompañé a la cueva de los forajidos y compartí con él las miserias inseparables de una vida de pillaje. Pues aunque yo sabía que nuestra existencia se sustentaba a base de robos, ignoraba las horribles circunstancias relacionadas con las actividades de mi amante. Él me las ocultaba con el mayor cuidado. Se daba cuenta de que mis sentimientos no eran lo bastante depravados como para pensar en el asesinato sin estremecerme. Suponía, y con justicia, que huiría horrorizada de los abrazos de un asesino. Los ocho años que me poseyó no ahogaron su amor por mí; y evitaba con todo cuidado que me enterase de ningún detalle que pudiese llevarme a sospechar los crímenes en los que participaba a menudo. Lo conseguía muy bien; hasta la muerte de mi seductor, no descubrí que sus manos habían estado manchadas de sangre inocente.

»Una noche fatal lo trajeron a la cueva cubierto de heridas. Las recibió al atacar a un viajero inglés, a quien sus compañeros mataron inmediatamente, en venganza. Sólo tuvo tiempo de suplicarme perdón por todas las desdichas que me había ocasionado; me besó la mano con sus labios enfebrecidos, y expiró. Mi dolor fue indecible. Tan pronto como cedió, decidí regresar a Estrasburgo y arrojarme a los pies de mi padre, con mis dos hijos, y suplicar su perdón; aunque poco esperaba conseguirlo. ¡Cuál no fue mi consternación, al enterarme de que no se permitía abandonar la cuadrilla a nadie que conociese el refugio de los bandidos, que debía renunciar a toda esperanza de volver a la sociedad y resignarme a aceptar inmediatamente a uno de la banda por esposo! Fueron inútiles todas mis súplicas y protestas. Echaron a suertes para decidir quién me iba a poseer en adelante, y pasé a ser propiedad del infame Baptiste. Un ladrón que en otro tiempo había sido monje nos unió mediante una ceremonia más burlesca que religiosa. Mis hijos y yo pasamos a manos de mi nuevo marido, que nos llevó inmediatamente a su casa.

»Me aseguró que hacía tiempo que sentía por mí la más ardiente estima; pero la amistad por mi fallecido amante le había obligado a reprimir sus deseos. Se esforzó en reconciliarme con mi destino, y durante algún tiempo me trató con respeto y dulzura. Finalmente, viendo que mi aversión, lejos de disminuir, iba en aumento, obtuvo con violencia los favores que yo me resistía a concederle. No me quedó otro recurso que soportar mis sufrimientos con paciencia. Me daba cuenta de que me los merecía sobradamente. Me era imposible huir: mis hijos estaban en poder de Baptiste, y este había jurado que si intentaba escapar lo pagarían ellos con sus vidas. Tuve demasiadas ocasiones de comprobar la ferocidad de su naturaleza para dudar que cumpliría su palabra al pie de la letra. La triste experiencia me había convencido de los horrores de mi situación; mi primer amante me los había ocultado escrupulosamente: Baptiste, en cambio, gozaba abriéndome los ojos a las crueldades de su profesión, y se esforzaba en familiarizarme con la sangre y las matanzas.

»Mi naturaleza era ardiente y licenciosa, pero no cruel; mi conducta había sido imprudente, pero mi corazón no era malvado. ¡Juzgad, pues, lo que yo sentía al tener que ser constante testigo de los crímenes más horrendos y abominables! ¡Juzgad cuánto debo de haber sufrido al verme unida a un hombre que recibía a los invitados fingiendo sinceridad y hospitalidad, al tiempo que maquinaba su destrucción! La desazón y el pesar se adueñaron de mi ser: se marchitaron los pocos encantos con que la naturaleza me había dotado, y la melancolía de mi semblante reflejó los sufrimientos de mi corazón. Mil veces me sentí tentada de poner fin a mi existencia. Pero el recuerdo de mis hijos contuvo mi mano. Me estremecía

pensar en dejar a mis queridos niños en poder del tirano, y más que por sus vidas, temía por su virtud. El segundo aún era demasiado pequeño para que le aprovechasen mis enseñanzas; pero me esforzaba incansablemente en inculcar en el corazón del mayor aquellos principios que le capacitasen para evitar los crímenes de sus padres. Me escuchaba con docilidad, o más bien con avidez. Aun con sus escasos años, mostraba que no estaba hecho para vivir en una sociedad de villanos; y el único consuelo que yo tenía en medio de mis desdichas, era ver las virtudes que empezaban a apuntar en mi Theodore.

»Tal era mi situación, cuando el pérfido postillón de don Alfonso condujo a este a la cabaña. Su juventud, aspecto y modales hicieron interesarme enormemente en su favor. La ausencia de los hijos de mi marido me proporcionó la ocasión que yo tanto había deseado, y decidí arriesgarlo todo para proteger al extranjero. La vigilancia de Baptiste me impedía prevenir a don Alfonso del peligro que corría: sabía que si yo les delataba me matarían inmediatamente; y a pesar de lo amargada que estaba mi existencia por las calamidades, me faltaba valor para sacrificarla protegiendo a otra persona. Mi única esperanza estaba en pedir socorro de Estrasburgo. Así que decidí intentarlo; y si se me presentaba una ocasión de advertir a don Alfonso sin que me viesen, estaba dispuesta a aprovecharla con presteza. Subí por orden de Baptiste a arreglarle la cama al extranjero. Le puse las sábanas sobre las que habían matado a un viajero la noche anterior, que aún estaban manchadas de sangre. Confiaba en que no escaparían estas señales a la observación de nuestro invitado, y que de ellas inferiría las intenciones de mi pérfido esposo. Pero no fue este el único paso que di para preservar al extranjero. Theodore estaba en la cama enfermo. Me deslicé en su habitación sin que me viera mi tirano, le conté mi plan, y me apoyó con interés. Se levantó a pesar de su fiebre y se vistió a toda velocidad. Le até una sábana por debajo de los brazos y lo bajé por la ventana. Corrió al establo, cogió el caballo de Claude y se dirigió a Estrasburgo a todo galope. Si le abordaban los bandidos, debía declarar que llevaba un mensaje a Baptiste; pero afortunadamente llegó a la ciudad sin ningún obstáculo. Tan pronto como llegó, pidió ayuda a la magistratura. Su historia corrió de boca en boca, y finalmente llegó a oídos del señor barón. Inquieto por la seguridad de su dama, la cual sabía que pasaría por ese camino esa misma tarde, pensó que podía haber caído en poder de los ladrones; así que acompañó a Theodore, quien guio a los soldados a la cabaña, y llegó a tiempo de evitar que cayésemos una vez más en manos de nuestros enemigos.

Aquí interrumpí a Marguerite para preguntarle por qué me habían dado la poción somnífera. Dijo que Baptiste creía que yo iba armado, y quería impedir que opusiera resistencia: era una precaución que tomaba siempre,

dado que, como los viajeros no tenían esperanzas de escapar, la desesperación podía incitarles a vender caras sus vidas.

A continuación, el barón quiso saber cuáles eran ahora los planes de Marguerite. Me uní a él, declarando que estaba dispuesto a mostrarle mi gratitud por haberme salvado la vida.

—Hastiada de un mundo —respondió— en el que no he encontrado más que desventuras, mi único deseo es retirarme a un convento. Pero primero debo proveer para mis hijos. He sabido que mi madre ha muerto, quizá prematuramente, ¡por mi huida de casa! Mi padre vive aún. No es hombre inflexible. Tal vez, caballeros, a pesar de mi ingratitud e imprudencia, vuestras intercesiones puedan inducirle a perdonarme y tomar a su cargo a sus dos desventurados nietos. ¡Si me conseguís esa diligencia, me habréis devuelto centuplicados mis servicios!

El barón y yo aseguramos a Marguerite que no ahorraríamos esfuerzos para obtener su perdón; y que aun cuando su padre se mostrase inflexible, no tenía por qué angustiarse por el destino de los niños. Yo mismo me comprometí a encargarme de Theodore, y el barón prometió tomar bajo su protección al más joven. La reconocida madre nos dio las gracias con lágrimas en los ojos por lo que ella llamó generosidad, pero que en realidad no era sino un justo sentido de nuestro agradecimiento. Salió entonces de la estancia para meter en la cama a su pequeño, al que el cansancio y el sueño habían vencido completamente.

La baronesa, al recobrarse y ser informada de los peligros de los que yo la había rescatado, se deshizo en expresiones de gratitud. Y su esposo se le unió tan afectuosamente, insistiéndome en que les acompañase a su castillo de Baviera, que me fue imposible rehusar. Durante la semana que pasamos en Estrasburgo no quedaron olvidados los intereses de Marguerite. Nuestra entrevista con su padre fue tan fructífera como podíamos desear. El buen anciano había perdido a su esposa: no tenía más descendencia que esta desventurada hija, de quien no había tenido noticias durante casi catorce años. Estaba rodeado de parientes lejanos, quienes aguardaban con impaciencia a que se muriese para entrar en posesión de su dinero. De modo que cuando Marguerite reapareció tan inesperadamente, la acogió como un don del cielo. La recibió a ella y a sus hijos con los brazos abiertos, e insistió en que fuesen a instalarse en su casa sin demora. Los decepcionados primos se vieron obligados a cederle el sitio. El anciano no quiso saber nada de los planes de su hija sobre retirarse a un convento. Dijo que le era demasiado necesaria para su felicidad, y la convenció fácilmente para que renunciase a su proyecto. Pero ninguna razón pudo persuadir a Theodore de que desistiese del plan que al principio había trazado yo para él. Me cobró el más sincero afecto durante mi estancia en Estrasburgo, y cuando estaba a punto de

marcharme, me suplicó con lágrimas en los ojos que le tomase a mi servicio: Describió todas sus pequeñas habilidades con los colores más favorables, y trató de convencerme de que en él encontraría una ayuda inmensa, a la hora de ponernos en camino. Yo no tenía ganas de cargar con un chico que apenas había cumplido los trece años, sabiendo que sólo sería una responsabilidad para mí. Sin embargo, no pude resistirme a las súplicas de este afectuoso joven, que de hecho poseía mil cualidades estimables. Con alguna dificultad, convencí a sus familiares para que le permitiesen acompañarme, y una vez conseguido tal permiso, le di el título de paje. Después de pasar una semana en Estrasburgo, Theodore y yo salimos para Baviera en compañía del barón y su esposa. Estos y yo habíamos obligado a Marguerite a aceptar varios regalos de valor, para ella y para su hijo más joven. Al marcharnos, prometí firmemente a la madre que le devolvería a Theodore en el término de un año.

Os he relatado esta aventura con detalle, Lorenzo, para que comprendáis por qué medio «se introdujo el aventurero Alfonso de Alvarada en el castillo de Lindenberg». ¡Juzgad por esta muestra el crédito que merecen las afirmaciones de vuestra tía!

VOLUMEN SEGUNDO

Capítulo primero

Avaunt and quit my sight! Let the Earth hide thee! Thy bones are marrowless; thy blood is cold; Thou hast no speculation in those eyes Which Thou dost glare with! Hence, horrible shadow! Unreal mockery hence!

SHAKESPEARE, Macbeth

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE DON RAIMUNDO

Mi viaje fue extraordinariamente agradable; el barón resultó ser un hombre con sentido, aunque sabía poco del mundo. Había pasado gran parte de su vida sin trasponer los límites de sus dominios, y consiguientemente sus modales distaban mucho de ser los más urbanos; pero era cordial, alegre y amistoso. Sus atenciones conmigo fueron todo lo buenas que yo podía desear, por lo que tuve todos los motivos para estar satisfecho de su hospitalidad. Su pasión predominante era la caza, que había llegado a considerar una ocupación seria, y cuando hablaba de alguna cacería, trataba el tema con la misma gravedad que si hubiese sido una batalla de la que dependiera el destino de dos reinos. Y como yo soy un deportista pasable, poco después de mi llegada a Lindenberg di alguna muestra de mi destreza. El barón me tuvo al punto por un hombre genial, y me juró eterna amistad.

Dicha amistad no me resultó ni mucho menos indiferente. En el castillo de Lindenberg vi por primera vez a vuestra hermana, la encantadora Inés. Para mí, que tenía el corazón vacante y me apesadumbraba este vacío, verla y amarla fue todo uno. Apenas contaba entonces dieciséis años; su figura delgada y elegante estaba ya formada. Dominaba diversas habilidades artísticas a la perfección, particularmente la música y el dibujo. Su carácter era alegre, abierto y jovial; y la graciosa sencillez de su vestido y modales producían un ventajoso contraste con el artificio y la estudiada coquetería de las damas parisinas que acababa de dejar. Desde el instante en que la vi, sentí el más vivo interés por su destino. Hice muchas preguntas sobre ella a la baronesa.

—Es mi sobrina —me explicó la dama—. Ignoráis todavía, don Alfonso,

que soy compatriota vuestra. Soy hermana del duque de Medinaceli. Inés es hija de mi segundo hermano, don Gastón. Está destinada al convento desde su cuna, y pronto tomará los hábitos en Madrid.

[Aquí Lorenzo interrumpió al marqués con una exclamación de sorpresa:

—¿Destinada al convento desde su cuna? —dijo—. ¡Santo Dios, es la primera vez que oigo semejante idea!

—Lo creo, mi querido Lorenzo —contestó don Raimundo—; pero debéis escucharme con paciencia. No quedaréis menos sorprendido cuando os cuente algunos detalles de vuestra familia que aún desconocéis, y que yo sé por boca de la propia Inés.

Y a continuación reanudó su relato de este modo]:

No podéis por menos de saber que vuestros padres eran, desgraciadamente, esclavos de la más grosera de las supersticiones: cuando mediaban estas, todos sus otros sentimientos, todas sus otras pasiones, cedían ante su fuerza irresistible. Cuando estuvo encinta de Inés, vuestra madre contrajo una peligrosa enfermedad y fue desahuciada por sus médicos. En esta situación, doña Mesilla hizo el voto de que si se recobraba de su enfermedad, y la criatura que llevaba en sus entrañas era niña, sería consagrada a Santa Clara; y si era niño, a San Benito. Fueron escuchadas sus oraciones. Se libró de su mal, Inés nació viva, e inmediatamente se dispuso que ingresaría al servicio de Santa Clara.

Don Gastón apoyó de buen grado los deseos de su esposa. Pero conociendo los sentimientos del duque, su hermano, respecto a la vida monástica, acordó ocultarle cuidadosamente el destino de vuestra hermana. Para guardar mejor aún el secreto, se decidió que Inés acompañase a vuestra tía doña Rodolfa a Alemania, adonde esta dama estaba a punto de marcharse con su flamante esposo, el barón de Lindenberg. A su llegada, encerraron a la joven Inés en un convento, situado a unas millas del castillo. Las monjas, a las que se confió su educación, desempeñaron su comisión con exactitud. Hicieron de ella una dueña perfecta con muchos conocimientos, y se esforzaron en inculcarle un gusto por el retiro y los placeres tranquilos del convento. Pero un secreto instinto hizo comprender a la joven que no había nacido para la soledad. Con toda la libertad y la alegría de la juventud, no temía tratar de ridículas muchas ceremonias que las monjas observaban con temor, y nunca era más feliz que cuando su viva imaginación le inspiraba algún plan para importunar a la rígida abadesa o la fea, malhumorada y vieja portera. Contemplaba con desagrado el futuro que tenía ante sí. Sin embargo, no se le ofrecía otra alternativa, y debía someterse a la voluntad de sus padres, aunque no sin un secreto pesar.

Pero no tuvo la habilidad suficiente para ocultar su repugnancia durante mucho tiempo: don Gastón fue informado de ello. Temeroso, Lorenzo, de que vuestro afecto por ella se opusiera a sus proyectos, y de que os resistieseis positivamente al infortunio de vuestra hermana, decidió ocultaros todo el asunto a vos, lo mismo que al duque, hasta que el sacrificio se hubiese consumado. Se concertó la fecha de su toma del velo para cuando vos estuvieseis de viaje; entretanto, no se hizo la menor alusión a la fatal promesa de doña Mesilla. No consintieron que vuestra hermana conociese vuestra dirección. Todas vuestras cartas eran leídas antes de recibirlas ella y borrados aquellos párrafos que pudiesen alentar su inclinación por el mundo. Sus contestaciones eran dictadas por vuestra tía o bien por doña Cunegunda, su institutriz. Estos detalles los conocí en parte por Inés, y en parte por la propia baronesa.

Al punto decidí rescatar a aquella adorable joven de un destino tan opuesto a sus inclinaciones y tan poco de acuerdo con sus méritos. Me esforcé en abogar en su favor. Aduje mi amistad e intimidad con vos. Ella me escuchó con avidez; parecía devorar mis palabras cuando canté vuestras alabanzas, y sus ojos me agradecieron mi cariño por su hermano. Mi constante y perpetua atención conquistó al fin su corazón, y con trabajo la obligué a confesar que me amaba. Sin embargo, cuando le propuse abandonar el castillo de Lindenberg, rechazó la idea enérgicamente.

—Sed generoso, Alfonso —dijo—; sois dueño de mi corazón, pero no utilicéis ese don innoblemente. No empleéis vuestro ascendiente sobre mí para inducirme a dar un paso del que en adelante deba avergonzarme. Soy joven y no tengo amparo alguno. Mi hermano, mi único amigo, está lejos; y mis otros parientes son mis enemigos. Tened piedad de mi desamparada situación. En vez de inducirme a cometer una acción que me cubriría de vergüenza, esforzaos en ganar los afectos de los que me gobiernan. El barón os estima. Mi tía, tan desdeñosa y altiva siempre con los demás, no olvida que la rescatasteis de manos de unos asesinos, y sólo ante vos adopta una apariencia de afabilidad y dulzura. Procurad, pues, influir sobre mis guardianes. Si ellos consienten en nuestra unión, mi mano es vuestra. Por lo que me habéis contado de mi hermano, no dudo que obtendréis su aprobación. Y cuando descubran que es imposible llevar a cabo sus designios, confío en que mis padres excusarán mi desobediencia y expiarán por algún otro sacrificio la fatal promesa de mi madre.

Desde el primer momento en que vi a Inés, me esforcé por granjearme el favor de sus parientes. Avalado por la confesión de su afecto, redoblé mis esfuerzos. Dirigí mis principales disparos contra la baronesa; fue fácil descubrir que su palabra era ley en el castillo. Su esposo le tributaba la más absoluta sumisión y la consideraba un ser superior. Frisaba los cuarenta. En

su juventud había sido una belleza. Pero sus encantos fueron mayormente lo que peor soportaron el desgaste de los años. Sin embargo, aún poseía algunos vestigios. Su juicio era sólido y coherente cuando no lo oscurecían los prejuicios, lo que por desgracia no ocurría casi nunca. Sus pasiones eran violentas: no ahorraba ningún trabajo por satisfacerlas, y perseguía con implacable venganza a quienes se oponían a sus deseos. La más ardiente de las amigas y la más despiadada de las enemigas: tal era la baronesa de Lindenberg.

Me afané incansablemente en complacerla; y por desgracia, lo conseguí demasiado bien. Ella pareció sentirse halagada con mis atenciones, y me trató con una distinción que no otorgaba a ningún otro. Una de mis ocupaciones diarias era leerle en voz alta durante varias horas; horas que podía haber pasado con Inés. Pero como pensaba que agradando a su tía hacía más próxima nuestra unión, me sometía de buen grado a la penitencia que se me imponía. La biblioteca de doña Rodolfa estaba formada principalmente por viejas novelas españolas: constituían su tema predilecto de meditación, y una vez al día se me ponía en las manos regularmente uno de esos despiadados volúmenes. Leí las tediosas aventuras de Perséfone, Tirante el Blanco, Palmerín de Inglaterra y El Caballero del Sol, hasta que se me caía el libro de las manos de aburrimiento. Sin embargo, el creciente placer con que la baronesa parecía acoger mi compañía me animaba a perseverar; y por último, manifestó una afición tan marcada, que Inés me aconsejó que aprovechase la primera oportunidad para manifestar nuestra mutua pasión a su tía.

Una tarde, me encontraba a solas con doña Rodolfa en su propio aposento. Como nuestras lecturas trataban generalmente de temas de amor, a Inés no se le permitía asistir. Justamente me estaba congratulando de haber terminado Los amores de Tristán y la reina Isolda.

—¡Ah! ¡Los desventurados! —exclamó la baronesa—. ¿Qué pensáis vos, señor? ¿Creéis que un hombre puede sentir un afecto tan desinteresado y sincero?

—Sin duda alguna —repliqué—. Mi propio corazón me proporciona la prueba de esa certeza. ¡Ah, doña Rodolfa! ¡Si yo pudiera lograr vuestra aprobación de mi amor! ¡Si yo pudiera confesaros el nombre de la dueña de mis sentimientos sin provocar vuestro resentimiento!

Doña Rodolfa me interrumpió:

—¿Y si os ahorrara yo esa confesión? ¿Y si yo admitiese que el objeto de vuestros deseos no me es desconocido? ¿Y si os dijese que ella corresponde a vuestros afectos y lamenta con igual sinceridad la desdichada promesa que la separa de vos?

—¡Ah, doña Rodolfa! —exclamé, arrojándome de rodillas ante ella,

besando su mano con vehemencia—. ¡Habéis descubierto mi secreto! ¿Cuál es vuestra decisión? ¿Debo perder mi esperanza o contar con vuestro favor?

No retiró la mano que yo le cogía; pero se cubrió el rostro con la otra.

—¿Cómo voy a negároslo? —respondió—. ¡Ah, don Alfonso! Hace tiempo que sé a quién van dirigidas vuestras atenciones, pero hasta ahora no me había dado cuenta del efecto que habían producido en mi corazón. Ahora no puedo ocultar ya mi debilidad, ni ante mí ni ante vos. ¡Me rindo a la violencia de mi pasión, y confieso que os adoro! Durante tres largos meses he reprimido mis deseos. Pero ahora que se han hecho más fuertes con su resistencia, me someto a su impetuosidad. El orgullo, el temor y el honor, el respeto a mí misma y mi unión con el barón, todo ha sido vencido. Lo sacrifico al amor por vos, y aún me parece miserable el precio por vuestra posesión.

Guardó silencio, esperando una respuesta. Juzgad, Lorenzo, cuál tuvo que ser mi confusión ante este descubrimiento. Inmediatamente me di cuenta de la magnitud de este obstáculo, que yo mismo había levantado ante mi felicidad. La baronesa había juzgado que era ella quien había motivado las deferencias que yo le tributaba meramente en atención a Inés. Y la fuerza de sus expresiones, las miradas con que iban acompañadas y la conciencia de que poseía un carácter vengativo, me hacían temblar por mí mismo y por mi amada. Seguí callado unos minutos. No sabía qué contestar a su declaración. No me quedaba más remedio que aclarar el malentendido sin demora y ocultar de momento el nombre de mi dueña. No bien había confesado ella su pasión, cuando los transportes que antes habían sido tan claros en mi semblante, dieron paso a la consternación y la alarma. Solté su mano y me incorporé. El cambio de mi actitud no escapó a su observación.

—¿Qué significa este silencio? —dijo con voz temblorosa—. ¿Dónde está ese gozo que me habéis inducido a esperar?

—Perdonadme, señora —contesté—, si la necesidad me obliga a parecer rudo e ingrato. Alentaros en un error que, aunque puede halagarme a mí, podría suponer para vos una fuente de desencanto, me haría parecer como un criminal ante los ojos de todos. El honor me obliga a informaros que habéis tomado por requerimiento amoroso lo que sólo era testimonio de amistad. Era este el sentimiento que yo he deseado suscitar en vuestro pecho. El respeto que os debo y la gratitud por el generoso trato del barón, me impiden alimentar por vos un sentimiento más cálido. Quizá estas razones no habrían bastado para protegerme de vuestros atractivos, de no ser porque mis afectos estaban puestos ya en otra persona. Vos tenéis encantos, señora, que podrían cautivar al más insensible. Ningún corazón vacante sería capaz de resistirlos. Por ventura, yo ya no soy dueño del mío; de lo contrario, habría tenido que reprocharme toda la vida haber violado las leyes de la hospitalidad.

Recobraos, noble señora. Recordad lo que debéis a vuestro honor, y yo al barón, y reemplazad por estima y amistad esos sentimientos a los que yo no puedo corresponder.

La baronesa se quedó pálida ante esta inesperada y enérgica declaración. No sabía si soñaba o estaba despierta. Finalmente, recobrándose de su sorpresa, la consternación dio paso a la rabia, y la sangre le volvió a las mejillas con violencia.

—¡Villano! —gritó—. ¡Monstruo de falsedad! ¿Así es como recibes la confesión de mi amor? ¿Así es como...? ¡Pero no, no! ¡No puede, no debe ser! ¡Alfonso, miradme a vuestros pies! ¡Sed testigo de mi desesperación! ¡Mirad con compasión a una mujer que os ama con afecto sincero! ¿Cómo ha merecido semejante tesoro la que posee vuestro corazón? ¿Qué sacrificio os ha hecho? ¿Qué es lo que la pone por encima de Rodolfa?

Me esforcé en levantarla.

—¡Por Dios, señora, reprimid estos transportes: os afrentan a vos y a mí! Alguien puede oír vuestras exclamaciones y divulgar el secreto entre vuestra servidumbre. Veo que mi presencia os irrita: permitidme que me retire.

Me dispuse a abandonar el aposento. La baronesa me cogió súbitamente por el brazo.

—¿Y quién es la feliz rival? —dijo en tono amenazador—. ¡Quiero saber su nombre, y cuando lo sepa...! ¡Es alguien que está bajo mi poder, puesto que habéis pedido mi favor, mi protección! ¡Dejad que la descubra, dejad que sepa quién se atreve a robarme vuestro corazón, y haré que sufra todos los tormentos que los celos y el desencanto pueden infligir! ¿Quién es? Contestadme al punto. ¡No esperéis poderla sustraer a mi venganza! Pondré espías que os acechen; os vigilarán cada paso, cada mirada. Vuestros ojos delatarán a mi rival. ¡Sabré quién es, y cuando la descubra, temblad, Alfonso, por ella y por vos!

Mientras profería estas últimas palabras, su cólera creció hasta el punto de cortársele la respiración. Jadeó, gimió, y por último se desmayó. Al ver que iba a caerse, la cogí en brazos y la deposité en el sofá. Luego corrí a la puerta y llamé a sus doncellas para que la asistiesen. La dejé al cuidado de ellas, y aproveché la ocasión para escapar.

Indeciblemente agitado y confundido, me dirigí al jardín. La dulzura con que la baronesa me había escuchado al principio me había hecho concebir las más elevadas esperanzas: me pareció que había percibido mi afecto por su sobrina y que lo aprobaba. ¡Qué enorme desencanto, al darme cuenta del verdadero sentido de su discurso! Yo no sabía qué determinación tomar. La superstición de los padres de Inés, ayudada por la infortunada pasión de su tía, parecía oponer a nuestra unión obstáculos casi insuperables.

Al pasar junto al salón de abajo, cuyas ventanas daban al jardín, vi por la

puerta entreabierta a Inés sentada ante una mesa. Estaba dibujando, y tenía varios bocetos esparcidos a su alrededor. Entré aún sin saber si debía contarle o no la declaración de la baronesa.

—¡Oh, sois vos! —dijo, alzando la cabeza—. Puesto que no sois un extraño, proseguiré mi ocupación sin ceremonias. Coged una silla y sentaos a mi lado.

Obedecí, y me senté junto a la mesa. Sin saber qué hacía, y completamente embargado por la escena que acababa de tener lugar, cogí algunos dibujos y les eché una mirada. Uno de los motivos me sorprendió por su singularidad. Representaba el gran salón del castillo de Lindenberg. Una puerta que conducía a una estrecha escalera estaba entreabierta. En el primer plano aparecía un grupo de figuras, colocadas en las más grotescas actitudes. Cada semblante reflejaba terror. Una de ellas estaba de rodillas, con los ojos dirigidos hacia el cielo, y rezaba fervorosamente. Otra se arrastraba a gatas. Algunas ocultaban su rostro en su capa o en el regazo de sus compañeras; otras se ocultaban bajo la mesa, sobre la que se veían los restos de un banquete, mientras que otras, con la boca abierta y los ojos desencajados, señalaban a una figura que se suponía era la causa del espanto: una mujer de estatura más que humana, vestida con el hábito de alguna orden religiosa. Tenía la cara oculta por un velo. Del brazo le colgaba un rosario, en el hábito se veían varias manchas de sangre, la cual le brotaba de una herida que tenía en el pecho. Con una mano sostenía una lámpara, y con la otra un gran cuchillo. Parecía avanzar hacia la puerta de hierro del salón.

—¿Qué representa esto, Inés? —pregunté—. ¿Es invención vuestra?

Echó una mirada al dibujo.

—¡Oh, no! —respondió—. Es invención de cabezas más sabias que la mía. Pero ¿cómo es posible que llevéis viviendo en Lindenberg tres meses sin haber oído hablar de la Monja Sangrienta?

—Sois la primera persona que me menciona ese nombre. Decidme, ¿quién es esa dama?

—Eso es más de lo que yo podría deciros. Lo único que sé de su historia procede de una vieja tradición de esta familia, transmitida de padres a hijos, y firmemente creída en todos los dominios del barón. Es más, el propio barón cree en ella; en cuanto a mi tía, que tiene una especial predilección por lo maravilloso, antes dudaría de la veracidad de la Biblia que de la Monja Sangrienta. ¿Queréis que os cuente la historia?

Le contesté que me complacería muchísimo escucharla; prosiguió su dibujo, y empezó en un tono de burlona gravedad:

—Es sorprendente que en todas las crónicas de tiempos pasados no se haya citado ni una sola vez a este notable personaje. De buena gana os

contaría yo su vida. Pero desgraciadamente, hasta después de su muerte nadie sabía de su existencia. Entonces fue cuando consideró ella necesario armar algún ruido en el mundo, y con esa intención se atrevió a tomar posesión del castillo de Lindenberg. Como tenía buen gusto, se adjudicó el mejor aposento de la casa, y una vez instalada allí, empezó a divertirse golpeando las mesas y las sillas en plena noche. Quizá es que dormía mal, aunque no he podido comprobar este detalle. Según la tradición, dicho entretenimiento comenzó hará un siglo. Lo acompañaba de alaridos, aullidos, gemidos, juramentos y otros ruidos agradables de la misma naturaleza. Pero, si bien honraba con sus visitas más especialmente una habitación particular, no se limitaba a ella por entero. De cuando en cuando, se aventuraba por las viejas galerías, deambulaba por los salones espaciosos, o se detenía a veces en la puerta de las cámaras y lloraba y gemía para universal terror de sus habitantes. En estas excursiones nocturnas, la veían distintas personas, y todas la describían tal como la veis aquí, dibujada por la mano de esta indigna ilustradora.

La singularidad de este relato cautivó insensiblemente mi atención.

—¿Nunca habló a las personas con las que se encontraba? —pregunté.

—No. Las manifestaciones nocturnas a que se entregaba, a modo de conversación, no eran invitadoras ni mucho menos. A veces el castillo retumbaba con sus juramentos y execraciones. A continuación, entonaba el padrenuestro; luego descargaba las más horribles blasfemias, para cantar seguidamente el De profundis con la misma corrección que si estuviese en el coro. En suma, parecía un ser enormemente versátil. Pero ya rezase o maldijese, ya se mostrase irreverente o piadosa, procuraba siempre aterrar a cuantos la oían. El castillo se volvió difícilmente habitable, y a su señor le tenían tan asustado estos alborotos, que una buena mañana le encontraron muerto en la cama. Este éxito pareció agradar enormemente a la monja, pues a partir de entonces armó más ruido que nunca. Pero el siguiente barón resultó ser demasiado astuto para ella. Apareció con un afamado exorcista, el cual no tuvo miedo de permanecer encerrado toda una noche en la cámara encantada. Al parecer, sostuvo allí una enconada batalla con el fantasma, antes de prometer este que se mantendría tranquilo. La monja era terca, pero él lo fue más, y al final accedió a dejar descansar por la noche a los habitantes. Durante algún tiempo, no volvió a saberse nada de ella. Pero a los cinco años murió el exorcista, y entonces la monja se atrevió a dejarse ver otra vez. Sin embargo, se había vuelto más educada y tratable. Caminaba en silencio, y nunca se aparecía más de una vez cada cinco años. Si hay que creer al barón, aún conserva esa costumbre. Está convencido de que el cinco de mayo, cada cinco años, tan pronto como el reloj da la una, se abre la puerta de la cámara encantada [observad que esta habitación lleva cerrada

casi un siglo]. Entonces sale la monja espectral con su lámpara y su daga. Desciende la escalera de la torre del este; ¡y cruza el gran salón! Esa noche el portero deja siempre abiertas las puertas del castillo por respeto a la aparición. No es que lo considere necesario en absoluto, ya que ella podría filtrarse por el ojo de una cerradura si así lo desea, sino por mera cortesía, y para evitar que haga una aparición demasiado impropia de su espectral dignidad.

—¿Y adónde va, al abandonar el castillo?

—Al cielo, espero. Aunque si es así, el lugar no es de su gusto, pues siempre regresa al cabo de una hora de ausencia. Entonces la dama se retira a su cámara, y no vuelve a aparecer durante otros cinco años.

—¿Y vos creéis eso, Inés?

—¿Cómo podéis preguntarme una cosa así? ¡No, no, Alfonso! Tengo demasiados motivos para considerarme víctima de la influencia de la superstición. Sin embargo, debo callar mi incredulidad ante la baronesa: ella no abriga ninguna duda sobre la veracidad de esta historia. En cuanto a doña Cunegunda, mi institutriz, declara que hace quince años vio el espectro con sus propios ojos. Me ha contado cómo una noche se quedaron aterrados, ella y varios criados más, cuando estaban cenando, ante la aparición de la Monja Sangrienta, como llaman al fantasma en el castillo. Precisamente he trazado este boceto de acuerdo con su relato, y podéis tener por seguro que no he omitido a la propia Cunegunda. ¡Aquí está! ¡Jamás se me olvidará lo enojada que se puso, ni su fea expresión, cuando me reprendió por haberla sacado tan parecida!

Y señaló la figura burlesca de una vieja en actitud aterrada.

A pesar de la melancolía que me oprimía, no pude por menos de sonreír ante la traviesa imaginación de Inés: había plasmado perfectamente el parecido de doña Cunegunda, aunque había exagerado tanto cada uno de sus defectos, haciendo tan irresistiblemente risibles sus rasgos, que no me fue difícil imaginar el enfado de su dueña.

—¡La figura es admirable, mi querida Inés! No sabía que poseyerais esta habilidad para captar lo ridículo.

—¡Aguardad un instante! —replicó—. Os voy a enseñar una figura aún más ridícula que la de doña Cunegunda; si os gusta podéis quedárosla, dado que es más propio que la poseáis vos.

Se levantó y fue a un mueble vecino. Abrió un cajón, sacó un pequeño estuche, lo abrió y me lo presentó.

—¿Conocéis este rostro? —dijo sonriendo.

Era el suyo.

Conmovido por el regalo, besé el retrato con apasionamiento; me arrojé a sus pies y le declaré mi gratitud en los términos más cálidos y afectuosos. Me

escuchó complacida y me aseguró que compartía mis sentimientos. Y de pronto, profirió un grito, retiró la mano que yo le había cogido y huyó de la habitación por la puerta que daba al jardín. Asombrado ante esta súbita huida, me incorporé del suelo apresuradamente. Entonces vi a la baronesa a mi lado, ardiendo de celos y casi sofocada de rabia. Al recobrarse de su desvanecimiento, se había torturado la imaginación por descubrir quién era su oculta rival. Nadie pareció merecer sus sospechas más que Inés. Inmediatamente, corrió en busca de su sobrina, a fin de censurarla por animar mis galanteos y comprobar si eran fundadas sus conjeturas. Desgraciadamente, había visto demasiado para necesitar ninguna otra confirmación. Había llegado a la puerta en el preciso instante en que Inés me daba su retrato. Me oyó profesar amor eterno a su rival y arrodillarme a sus pies. Entró a separarnos. Nosotros estábamos demasiado pendientes el uno del otro para verla, y no nos dimos cuenta hasta que Inés la descubrió de pie, junto a mí.

La rabia por parte de doña Rodolfa, y la confusión por la mía, nos mantuvo callados a los dos durante unos minutos. La dama se recobró primero.

—Así que mis sospechas eran fundadas —dijo—. Ha triunfado la coquetería de mi sobrina, y es por ella por quien me habéis sacrificado. En un aspecto, sin embargo, soy afortunada: no seré la única en lamentar la frustración de mi pasión. ¡También vos sabréis lo que es vivir sin esperanzas! De un día para otro, espero recibir órdenes de devolver a Inés a sus padres. Inmediatamente después de su llegada a España, profesará, lo que pondrá una barrera infranqueable en vuestra unión. Podéis ahorraros vuestras súplicas —prosiguió, al verme a punto de hablar—. Mi decisión es firme e inconmovible. Vuestra amada permanecerá encerrada en su cámara hasta que cambie este castillo por el claustro. Quizá la soledad le devuelva el sentido del deber. Pero para evitar que os opongáis a tan deseado acontecimiento, debo informaros, don Alfonso, que vuestra presencia aquí no es grata ya ni al barón ni a mí. No es para decirle tonterías a mi sobrina para lo que vuestros familiares os han enviado a Alemania; vuestra misión es viajar, y lamentaría impedir más tiempo tan excelente propósito. Adiós, señor. Recordad que mañana habremos de vernos por última vez.

Dicho esto, me dirigió una mirada orgullosa, despectiva y malévola, y abandonó el aposento. Yo me retiré también al mío, y me pasé la noche planeando el medio de rescatar a Inés del poder de su tiránica tía.

Tras la tajante declaración de su dueña, me era imposible permanecer más tiempo en el castillo de Lindenberg. Así que al día siguiente anuncié mi inmediata partida. El barón declaró que esto le apenaba sinceramente, y se mostró en mi favor con términos tan fervientes que traté de ganarle para mi

causa. Apenas le mencioné el nombre de Inés, me quitó la palabra, y dijo que estaba más allá de sus posibilidades interferir en ese asunto. Vi que era inútil discutir: la baronesa dominaba a su esposo de manera tan despótica que comprendí que le había predispuesto contra tal unión. Inés no apareció: pedí permiso para despedirme de ella, pero mi petición fue rechazada. No tuve más remedio que marcharme sin verla.

Al despedirme del barón, me estrechó la mano afectuosamente, y me aseguró que tan pronto como se marchase su sobrina, podía considerar su casa como la mía propia.

—¡Adiós, don Alfonso! —dijo la baronesa, y me tendió la mano.

Se la tomé, e hice ademán de llevármela a los labios. Ella me lo impidió. Su esposo estaba al otro extremo de la estancia, y no podía oírnos.

—¡Cuidaos! —prosiguió ella—. Mi amor se ha convertido en odio, y mi orgullo herido no quedará sin satisfacción. Id adonde queráis: ¡mi venganza os seguirá!

Acompañó estas palabras con una mirada que bastaba para hacerme temblar. No contesté, sino que me apresuré a abandonar el castillo.

En el momento en que mi coche salía del patio, miré hacia las ventanas del aposento de vuestra hermana. No vi a nadie; volví a meterme desalentado en mi carruaje. No me acompañaban más criados que un francés a quien había contratado en Estrasburgo, en lugar de Stephano, y el pequeño paje del que ya os he hablado. La fidelidad, inteligencia y buen carácter de Theodore ya habían conquistado mi afecto. Pero ahora se dispuso a prestarme un servicio que me haría considerarle como mi genio guardián. Apenas nos alejamos media milla del castillo, cuando acercó su caballo a la portezuela del coche.

—¡Animaos, señor! —dijo en español, que ya había aprendido a hablar con fluidez y corrección—. Mientras vos estabais con el barón, yo aguardé el momento en que doña Cunegunda se encontrase abajo para subir a su cámara, que está encima de la de doña Inés. Canté lo más alto que pude una pequeña tonada alemana que ella conoce, con la esperanza de que reconociese mi voz. No me equivoqué, pues no tardé en oír abrirse la ventana y dejé caer la cuerda de que me había provisto. Al oír cerrarse la ventana otra vez recogí la cuerda, y atada a ella encontré este trozo de papel.

Seguidamente me tendió una nota dirigida a mí. La abrí con impaciencia. Contenía las siguientes palabras escritas a lápiz:

Ocultaos durante estas dos semanas en algún pueblo vecino. Mi tía creerá que os habéis ido de Lindenberg y me devolverán la libertad. Estaré en este pabellón el día treinta a las doce de la noche. No faltéis, y tendremos ocasión de concertar nuestros planes futuros. Adiós.

Al leer estas líneas, mi emoción rebasó todos los límites, y no sé decir cuántas expresiones de gratitud derramé sobre Theodore. La verdad es que su habilidad y atención merecían mi más cálida alabanza. Comprenderéis que yo no le había confiado mi pasión por Inés; pero el jovencito era demasiado listo para no descubrir mi secreto, y demasiado discreto para no ocultar que lo sabía. Observó en silencio lo que pasaba, y no intervino en el asunto como agente mío hasta que mis intereses lo requirieron. Admiré asimismo su sensatez, su perspicacia, su habilidad y su fidelidad. No era la primera vez que me resultaba de infinita utilidad, y cada día me sentía más convencido de su viveza y capacidad. Durante mi breve estancia en Estrasburgo, se había dedicado con interés a aprender los rudimentos del español; siguió estudiándolo, y con tanto éxito, que lo hablaba con la misma soltura que su lengua natal. Se pasaba casi todo el tiempo leyendo. Había adquirido muchos conocimientos para su edad, y unía a las ventajas de un rostro vivo y una figura atractiva un excelente entendimiento y el mejor de los corazones. Ahora cuenta quince años. Aún está a mi servicio, y cuando le veáis, estoy seguro de que os agradará. Pero perdonad esta digresión. Vuelvo al tema que había dejado.

Obedecí las instrucciones de Inés. Me dirigí a Munich. Allí dejé mi coche al cuidado de Lucas, mi criado francés, y luego volví a caballo a un pueblecito situado a unas cuatro millas del castillo de Lindenberg. Al llegar allí, conté una historia al posadero en cuya posada me hospedé, a fin de evitar que le causara extrañeza mi larga estancia en su casa. Afortunadamente, el viejo era crédulo y poco curioso: se creyó todo lo que le dije, y no quiso saber nada más que lo que yo consideré conveniente contarle. Conmigo no venía más que Theodore; íbamos los dos disfrazados, y como nos manteníamos retirados, nadie sospechó que fuésemos otra cosa que lo que parecíamos. Y así transcurrieron cinco días. Durante ese tiempo, tuve la agradable prueba de que Inés estaba una vez más en libertad: pasó por el pueblo con doña Cunegunda. Parecía animada, y hablaba con su acompañante sin el menor indicio de estar haciendo un esfuerzo.

—¿Quiénes son esas damas? —pregunté al posadero, al pasar el coche.

—La sobrina del barón de Lindenberg con su institutriz —contestó él—. Va regularmente todos los viernes al convento de Santa Catalina, en el que se ha educado, que se encuentra a una milla de aquí.

Podéis tener la seguridad de que esperé con impaciencia a que llegara el viernes siguiente. Otra vez vi a mi adorable amada. Me lanzó una mirada al cruzar por delante de la posada. El rubor que inundó su rostro me demostró

que me había reconocido. Me incliné profundamente. Ella me devolvió el cumplido con un leve gesto de cabeza, como el que se le hace a un inferior, y miró hacia otro lado, hasta que el carruaje se perdió de vista.

Llegó la noche largamente esperada y deseada. Reinaba una gran quietud y había luna llena. Tan pronto como el reloj dio las once, me dirigí apresuradamente al lugar de la cita, deseoso de no llegar tarde. Theodore había dispuesto una escala de cuerda. Salvé el muro del jardín sin dificultad. El paje me siguió y retiró la escala después. Me aposté en el cenador de poniente, y esperé con impaciencia la llegada de Inés. Cada brisa que susurraba, cada hoja que caía, creía que eran sus pasos y corría a su encuentro. Así me vi obligado a pasar una hora entera, cada minuto de la cual me pareció un siglo. Por fin, la campana del castillo dio las doce, y apenas pude creer que la noche no estuviese más avanzada. Transcurrió otro cuarto de hora, y oí los callados pasos de mi amada que se acercaban cautelosos al cenador. Corrí a su encuentro y la llevé a un banco. Me arrojé a sus pies, y había empezado a expresar mi gozo, cuando me interrumpió de este modo:

—No tenemos tiempo que perder, Alfonso. Los instantes son preciosos, pues aunque ya no estoy prisionera, Cunegunda me vigila cada paso. Ha llegado un correo de mi padre. Debo partir inmediatamente para Madrid, y he conseguido con mucha dificultad aplazar el viaje una semana. La superstición de mis padres, alentada por las declaraciones de mi cruel tía, no me dejan abrigar la esperanza de mover su compasión. En este dilema, he decidido encomendarme a vuestro honor: ¡Dios quiera que no deis jamás motivo para arrepentirme de mi resolución! Mi único recurso para eludir los horrores de un convento es huir, y mi imprudencia se justifica por la inminencia del peligro. Ahora escuchad el plan por el que espero llevar a cabo mi fuga.

»Hoy es treinta de abril. Dentro de cinco días se espera que aparezca el espectro de la monja. En mi última visita al convento conseguí ropa apropiada para ese personaje: una amiga que tengo allí, a la que he confiado sin temor alguno mi secreto, accedió de buen grado a proporcionarme un hábito de religiosa. Conseguid un coche y estad cerca de la puerta grande del castillo. Tan pronto como el reloj dé la una, saldré de mi aposento vestida con el mismo atuendo que se supone que lleva el fantasma. Quienquiera que me vea se quedará demasiado aterrado para interponerse en mi camino. Llegaré fácilmente a la puerta, y me pondré bajo vuestra protección. De este modo, el éxito será seguro. Pero ¡oh, Alfonso, si me engañarais! Si despreciarais mi imprudencia y la recompensarais con la ingratitud, ¡en el mundo no habrá un ser más desdichado que yo! Sé a qué peligros me voy a exponer. Sé que voy a daros el derecho a tratarme con liviandad. ¡Pero confío en vuestro amor, en

vuestro honor! El paso que estoy a punto de dar levantará a mis parientes contra mí: si me abandonáis, si traicionáis la confianza que deposito en vos, no tendré a ningún amigo que castigue vuestra afrenta ni defienda mi causa. Sólo en vos descansa toda mi esperanza; si vuestro corazón no sale en mi favor, ¡me habré perdido para siempre!

El tono en que pronunció estas palabras fue tan conmovedor, que a pesar de mi gozo al escuchar su promesa de seguirme, no pude por menos de sentirme afectado. Lamentaba en secreto no haber tomado la precaución de traer un coche al pueblo, en cuyo caso podía haberme llevado a Inés esa misma noche. Tal decisión era ahora irrealizable: el coche y los caballos estaban en Munich, que distaba de Lindenberg dos días largos de viaje. Así que me vi obligado a aceptar su plan, que en definitiva me parecía bastante bueno. Su disfraz impediría que la detuviesen en el momento de salir del castillo, y le permitiría subir en el coche en la misma puerta del castillo sin dificultades ni pérdidas de tiempo.

Inés apoyó tristemente la cabeza en mi hombro, y a la luz de la luna vi que le corrían las lágrimas por las mejillas. Me esforcé en disipar su melancolía y la animé a pensar en nuestra felicidad futura. Prometí con los más solemnes términos que su virtud e inocencia estarían a salvo bajo mi custodia, y que hasta tanto la iglesia no la hiciese mi esposa legítima, su honor sería para mí tan sagrado como el de una hermana. Le dije que mi primer cuidado sería buscaros, Lorenzo, para que aprobaseis nuestra unión; y seguí hablando en estos mismos términos, cuando me alarmó un ruido del exterior. De pronto se abrió la puerta del cenador y surgió Cunegunda ante nosotros. Había oído salir a Inés sigilosamente de su aposento; la siguió al jardín y la vio entrar en el cenador. Protegida por los árboles, pasó sin ser vista por Theodore, que me esperaba a cierta distancia, se acercó en silencio y oyó toda nuestra conversación.

—¡Admirable! —exclamó Cunegunda con voz destemplada por la ira—: ¡Por Santa Bárbara, señora, excelente invención la vuestra! ¡Haceros pasar por la Monja Sangrienta! ¡Qué impiedad! ¡Qué descreimiento! Hacedlo; tengo intención de dejaros llevar a cabo vuestro plan: ¡cuando os enfrentéis con el fantasma de verdad, os aseguro que vais a encontraros en bonita situación! Don Alfonso, deberíais avergonzaros de haber seducido a una criatura joven e ignorante, y haberla inducido a abandonar a su familia y sus amigos. Sin embargo, por esta vez al menos he malogrado vuestros malvados proyectos. Informaré de todo esto a la noble dama, e Inés tendrá que esperar una ocasión más propicia para representar el papel de espectro. Adiós, señor. Doña Inés, hacedme el honor de conducir vuestra espectralidad de nuevo a vuestro aposento.

Se acercó al sofá en el que la temblorosa discípula estaba sentada, la

cogió de la mano y se dispuso a sacarla del cenador.

La detuve, y traté, con súplicas, promesas, halagos y dulzura, de ganarla para mi causa. Pero viendo que era inútil cuanto decía, renuncié a seguir intentándolo.

—Vuestra terquedad será vuestro propio castigo —dije—. Me queda un recurso para salvarnos Inés y yo, y no vacilaré en emplearlo.

Aterrada ante esta amenaza, pugnó otra vez por abandonar el cenador. Pero yo la cogí por la muñeca y la retuve a la fuerza. En ese mismo instante, Theodore, que la había seguido, cerró la puerta, impidiendo que escapara. Cogí el velo de Inés y se lo até a la dueña alrededor de la cabeza, ya que profería tan penetrantes chillidos que, a pesar de lo distantes que estábamos del castillo, temí que la oyeran. Finalmente, conseguí amordazarla tan completamente que no pudo emitir un solo grito. Entre Theodore y yo conseguimos atarle las manos y los pies con alguna dificultad, valiéndonos de nuestros pañuelos, y aconsejamos a Inés que volviese a su aposento a toda prisa. Le prometí que Cunegunda no sufriría ningún daño, le pedí que recordase que el cinco de mayo la esperaba a la entrada principal del castillo, y me despedí cariñosamente de ella. Temblorosa y desasosegada, apenas tuvo fuerzas para manifestar su conformidad con el plan, y huyó a su aposento trastornada y confundida.

Entretanto, Theodore me ayudó a llevarme a mi anticuada presa. La izamos por encima del muro, la coloqué sobre el caballo, delante de mí, como un saco de viaje, y me alejé al galope del castillo de Lindenberg. Jamás había hecho la desventurada dueña un viaje más desagradable en su vida. Recibió tantos golpes y sacudidas que al final pareció poco más animada que una momia. Y no hablemos del miedo que pasó cuando vadeamos un riachuelo, el cual tuvimos que cruzar para regresar al pueblo. Antes de llegar a la posada, ya había decidido yo qué hacer con la engorrosa Cunegunda. Entramos en la calle donde se encontraba la posada, y mientras llamaba el paje a la puerta, yo esperé a cierta distancia. Abrió el posadero con una lámpara en la mano.

—¡Dadme la luz! —dijo Theodore—. Mi señor viene ahora.

Le cogió la lámpara precipitadamente y la dejó caer al suelo adrede. El posadero regresó a la cocina para encenderla otra vez, dejando la puerta abierta. Aprovechando la oscuridad, salí de detrás del caballo con Cunegunda en brazos, subí corriendo la escalera, entré en mi aposento sin ser visto, y abriendo la puerta de un armario espacioso, la metí allí; luego cerré con llave. El posadero y Theodore aparecieron poco después con luces. El primero se mostró algo sorprendido de mi tardío regreso, pero no me hizo preguntas indiscretas. Se marchó poco después de la habitación, dejando que disfrutara a mis anchas del éxito de mi empresa.

Acto seguido, hice una visita a mi prisionera. Me esforcé en persuadirla

para que se sometiese con paciencia a su encierro transitorio. Fueron inútiles todos mis intentos. Imposibilitada para hablar ni moverse, expresaba su furia con miradas; y salvo en las comidas, no me atreví a desatarla ni librarla de la mordaza. En tales ocasiones, la tenía con una espada sobre ella, declarándole que como diese un solo grito se la hundiría en el pecho. Tan pronto como terminaba de comer, volvía a ponerle la mordaza. Yo me daba cuenta de que este procedimiento era cruel, y sólo puede justificarse por la urgencia de las circunstancias. En cuanto a Theodore, no tenía el menor escrúpulo a este respecto. La cautividad de Cunegunda le divertía lo indecible. Durante su estancia en el castillo, había habido una continua guerra entre él y la dueña, y ahora que tenía a su enemiga tan absolutamente bajo su poder gozaba de su triunfo sin misericordia. Parecía no pensar en otra cosa que en la forma de atormentarla. Unas veces fingía compadecerse de su desventura, luego se reía de ella, la injuriaba y la remedaba; le hacía mil diabluras, cada una más molesta que las otras, y se divertía diciéndole que su secuestro debió de causar honda sorpresa en casa del barón. En realidad, así era. Nadie excepto Inés podía imaginar qué le había sucedido a doña Cunegunda. La buscaron por todos los rincones. Dragaron los estanques y efectuaron un completo registro del bosque. Sin embargo, doña Cunegunda no apareció. Inés guardó silencio, y yo guardé a la dueña. Así que la baronesa estuvo en completa ignorancia respecto al destino de la vieja, aunque sospechaba que se había suicidado. Así transcurrieron cinco días, durante los cuales preparé todo lo necesario para mi empresa. Al despedirme de Inés, había hecho mi primera diligencia enviando a un campesino a Munich con una carta para Lucas, en la que le ordenaba que cuidase de tener un coche y cuatro caballos, a las diez en punto de la noche del 5 de mayo, en el pueblo de Rosenwald. Obedeció mis instrucciones puntualmente. El carruaje llegó a la hora señalada. A medida que se acercaba el momento del rapto de su ama, la rabia de Cunegunda aumentaba. Sinceramente creo que la ira y el enojo la habrían matado, de no descubrir yo felizmente su predilección por el licor de cerezas. Le suministramos en abundancia esta bebida favorita; y como Theodore estaba siempre vigilándola, se le pudo quitar la mordaza de cuando en cuando. El licor parecía producir el maravilloso efecto de suavizar la acritud de su naturaleza; y dado que su cautiverio no le permitía ningún otro entretenimiento, se embriagaba regularmente una vez al día, a modo de pasatiempo.

¡Llegó el 5 de mayo, fecha que no olvidaré jamás! Antes de que el reloj diese las doce, acudí al escenario de la acción. Theodore me siguió a caballo. Oculté el coche en una espaciosa caverna del monte, en cuya cima se alzaba el castillo. Dicha caverna era de considerable profundidad, y los del lugar la conocían con el nombre de la Cueva de Lindenberg. La noche era serena y

hermosa. La luna bañaba las antiguas torres del castillo y derramaba su luz plateada sobre sus coronamientos. Todo estaba callado a mi alrededor. No se oía más que la brisa de la noche suspirando entre las hojas, el ladrido lejano de los perros del pueblo, o el búho que se había instalado en un rincón de la deshabitada torre oriental. Oí su chillido melancólico y miré hacia arriba. Estaba posado en el antepecho de una ventana, que yo reconocí como la de la habitación embrujada. Esto me recordó la historia de la Monja Sangrienta, y suspiré, al pensar en la influencia de la superstición y la debilidad de la razón humana. De pronto, oí elevarse un débil coro en el silencio de la noche.

—¿Cuál puede ser la causa de esos sonidos, Theodore?

—Un distinguido extranjero —replicó él— ha pasado hoy por el pueblo, camino del castillo: se dice que es el padre de doña Inés. Sin duda el barón ha dado una fiesta para celebrar su llegada.

La campana del castillo anunció la hora de la medianoche. Esta era señal habitual para que la familia se retirase a descansar. Poco después, vi luces en el castillo que iban de un lado a otro en distintas direcciones. Supuse que cada uno se retiraba a su habitación. Pude oír el chirrido de las pesadas puertas al abrirse con dificultad; y al cerrarse otra vez, retemblar las podridas contraventanas en sus marcos. El aposento de Inés estaba en el otro extremo del castillo. Temblé al pensar si habría podido conseguir la llave de la habitación embrujada: era preciso que pasara por ella para llegar a la estrecha escalera por la que se suponía que bajaría el fantasma al gran salón. Angustiado por este temor, mantuve los ojos constantemente fijos en la ventana, donde esperaba vislumbrar el amistoso resplandor de la lámpara de Inés. Ahora oí descorrer las pesadas puertas del castillo. Merced a la vela que llevaba en la mano, reconocí al viejo Conrad, el portero. Abrió las puertas de par en par y se retiró. Las luces del castillo desaparecieron gradualmente, y finalmente el edificio entero se sumió en tinieblas.

Sentado en la quebrada cima de la colina, la quietud del escenario me inspiró melancólicas ideas, no del todo desagradables. El castillo, que ahora tenía plenamente a la vista, constituía un objeto a la vez pintoresco y tremendo. Sus gruesas murallas, que la luna teñía con solemne brillantez, sus viejas y medio ruinosas torres elevándose en las nubes y dominando ceñudas las llanuras que las rodeaban, sus altas almenas cubiertas de hiedra y el puente levadizo tendido en honor a la espectral moradora, me producían un miedo fúnebre y reverencial. Sin embargo, no me absorbían estas sensaciones hasta el punto de no darme cuenta con impaciencia del lento progreso del tiempo. Me acerqué al castillo y me aventuré a rodearlo. Todavía brillaban unos rayos de luz en el aposento de Inés. Los observé con alegría. Y mientras miraba, una figura se acercó a la ventana y corrió

cuidadosamente la cortina para ocultar la lámpara que ardía allí. Convencido por este detalle de que Inés no había abandonado nuestro plan, regresé animado a mi puesto.

¡Sonó la media! ¡Los tres cuartos! Mi pecho latía de prisa con esperanza y expectación. Finalmente, sonó la hora deseada. La campana dio la una, y la mansión reprodujo su sonido con eco grave y solemne. Miré la ventana de la habitación encantada. Apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando apareció la esperada luz. Me hallaba ahora cerca de la torre. La ventana no estaba excesivamente alta, pero me pareció percibir una figura femenina, con una lámpara en la mano, que recorría lentamente el aposento. No tardó en desvanecerse la luz, quedando todo oscuro y tenebroso otra vez. De las ventanas de la escalera brotaban ocasionales destellos luminosos, a medida que el adorable fantasma pasaba por delante de ellas. Seguí la luz a través del salón: llegó a la entrada, y por fin vi a Inés cruzar el puente levadizo. Iba vestida exactamente como me había descrito al espectro. De su brazo colgaba un rosario, llevaba la cabeza oculta en un largo velo blanco; su hábito de monja estaba manchado de sangre, y había tenido el cuidado de proveerse de una lámpara y una daga. Avanzó hacia el lugar donde yo estaba. Corrí a su encuentro y la estreché entre mis brazos.

—¡Inés! —dije mientras la apretaba contra mi pecho— ¡Inés! ¡Inés! ¡Ya eres mía! ¡Inés! ¡Inés! ¡Ya soy tuyo! ¡Mientras corra sangre por mis venas Serás mía! ¡Seré tuyo! ¡Tuyo mi cuerpo! ¡Tuya mi vida!

Aterrada y sin aliento, fue incapaz de decir nada: soltó la lámpara y la daga, y se desplomó en silencio sobre mi pecho. La alcé en brazos y la llevé al coche. Theodore se quedó para liberar a doña Cunegunda. También le di una carta para la baronesa, explicándole todo el asunto, y suplicándole la ayuda de sus buenos oficios para que don Gastón accediese a mi unión con su hija. Le descubría mi verdadero nombre. Le demostraba que mi cuna y expectativas justificaban mis aspiraciones a la mano de su sobrina, y le aseguraba que, aunque no me era posible corresponder a su amor, me esforzaría incansablemente en conseguir su estima y amistad.

Subí al coche, en el que ya se había acomodado Inés. Theodore cerró la puerta, y los postillones emprendieron la marcha. Al principio me alegró la velocidad de nuestra marcha. Pero tan pronto como desapareció el peligro de que fuéramos perseguidos, llamé a los cocheros y les pedí que moderaran el paso. Trataron en vano de obedecerme. Los caballos se negaban a responder a las riendas, y siguieron corriendo a asombrosa velocidad. Los postillones redoblaron sus esfuerzos por detenerlos, pero coceando y saltando, las bestias se libraron de sus frenos. Con un tremendo alarido, los conductores salieron despedidos del pescante. Inmediatamente, unas nubes espesas oscurecieron el cielo. Los vientos aullaron a nuestro alrededor, los

relámpagos fulguraron y los truenos estallaron de manera enloquecedora. ¡Jamás había presenciado una tempestad más espantosa! Aterrados, los caballos parecían aumentar a cada instante su velocidad. Nada podía interrumpir su carrera. Arrastraban el carruaje a través de setos y zanjas, saltaban los más peligrosos precipicios, y parecían competir en velocidad con la rapidez de los vientos.

Durante todo este tiempo, mi compañera permaneció inmóvil en mis brazos. Sinceramente alarmado por la magnitud del peligro, trataba en vano de hacerle recobrar el sentido, cuando el sonoro estrépito de un choque anunció que nuestra carrera había finalizado de la manera más desagradable. El carruaje se destrozó. En la caída me golpeé una sien contra una roca. El dolor de la herida, la violencia del choque y la angustia por la seguridad de Inés me dominaron tan por completo que me abandonaron los sentidos y me derrumbé exánime en el suelo.

Probablemente permanecí bastante tiempo en ese estado, ya que cuando abrí los ojos era totalmente de día. A mi alrededor había varios campesinos y parecían discutir sobre si me recobraría o no. Yo hablaba el alemán aceptablemente. Tan pronto como logré articular un sonido, pregunté por Inés. ¡Cuál no fue mi sorpresa y angustia, cuando me aseguraron aquellos lugareños que no habían visto a nadie que respondiese a la descripción que yo les daba! Me dijeron que cuando se dirigían a su trabajo diario, descubrieron con alarma los fragmentos de mi carruaje, y oyeron los gemidos de un caballo, el único de los cuatro que había sobrevivido. Los otros tres yacían muertos junto a mí. No vieron a nadie más cuando se acercaron, y habían empleado mucho tiempo, hasta que consiguieron hacerme recobrar los sentidos. Indeciblemente preocupado por la suerte de mi compañera, supliqué a los campesinos que se dispersasen y fuesen en su busca. Les describí cómo iba vestida, y prometí una inmensa recompensa para el que me trajese alguna noticia… En cuanto a mí, me era imposible unirme a la búsqueda. Me había roto dos costillas en la caída, y mi brazo dislocado me colgaba inútil; además tenía la pierna izquierda tan terriblemente magullada que no creí que pudiera recobrar su uso.

Los campesinos cumplieron mi petición: me dejaron todos menos cuatro, que confeccionaron una litera con ramas y se dispusieron a trasladarme al pueblo vecino. Pregunté cuál era. Resultó ser Ratisbona. No podía creer que hubiese recorrido una distancia tan considerable en una sola noche. Les dije a los campesinos que a la una de esa misma madrugada había cruzado por el pueblo de Rosenwald. Menearon la cabeza con tristeza y se hicieron señas unos a otros de que debía de estar delirando. Me llevaron a una posada decente y me metieron en seguida en la cama. Llamaron a un médico, que logró encajarme el brazo. Luego examinó mis otras heridas, y dijo que no

debía temer consecuencias de ninguna de ellas; pero me ordenó que permaneciese inmóvil y me resignase a una cura penosa y aburrida. Le contesté que si esperaba tenerme inmovilizado, se esforzase primero en procurarme alguna noticia de una dama que había abandonado Rosenwald la noche anterior en mi compañía, y que estaba conmigo en el instante en que se estrelló el coche. Sonrió, y se limitó a aconsejarme que me tranquilizase, a fin de que pudiese cuidar de mí de manera apropiada. Al marcharse, la posadera se encontró con él en la puerta de la habitación.

—El caballero no está en su sano juicio —oí que le decía en voz baja—. Es consecuencia natural de la caída que ha sufrido, pero pronto se repondrá…

Los campesinos regresaron uno tras otro a la posada, y me informaron de que no habían descubierto ningún rastro de mi infortunada dama. Mi inquietud se convirtió ahora en desesperación. Les supliqué que volvieran a buscarla en los términos más insistentes, doblando las promesas que les había hecho. Mi actitud frenética y atropellada confirmó a los presentes la idea de que deliraba. Dado que no había aparecido indicio alguno de la dama, creyeron que se trataba de una criatura fabricada por mi cerebro enfebrecido, y no hicieron caso de mis súplicas. Sin embargo, la posadera me aseguró que se haría una nueva investigación. Pero más tarde descubrí que me hizo esa promesa únicamente para tranquilizarme. No se dio un solo paso más en ese sentido.

Aunque mi equipaje se había quedado en Munich bajo la custodia de mi criado francés, como me disponía a emprender un largo viaje, mi bolsa estaba bien provista: además, mis ropas denotaban distinción, por lo que en la posada se me dispensaron todas las atenciones. Transcurrió el día sin que me llegase ninguna noticia de Inés. La ansiedad del temor dio paso ahora al desaliento. Dejé de hablar insistentemente de ella, y me sumí en un mar de melancólicas reflexiones. Al verme silencioso y tranquilo, mis cuidadores creyeron que había cedido mi delirio y que mi enfermedad había adquirido un sesgo favorable. De acuerdo con las órdenes del médico, tomé un preparado medicinal; y tan pronto como cayó la noche, se retiraron mis cuidadores y me dejaron descansar.

Pero en vano pretendí conciliar ese descanso. La agitación de mi pecho ahuyentaba el sueño. Mi mente inquieta, a pesar de la fatiga de mi cuerpo, siguió atormentándome hasta que el reloj de un campanario vecino dio la una. Tan pronto como escuché el sonido lúgubre y profundo y lo oí desvanecerse en el viento, un súbito escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me estremecí sin saber por qué; unas gotas frías se formaron en mi frente y se me erizaron los cabellos. De pronto, oí unos pasos lentos, pesados, que subían por la escalera. Me incorporé en la cama movido por un impulso

involuntario y retiré la cortina. Una simple vela, sobre la chimenea, difundía un desmayado resplandor por el aposento de paredes cubiertas con tapices. Se abrió la puerta con violencia. Entró una figura, y se acercó a mi cama con pasos solemnes y medidos. Con temblorosa aprensión, examiné a la nocturna visitante. ¡Dios todopoderoso! ¡Era la Monja Sangrienta! ¡Era mi perdida compañera! Aún tenía el rostro velado, aunque no llevaba la lámpara y la daga. Se levantó el velo lentamente. ¡Ah, qué visión descubrieron mis ojos sobrecogidos! Ante mí tenía un cadáver animado. Su semblante era largo y macilento, exangües sus mejillas y sus labios, y todas sus facciones poseían la palidez de la muerte; los globos de sus ojos, clavados en mí, estaban apagados y vacíos.

La visión del espectro me produjo un horror imposible de describir; la sangre se me heló en las venas. Quise pedir auxilio, pero la voz se me ahogó antes de salirme de los labios. Mis nervios permanecieron impotentes, y mi cuerpo quedó en la inanimada actitud de una estatua.

La quimérica monja me miró durante unos minutos en silencio: había algo petrificante en su mirada. Por último, con una voz baja y sepulcral, pronunció las siguientes palabras:

¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Ya eres mío! ¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Ya soy tuya! ¡Mientras la sangre corra por tus venas seré tuya! ¡Serás mío! ¡Mío tu cuerpo! ¡Mía tu vida!...

Con el aliento cortado por el miedo, la oí repetir mis propias palabras. La aparición se sentó frente a mí, a los pies de la cama, y guardó silencio. Sus ojos se quedaron gravemente clavados en los míos; parecían dotados del poder de la serpiente cascabel, ya que en vano me esforzaba en apartar la mirada. Estaba fascinado, y no tenía fuerzas para desviar la vista de los ojos del espectro.

En esta actitud permaneció durante una hora larga sin hablar ni moverse; yo tampoco fui capaz de hacer nada. Finalmente, el reloj dio las dos. La aparición se levantó y se acercó al borde de la cama. Me cogió con sus dedos helados la mano que me colgaba exánime sobre el cobertor, y posando sus labios fríos sobre los míos, repitió otra vez:

¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Ya eres mío! ¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Ya soy tuya! Etc.

Luego me soltó la mano, salió del aposento despacio, y la puerta se cerró tras ella. Hasta ese instante, las facultades de mi cuerpo habían estado en suspenso: sólo las de mi espíritu habían permanecido lúcidas. Ahora, el encanto se rompió. La sangre que se me había helado en las venas se agolpó en el corazón con violencia. Proferí un hondo gemido, y me desplomé exánime en la almohada.

La habitación contigua estaba separada de la mía tan sólo por un delgado

tabique: la ocupaban el posadero y su mujer; el hombre se despertó ante mi gemido y entró precipitadamente en mi aposento. La posadera entró poco después. Con alguna dificultad, consiguieron devolverme el conocimiento, e inmediatamente mandaron llamar al médico, que llegó con toda diligencia. Declaró que me había aumentado muchísimo la fiebre, y que si seguía sufriendo una agitación tan violenta, no respondía de mi vida. Me administró una medicina que me tranquilizó un poco. Cuando ya despuntaba el día caí en una especie de sopor. Pero unas pesadillas espantosas impidieron que el sueño fuera realmente reparador. Inés y la Monja Sangrienta se alternaban en mi imaginación, y se combinaban para hostigarme y atormentarme. Me desperté calenturiento y cansado. Mi fiebre parecía haber aumentado muchísimo, en vez de disminuir; la agitación de mi espíritu impedía que mis huesos fracturados se soldasen; tuve frecuentes desvanecimientos, y en todo el día, el médico no juzgó prudente que me quedase a solas durante dos horas seguidas.

La singularidad de mi aventura me decidió a ocultarla de todos, ya que no podía esperar que tan extraña circunstancia fuese creída. Me sentí enormemente inquieto por Inés. No sabía qué habría pensado ella al no encontrarme en nuestra cita, y temía que recelase de mi fidelidad. Sin embargo, confiaba en la discreción de Theodore, y que mi carta a la baronesa la convenciese de la rectitud de mis intenciones. Estas consideraciones aliviaron algo mi preocupación por ella. Pero la impresión que había dejado en mi espíritu mi nocturna visitante se hacía más fuerte a cada momento. Se aproximaba la noche y me asustaba su llegada. Sin embargo, me esforcé en convencerme de que el fantasma no aparecería más; aunque por si acaso, pedí que viniese un criado a velar en mi aposento.

El cansancio de mi cuerpo, al no haber descansado la noche anterior, cooperó con los fuertes somníferos que me administraron, y me procuró el reposo que tanto necesitaba. Me sumí en un sueño profundo y tranquilo, y ya llevaba durmiendo horas, cuando el reloj vecino me despertó al dar nuevamente la una. Su sonido me trajo a la memoria todos los horrores de la noche anterior. Me sobrevino el mismo frío estremecimiento. Me incorporé en la cama, y vi al criado completamente dormido en una butaca cerca de mí. Le llamé por su nombre, pero no contestó. Le sacudí fuertemente el brazo, y traté en vano de despertarle: permaneció insensible a mis esfuerzos. Entonces, oí los pasos pesados que subían la escalera; se abrió la puerta de golpe, y la Monja Sangrienta apareció de nuevo ante mí. Una vez más, mis miembros quedaron paralizados. Una vez más, la oí repetir aquellas fatales palabras:

¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Ya eres mío! ¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Ya soy tuya! Etc.

Y nuevamente se desarrolló la escena que tanto me había sobrecogido la víspera. Otra vez apretó el espectro sus labios contra los míos, otra vez me tocó con sus dedos putrefactos; y como en su primera aparición, abandonó el aposento tan pronto como dieron las dos.

Esto se repitió todas las noches. Lejos de acostumbrarme al fantasma, cada nueva visita me inspiraba un horror más grande. Su imagen me perseguía de continuo, y me convertí en presa de una habitual melancolía. La agitación constante de mi mente retrasó naturalmente mi restablecimiento. Transcurrieron varios meses antes de que yo pudiera abandonar la cama; y cuando por fin me trasladaron a un sofá, me sentía tan débil, abatido y extenuado, que no pude cruzar la habitación sin ayuda. Las miradas de mis cuidadores reflejaban bien evidentemente las escasas esperanzas que abrigaban de que me recuperase. La profunda tristeza que me oprimía hacía pensar al médico que era hipocondríaco. Por mi parte, oculté la causa de mi enfermedad en lo más hondo de mi pecho, ya que sabía que nadie podía aliviármela: el fantasma no era visible a otros ojos que los míos. Pedí a menudo a mis cuidadores que velasen en mi habitación, pero en el instante en que el reloj daba la una, un sueño irresistible les vencía, y no lo superaban hasta que el fantasma se marchaba.

Puede que os sorprenda que durante este tiempo no hiciera averiguaciones sobre vuestra hermana. Theodore, que había descubierto con dificultad mi paradero, había tranquilizado mis inquietudes por su seguridad: al mismo tiempo, me convenció de que todos los intentos de liberarla serían infructuosos mientras no estuviera en condiciones de regresar a España. Los detalles de su aventura, que ahora voy a relataros, llegaron a mi conocimiento en parte por Theodore, y en parte por la propia Inés.

La noche fatal en que debía llevar a cabo su rapto, un accidente le impidió abandonar su aposento a la hora acordada. Finalmente, se aventuró a salir de la habitación embrujada, descendió la escalera que conducía al salón, encontró las puertas abiertas como esperaba, y salió del castillo sin ser notada. ¡Cuál no fue su sorpresa al no encontrarme preparado para acogerla! Registró la caverna, recorrió todos los senderos del bosque vecino y pasó dos horas en infructuosa búsqueda. No consiguió descubrir rastro alguno, ni mío ni del carruaje. Alarmada y decepcionada, su único recurso fue regresar al castillo antes de que la baronesa la echase de menos. Pero aquí se encontró con una nueva dificultad. La campana había dado ya las dos: la hora del fantasma había pasado y el meticuloso portero había cerrado las puertas. Después de muchas vacilaciones, se aventuró a llamar suavemente. Por suerte para ella, Conrad aún estaba despierto: oyó el ruido y se levantó, renegando de que le llamasen por segunda vez. No bien hubo abierto una de las hojas y vio a la supuesta aparición aguardando a que la dejasen entrar,

profirió un grito y cayó de rodillas. Inés aprovechó su terror, se deslizó ante él, corrió a su propio apartamento y, quitándose el atuendo del espectro, se metió en la cama esforzándose en vano por explicarse mi desaparición.

A todo esto, Theodore, que había visto alejarse mi coche con la falsa Inés, regresó gozoso al pueblo. A la mañana siguiente liberó a Cunegunda y la acompañó al castillo. Allí encontró al barón, su esposa y don Gastón discutiendo sobre el relato del portero. Todos ellos coincidían en creer en la existencia de los espectros. Pero este último proclamaba que era un comportamiento inaudito hasta entonces en un fantasma, eso de llamar a la puerta para que le dejasen entrar, y totalmente incompatible con la naturaleza inmaterial de un espíritu. Aún estaban discutiendo sobre esta cuestión, cuando apareció el paje con Cunegunda y aclaró el misterio. Al oír su exposición, estuvieron unánimemente de acuerdo en que la Inés que Theodore había visto subir en mi coche debía de ser la Monja Sangrienta, y que el fantasma que había aterrorizado a Conrad no era otro que la hija de don Gastón.

Pasada la primera sorpresa producida por este descubrimiento, la baronesa resolvió aprovechar la ocasión para persuadir a su sobrina para que tomase los hábitos. Temiendo que tan ventajoso acuerdo matrimonial para su hija indujese a don Gastón a renunciar a su decisión primera, destruyó mi carta y siguió presentándome como un aventurero desconocido y menesteroso. Una vanidad infantil me había llevado a ocultar mi verdadero nombre incluso a mi amada; quería ser amado por mí mismo, no por ser el hijo y heredero del marqués de las Cisternas. El resultado fue que nadie se enteró de mi alcurnia en el castillo, salvo la baronesa, que se tomó todos los cuidados para ocultar tal noticia en lo más hondo de su pecho. Después de aprobar los designios de su hermana, don Gastón mandó llamar a Inés. Se la acusó de haber maquinado su fuga, se la obligó a hacer una completa confesión, y se quedó maravillada ante la suavidad con que fue acogida. ¡Pero cuál no fue su aflicción, al informársele de que el fracaso de su proyecto debía atribuírseme a mí! Cunegunda, instruida por la baronesa, le dijo que cuando yo la liberé, había pedido que comunicase a su señora que nuestro compromiso había terminado; que todo el lance se debía a una falsa información, y que no convenía en absoluto a mis circunstancias casarme con una mujer sin esperanzas de herencia.

Mi súbita desaparición daba a esta explicación demasiados visos de verosimilitud. Theodore, que podía haber desmentido la historia, fue apartado de ella por orden de doña Rodolfa. Lo que confirmó aún más que yo era un impostor fue la llegada de una carta de vos mismo, en la que declarabais que no teníais ningún amigo llamado Alfonso de Alvarada. Estas pruebas aparentes de mi perfidia, acompañadas por las hábiles insinuaciones de vuestra tía, los halagos de Cunegunda y las amenazas y la ira de vuestro

padre, vencieron enteramente la repugnancia de vuestra hermana a entrar en el convento. Indignada por mi comportamiento y disgustada con el mundo en general, accedió a tomar los hábitos. Pasó otro mes en el castillo de Lindenberg, durante el cual mi silencio la confirmó en su resolución, y luego acompañó a don Gastón a España. Theodore fue puesto entonces en libertad. Se dirigió apresuradamente a Munich, donde yo le había prometido dejarle noticias mías. Pero al saber por Lucas que yo no había llegado, prosiguió sus averiguaciones con incansable perseverancia, y finalmente consiguió localizarme en Ratisbona.

Me encontraba tan desmejorado que le costó trabajo reconocer mi semblante. El visible dolor de su rostro atestiguaba suficientemente cuán vivo era el interés que sentía por mí. La compañía de este amable joven, a quien siempre he considerado más un compañero que un criado, fue ahora mi único consuelo. Su conversación era alegre aunque discreta, y sus observaciones agudas y divertidas. Sabía muchas más cosas de las que suele ser habitual a su edad; pero lo que le hacía más agradable para mí era su deliciosa voz y su aptitud para la música. Había adquirido cierto gusto en la poesía, e incluso se atrevía algunas veces a escribir versos. De cuando en cuando, componía pequeñas baladas en español, aunque debo confesar que sus composiciones eran regulares nada más; de todos modos, me resultaban agradables por su novedad, y oírselas cantar con su guitarra era la única distracción que me estaba permitida. Theodore se daba perfecta cuenta de que algo me obsesionaba. Pero dado que ocultaba mi preocupación ante él, el respeto le impedía entrometerse en mis asuntos.

Una tarde, me encontraba tendido en el sofá sumido en reflexiones nada agradables. Theodore se distraía observando desde la ventana una batalla entre dos postillones, que se peleaban en el patio de la posada.

—¡Ja! ¡Ja! —prorrumpió de repente—. ¡Allá va el Gran Mogol!

—¿Quién? —dije yo.

—No, un hombre que me dijo algo muy extraño en Munich.

—¿A propósito de qué?

—Ahora que me hacéis pensar en ello, señor, se trataba de una especie de mensaje para vos; pero en realidad no merecía la pena. Para mí que el sujeto está loco. Cuando fui a Munich en busca de vos, le encontré en la posada El Rey de los Romanos, y el posadero me dijo cosas muy extrañas sobre él. Por su acento parece que es extranjero, pero nadie sabe de qué país. Parecía no conocer a nadie en la ciudad; hablaba muy rara vez, y nadie le había visto sonreír. No tenía ni criados ni equipaje, pero su bolsa parecía bien provista, e hizo mucho bien en la ciudad. Unos suponían que se trataba de un astrólogo árabe; otros, de un cómico ambulante, y muchos declaraban que era el doctor Fausto, a quien el diablo había devuelto a Alemania. El posadero me

dijo a mí, sin embargo, que se trataba del Gran Mogol, que iba de incógnito.

—¿Y las extrañas palabras, Theodore?

—Cierto, casi se me olvidan otra vez: aunque no se habría perdido gran cosa. Debéis saber, señor, que cuando le estaba preguntando al posadero sobre vos, pasó el extranjero. Se paró y me miró gravemente: «¡Joven! —dijo con voz solemne—, el hombre que buscáis ha encontrado lo que le habría gustado perder. Sólo mi mano puede sacar la sangre: decid a vuestro amo que me busque cuando el reloj dé la una».

—¿Cómo? —exclamé, saltando del sofá (las palabras que Theodore había repetido parecían dar a entender que el extranjero estaba en mi secreto)—. ¡Corre a buscarlo, muchacho! ¡Pídele que me conceda unos minutos!

Theodore se quedó sorprendido ante la viveza de mi reacción. Sin embargo, no hizo ninguna pregunta, sino que se apresuró a obedecerme. Esperé su regreso con impaciencia. Pero había transcurrido un breve espacio de tiempo tan sólo, cuando apareció otra vez e hizo pasar al esperado desconocido a mi aposento. Era un hombre de presencia majestuosa: sus facciones estaban fuertemente acusadas, y sus ojos eran grandes, negros, centelleantes. Sin embargo, había algo en su mirada que en el momento en que le vi me inspiró un secreto temor, por no decir pavor. Iba vestido sencillamente, con el pelo sin empolvar, y una banda de terciopelo negro que le rodeaba la frente hacía aún más sombrías sus facciones. Su expresión reflejaba una profunda melancolía; su paso era lento, su ademán grave, majestuoso, solemne.

Me saludó con cortesía, y tras contestar a los usuales cumplidos de presentación, pidió a Theodore que abandonara el aposento. El paje, inmediatamente, se retiró.

—Estoy enterado de vuestro caso —dijo, sin darme tiempo de hablar—. Tengo poderes para libraros de vuestra visitante nocturna; pero no podrá ser hasta el domingo. A la hora en que se inicia el día del descanso, los espíritus de las tinieblas tienen muy escasa influencia sobre los mortales. Después del sábado, la monja no os volverá a visitar.

—¿Puedo preguntaros —dije— por qué medios habéis entrado en posesión de un secreto que yo he ocultado cuidadosamente a todo el mundo?

—¿Cómo puedo ignorar vuestra aflicción, cuando la causa está en este instante junto a vos?

Me sobresalté. El extranjero prosiguió:

—Aunque sólo se hace visible a vos una hora de cada veinticuatro, no os abandona ni de día ni de noche. Ni os abandonará hasta que le hayáis concedido lo que pide.

—¿Y qué es lo que pide?

—Eso debe explicároslo ella: yo lo ignoro. Aguardad con paciencia a la

noche del sábado; entonces, todo quedará aclarado.

No me atreví a insistir más. Seguidamente, cambió de conversación, y habló de diversas cuestiones. Habló de gentes que habían dejado de existir hacía siglos, y a quienes no obstante parecía haber conocido personalmente. No podía yo citar un país, por distante que fuese, que él no hubiera visitado, ni podía admirar yo suficientemente la inmensidad y variedad de sus conocimientos. Le comenté que haber viajado, visto, y conocido tanto, tuvo que producirle infinito placer. Pero negó con la cabeza tristemente.

—¡Nadie —replicó— sería capaz de comprender la miseria de mi suerte! El destino me obliga a estar en constante movimiento: no se me permite pasar más de quince días en el mismo lugar. No tengo a ningún amigo en el mundo, y desde que empezó mi vida errabunda no he podido hacer ninguno. Ya desearía yo dejar esta existencia miserable, pues envidio a los que gozan de la paz de la sepultura. Pero la muerte me esquiva y huye de mi abrazo. En vano me arrojo al camino del peligro y me sumerjo en el océano; las olas me devuelven con repugnancia a la playa. Me precipito en el fuego, y las llamas retroceden ante mí. Me enfrento a la furia de los bandidos, y sus espadas se embotan y se parten sobre mi pecho. El tigre hambriento se estremece al acercárseme, y el aligator huye de un monstruo más horrible que él mismo. ¡Dios me ha marcado con un sello, y todas sus criaturas respetan esta marca fatal!

Se llevó la mano al terciopelo que ceñía su frente. Había en sus ojos una expresión de furia, desesperación y malevolencia que me llenó de alarma y de terror. Una convulsión involuntaria me hizo estremecer. El extranjero se dio cuenta.

—Esta es la maldición que pesa sobre mí —continuó—. Estoy condenado a inspirar el horror y la repugnancia a todo el que me mira. Vos sentís ya el influjo de ese encanto, y cada instante que pase lo sentiréis más. No aumentaré vuestros sufrimientos con mi presencia. Adiós, hasta el sábado. En cuanto el reloj dé las doce, esperadme en la puerta de vuestro aposento.

Dicho esto, se marchó, dejándome sumido en el asombro, ante el misterioso giro de su actitud y conversación.

Sus seguridades de que pronto me vería libre de las visitas de la aparición, produjeron en mi constitución un efecto beneficioso. Theodore, a quien trataba más bien como a un hijo adoptivo que como a un criado, se sorprendió a su regreso al observar el cambio de mi aspecto. Se congratuló de este síntoma de recuperación, y declaró que se alegraba de que hubiese sacado tanto beneficio de mi conferencia con aquel personaje. Al hacer averiguaciones, me enteré de que el extranjero llevaba ocho días en Ratisbona; según sus propias palabras, pues, sólo permanecería seis días más. Aún faltaban tres para el sábado. ¡Oh! ¡Con qué impaciencia esperé su

llegada! Entretanto, la Monja Sangrienta siguió con sus visitas nocturnas. Pero esperando verme liberado de ella totalmente, los efectos que ejercían en mí se hicieron menos violentos que antes.

Llegó la noche deseada. Para evitar sospechas, me retiré a la cama a mi hora habitual. Pero tan pronto como mis cuidadores me hubieron dejado, me vestí otra vez y me dispuse a recibir al extranjero. Entró en mi habitación al filo de la medianoche. Traía en la mano un cofrecillo que colocó cerca de la estufa. Me saludó sin hablar. Yo le devolví el saludo, observando el mismo silencio. Seguidamente abrió el cofrecillo. Lo primero que sacó fue un pequeño crucifijo de madera: se arrodilló, lo contempló tristemente, y alzó los ojos hacia el cielo. Pareció rezar con fervor. Por último, inclinó la cabeza respetuosamente, besó el crucifijo tres veces y se incorporó otra vez. A continuación, sacó del cofrecillo una copa con tapadera. Con el licor que contenía, y que parecía sangre, asperjó el suelo; y sumergiendo en él un extremo del crucifijo, trazó un círculo en medio de la habitación. A su alrededor colocó diversas reliquias, cráneos, huesos, etc. Observé que las disponía todas en forma de cruz. Finalmente sacó una gruesa Biblia y me indicó con una mirada que entrase con él en el círculo. Obedecí.

—¡Cuidad de no pronunciar una palabra! —susurró el extranjero—. ¡No salgáis del círculo, y si en algo os estimáis, no os atreváis a mirarme a la cara!

Con el crucifijo en una mano y la Biblia en la otra, pareció leer con profunda atención. El reloj dio la una. Como siempre, oí los pasos del espectro en la escalera. Pero no experimenté el acostumbrado estremecimiento. Esperé con confianza a que se acercase. Entró en la habitación, se aproximó al círculo y se detuvo. El extranjero murmuró unas palabras ininteligibles para mí. Luego, alzando la cabeza del libro y extendiendo el crucifijo hacia el fantasma, exclamó con voz clara y solemne:

—¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Beatriz!

—¿Qué quieres tú? —contestó la aparición en un tono profundo y vacilante.

—¿Qué turba tu sueño? ¿Por qué afliges y torturas a este joven? ¿Cómo podemos devolver el descanso a tu espíritu desasosegado?

—¡No me atrevo a decirlo! ¡No debo decirlo! ¡Desearía descansar en mi tumba, pero severas órdenes me obligan a prolongar mi penitencia!

—¿Conoces tú esta sangre? ¿Sabes en qué venas corrió? ¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡En su nombre, te ordeno que me respondas!

—No puedo desobedecer a mis señores.

—¿Te atreves a desobedecerme a mí?

Habló en un tono imperioso y se quitó la banda negra de la frente. A pesar de su advertencia, mi curiosidad no me dejó mantener los ojos apartados de

su rostro. Alcé la vista y vi una cruz de fuego impresa en su frente. No puedo describir el horror que me inspiró, ¡pero jamás he sentido otro igual! Los sentidos me abandonaron durante unos momentos, un misterioso temor dominó mi ánimo, y de no cogerme la mano el exorcista, me habría desplomado fuera del círculo.

Cuando me recobré, vi que la cruz ardiente había producido un efecto no menos violento en el espectro. Su actitud denotaba reverencia y horror, y sus quiméricos miembros temblaban de miedo.

—¡Sí! —dijo ella al fin—. ¡Tiemblo ante esa marca! ¡La respeto! ¡Os obedezco! Sabed, entonces, que mis huesos permanecen aún sin sepultura. Se pudren en la oscuridad de la Cueva de Lindenberg. Nadie más que este joven tiene el derecho de devolverlos a la tierra. Sus labios me han entregado su cuerpo y su alma. Jamás le devolveré su promesa, jamás le concederé una noche sin terror, a menos que prometa recoger mis huesos deshechos y los deposite en la cripta familiar de su castillo de Andalucía. Entonces tendrá que ofrecer treinta misas por el descanso de mi espíritu; hecho eso, no volveré a turbar este mundo. ¡Ahora, dejadme marchar! ¡Esas llamas me abrasan!

—Don Raimundo, habéis oído las condiciones para vuestro descanso. Cosa vuestra es cumplirlas al pie de la letra. En cuanto a mí, no me queda más que aclararos la oscuridad que aún envuelve la historia del espectro, e informaros de que, en vida, Beatriz llevaba el apellido de las Cisternas. Fue tía abuela de vuestro abuelo. Atendiendo a vuestro parentesco, sus cenizas exigen respeto de vos, aunque la enormidad de sus crímenes provoquen vuestra aversión. Nadie más que yo podría explicaros la naturaleza de esos crímenes. Conocí perfectamente al hombre santo que acabó con sus alborotos nocturnos en el castillo de Lindenberg, y oí este relato de sus propios labios.

»Beatriz de las Cisternas profesó a temprana edad, no por propia decisión, sino por expreso deseo de sus padres. Entonces era demasiado joven para echar de menos los placeres de los que le privaba su profesión. Pero tan pronto como empezó a manifestarse su temperamento ardiente y voluptuoso, se abandonó plenamente al impulso de sus pasiones, dispuesta a aprovechar la primera ocasión para satisfacerlas. Finalmente se presentó esta oportunidad, tras muchos obstáculos que sólo añadieron renovada fuerza a sus deseos. Consiguió fugarse del convento y huir a Alemania con el barón de Lindenberg. Vivió en este castillo varios meses como su concubina reconocida. Toda Baviera estaba escandalizada por su conducta impúdica y disipada. Sus festines competían en lujo con los de Cleopatra, y Lindenberg se convirtió en escenario de los más desenfrenados libertinajes. No satisfecha con ostentar la incontinencia de una prostituta, se proclamó atea: aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para burlarse de sus votos monásticos, y ridiculizó las más sagradas ceremonias de la religión.

»Poseedora de un temperamento tan depravado, no limitó sus afectos durante mucho tiempo a un solo objeto. Poco después de su llegada al castillo, el hermano menor del barón atrajo su atención por sus rasgos acusados, su gigantesca estatura y miembros hercúleos. No era ella persona que guardase mucho tiempo en secreto sus inclinaciones. Pero encontró en Otto von Lindenberg a su igual en depravación. Este correspondió a su pasión lo bastante como para aumentarla; y cuando alcanzó el grado deseado, le puso como precio a su amor la muerte de su hermano. La desdichada accedió a este horrible acuerdo. Acordaron perpetrar la acción una noche. Otto, que residía en una pequeña propiedad a escasas millas de distancia del castillo, prometió esperarla a la una de la madrugada en la Cueva de Lindenberg, traería consigo a un grupo de amigos escogidos, con cuya ayuda no dudaba poder adueñarse del castillo; y que el siguiente paso sería unir las manos de ambos. Fue esta última promesa la que venció todos los escrúpulos de Beatriz, ya que a pesar de su afecto hacia ella, el barón había declarado tajantemente que jamás la haría su esposa.

»Llegó la noche fatídica. El barón dormía en brazos de su pérfida amante, cuando la campana del castillo dio la una. Inmediatamente, Beatriz sacó una daga de debajo de la almohada y la hundió en el corazón de su amante. El barón profirió un gemido simple y espantoso, y expiró. La homicida abandonó el lecho inmediatamente, cogió la lámpara con una mano, y con la daga ensangrentada en la otra, se dirigió a la caverna. El portero no se atrevió a negarse a abrir las puertas a quien temían en el castillo más que al amo. Beatriz llegó a la Cueva de Lindenberg sin encontrar resistencia, donde de acuerdo con la promesa encontró a Otto esperándola. La recibió y escuchó su relato con arrobamiento. Poco antes de que ella tuviese tiempo de preguntar por qué no habían venido sus amigos, la convenció de que no deseaba tener testigos en esta entrevista. Deseoso de ocultar su participación en el asesinato y de librarse de una mujer cuyo temperamento violento y atroz le hacía temer con razón por su propia seguridad, había decidido hacerla enmudecer. Abalanzándose sobre ella súbitamente, le arrancó la daga de la mano; la enterró, todavía manchada con la sangre del hermano en el pecho, poniendo fin a su vida con repetidos golpes.

»Entonces obtuvo Otto la sucesión de la baronía de Lindenberg. El asesinato fue atribuido tan sólo a la monja fugitiva, y nadie sospechó que fuera él quien la había inducido a cometer tal acción. Pero aunque su crimen quedó impune ante los hombres, la justicia de Dios no consintió que gozase en paz de sus sangrientos horrores. Como los huesos de Beatriz permanecían insepultos en la cueva, su alma sin descanso siguió habitando en el castillo. Vestida con su hábito religioso en memoria de sus quebrantados votos al cielo, provista de la daga que vertió la sangre de su amante y sosteniendo la

lámpara que había guiado sus pasos en su huida, cada noche aparecía ante el lecho de Otto. En el castillo reinaba la más espantosa confusión, en las abovedadas cámaras resonaban alaridos y gemidos; y el espectro, recorriendo los antiguos pasadizos, profería una mezcla incoherente de plegarias y blasfemias. Otto fue incapaz de resistir los sobresaltos a que le sometía esta espantosa visión. Su horror aumentaba en cada una de estas apariciones. Finalmente, sus terrores se hicieron tan insoportables que le falló el corazón, y una mañana fue encontrado en su cama totalmente frío y sin vida. Su muerte no supuso el fin de los alborotos nocturnos. Los huesos de Beatriz seguían sin recibir sepultura, y su fantasma continuaba vagando por el castillo.

»Los dominios de Lindenberg recayeron entonces en un pariente lejano. Pero aterrado ante los relatos que le hicieron sobre la Monja Sangrienta (así llamaba la gente al espectro), el nuevo barón pidió ayuda a un afamado exorcista. Este hombre santo consiguió obligarla a descansar temporalmente. Pero aunque ella le reveló la historia, no le consintió que la divulgase ni sepultar su esqueleto en tierra sagrada. Tal misión quedó reservada para vos; y hasta vuestra llegada, el fantasma estaría condenado a vagar por el castillo y a lamentar el crimen que había cometido en él. Sin embargo, el exorcista la redujo al silencio durante su vida. Mientras él existió, la cámara encantada estuvo cerrada, y el espectro permaneció invisible. A su muerte, que ocurrió cinco años más tarde, comenzó a aparecer otra vez, pero sólo cada cinco años, el mismo día y a la misma hora en que hundió el cuchillo en el corazón de su amante dormido. Entonces, visitaba la caverna que guardaba su polvoriento esqueleto, regresaba al castillo cuando el reloj daba las dos, y no se la volvía a ver hasta transcurridos otros cinco años.

»Estaba condenada a sufrir de este modo durante el espacio de un siglo. Ya se ha cumplido ese período. Ahora no queda sino devolver las cenizas de Beatriz a la tumba. Yo he sido el medio que ha permitido libraros de vuestra visión atormentadora; y en medio de todos los dolores que me oprimen, pensar que os he sido útil supone un consuelo para mí. ¡Joven, adiós! ¡Que el fantasma de vuestra pariente pueda gozar de ese descanso de la tumba que la venganza del Todopoderoso me ha negado a mí para siempre!

Aquí el extranjero se dispuso a abandonar el aposento.

—¡Aguardad un momento! —dije—. Habéis satisfecho mi curiosidad con respecto al espectro, pero me habéis sumido en otra mayor en cuanto a vos mismo. Dignaos informarme a quién debo tan grandes favores. Mencionáis circunstancias ocurridas hace tiempo, y personas largo tiempo desaparecidas. Vos conocíais personalmente al exorcista, que según vuestras propias palabras murió hace casi un siglo. ¿Cómo puede explicarse eso? ¿Qué significa esa cruz de fuego marcada en vuestra frente, y por qué su

visión ha provocado tanto horror en mi alma?

Durante un rato se negó a satisfacer mis preguntas. Finalmente, vencido por mis súplicas, accedió a aclarármelo todo, a condición de aplazar dicha explicación hasta el día siguiente. Tuve que acceder a este ruego, y me dejó. Por la mañana, mi primer cuidado fue preguntar por el misterioso extranjero. Imaginad mi desencanto cuando me informaron que se había marchado ya de Ratisbona. Despaché mensajeros en persecución suya; pero fue inútil. Nadie descubrió rastro alguno del fugitivo. Desde entonces, no he vuelto a tener noticias de él, ni es probable que llegue a tenerlas.

[Lorenzo interrumpió aquí el relato de su amigo:

—¡Cómo! —dijo—. ¿No lograsteis averiguar quién era, ni tuvisteis sospecha alguna de su identidad?

—Perdonadme —replicó el marqués—. Cuando conté esta aventura a mi tío el duque–cardenal, me dijo que no tenía ninguna duda de que este hombre singular era el famoso personaje conocido universalmente como el judío errante. El hecho de que no se le permitiese pasar más de catorce días en un mismo lugar, la cruz de fuego impresa en su frente, el efecto que dicha cruz producía en quien la contemplaba y muchas otras circunstancias, daban a esta suposición visos de verosimilitud. El cardenal está plenamente convencido de ello; por mi parte, me inclino por adoptar la única solución que parece haber de este enigma. Y vuelvo al hilo del relato, del que me he desviado.]

A partir de entonces, recobré mi salud tan rápidamente que dejé asombrados a mis médicos. La Monja Sangrienta no volvió a aparecer, y no tardé en sentirme capaz de emprender el viaje a Lindenberg. El barón me acogió con los brazos abiertos. Le confié la continuación de mi aventura, y no se sintió poco complacido al descubrir que su mansión no volvería a ser turbada por las quinquenales visitas del fantasma. Sentí comprobar que mi ausencia no había debilitado la imprudente pasión de doña Rodolfa. En la secreta conversación que sostuve con ella durante mi breve estancia en el castillo, renovó sus intentos de persuadirme para que correspondiese a sus afectos. Puesto que yo la consideraba causa primaria de todos mis sufrimientos, no abrigaba por ella otro sentimiento que el de aversión. El esqueleto de Beatriz fue descubierto en el lugar que ella había dicho. Y como esto era lo único que me había llevado a Lindenberg, me apresuré a abandonar los dominios del barón, deseoso a la vez de mandar que se celebrasen las exequias de la monja asesinada y escapar de los asedios de una mujer a la que detestaba. Me marché seguido de las amenazas de doña Rodolfa de que no tardaría mucho en ser castigado mi desdén.

Ahora emprendí el camino de España con toda diligencia. Lucas se había reunido conmigo con el equipaje, durante mi estancia última en Lindenberg.

Llegué a mi país natal sin ningún percance, y me dirigí directamente al castillo de mi padre en Andalucía. Los restos de Beatriz fueron depositados en la cripta familiar, se celebraron las debidas ceremonias, y se dijo el número de misas que ella había exigido. Nada me impedía ahora dedicar mis esfuerzos a descubrir el paradero de Inés. La baronesa me había asegurado que su sobrina había profesado ya. Sospeché que había tramado esta noticia movida por los celos, y esperaba encontrar a mi amada aún en libertad para aceptar mi mano. Pregunté por ella a su familia, supe que antes de que su hija llegase a Madrid, doña Inesilla había fallecido. De vos, mi querido Lorenzo, supe que estabais en el extranjero, aunque no logré averiguar dónde. Vuestro padre se hallaba en una provincia lejana, visitando al duque de Medina, y en cuanto a Inés, nadie fue capaz de informarme qué había sido de ella. Theodore regresó a Estrasburgo según había prometido, donde se encontró con que había muerto su abuelo y Marguerite había entrado en posesión de su fortuna. Todas las súplicas de que se quedase con ella resultaron vanas. La dejó por segunda vez, y me siguió a Madrid. Se esforzó al máximo para llevar a cabo mis pesquisas. Pero nuestros esfuerzos unidos no se vieron recompensados por el éxito. El retiro que ocultaba a Inés seguía siendo un misterio impenetrable, y empecé a perder las esperanzas de recuperarla.

Hace unos ocho meses, regresaba a mi palacio con melancólico humor, después de pasar la tarde en el teatro. La noche era oscura, y caminaba solo. Sumido en mis reflexiones, que distaban mucho de ser agradables, no me di cuenta de que desde el teatro me habían venido siguiendo tres hombres; hasta que, al meterme por una calle poco transitada, me atacaron al mismo tiempo con la mayor furia. Retrocedí unos pasos, saqué la espada y me enrollé la capa al brazo izquierdo. La oscuridad de la noche estaba a mi favor, pues la mayoría de los golpes de los asesinos eran dados al azar, y no llegaron a tocarme. Finalmente, tuve la suerte de tumbar a uno de mis adversarios. Pero antes ya había recibido yo tantas heridas y me había visto en tan difícil trance que mi muerte habría sido inevitable, de no atraer el estrépito de las espadas a un caballero en mi auxilio. Corrió hacia mí espada en mano. Le seguían varios criados con antorchas. Su llegada equilibró el combate. Sin embargo, no abandonaron los matones su propósito hasta que no vieron a los criados dispuestos a unírsenos. Entonces echaron a correr y se perdieron en la oscuridad.

El desconocido se dirigió entonces a mí con cortesía y me preguntó si estaba herido. Debilitado por la pérdida de sangre, le agradecí a duras penas su oportuna ayuda, rogándole que accediese a que me trasladasen algunos de sus criados al palacio de las Cisternas. Tan pronto como cité el nombre, se declaró amigo de mi padre y aseguró que no permitiría que me llevasen tan lejos, si no eran examinadas antes mis heridas. Añadió que su casa estaba

muy cerca y me pidió que le acompañase. Su actitud era tan grave que no pude rehusar su ofrecimiento; me apoyé en su brazo y en pocos minutos me llevó a la entrada de un magnífico palacio.

Al entrar en la casa, un viejo criado de cabello gris salió a recibir a mi guía. Preguntó cuándo pensaba abandonar el país el duque, su señor, y se le respondió que se quedaría unos meses. Mi salvador pidió que llamasen sin tardanza al cirujano de la familia. Se obedecieron sus órdenes. Me senté en el sofá de un noble aposento; y al ser examinadas mis heridas, declararon que eran muy ligeras. El cirujano, sin embargo, me aconsejó que no me expusiese al aire de la noche; y el desconocido insistió tanto en que durmiese en su casa, que accedí a sus ruegos de momento.

Al quedarme a solas con mi libertador, aproveché la ocasión para darle las gracias más efusivamente de lo que había hecho hasta aquí. Pero él me rogó que no hablase más del asunto.

—Me considero dichoso —dijo— al haber tenido ocasión de prestaros este pequeño servicio; y estaré eternamente agradecido a mi hijo de que me haya retenido hasta tan tarde en el convento de Santa Clara. La alta estima en que he tenido al marqués de las Cisternas, pese a que el azar no permitió que intimáramos todo lo que yo hubiera deseado, me hace sentirme dichoso de aprovechar la oportunidad de conocer a su hijo. Estoy seguro de que mi hermano, en cuya casa estáis ahora, sentirá no haberse encontrado en Madrid para acogeros personalmente. Pero en ausencia del duque, soy yo el dueño de la familia, y puedo aseguraros en su nombre que todo en el palacio de Medina está perfectamente a vuestra disposición.

Imaginad mi sorpresa, Lorenzo, al descubrir en la persona de mi salvador a don Gastón de Medina: sólo la igualó mi secreta alegría de averiguar que Inés se hallaba en el convento de Santa Clara. Sin embargo, no se me apagó poco el optimismo cuando en respuesta a mis preguntas supuestamente indiferentes, me dijo que su hija había profesado realmente. No consentí que mi dolor ante este golpe echase raíces en mi espíritu: me consolé ante la idea de que la influencia de mi tío en la corte de Roma salvaría el obstáculo, y que conseguiría para mi amada, sin dificultad, la dispensa de sus votos. Alentado por esta esperanza, se apaciguó la inquietud de mi pecho; y redoblé mis esfuerzos por mostrarme agradecido ante don Gastón, y encantado de su compañía.

Entró entonces un criado en la estancia, y me informó de que el bravucón a quien yo había herido daba señales de vida. Pedí que lo trasladasen al palacio de mi padre, que tan pronto como recobrase el habla le interrogaría yo sobre los motivos por los que había atentado contra mi vida. Me contestaron que ya estaba en condiciones de hablar, aunque con alguna dificultad. Don Gastón, movido por la curiosidad, insistió en que le

interrogase en su presencia; pero yo no estaba dispuesto a satisfacerle en este sentido. La razón era que, sospechando de dónde provenía el golpe, no deseaba exponer ante los ojos de don Gastón la culpabilidad de su hermana. Además, temía ser reconocido como Alfonso de Alvarada, y que por consiguiente se tomasen medidas para evitar que pudiese llegar hasta Inés. Confesarle mi pasión por su hija y tratar de ganarle para mi causa, según lo que yo sabía del temperamento de don Gastón, habría sido una imprudencia; y considerando esencial que no me conociese de otro modo que como conde de las Cisternas, estaba dispuesto a no consentir que oyese la confesión del matón. Le insinué que sospechaba que había implicada una dama en el asunto, cuyo nombre podía escapársele accidentalmente al asesino, y que por ello consideraba necesario interrogar al hombre en privado. La delicadeza impidió a don Gastón insistir más, por lo que el bravucón fue trasladado a palacio.

A la mañana siguiente me despedí de mi anfitrión, que debía regresar con el duque el mismo día. Mis heridas habían sido tan ligeras que, salvo la necesidad de llevar el brazo en cabestrillo durante algún tiempo, no representó gran contratiempo la aventura de la noche. El cirujano que examinó la herida del matón declaró que era mortal. Tuvo tiempo de confesar que había sido la vengativa doña Rodolfa quien había maquinado mi muerte, y expiró a los pocos minutos.

Todos mis pensamientos estaban puestos ahora en conseguir una entrevista con mi amada monja. Theodore se puso manos a la obra, y esta vez con más éxito. Abordó al jardinero de Santa Clara con tal insistencia, a base de sobornos y promesas, que ganó enteramente al anciano para mi causa, conviniendo en que yo entraría en el convento como ayudante suyo. Pusimos el plan en ejecución sin demora. Disfrazado con un hábito corriente, y con un parche negro en un ojo, me presentó a la madre priora, que accedió a aprobar la elección del jardinero. Tomé inmediatamente posesión de mi empleo. Dado que la botánica había sido una de mis materias favoritas, me desenvolví en mi trabajo a la perfección. Durante algunos días, continué trabajando en el jardín del convento sin encontrarme con el motivo de mi disfraz. Al cuarto día tuve más suerte. Oí la voz de Inés y eché a correr hacia allí; pero la visión de la superiora me detuvo. Retrocedí precavidamente y me oculté tras un espeso grupo de árboles.

La priora avanzó y se sentó con Inés en un banco, a no mucha distancia. La oí censurar la constante melancolía de su compañera en tono enojado. Le dijo que llorar la pérdida de cualquier amante, en su situación, era un crimen. Pero que llorar la de un descreído era el sumo grado de la locura y el absurdo. Inés replicó en voz tan baja que no pude distinguir sus palabras, aunque comprendí que lo hacía en términos dulces y sumisos. Interrumpió la

conversación la llegada de una joven pensionista, que informó a la superiora de que la esperaban en el locutorio. La anciana dama se levantó, besó a Inés en la mejilla y se retiró. La recién llegada se quedó. Inés habló elogiando a alguien cuyo nombre no pude averiguar, pero su compañera parecía encantada, y muy interesada en la conversación. La monja le enseñó varias cartas; la otra las leyó con evidente placer, pidió que se las dejase copiar y se retiró a hacerlo, para gran satisfacción mía.

Tan pronto como se hubo marchado, abandoné mi escondite. Temiendo alarmar a mi amada, me acerqué a ella con paso moderado, a fin de descubrirme poco a poco. Pero ¿quién puede engañar a los ojos del amor un solo instante? Alzó ella la cabeza al acercarme y me reconoció, a pesar de mi disfraz, con una simple mirada. Se levantó profiriendo una exclamación de sorpresa y trató de retirarse. Pero yo la seguí, la detuve y le rogué que me escuchase. Convencida de mi falsedad, se negó a prestar oídos y me ordenó que me fuese del jardín. Ahora me tocó a mí decir que no. Protesté que por peligrosas que fueran las consecuencias, no la dejaría hasta que hubiese oído mi justificación. Le aseguré que ella había sido engañada por los artificios de sus parientes; que yo podía convencerla, más allá de toda duda, de que mi pasión había sido pura y desinteresada; y le pregunté qué podía inducirme a buscarla en un convento, si obraba impulsado por los motivos egoístas que me atribuían mis enemigos.

Mis ruegos, mis argumentos y mi declaración firme de no dejarla ir hasta que hubiese prometido escucharme, junto con el temor de que las demás monjas me vieran con ella, su natural curiosidad y el afecto que aún sentía por mí a pesar de mi supuesta deserción, prevalecieron al fin. Me dijo que era imposible concederme lo que yo le pedía en ese momento. Pero prometió estar en el mismo lugar esa noche a las once, y hablar conmigo por última vez. Conseguida esta promesa, le solté la mano y huyó rápidamente al convento.

Comuniqué mi éxito a mi aliado, el viejo jardinero. Este me indicó un escondite, donde podría permanecer hasta la noche sin temor a ser descubierto. Me dirigí allí a la hora en que tenía que haberme retirado con mi supuesto jefe, y esperé impaciente el momento de la cita. El frío de la noche estaba a mi favor, ya que mantenía a las demás monjas encerradas en sus celdas. Sólo Inés era insensible al rigor del aire, y antes de las once se reunió conmigo en el lugar de nuestra entrevista anterior. Libre de toda interrupción, le relaté la verdadera causa de mi desaparición la noche fatal del cinco de mayo. Dio muestras evidentes de haberle afectado mi relato. Cuando concluí, confesó la injusticia de sus recelos y se reprochó haber profesado por desesperación, ante mi ingratitud.

—¡Pero ahora es demasiado tarde para lamentarme! —añadió—; la

suerte está echada: he pronunciado los votos y me he consagrado al servicio del cielo. Sé lo mal preparada que estoy para el convento. Mi repugnancia por la vida monástica aumenta de día en día: el aburrimiento y el descontento son mis constantes compañeros; y no os ocultaré que la pasión que sentí por el que tan cerca estuvo de ser mi compañero aún no se ha apagado del todo en mi pecho. ¡Pero debemos separarnos! ¡Una barrera insalvable nos separa, y en este lado de la tumba no debemos encontrarnos otra vez!

Ahora me esforcé en probarle que nuestra unión no era tan imposible como ella creía. Me jacté de la influencia del duque–cardenal de Lerma en la corte de Roma: le aseguré que conseguiría fácilmente la anulación de sus votos; y no dudaba que don Gastón coincidiría conmigo cuando le informase de mi verdadero nombre y mi afecto. Inés replicó que si alimentaba yo tal esperanza, es que conocía muy poco a su padre. Liberal y amable en todos los demás respectos, la superstición constituía la única mancha que ensombrecía su carácter. En este capítulo era inflexible: sacrificaba sus más caros intereses a sus escrúpulos, y consideraría una ofensa suponerle capaz de autorizar a que quebrantase sus votos hechos al cielo.

—Pero en caso… —dije, interrumpiéndola—, en caso de que él desaprobase nuestra unión, dejadle que ignore mi plan hasta que os haya rescatado de la prisión en la que estáis confinada ahora. En cuanto seáis mi esposa, estaréis libre de su autoridad. Yo no necesito ayuda económica ninguna; y cuando vea que su irritación no sirve de nada, sin duda os devolverá su favor. Pero suponiendo que ocurra lo peor, que don Gastón se muestre irreconciliable, mis progenitores competirán entre sí por haceros olvidar su pérdida, y encontraréis en mi padre el sustituto de aquel del que os habré privado.

—Don Raimundo —replicó Inés con firme y decidida voz—, amo a mi padre: él me ha tratado con dureza en este caso, pero he recibido de él tantas pruebas de su amor que su afecto se ha vuelto necesario para mi existencia. Si yo abandonase el convento, él no me lo perdonaría jamás; y no puedo pensar sin estremecerme que me maldijera en su lecho de muerte. Además, soy consciente de que mis votos son obligatorios: he contraído voluntariamente este compromiso con el cielo, y no puedo quebrantarlo sin cometer un crimen. Así que desterrad de vuestra mente la idea de unirnos alguna vez. Estoy consagrada a la religión; y aunque yo pueda lamentar nuestra separación, me opondría a lo que siento que me volvería culpable.

Me esforcé en refutar estos escrúpulos infundados. Aún estábamos discutiendo, cuando la campana del convento llamó a las monjas a maitines. Inés no tenía más remedio que asistir; pero yo no la dejé hasta que no me prometió que la noche siguiente estaría en el mismo lugar a la misma hora. Estos encuentros se prolongaron ininterrumpidamente varias semanas; y

aquí, Lorenzo, es donde debo suplicaros vuestra indulgencia. Pensad en nuestra situación, en nuestra juventud y nuestro gran afecto: sopesad todas las circunstancias que concurrían en nuestras citas, y reconoceréis que la tentación debió de ser irresistible; me perdonaréis cuando os confiese que en un momento de impremeditación, Inés sacrificó su honor a mi pasión.

[Los ojos de Lorenzo centellearon de furia: un intenso rubor inundó su cara. Se levantó de su asiento y trató de sacar la espada. El marqués le vio el movimiento y le cogió la mano. Se la apretó afectuosamente.

—¡Amigo mío! ¡Hermano! ¡Escuchadme hasta el final! Contened vuestra pasión hasta entonces, y convenceos al menos de que si lo que os he contado es criminal, la culpa debe caer sobre mí, y no sobre vuestra hermana.

Lorenzo se dejó convencer por las súplicas de don Raimundo. Recobró su asiento y escuchó el resto de la historia con expresión sombría e impaciente. El marqués prosiguió.]

Apenas había pasado mi primer estallido de pasión, cuando Inés, recobrándose, se apartó de mis brazos con horror. Me llamó seductor infame, me cubrió de los más amargos reproches y se golpeó el pecho con toda la violencia del delirio. Avergonzado de mi imprudencia, me fue difícil encontrar palabras para excusarme. Traté de consolarla; me arrojé a sus pies, y supliqué que me perdonase. Retiró la mano que yo le había cogido y deseaba besar.

—¡No me toquéis! —gritó con una violencia que me dejó aterrado—. ¡Monstruo de perfidia e ingratitud, cómo me he equivocado con vos! Yo os consideraba mi amigo y protector: me puse en vuestras manos con confianza, y fiada en vuestro honor, creí que el mío no corría ningún riesgo. ¡Y sois vos, a quien yo adoraba, quien me ha cubierto de infamia! ¡Vos quien me ha seducido para que quebrantase mis votos a Dios, y me ha reducido al más bajo nivel de mi sexo! ¡Avergonzaos, villano, pues no volveréis a verme más!

Se levantó del banco en el que estaba sentada. Traté de detenerla; pero ella se desasió con violencia y se refugió en el convento.

Me retiré lleno de confusión e inquietud. A la mañana siguiente, acudí como de costumbre al jardín; pero no vi a Inés. Por la noche, fui a esperarla al lugar donde solíamos vernos. No tuve más éxito. Transcurrieron varios días de la misma manera. Finalmente, vi cruzar el paseo a mi ofendida amada, en cuyo borde estaba yo trabajando. Iba acompañada de la misma joven pensionista, en cuyo brazo se apoyaba, obligada al parecer por la debilidad. Me miró un instante, e inmediatamente volvió la cabeza. Esperé su regreso; pero pasó hacia el convento sin prestarme ninguna atención a mí, ni a las miradas compungidas con que le imploraba perdón.

Tan pronto como las monjas se retiraron, el viejo jardinero se me acercó con el semblante pesaroso.

—Señor —dijo—, me apena deciros que no puedo seguir sirviéndoos. La dama a quien solíais ver acaba de asegurarme que si vuelvo a dejaros pasar al jardín revelará todo el asunto a la madre superiora. Me ha dicho también que vuestra presencia es un insulto, y que si aún poseéis el más mínimo respeto por ella, no intentaréis verla más. Excusadme, pues, por informaros que no puedo proteger más tiempo vuestro disfraz. De enterarse la priora de mi conducta, puede que no se contente con despedirme de su servicio. En venganza, podría acusarme de haber profanado el convento y hacer que me arrojen a las prisiones de la Inquisición.

Inútiles fueron mis intentos por disuadirle de su resolución. Me denegó todo futuro acceso al jardín, e Inés persistió en no verme ni hacerme llegar noticias suyas. Tras dos semanas de violenta enfermedad de mi padre me vi obligado a salir para Andalucía. Fui apresuradamente, y como imaginaba, encontré al marqués al borde de la muerte. Aunque a primera vista su afección fue considerada mortal, se prolongó varios meses; mis cuidados durante este tiempo y mi ocupación en ordenar sus negocios después de su fallecimiento, no me permitieron salir de Andalucía. Hace cuatro días que he regresado a Madrid, y al llegar a mi palacio, encontré esperándome esta carta.

[Aquí el marqués abrió un cajón de un escritorio. Sacó un papel doblado, que tendió a su interlocutor. Lorenzo lo abrió y reconoció la letra de su hermana. Su contenido era el siguiente:

«¡En qué abismo de miseria me habéis hundido! Raimundo, me obligáis a ser tan criminal como vos. Yo había decidido no volveros a ver nunca más, y olvidaros de ser posible; y si no, a recordaros con odio. Un ser por quien ya siento ternura de madre solicita de mí que perdone a mi seductor y suplique su amor para que me salve. Raimundo, vuestro hijo vive en mi seno. Me estremece pensar en la venganza de la priora; tiemblo por mí misma, pero más por la inocente criatura cuya existencia depende de la mía. Estamos perdidos los dos, si se llega a descubrir mi situación. Aconsejadme, pues, qué decisión debo tomar, pero no tratéis de verme. El jardinero, que se encargará de entregaros esta ha sido despedido, y no podemos ya contar con él. El hombre que se ha contratado en su lugar es de una fidelidad incorruptible. El mejor medio de hacerme llegar vuestra respuesta es ocultándola bajo la gran estatua de San Francisco que hay en la catedral de los capuchinos. Voy allí a confesar todos los jueves, y puedo tener ocasión de recoger fácilmente vuestra carta. He oído que ahora estáis ausente de Madrid. ¿Debo suplicaros

que me escribáis tan pronto como regreséis? Creo que no. ¡Ah! ¡Raimundo! ¡Qué situación tan cruel la mía! Engañada por los parientes, obligada a abrazar una profesión para cuyos deberes estoy mal preparada, aun consciente de su santidad, e inducida a violarlos por aquel de quien menos sospechaba que tuviera perfidia, ahora me veo obligada por las circunstancias a escoger entre la muerte y el perjurio. La timidez de la mujer y el afecto maternal no me permiten vacilar la elección. Siento toda la culpa en la que me he hundido, al acceder al plan que antes me habíais propuesto. La muerte de mi pobre padre, ocurrida después de nuestra entrevista, ha eliminado uno de los obstáculos. Ahora descansa en su tumba, y ya no temo su ira. Pero ¿quién me protegerá, oh, Raimundo, de la ira de Dios? ¿Quién puede protegerme de mi conciencia, de mí misma? No me atrevo a demorarme en estos pensamientos. Me harán enloquecer. He tomado una determinación: procurad una dispensa de mis votos; estoy dispuesta a huir con vos. ¡Escribidme, esposo mío! Decidme que la ausencia no ha matado vuestro amor, decidme que rescataréis de la muerte a vuestro hijo nonato y a su desventurada madre. Vivo sufriendo todas las agonías del terror. Todos los ojos que se fijan en mí me parece que leen mi secreto y mi vergüenza. ¡Y vos sois el causante de estas agonías! ¡Ah! ¡Cuando mi corazón os amó por primera vez, qué poco sospechaba que ibais a hacerle sufrir estos dolores!»

Inés

Tras leer la carta, Lorenzo la devolvió en silencio. El marqués la volvió a guardar en el escritorio, y luego prosiguió.]

Mi alegría fue indecible al leer estas noticias tan fervientemente deseadas, y tan poco esperadas. En seguida puse en marcha mi plan. Cuando don Gastón me descubrió el paradero de su hija, no dudé un momento que estaría dispuesta a abandonar el convento, así que había confiado el asunto al duque–cardenal de Lerma, que inmediatamente se ocupó de conseguir la bula necesaria. Afortunadamente, yo no le había pedido después que abandonase sus gestiones. Poco después recibí carta suya, notificándome que esperaba de un día para otro una orden de la corte de Roma. Yo me habría conformado con esto simplemente; pero el cardenal me escribió que debía buscar el medio de sacar a Inés del convento sin que la priora se enterase. No dudaba que esta se irritaría muchísimo ante la pérdida de una persona de tan alta categoría social y consideraría la renuncia de Inés como una ofensa a su casa. La conceptuaba como una mujer de carácter violento y vengativo, capaz de llegar a los mayores extremos. Era de temer, por tanto, que intentase frustrar mis esperanzas encerrando a Inés en el convento e

invalidando el mandato del Papa. Movido por esta consideración, decidí llevarme a mi amada y ocultarla hasta que llegase la esperada bula a los dominios del duque–cardenal. Aprobó él mi designio, y declaró que estaba dispuesto a dar protección a la fugitiva. A continuación hice detener secretamente al nuevo jardinero de Santa Clara y encerrarlo en mi palacio. Por este medio, me adueñé de la llave de la puerta del jardín, y ya no tuve otra cosa que hacer que preparar el rapto de Inés. Esto es lo que he hecho en la carta que vos me habéis visto entregar esta tarde. En ella le digo que yo estaré preparado para recogerla mañana a las doce de la noche, que he conseguido la llave del jardín y que puede confiar en una pronta liberación.

Ahora, Lorenzo, ya habéis oído todo mi largo relato. No tengo nada que decir en mi descargo, salvo que mis intenciones para con vuestra hermana han sido siempre las más honestas; que siempre ha sido mi deseo, y aún sigue siéndolo, hacerla mi esposa, y que confío, cuando consideréis estas circunstancias, nuestra juventud y nuestro afecto, en que no sólo perdonaréis nuestro impremeditado desliz, sino que me ayudaréis a reparar mi falta con Inés y asegurarme un legítimo título a su persona y su corazón.

Capítulo II

O You! whom Vanity's light bark conveys
On Fame's mad voyage by the wind of praise,
Whith what a shifting gale your course you ply,
For ever sunk too low, or borne too high!
Who pants for glory finds but short repose,
A breath revives him, and a breath o'er–throws

POPE

Aquí concluyó el marqués el relato de sus aventuras. Lorenzo, antes de poder decidir su respuesta, reflexionó unos momentos. Por último, rompió el silencio.

—Raimundo —dijo, tomándole la mano—, el estricto honor me obligaría a lavar con vuestra sangre la mancha que habéis arrojado sobre mi familia. Pero las circunstancias de vuestro caso me impiden consideraros un enemigo. La tentación era demasiado grande para resistirla. Es la superstición de mi familia lo que ha causado estas desventuras, y son más culpables que vos y que Inés. No se puede anular lo que ha pasado entre los dos, pero podéis repararlo uniéndoos con mi hermana. Siempre habéis sido, y aún seguís siendo, mi más querido y hasta único amigo. Siento por Inés el más sincero afecto; y no hay nadie a quien yo podría entregar a mi hermana más gustosamente que a vos. Proseguid vuestro plan, Raimundo os acompañaré mañana por la noche, y yo mismo la llevaré a casa del cardenal. Mi presencia sancionará su conducta y evitará que incurra en culpa por huir del convento.

El marqués le dio las gracias en términos no poco efusivos. Luego, Lorenzo le informó que no tenía por qué esperar nada más de la enemistad de doña Rodolfa. Hacía ya cinco meses que, en un exceso de pasión, había sufrido una embolia y había expirado en el curso de unas horas. Luego pasó a contarle los intereses de Antonia. El marqués se quedó enormemente sorprendido al oír hablar de estos nuevos parientes. Su padre había alimentado su odio a Elvira hasta la tumba, y no llegó a hacer la más mínima alusión a la viuda de su hijo mayor. Don Raimundo aseguró a su amigo que no se equivocaba al suponerle dispuesto a reconocer a su cuñada y su amable hija. Los preparativos para el rapto le impedirían visitarlas al día siguiente. Pero, entretanto, pidió a Lorenzo que les asegurase su amistad y proporcionase a Elvira, en su nombre, cualquier suma que necesitase. Prometió hacerlo así el joven, tan pronto como conociese el lugar de su residencia. Luego

se despidió de su futuro hermano y regresó al palacio de Medina.

Estaba ya a punto de romper el día, cuando el marqués se retiró a su aposento. Consciente de que su relato le iba a llevar varias horas, y deseando evitar interrupciones, había ordenado a sus asistentes, al llegar al palacio, que no le esperasen levantados. Por consiguiente, se quedó algo sorprendido cuando entró en su antecámara, al encontrar a Theodore instalado allí. El paje estaba sentado junto a una mesa, con una pluma en la mano, tan totalmente ocupado en su trabajo que no se dio cuenta de la entrada de su señor. El marqués se detuvo a observarle. Theodore escribió unas líneas, se paró y tachó parte de lo escrito. Luego siguió escribiendo, sonrió. Por último, dejó la pluma, saltó de la silla, y juntó las manos con alegría.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Ahora queda precioso!

Sus efusiones fueron interrumpidas por una carcajada del marqués, que sospechaba la naturaleza de su trabajo.

—¿Qué es lo que queda tan precioso, Theodore?

El joven se sobresaltó y miró a su alrededor. Se ruborizó, corrió a la mesa, cogió el papel y lo ocultó.

—¡Oh, mi señor! No sabía que estabais tan cerca de mí. ¿Debo serviros en algo? Lucas ya se ha ido a la cama.

—Yo seguiré su ejemplo cuando te haya dado mi opinión sobre tus versos.

—¿Mis versos, señor?

—Por supuesto, estoy seguro de que has estado escribiendo algunos, pues ninguna otra cosa podía haberte tenido despierto hasta la madrugada. ¿Dónde están, Theodore? Me gustaría ver tu composición.

Las mejillas de Theodore se encendieron aún más: deseaba ardientemente enseñar su poesía, pero antes le gustaba que le insistieran.

—A decir verdad, señor, no son dignos de vuestra atención.

—¿No lo son, cuando acabas de declarar que son preciosos? Vamos, vamos, Theodore, déjame ver si coinciden nuestras opiniones. Prometo que encontrarás en mí un crítico indulgente.

El joven sacó el papel con aparente desgana, pero la satisfacción que brillaba en sus ojos negros y expresivos delataban la vanidad de su pequeño pecho. El marqués sonrió al observar las emociones de un corazón hasta ahora poco adiestrado en ocultar sus sentimientos. Se sentó en un sofá. Theodore, con la esperanza y el temor luchando en su rostro anhelante, aguardó con inquietud la decisión de su señor, mientras el marqués leía con atención los siguientes versos:

EL AMOR Y LA VEJEZ

La noche era oscura; el viento, frío;
Anacreonte, malhumorado y viejo,
Junto al fuego, alimentaba la alegre llama;

De pronto se abre la puerta de su choza
Y he aquí a Cupido ante él,
Que le mira benévolo, y le saluda por su nombre.

«Vaya, ¿eres tú? —exclamó, en tono adusto el hombre temeroso, mientras la ira
Enrojecía sus arrugadas y pálidas mejillas—.
¿Querrías otra vez, de amorosa furia inflamar mi pecho?
Endurecido por los años,
Joven vanidoso, tus flechas son débiles para traspasarlo ya.

»¿Qué buscas en este desierto lúgubre? Aquí no hay ya sonrisas ni alegrías.
Nunca estos valles presenciaron la dulce diversión,
El eterno invierno impera en la llanura,
La vejez, en mi casa, despóticamente reina,
Mi jardín está sin flores, mi pecho sin calor.

»Vete, busca la florida morada
Donde alguna virgen en sazón te solicite,
O envía sueños incitantes a rondar junto a su lecho.
Descansa sobre el amoroso pecho de Damon,
Juega en los labios rosados de Cloe,
O haz de su mejilla ruborosa una almohada para ti.

»¡Busca esas moradas; evita estas frías Regiones!
No pienses que, prudente y vieja,
Esta blanca cabeza podrá volver a soportar tu yugo.
Recordando que mis años más puros
Los marcaste tú con suspiros y lágrimas,
Tengo por falsa tu amistad, y evito la insidiosa trampa.

»Aún no he olvidado los dolores
Que sentí, entre las cadenas de Julia,
Y las ardientes llamas que en mi pecho ardían;
Las noches que pasé, privado de descanso,
El celoso dolor que torturó mi pecho;
Mi esperanza perdida, y mi pasión desdeñada.

»¡Huye, pues, y no maldigas más mis ojos!
¡Huye del umbral de mi apacible cabaña!
No te quiero un solo día, ni un instante, ni una hora.
Conozco tu falsedad, desprecio tus artes,
Desconfío de tu sonrisa y temo tus dardos.

¡Ve, traidor, y busca a otro a quien traicionar!»

«¿Acaso la edad, anciano, confunde tu ingenio?
—Replicó el ofendido dios, y arrugó el ceño.
(¡Su ceño dulce como una sonrisa de virgen!)—.
¿A mí me diriges esas palabras?
¿A mí, que te amo tanto, aunque
Desprecias mi amistad, e injurias pasados placeres?

»Si diste con una ninfa orgullosa,
Otras cien fueron amables;
Bien pudieron compensar sus sonrisas el ceño de Julia.
¡Así es el hombre! Su mano parcial Escribe los innumerables favores en la arena,
Y estampa en piedra la pequeña falta.

»¡Ingrato! ¿Quién te llevó a la onda,
A mediodía, donde Lesbia gustaba bañarse?
¿Quién te dijo el retiro donde Dafne descansaba?
¿Y quién cuando Celia pidió ayuda, y pidió que la acallases con tus besos?
¿Di, oh falso Anacreonte, no fue el Amor?

»Entonces me llamabas: ¡Dulce joven!
¡Mi sola dicha! ¡Mi alegría!
¡Entonces me estimabas más que a tu alma!
Podías besarme y tenerme en tus rodillas,
¡Y jurar que ni el vino te gustaba
Si antes no tocó los labios del Amor la copa!

»No volverán ya esos dulces días.
¿Debo llorar para siempre tu pérdida,
Desterrado de tu corazón y sin tus favores?
¡Ah, no! Esa sonrisa disipa mis temores;
Ese pecho palpitante, esos brillantes ojos
Proclamaban que quieres y perdonas mis defectos.

»Otra vez querido, estimado, deseado,
En tus brazos estará pronto Cupido,
Retozará en tus rodillas, en tu pecho dormirá.
Mi ardor calentará tu corazón marchito,
Mi mano desarmará al pálido invierno,
La primavera y la juventud volverán a celebrar sus fiestas.»

Una pluma de dorado matiz,

Sonriendo, se arranca del ala;
El joven la entrega a la mano del poeta,
Y al punto, ante los ojos de Anacreonte,
Surgen los sueños más puros de la fantasía.
Y en torno a su cabeza una indómita inspiración revolotea.

Su pecho arde con amoroso fuego;
Ansioso coge la mágica lira;
Veloz, sobre las cuerdas templadas, mueve los dedos:
La pluma arrancada del ala de Cupido
Se desliza por el arco olvidado tanto tiempo,

Y Anacreonte canta la fuerza y la alabanza del Amor.
Tan pronto se oyó ese nombre, los bosques
Sacudieron sus nieves; las derretidas aguas
Rompieron la fría cadena, y el invierno se fue.
El blando céfiro sopló entre los retiros,

Y el sol glorioso ascendió, y derramó la luz del día.
Atraídos por los sones armoniosos,
Los sátiros y faunos rodearon la choza,
Se agruparon deseosos de ver al trovador.
Las ninfas del bosque, a comprobar su encanto
Ansiosas corren; escuchan, aman, Y al oír su melodía, olvidan que es anciano.

Cupido, que a nada constante atiende,
Inclinado sobre el arpa escucha,
O ahoga con un beso las notas más dulces,
O descansa en el pecho del poeta,
O prende rosas en sus blancos cabellos
O suspendido en doradas alas, gira en caprichosos círculos.

Y exclama Anacreonte: «Nunca más
En otro altar derramaré mis votos,
Ya que Cupido se digna inspirar mis números:
De Febo ni de la doncella de ojos azules
Pediré ayuda para mis versos,
Pues sólo el Amor será inspirador de mi lira.

»En orgulloso canto, entonaba yo las alabanzas
Del rey o el héroe de otros tiempos,
Y golpeaba la cuerda marcial con épico fuego.

¡Pero adiós, héroes! ¡Adiós, reyes!
Ya no contarán mis labios vuestra hazaña, o
Pues sólo el Amor será el motivo de mi lira».

El marqués le devolvió el papel con una sonrisa de aliento.

—Me gusta mucho tu pequeño poema —dijo—. Sin embargo, no debes tener en cuenta mi opinión. No soy crítico de poesía, y por lo que a mí se refiere, no he llegado a componer más de seis versos en toda mi vida, y produjeron tan mal efecto, que estoy absolutamente decidido a no escribir ninguno más. Pero me estoy apartando de lo que quería. Iba a decirte que no puedes emplear de peor manera tu tiempo que haciendo versos. Un autor, sea bueno o malo, o incluso las dos cosas, es un animal a quien todo el mundo se siente con derecho a atacar. Pues aunque no todos son capaces de escribir libros, todos se consideran capacitados para juzgarlos. Una mala composición lleva en sí misma el castigo, el menosprecio y el ridículo. Una buena suscita la envidia, y atrae sobre su autor mil mortificaciones. Se ve hostigado por una crítica parcial y malhumorada: el uno encuentra defectos en la trama, el otro en el estilo, un tercero en el orden que se esfuerza por inculcar, y aquellos que no consiguen encontrar un defecto al libro, se dedican a estigmatizar a su autor. Sacan a la luz, maliciosamente, toda pequeña circunstancia que puede ridiculizar su carácter personal o su conducta, y tratan de herir al hombre, si no pueden herir al escritor. En suma, entrar en el mundo de los literatos es exponerse voluntariamente a los dardos de la desatención, el ridículo, la envidia y el desengaño. Ya escribas bien o mal, ten la seguridad de que no escaparás a la censura; pero en realidad, hay en ello un gran consuelo para el autor joven: recuerda que Lope de Vega y Calderón fueron víctimas de críticas injustas y envidiosas, y se considera modestamente en su misma situación. Pero comprendo que todas estas sabias observaciones no valen para ti. Escribir es una manía frente a la cual ninguna razón es suficientemente sólida; tan fácil sería convencerme a mí de que no ame, como a ti de que no escribas. Sin embargo, si no puedes evitar que de cuando en cuando te dé el ataque poético, toma al menos la precaución de no comunicar tus versos más que a aquellos cuya parcialidad respecto a ti te asegure su aprobación.

—Entonces, mi señor, ¿no juzgáis estos versos tolerables? —dijo Theodore con aire humilde y abatido.

—No me has entendido. Como he dicho antes, me han gustado mucho. Pero mi afecto por ti me hace ser parcial, y otros podrían juzgarlos menos favorablemente. Sin embargo, debo decir que aun mi predisposición en tu favor no me ciega hasta el punto de impedirme observar varios defectos. Por ejemplo, tienes una terrible confusión de metáforas; tiendes demasiado a poner la fuerza de tus versos en las palabras en vez de en el sentido. Algunos de los versos parecen introducidos sólo con el fin de hacerlos rimar con otros, y la mayor

parte de las mejores ideas están tomadas de otros poetas, aunque posiblemente ni siquiera tú mismo te hayas dado cuenta. Esos defectos pueden excusarse ocasionalmente en una obra larga; pero un poema corto debe ser correcto y perfecto.

—Todo eso es cierto, señor; pero deberíais considerar que yo sólo escribo por placer.

—Vuestros defectos son los menos excusables. Se puede perdonar la incorrección de quienes escriben por dinero, que deben completar una tarea dada y se les paga de acuerdo con la cantidad, no con el valor de sus producciones. Pero en aquellos a los que la necesidad no les empuja a ser autor, que escriben meramente por alcanzar fama y tienen todo el tiempo para pulir sus composiciones, los defectos son imperdonables, y merecen los dardos más afilados de la crítica.

El marqués se levantó del sofá. El paje pareció desanimado y melancólico, cosa que no escapó a la observación de su señor.

—Sin embargo —añadió sonriendo—, creo que estos versos no te desacreditan. Tu versificación es tolerablemente fácil y tu oído parece ajustado. La lectura de tu pequeño poema me ha gustado bastante en definitiva, y si no es pedirte demasiado favor, te agradecería mucho que me dieses una copia.

El semblante del joven se iluminó inmediatamente. No percibió la sonrisa medio de aprobación, medio irónica, que acompañó a esta petición, y prometió encantado hacerle la copia con la mayor prontitud. El marqués se retiró a su aposento, divertido ante el instantáneo efecto que había producido en la vanidad de Theodore, después de su crítica. Se echó en la cama. El cansancio se adueñó en seguida de él, y sus sueños le presentaron las más halagüeñas escenas de felicidad con Inés.

Al llegar al palacio de Medina, el primer cuidado de Lorenzo fue preguntar si había cartas. Había algunas esperándole, pero la que él buscaba no estaba. A Leonela le había sido imposible escribir esa noche. Sin embargo, su impaciencia por asegurarse el corazón de don Cristóbal, en quien se preciaba de haber hecho no poca impresión, no le permitió pasar otro día sin informarle de dónde podría encontrarla. A su regreso de la iglesia de los capuchinos, relató jubilosa a su hermana cómo había estado con ella un caballero atento y distinguido; y también que su compañero había prometido ocuparse de la causa de Antonia ante el marqués de las Cisternas. Elvira acogió la noticia con muy distinto talante que el de quien se la comunicaba. Censuró la imprudencia de su hermana por haber confiado su historia a un completo desconocido, y expresó su temor de que este desconsiderado paso predispusiera al marqués en su contra. Su mayor aprensión la guardó en su pecho. Había observado con inquietud que, ante la mención de Lorenzo, un rubor había invadido las mejillas de su hija. La tímida Antonia no se

atrevió a pronunciar su nombre: sin saber por qué, se sintió confundida cuando surgió él en la conversación, y se esforzó por desviar el tema hacia Ambrosio. Elvira notó las emociones de aquel pecho juvenil. Así que insistió en que Leonela rompiera la promesa que había hecho a los caballeros. El suspiro que se le escapó a Antonia al oír tal orden confirmó a la cautelosa madre en su resolución.

Leonela, sin embargo, estaba dispuesta a saltarse dicha orden. Consideró que se debía a la envidia, y que su hermana tenía miedo de verla exaltada por encima de ella. Sin confiar su intención a nadie, aprovechó una ocasión que se le presentó para despachar la siguiente nota a Lorenzo, que le fue entregada tan pronto como despertó:

> *«Sin duda, señor don Lorenzo, me habréis acusado más de una vez de ingrata y olvidadiza. Pero palabra os doy de virgen de que no estaba en mí poder cumplir ayer mi promesa. No sé con qué palabras informaros de la extraña acogida que mi hermana ha dado a vuestro amable deseo de visitarla. Es una mujer muy rara, con muchas virtudes buenas; pero los celos que me tiene la hacen concebir ideas completamente extrañas. Al oír que vuestro amigo me había dedicado alguna atención, se ha alarmado inmediatamente. Me ha reprochado mi conducta, y me ha prohibido absolutamente que os dé a conocer nuestro domicilio. Mi gran sentido del agradecimiento por vuestro amable ofrecimiento, y… ¿os lo confesaré?, mi deseo de ver una vez más al amable don Cristóbal, no me permiten obedecer su requerimiento. Así que aprovecho este instante de inadvertencia para informaros que vivo en la calle de Santiago, a cuatro portales del palacio de Albornoz, y casi enfrente de la casa del barbero Miguel Coello. Preguntad por doña Elvira Dalfa, dado que en cumplimiento de la orden de su suegro, mi hermana sigue utilizando el nombre de soltera. Esta noche a las ocho podréis encontrarnos con seguridad, pero no digáis una sola palabra que haga sospechar que os he escrito esta carta. Si vierais al conde de Ossorio, decidle…, me ruboriza confesarlo…, decidle que su presencia será muy grata a la afectuosa,»*
>
> *Leonela*

Las últimas palabras fueron escritas en tinta roja, para expresar los rubores de sus mejillas, aunque cometía una afrenta a su virginal recato.

Tan pronto como Lorenzo leyó esta nota, salió en busca de don Cristóbal. No pudiendo encontrarle a lo largo del día, se dirigió solo a casa de doña Elvira para infinito desencanto de Leonela. Como el criado por quien mandó anunciar su nombre había dicho ya que su señora estaba en casa, no tuvo excusa para rechazar su visita. Sin embargo, consintió en recibirle con mucha renuencia. Esta renuencia aumentó ante la alteración que su llegada produjo en el semblante de Antonia, la cual aumentó al aparecer dicho joven. La simetría de su persona, la

animación de su semblante y la natural elegancia de sus modales y palabras, convencieron a Elvira de que aquel invitado debía de ser peligroso para su hija. Decidió tratarle con fría cortesía, declinar sus servicios con gratitud por ofrecérselos, y hacerle ver, sin ofenderle, que sus futuras visitas estarían lejos de ser bien acogidas.

A su entrada, pues, se encontró con que Elvira se hallaba indispuesta, recostada en un sofá. Antonia estaba sentada junto a su bordado, y Leonela, vestida con un atuendo pastoril, leía la *Diana* de Montemayor. A pesar de que era madre de Antonia, Lorenzo no podía evitar haber esperado ver en Elvira a la hermana de Leonela, y la « hija del zapatero más honrado y trabajador de toda Córdoba» . Una simple ojeada bastó para desengañarle. Ante sí tenía a una mujer cuyas facciones, aunque marchitas por el tiempo y el sufrimiento, aún conservaban los rasgos de una belleza distinguida. Una grave dignidad emanaba de su persona, atemperada por una gracia y dulzura que la hacían realmente encantadora. Lorenzo pensó que en su juventud debió de parecerse a su hija, y justificó plenamente al difunto conde de las Cisternas. Elvira le indicó que podía sentarse, y volvió a ocupar su sitio en el sofá.

Antonia le acogió con una sencilla reverencia, y continuó su labor. Se le arrebolaron las mejillas, y se esforzó en ocultar su emoción inclinándose sobre su bastidor. Su tía decidió también adoptar un aire de modestia, fingió ruborizarse y temblar, y aguardó, con la mirada baja, a recibir los cumplidos de don Cristóbal. Viendo, un rato después, que no ocurría la esperada aproximación, se aventuró a mirar por toda la habitación, descubriendo con disgusto que Medina venía solo. La impaciencia no le permitió esperar una explicación: interrumpiendo a Lorenzo, que en ese momento comunicaba el mensaje de Raimundo, preguntó qué había pasado con su amigo.

Como Lorenzo creía necesario mantenerse en buenos términos con ella, se esforzó por consolarla de su desencanto, violentando en cierto modo la verdad.

—¡Ah, señora! —contestó con melancólica voz—. ¡Cuán pesaroso debe de estar al perder esta ocasión de presentaros sus respetos! La enfermedad de un pariente le ha obligado a salir de Madrid apresuradamente. ¡No obstante, estad segura de que aprovechará con delirio la primera ocasión para arrojarse a vuestros pies!

Al decir esto, sus ojos se encontraron con los de Elvira, que le castigó su falsedad suficientemente lanzándole una expresiva mirada de desaprobación y reproche. Por otro lado, el engaño tampoco respondía a su intención. Molesta y decepcionada, Leonela se levantó de su asiento y se retiró enojada a su aposento.

Lorenzo se apresuró a reparar su falta, que le había perjudicado ante los ojos de Elvira. Relató su conversación con el marqués a propósito de ella. Le aseguró que Raimundo estaba dispuesto a reconocerla como la viuda de su hermano, y que hasta tanto pudiese venir a presentarle sus cumplidos personalmente, Lorenzo

estaba encargado de representarle. Esta noticia alivió a Elvira de una agobiante inquietud: ahora encontraba a un protector para la huérfana Antonia, por cuyo futuro había sufrido las mayores tribulaciones. No fue parca en agradecimientos a aquel que había intercedido tan generosamente en su favor; pero no le invitó a que repitiese su visita. Sin embargo, cuando al levantarse para marcharse, pidió permiso para preguntar por su salud alguna vez, la grave cortesía de su actitud, la gratitud por sus servicios y el respeto hacia el amigo del marqués, no le permitieron negárselo. Accedió de mala gana a recibirle. Él prometió no abusar de su bondad, y abandonó la casa.

Antonia se quedó entonces a solas con su madre. Durante un rato permanecieron en silencio. Las dos estaban deseosas de comentar el mismo tema, pero ninguna de las dos sabía cómo abordarlo. La una sentía una vergüenza que no acertaba a explicar, que le sellaba los labios. La otra tenía miedo de que fuesen ciertos sus temores, o inspirar a su hija ideas a las que aún era ajena. Finalmente, empezó Elvira la conversación.

—Ese joven es encantador, Antonia; me ha gustado mucho. ¿Estuvo cerca de ti ayer en la catedral?

—No se apartó ni un momento, mientras estuve en la iglesia, me cedió su asiento, y estuvo muy atento y servicial.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué no me has hablado de él? Tu tía se ha deshecho en alabanzas de un amigo, y tú has elogiado la elocuencia de Ambrosio. Pero ninguna de las dos ha dicho una sola palabra de la persona y virtudes de don Lorenzo. De no hablar Leonela de su disposición para ocuparse de nuestra causa, yo no habría sabido ni que existía.

Calló. Antonia se puso colorada, pero no dijo nada.

—Quizá tú le juzgues menos favorablemente que yo. En mi opinión, su figura es agradable, su conversación prudente y sus modales atractivos. Pero puede que a ti te haya causado una impresión distinta. Tal vez le creas desagradable, y…

—¿Desagradable? ¡Oh! Querida madre, ¿cómo podría pensar de él una cosa así? Sería muy desagradecida si no fuese sensible a su amable comportamiento de ayer, y muy ciega si se me hubiesen escapado sus méritos. ¡Su figura es tan airosa, tan noble! ¡Y sus modales tan dulces, tan varoniles! Hasta ahora, nunca había visto tantas cualidades juntas en una persona, y dudo que en Madrid exista otro igual.

—Entonces, ¿por qué eres tan reservada a la hora de alabar a este fénix de Madrid? ¿Por qué me has ocultado el placer que te había producido su compañía?

—A decir verdad, no lo sé. Me preguntáis una cosa a la que yo misma no he podido contestarme. He estado a punto de hablaros de él un centenar de veces. He tenido su nombre constantemente en los labios, pero cuando iba a pronunciarlo, me ha faltado valor. Sin embargo, si no os he hablado de él, no ha sido por no pensar en don Lorenzo.

—Lo creo. Pero ¿quieres que te diga por qué te ha faltado el valor? Porque acostumbrada a confiarme tus más secretos pensamientos, no has sabido ocultar, y temías reconocer, que tu corazón abriga un sentimiento que sabes que yo desaprobaría. Ven aquí, criatura.

Antonia dejó el bastidor, cayó de rodillas junto al sofá y sepultó su rostro en el regazo de su madre.

—¡No tengas miedo, niña preciosa! Considérame tanto tu amiga como tu madre, y no temas ningún reproche por mi parte. He leído las emociones de tu pecho. Todavía no has aprendido a disimularlas, de modo que no podían escapar a mis ojos atentos. Este Lorenzo es peligroso para tu sosiego; ya ha causado honda impresión en tu corazón. Ciertamente me doy cuenta de que es fácil que tu afecto sea correspondido. Pero ¿cuáles pueden ser las consecuencias de este afecto? Tú eres pobre y no tienes amigos, Antonia. Lorenzo es el heredero del duque de Medina. Aun cuando él fuera un hombre de intenciones honestas, su tío jamás consentiría vuestra unión. Y sin el consentimiento de su tío, yo tampoco quiero. Sé por triste experiencia los sufrimientos que le toca padecer a la que se casa con alguien cuya familia no está dispuesta a acogerla. De modo que sofoca tu afecto; sean cuales sean los dolores que te cuesten, trata de dominarlos. Tu corazón es tierno y sensible. Ya ha recibido una fuerte impresión. Pero una vez convencida de que no debes alentar tales sentimientos, confío en que tendrás la suficiente fortaleza para expulsarlos de tu pecho.

Antonia besó su mano y prometió absoluta obediencia. Elvira prosiguió:

—Para evitar que tu pasión aumente, será necesario impedir las visitas de Lorenzo. El servicio que me ha prestado no me permite prohibirlas tajantemente. Pero a menos que juzgue yo su carácter muy favorablemente, dejará de hacerlas sin ofenderse cuando le confiese mis razones y me ponga enteramente en manos de su generosidad. La próxima vez que le vea, le confesaré honestamente el embarazo que su presencia ocasiona. ¿Tú qué dices, hija mía? ¿No crees esta medida necesaria?

Antonia lo suscribió todo sin vacilación, aunque no sin pesar. Su madre la besó cariñosamente, y se retiró a dormir. Antonia siguió su ejemplo, y se prometió tantas veces no volver a pensar más en Lorenzo que, hasta que el sueño le cerró los ojos, no pensó en otra cosa.

Mientras esto ocurría en casa de Elvira, Lorenzo corrió a reunirse con el marqués. Todo estaba preparado para el segundo rapto de Inés; y a las doce, los dos amigos se hallaban junto a la tapia del jardín del convento, con un coche y cuatro caballos. Don Raimundo sacó la llave y abrió la puerta. Entraron, y durante unos minutos aguardaron con expectación a que Inés se reuniera con ellos. Finalmente, el marqués comenzó a impacientarse. Temiendo que este segundo intento fracasara como el primero, propuso inspeccionar el convento. Los dos amigos se acercaron. Todo estaba tranquilo y a oscuras. La priora

deseaba mantener en secreto la historia, temiendo que el crimen de una de sus monjas atrajese la deshonra de la comunidad entera, o que la intervención de algún pariente poderoso le impidiese vengarse de su inminente víctima. De modo que tomó el cuidado de no dar al amante de Inés ningún motivo para suponer que había sido descubierto su plan, y que su amada estaba a punto de sufrir el castigo que su falta merecía. La misma razón le hizo rechazar la idea de mandar arrestar al desconocido seductor en el jardín. Tal medida habría ocasionado gran alboroto, y la deshonra del convento se habría propagado por todo Madrid. Se conformó con encerrar a Inés. En cuanto al amante, le dejó que siguiese libremente sus planes. El resultado fue el que ella había esperado. El marqués y Lorenzo estuvieron esperando inútilmente hasta que rompió el día. Entonces se retiraron sin ruido, alarmados ante el fracaso de su plan, y sin saber cuál habría sido la causa.

A la mañana siguiente, Lorenzo fue al convento y pidió ver a su hermana. La priora acudió a la reja con el semblante entristecido. Le informó que hacía varios días que Inés se sentía muy agitada; que varias monjas le habían insistido en vano que les revelase la causa y recurriese a su ternura para pedirle consejo y consolación; que ella había persistido obstinadamente en ocultar la causa de su aflicción; pero que el jueves por la noche había producido un efecto tan violento sobre su constitución que había caído enferma, viéndose obligada a quedarse en la cama. Lorenzo no se creyó una sola palabra de esta historia. Insistió en ver a su hermana. Si no podía ella bajar a la reja, deseaba que le dejasen pasar hasta su celda. ¡La priora se santiguó! Se escandalizó ante la idea de que los ojos profanos de un hombre penetrasen el interior de su sagrada mansión, y manifestó que se asombraba de que a Lorenzo se le pudiese ocurrir semejante idea. Le dijo que no podía acceder a tal petición, pero que si volvía al día siguiente, esperaba que su amada hija estuviera lo bastante recuperada como para verle en la reja del locutorio. Tras esta respuesta, Lorenzo no tuvo más remedio que retirarse insatisfecho y temblando por la seguridad de la hermana.

Volvió al día siguiente a temprana hora. «Inés está peor. El médico ha declarado que corre grave peligro; le ha ordenado que permanezca en reposo, y le es completamente imposible recibiros». Lorenzo estalló ante semejante respuesta, pero no podía hacer nada. Se enfureció, suplicó, amenazó. No dejó por intentar un solo recurso para conseguir ver a Inés. Sus esfuerzos fueron tan inútiles como los del día anterior, y regresó desesperado a ver al marqués. Por su parte, este no había ahorrado esfuerzos por descubrir cuál había sido la causa del fracaso de su plan. Don Cristóbal, a quien confió ahora el asunto, trató de sonsacar algo a la vieja portera de Santa Clara, con la que había llegado a trabar amistad; pero esta estaba demasiado prevenida, y no consiguió nada. El marqués se hallaba casi trastornado y Lorenzo se sentía casi tan inquieto como él. Los dos estaban convencidos de que habían descubierto el proyectado secuestro. No

dudaban que la enfermedad de Inés era fingida, aunque no sabían cómo rescatarla de las manos de la priora.

Lorenzo visitó el convento puntualmente todos los días. Con la misma regularidad, era informado de que su hermana estaba peor. Convencido de que la enfermedad era fingida, estas noticias no le alarmaban. Pero el no saber qué era de ella, ni los motivos que habían impulsado a la priora a no dejar que la viera, le producían la más grave inquietud. Aún no sabía bien qué determinación tomar, cuando el marqués recibió una carta del duque–cardenal de Lerma. Incluía la esperada bula del Papa, ordenando que Inés fuese dispensada de sus votos y restituida a sus parientes. Este documento vital decidió inmediatamente a los amigos. Resolvieron que Lorenzo lo llevase a la superiora sin tardanza y exigiese la inmediata entrega de su hermana. No podrían alegar la enfermedad contra esta orden que confería al hermano el poder de llevársela instantáneamente al palacio de Medina, y decidió utilizar ese poder al día siguiente.

Este pensamiento le alivió de la inquietud respecto de su hermana, y se animó con la esperanza de que pronto le devolvería la libertad. Ahora tenía tiempo de dedicar algunos momentos al amor y a Antonia. A la misma hora que la primera vez, fue a visitar a doña Elvira. Esta había dado orden de que se le recibiese. En cuanto fue anunciado, su hija se retiró con Leonela, y cuando entró en el aposento, encontró sola a la dueña de la casa. Esta le acogió con menos frialdad que antes, y le pidió que se sentase en el sofá, junto a ella. Luego, sin ninguna clase de preámbulo, abordó el tema según habían acordado ella y Antonia.

—No quiero que me tengáis por desagradecida, don Lorenzo, ni olvidadiza de lo esenciales que son los servicios que me habéis prestado ante el marqués. Siento el peso de mis obligaciones. Nada bajo el sol me impulsaría a dar el paso a que ahora me veo obligada, salvo el interés de mi hija, de mi queridísima Antonia. Mi salud está cada vez peor. Sólo Dios sabe lo pronto que seré llamada ante su trono. Mi hija quedará sin padres, y si perdiera la protección de la familia de las Cisternas, sin amigos. Es joven e inocente, y no está preparada contra la perfidia del mundo, y posee encantos que la convierten en objeto de seducción. ¡Juzgad, pues, cómo debo temblar ante la perspectiva que se abre ante ella! Juzgad lo ansiosa que debo estar por preservarla de la sociedad de quienes pueden excitar pasiones hasta ahora dormidas en su pecho. Vos sois amable, don Lorenzo: Antonia tiene un corazón sensible y amoroso, y agradece los favores que se nos tributan por vuestra intercesión ante el marqués. Vuestra presencia me hace temblar. Temo que le inspiréis sentimientos que puedan amargar el resto de su vida, o alentarla a abrigar esperanzas que, por su condición, son injustificables e inútiles. Perdonadme si os confieso mis terrores, y permitid que mi franqueza abogue en mi disculpa. No puedo cerraros las puertas de mi casa, pues la gratitud me lo impide; sólo me cabe ponerme en manos de vuestra generosidad, y suplicaros que ahorréis los sentimientos de una madre angustiada, que se desvive

por su hija. Creedme cuando os aseguro que lamento la necesidad de rechazar vuestra amistad. Pero no hay otro remedio, y el interés de Antonia me obliga a pediros que os abstengáis de visitarnos. Si accedéis a mi ruego, haréis aumentar la estima que ya siento por vos, y de la cual todo me convence de que sois merecedor.

—Vuestra franqueza me encanta —replicó Lorenzo—. Veréis cómo no os defraudo en la opinión favorable que os habéis formado de mí. Pero espero que las razones que ahora puedo aducir os decidan a retirar una petición que no puedo obedecer sino con infinita renuncia. Yo amo a vuestra hija, la amo muy sinceramente. No deseo otra felicidad que la de inspirarle los mismos sentimientos y recibir su mano en el altar como esposo suyo. Es cierto que no soy rico. La muerte de mi padre me ha dejado poco. Pero mis esperanzas de futuro justifican mi pretensión de obtener la mano de la hija del conde de las Cisternas.

Iba a proseguir, pero Elvira le interrumpió:

—¡Ah, don Lorenzo!, olvidáis en ese título pomposo la bajeza de mi origen. Olvidáis que llevo catorce años en España, repudiada por la familia de mi esposo, y viviendo con una pensión escasamente suficiente para el sustento y la educación de mi hija. Es más, incluso he sido olvidada por casi todos mis parientes, quienes por envidia fingen dudar de la realidad de mi matrimonio. Al cesar mi asignación con la muerte de mi suegro, me he visto reducida al mismo borde de la miseria. En esta situación me encontró mi hermana, quien pese a todas sus debilidades, posee un corazón cálido, generoso y afectivo. Me ayudó con la pequeña fortuna que mi padre le dejó, me convenció para que viniera a Madrid, y nos ha sostenido a mi hija y a mí desde que salimos de Murcia. Así que no consideréis a Antonia como una descendiente del conde de las Cisternas. Consideradla como una huérfana pobre y sin protección, como la nieta del mercader Toribio Dalfa, como un vástago menesteroso de la hija de ese mercader. Pensad en la diferencia entre tal situación y la del sobrino y heredero del poderoso duque de Medina. Creo que vuestras intenciones son honestas. Pero como no hay esperanzas de que vuestro tío apruebe la unión, preveo que las consecuencias de vuestro afecto serían fatales para mi hija.

—Perdonadme, señora. Estáis equivocada si suponéis que el duque de Medina se parece a la generalidad de los hombres. Sus sentimientos son liberales y desinteresados. Él me quiere mucho, y yo no tengo ningún motivo para temer que prohíba el matrimonio, cuando vea que mi felicidad depende de Antonia. Pero suponiendo que se niegue a dar su aprobación, ¿qué puedo temer? Mis padres no viven ya; estoy en posesión de mi pequeña fortuna, que será suficiente para sostener a Antonia; y yo cambiaría por su mano el ducado de Medina sin un suspiro de pesar.

—Sois joven e impetuoso. Es natural que abriguéis tales ideas. Pero la

experiencia me ha enseñado que las uniones desiguales van acompañadas de maldiciones. Yo me casé con el conde de las Cisternas con la oposición de sus parientes. Son muchos los sufrimientos que me han castigado por este paso imprudente. Allí hacia donde dirigíamos nuestro rumbo, nos perseguía la maldición del padre Gonzalo. La pobreza nos asediaba, y no teníamos cerca de nosotros a ningún amigo que nos aliviara en nuestras necesidades. Sin embargo, existía nuestro mutuo amor; aunque, ¡ay!, no sin interrupciones. Acostumbrado a la riqueza y la abundancia, mal podía mi esposo soportar el paso a la escasez y la indigencia. Volvía la mirada con añoranza hacia las comodidades de que en otro tiempo había disfrutado. Lamentaba la situación que había perdido por mi causa; y en los momentos en que le dominaba la desesperación, ¡me reprochaba haber hecho de él un compañero de miserias y desdichas! ¡Me llegó a decir que yo era su perdición! ¡La fuente de sus desdichas y la causa de su ruina! ¡Ah, Dios mío! ¡Poco sabía él que los reproches de mi corazón eran mucho mayores! ¡Ignoraba que yo sufría terriblemente, por mí, por mis hijos y por él! Es cierto que su enojo duraba rara vez. Su sincero afecto por mí renacía en seguida en su corazón, y entonces su arrepentimiento por las lágrimas que me había hecho derramar me torturaba aún más que sus reproches. Se arrojaba al suelo, imploraba mi perdón en los términos más frenéticos y se cubría de maldiciones por haber matado mi serenidad. Como sé por experiencia que la unión contraída contra las indicaciones de las familias de una y otra parte es desdichada, quiero salvar a mi hija de las desventuras que he sufrido yo. Sin el consentimiento de vuestro tío, mientras yo viva, ella no será vuestra. Sin duda él desaprobará vuestra unión. Su poder es inmenso, y Antonia no se expondrá a su ira y persecución.

—¿Su persecución? ¡Qué fácilmente puede evitarse una cosa así! Aun cuando ocurriese tal cosa, se trataría tan sólo de abandonar España. Mi economía nos lo permitiría con la mayor facilidad. Las Indias Occidentales pueden ofrecernos un refugio seguro. Tengo una propiedad, aunque no muy valiosa, en la Española. Huiríamos allí, y la consideraría mi tierra natal, si ello significase la serena posesión de Antonia.

—¡Ah, joven! Esa es una visión enamorada y romántica. Gonzalo pensaba igual. Imaginaba que podía abandonar España sin pesar. Pero el momento de la partida le desengañó. Vos no sabéis aún lo que es abandonar vuestra tierra natal; ¡abandonarla, para no verla nunca más! ¡No sabéis lo que es cambiar los escenarios donde habéis pasado vuestra infancia por regiones desconocidas y climas bárbaros! ¡Ser olvidado, absoluta y eternamente olvidado, por los compañeros de vuestra juventud! ¡Ver a vuestros amigos más queridos, a los que habéis tenido más afecto, perecer víctimas de enfermedades accidentales de los aires indios, y descubrir que no podéis procurarles la necesaria asistencia! ¡Yo he sentido todo eso! ¡Enterré a mi esposo y a dos hijitos en Cuba! Nada podía haber salvado a mi hija Antonia más que el inmediato regreso a España. ¡Ah, don

Lorenzo, si supierais lo que sufrí durante esta ausencia! ¡Si supierais cuán dolorosamente añoré lo que había dejado atrás, y qué caro se me hizo el mismo nombre de España! Llegué a envidiar a los vientos que soplaban hacia aquí; y cuando algún marinero español cantaba alguna canción conocida al pasar junto a mi ventana, los ojos se me llenaban de lágrimas pensando en mi tierra natal. A Gonzalo también… Mi esposo…

Elvira calló. Le flaqueó la voz, y se ocultó el rostro con el pañuelo. Tras un breve silencio, se levantó del sofá y prosiguió:

—Perdonad que os deje un momento; el recuerdo de lo que he sufrido me ha turbado mucho y necesito estar sola. Mientras me ausento, leed estos versos. A la muerte de mi esposo, los encontré entre sus papeles. De haber sabido antes que abrigaba esos sentimientos, me habría matado el dolor. Los escribió en el viaje de Cuba, cuando tenía el espíritu nublado por el pesar y olvidaba que tenía esposa e hijos. Lo que vamos a perder siempre nos parece que es lo más precioso. Gonzalo dejaba España para siempre, así que España era más cara a sus ojos que todo cuanto el mundo contenía. Leedlos, Lorenzo. ¡Ellos os darán idea de los sentimientos de un hombre desterrado!

Elvira puso un papel en la mano de Lorenzo, y se retiró del aposento. El joven examinó el contenido, encontrando lo siguiente:

EL EXILIO

¡Adiós, oh España natal! ¡Adiós para siempre!
Estos ojos desterrados ya no verán tus costas;
Un fúnebre presagio dice a mi corazón que nunca más
Los pasos de Gonzalo hollarán tu arena.

Los vientos han callado, y mientras blandamente la nave
Se desliza y surca el terso mar,
Siento que desfallece el ánimo en mi pecho,
Y maldigo las olas que me alejan de España.

¡Aún la veo! Bajo el claro cielo azul
Aún se ven los campanarios bienamados;
Desde aquel punto escarpado, el viento de la tarde
Aún trae natales aires a mi oído.

Apoyado en alguna roca musgosa, cantando alegremente
Al sol, el pescador seca sus redes.
A menudo oí la balada quejumbrosa, que trae
Escenas de pasadas alegrías a mis ojos doloridos.

¡Ah! ¡Zagal dichoso! ¡Él aguarda la hora acostumbrada,
En que el crepúsculo oscurece el horizonte; Entonces, alegremente busca el emparrado paterno
Y comparte el festín que dan sus campos natales!

La amistad y el amor, moradores de su choza,
Honestamente le acogen, con sonrisa sincera, Sin tristezas que amenacen borrar la alegría,
Sin suspiros en el pecho ni lágrima en el ojo.

¡Ah! ¡Feliz zagal! Tu dicha me ha sido negada.
La fortuna me hace ver con envidia tu destino.
Yo que, huyendo de España y del hogar, voy al destierro,
Digo adiós a cuanto estimo y cuanto amo.

Nunca más mi oído escuchará los aires conocidos
Que canta la serrana que cuida de sus cabras, Del zagal que implora algún amor,
O el canto del pastor que entona toscas notas.
Ya no abrazarán mis brazos a mi padre bienamado,
Ya no conocerá mi corazón la paz de casa; Lejos de estos gozos, con suspiros de recuerdos,
A cielos sofocantes y climas lejanos voy.

Donde soles indios engendran males nuevos.
Donde viven tigres y sierpes, oriento mi camino,
A desafiar la sed febril que nada sacia,
Y a la fiebre amarilla, y al fuego enloquecedor:

A sentir dolores que consumirán mi hígado,
A morir poco a poco en la flor de mi edad, Bebiéndose insaciable la fiebre mi sangre ardiente,
Delirante el cerebro bajo la furia del sol,
¿Qué puede darme tanto dolor como separarme
Con tan amargos suspiros, amada tierra, de ti? ¡Sentir que este corazón te añorará para siempre
Y ver arrancadas de mí todas tus alegrías!

¡Ay de mí! Cuán a menudo la imaginación, en sueños,
Me evocará en el espíritu mi país natal.
¡Cuán a menudo la nostalgia recordará con tristeza
Los placeres y amigos que he dejado!

Agrestes valles de Murcia, emparrados románticos,
Río en cuya orilla he jugado de pequeño,
Salones de mi castillo, adustas torres,
Llorados bosques, cañadas entrañables;

Sueños de la tierra en que confluyen mis anhelos,
Tus paisajes, que nunca más veré,
Llenarán a menudo mi memoria, atormentadora de mi alma,
Y volverán en dolor presente toda dicha pasada.

¡Pero mira! El sol bajo las aguas se retira,
La noche se apresura a imponer su dominio,
La nube oscurece el campanario de los pueblos, Lo veo débilmente, y ya desaparece.

¡Oh, no sopléis, vientos!
¡Aquietad el movimiento de las aguas!
¡Duerme, duerme, barca mía, en el océano!
Y así, cuando mañana el sol dore las aguas,
Mis ojos verán una vez más tierra de España.

¡Vano deseo! Despreciando mi última plegaria,
De nuevo sopla el viento, hincha las olas.
Lejos estaremos antes que rompa el día.
¡Hasta nunca, pues, natal España, adiós!

Apenas había tenido tiempo Lorenzo de leer estas líneas, cuando regresó Elvira. El haber dado libre curso a sus lágrimas la había aliviado, y su ánimo había recobrado su serenidad habitual.

—No tengo nada más que decir, señor —dijo—. Habéis oído mis temores, y mis motivos para rogaros que no repitáis vuestras visitas. He depositado toda mi confianza en vuestro honor. Estoy segura de que no me haréis ver que mi opinión ha sido en exceso favorable.

—Una pregunta más, señora, y os dejaré. Si el duque de Medina aprueba mi amor, ¿seguirían siendo mis requerimientos inaceptables para vos y para Antonia?

—Quiero ser sincera con vos, don Lorenzo: a pesar de que hay muy pocas probabilidades de que esa unión tenga lugar, me temo que mi hija la desea demasiado ardientemente. Habéis causado tal impresión en su joven corazón, que me produce la más seria alarma. Para evitar que esta impresión se haga más fuerte, me veo obligada a declinar vuestro trato. En cuanto a mí, podéis estar

seguro de que me alegraría poder situar a mi hija tan ventajosamente. Consciente de que mi constitución, desgastada por las penas y las enfermedades, me impide abrigar la esperanza de vivir mucho tiempo, tiemblo ante la idea de dejarla bajo la protección de un extraño. El marqués de las Cisternas es un completo desconocido para mí. Se casará. Su esposa puede mirar a Antonia con desagrado, y privarla de su único amigo. Si el duque, vuestro tío, diese su consentimiento, no dudéis que obtendríais también el mío y el de mi hija; pero sin el suyo, no esperéis el nuestro. En todo caso, cualesquiera que sean los pasos que deis, cualquiera que sea la decisión del duque, hasta que no la sepáis, permitid que os ruegue que no fortalezcáis con vuestra presencia la predisposición de Antonia. Si la sangre de vuestros parientes autoriza que la pidáis por esposa, mis puertas se os abrirán de par en par. Si la sanción os es adversa, conformaos con poseer mi estima y mi gratitud, pero recordad que no debemos vernos más.

Lorenzo prometió de mala gana conformarse con esta decisión. Pero añadió que esperaba no tardar en obtener el consentimiento que le daría el derecho de renovar sus visitas. Luego le explicó por qué el marqués no había ido en persona, y no tuvo temor alguno en confiarle la historia de su hermana. Concluyó diciendo que esperaba poner en libertad a Inés al día siguiente; y que tan pronto como los temores de don Raimundo a este respecto se apaciguasen, no perdería tiempo en ir a darle a doña Elvira seguridades sobre su amistad y protección.

La dama negó con la cabeza.

—Tiemblo por vuestra hermana —dijo—. He oído contar muchos detalles del carácter de la superiora de Santa Clara a una amiga que fue educada en el mismo convento que ella. Según me dijo, es orgullosa, inflexible, supersticiosa y vengativa. Después he oído que está obcecada con la idea de convertir su convento en el más regular de Madrid y no perdonar jamás aquellas imprudencias que puedan significar la más ligera mancha para su prestigio. Aunque naturalmente violenta y severa, cuando sus intereses lo requieren, sabe muy bien adoptar un aire bondadoso. No deja de probar todos los medios de persuadir a las jóvenes de alcurnia para que se hagan miembros de su comunidad. Es implacable cuando se irrita, y tiene demasiada osadía para retroceder ante las medidas más rigurosas para castigar a quien la ofende. Indudablemente, el hecho de que vuestra hermana abandone el convento lo considerará una deshonra para él. Echará mano de todos los recursos, con tal de evitar obedecer el mandato de Su Santidad, y me estremezco al pensar que doña Inés está en manos de una mujer tan peligrosa.

Lorenzo se levantó ahora para marcharse. Elvira le dio la mano al despedirse, y él se la besó respetuosamente; y diciéndole que esperaba obtener pronto el permiso para besar la de Antonia, regresó a su palacio. La dama quedó perfectamente satisfecha con la conversación sostenida. Veía con alegría la perspectiva de que Lorenzo se convirtiese en su yerno. Pero la prudencia le

aconsejaba ocultarle a su hija las halagüeñas esperanzas que ella se atrevía ahora a albergar.

Apenas se hizo de día, se encaminó Lorenzo al convento de Santa Clara provisto del requerido mandato. Las monjas estaban en maitines. Aguardó impaciente la conclusión del oficio, y al final la priora apareció en la reja del locutorio. Pidió a Inés. La anciana dama replicó con aire triste que el estado de la pobre criatura se hacía más grave de hora en hora; que los médicos la habían desahuciado. Pero que habían declarado que la única posibilidad de recobrarse estaba en guardar reposo y no permitir la proximidad de aquellos cuya presencia pudiera inquietarla. Lorenzo no creyó una sola palabra de todo esto, como tampoco las expresiones de pesar y afecto por Inés con que empedró su discurso. Al final, puso la bula del Papa en manos de la superiora e insistió en que, sana o enferma, había que dejarla libre sin demora.

La priora acogió el documento con aire de humildad. Pero no bien hubo echado una ojeada a su contenido, su resentimiento barrió todos los esfuerzos de la hipocresía. Una roja coloración se extendió por su rostro, al tiempo que lanzaba a Lorenzo una mirada de rabia y de amenaza.

—Esta orden es categórica —dijo con una voz enojada que se esforzaba en vano por disfrazar—. Bien quisiera obedecerla; pero, por desgracia, está fuera de mi alcance.

Lorenzo la interrumpió con una exclamación de sorpresa.

—Os lo repito, señor; está totalmente fuera de mis posibilidades obedecer esta orden. Por respeto a los tiernos sentimientos de un hermano, os habría comunicado la triste noticia poco a poco, y os habría preparado para oírla con entereza. Pero mi proyecto se ha venido abajo. Esta orden me manda entregaros a la hermana Inés sin demora; por tanto, me veo obligada a informaros sin rodeos que expiró el viernes pasado.

Lorenzo retrocedió con horror y palideció. Un instante de reflexión le convenció de que esta afirmación debía de ser falsa, y se serenó.

—¡Me estáis engañando! —dijo impetuosamente—; hace cinco minutos, me asegurabais que, aunque enferma, aún vivía. ¡Mostrádmela al instante! Debo y quiero verla, y de nada valdrá que intentéis ocultármela.

—Os propasáis, señor; debéis un respeto tanto a mi edad como a mi profesión. Vuestra hermana ha fallecido. Si os oculté su muerte al principio, fue por temor a que un suceso tan inesperado produjese en vos un efecto demasiado violento. En verdad que se me agradece muy mal mi atención. ¿Qué interés podría tener yo en retenerla? El saber que ella desea abandonar nuestra comunidad es motivo suficiente para desear que se marche y considerarla una deshonra para las hermanas de Santa Clara. Pero ella ha perdido mi afecto de una manera aún más culpable. Sus crímenes fueron grandes, y cuando conozcáis la causa de su muerte, sin duda os alegraréis, don Lorenzo, de que haya expirado

la desdichada. Cayó enferma el jueves pasado al regreso de nuestra confesión en la capilla de los capuchinos. Su dolencia estuvo acompañada de extrañas circunstancias. Pero insistió en ocultar su causa. ¡Gracias a la Virgen, nosotras estuvimos muy lejos de sospechar qué era! Juzgad, pues, cuál no fue nuestra consternación, nuestro horror, cuando al día siguiente dio a luz un niño muerto, al que siguió inmediatamente a la tumba. ¡Cómo, señor! ¿Es posible que vuestro semblante no exprese sorpresa ni indignación? En ese caso, no necesitáis de mi compasión. No puedo deciros nada más, salvo repetir mi imposibilidad de obedecer las órdenes de Su Santidad. Inés ha fallecido, y para convenceros de que es cierto lo que digo, os juro por nuestro Salvador que hace tres días fue enterrada.

Aquí besó un pequeño crucifijo que colgaba de su cíngulo. Luego se levantó de la silla y abandonó el locutorio. Al retirarse, le dirigió a Lorenzo una sonrisa de desprecio.

—Adiós, señor —dijo—. No encuentro remedio a este accidente. Me temo que ni siquiera una segunda bula del Papa lograría la resurrección de vuestra hermana.

Lorenzo se retiró también, traspasado de dolor. Pero don Raimundo, al tener noticia de este suceso, pareció volverse loco. No quiso convencerse de que Inés estaba realmente muerta, y siguió insistiendo en que la tenían encerrada entre los muros de Santa Clara. Ningún argumento le hacía abandonar sus esperanzas de recobrarla. Día tras día, inventaba un nuevo plan para conseguir noticias de ella, todos con el mismo resultado.

Por su parte, Medina abandonó toda idea de volver a ver a su hermana. Sin embargo, creía que había muerto de manera poco clara. Convencido de esto, alentaba las averiguaciones de don Raimundo, dispuesto, si descubría él la menor sombra de sospecha, a tomar severa venganza de la insensible priora. La pérdida de su hermana le afectó sinceramente. Y no fue pequeño motivo de dolor el que el decoro le obligase a aplazar durante un tiempo hablar al duque de Antonia. Entretanto, sus emisarios sitiaban constantemente la puerta de Elvira. Tenía información de los movimientos de su amada. Como no dejaba de acudir todos los jueves al sermón de la catedral capuchina, estaba seguro de verla una vez a la semana, aunque, en cumplimiento de su promesa, se ocultaba para que ella no le viese. Así transcurrieron dos meses. Aún no habían logrado noticias de Inés. Todos menos el marqués creían que había muerto. Y fue entonces cuando decidió Lorenzo revelar sus sentimientos a su tío. Ya había hecho algunas alusiones a que quería casarse, las cuales habían tenido la favorable acogida que él podía esperar, y no abrigaba duda alguna sobre el éxito de su petición.

Capítulo III

While in each other's arms entranced They lay,
They blessed the night, and crust the coming day.

LEE

Había pasado el momento de transporte: la concupiscencia de Ambrosio estaba satisfecha. Huyó el placer, y la vergüenza ocupó su puesto en su pecho. Confundido y aterrado por su debilidad, se apartó de los brazos de Matilde. Ante sí veía su propio perjurio. Pensó en la escena que acababa de desarrollarse, y tembló al imaginar las consecuencias si se descubriese. Miró el futuro con horror. Su corazón, colmado de saciedad y de hastío, se sentía desalentado. Evitó los ojos de su compañera de fragilidad. Reinó un melancólico silencio durante el cual los dos parecieron sumirse en desagradables sentimientos.

Matilde fue la primera en romperlo. Le cogió la mano dulcemente, y se la llevó a sus labios ardientes.

—¡Ambrosio! —murmuró con voz suave y temblorosa.

El abad se sobresaltó al oírla. Volvió los ojos hacia Matilde: los tenía llenos de lágrimas. Sus mejillas estaban cubiertas de rubor, y su mirada suplicante parecía solicitar su compasión.

—¡Mujer peligrosa! —dijo—. ¡En qué abismo de miseria me habéis hundido! ¡Si se llegase a descubrir vuestro sexo, mi honor, incluso mi vida, pagarían el placer de unos momentos! ¡Qué loco he sido al fiarme de vuestras seducciones! ¿Qué puede hacerse ahora? ¿Cómo podré expiar mi culpa? ¿Qué reparación puede obtener el perdón de mi crimen? ¡Desdichada Matilde, habéis destruido mi paz para siempre!

—¿A mí me hacéis esos reproches, Ambrosio? ¿A mí, que he sacrificado por vos los placeres del mundo, el lujo de la riqueza, la delicadeza del sexo, a mis amigos, mi fortuna y mi fama? ¿Qué habéis perdido vos, que yo haya conservado? ¿No he compartido *yo vuestra* culpa? ¿No habéis participado *vos* de *mi* placer? ¿Y digo culpa? ¿En qué consiste, si no es en la opinión de un mundo malintencionado? ¡Dejad que el mundo lo ignore, y nuestro goce se volverá divino e intachable! Lo antinatural son vuestros votos de celibato. El Hombre no ha sido creado para un estado así. ¡Si fuese el amor un crimen, Dios no lo habría hecho tan dulce, tan irresistible! ¡Así que disipad esas nubes de vuestra frente,

Ambrosio mío! Gozad de estos placeres libremente, sin los cuales la vida es un don sin valor. ¡Dejad de reprocharme haberos enseñado lo que es la dicha, y sentid los mismos transportes que la mujer que os adora!

Mientras hablaba, los ojos de ella se llenaron de una deliciosa languidez. Su pecho se agitaba. Enlazó los brazos voluptuosamente alrededor de él, lo atrajo hacia sí y pegó sus labios a los de Ambrosio. Este sintió otra vez el ardor del deseo. La suerte estaba echada. Ya había quebrantado sus votos; ya había cometido el crimen; ¿qué podía impedirle gozar de su recompensa? La apretó contra su pecho con redoblado ardor. Libre ya de la sensación de vergüenza, se entregó de lleno a la satisfacción de sus apetitos desenfrenados, mientras la hermosa cortesana ponía en práctica todas las invenciones de la lascivia, todos los refinamientos del arte del placer que podían elevar el goce de su posesión y hacer aún más exquisitos los transportes de su amante. Ambrosio paladeó delicias hasta entonces desconocidas para él. La noche huyó veloz, y la madrugada se ruborizó al sorprenderle aún en brazos de Matilde.

Embriagado de placer, el monje se levantó del lujurioso lecho de la sirena. Ya no sintió vergüenza de su incontinencia, ni temió la venganza de los cielos ofendidos. Su único temor fue que la muerte le robase los goces cuya apetencia no había hecho sino acrecentar su largo ayuno. Matilde estaba aún bajo la influencia del veneno, y el voluptuoso monje temió menos por la vida de su salvadora que por la de su concubina. Sin ella, no sería fácil encontrar otra amante con la que poder entregarse tan plenamente y sin peligro a sus pasiones. Así que la instó seriamente a que utilizase los medios de salvarse que ella había declarado poseer.

—¡Sí! —dijo Matilde—. Puesto que me habéis hecho sentir que la vida es valiosa, rescataré la mía a toda costa. Ningún peligro me arredrará. Quiero considerar las consecuencias de mi acción fríamente, y no me estremeceré ante los horrores que puedan presentar. Quiero pensar que mi sacrificio es un precio escaso para comprar vuestra posesión, y recordar que un momento pasado en vuestros brazos en *este* mundo compensa un siglo de castigos en el otro. Pero antes de dar este paso, Ambrosio, juradme solemnemente que jamás indagaréis por qué medios voy a salvar mi vida.

Ambrosio lo hizo de la manera más solemne.

—Gracias, mi bienamado. Esta precaución es necesaria, pues aunque no lo sabéis, estáis bajo el influjo de vulgares prejuicios. Los asuntos de los que me debo ocupar esta noche podrían asustaros por su singularidad y rebajarme ante vuestra opinión. Decidme: ¿tenéis la llave de la puerta de poniente del jardín?

—¿La puerta que da acceso al cementerio que tenemos en común con las hermanas de Santa Clara? No tengo la llave, pero puedo conseguirla fácilmente.

—No tenéis que hacer más que eso: dejarme pasar al cementerio a media noche. Vigilad mientras yo desciendo a la cripta de Santa Clara, no sea que

alguien observe mis actos. Dejadme allí sola durante una hora, y salvaré mi vida para dedicarla a vuestros placeres. Para evitar toda sospecha, no me visitéis durante el día. Recordad la llave, y que os espero antes de las doce. ¡Chist! ¡Oigo pasos que se acercan! Marchaos; fingiré dormir.

Obedeció el fraile, y abandonó la celda. Al abrir la puerta, el padre Pablos hizo su aparición.

—Vengo —dijo este— a preguntar por la salud del joven paciente.

—¡Chist! —replicó Ambrosio, llevándose un dedo a los labios—, hablad bajo. Acabo de verle. Ha caído en un profundo sueño, que sin duda le vendrá muy bien. No le molestéis ahora, pues desea descansar.

Obedeció el padre Pablos, y al oír la campana, acompañó al abad a maitines. Ambrosio se sintió confundido al entrar en la capilla. La culpa era nueva en él, e imaginaba que todos los ojos podían leer las acciones de esa noche en su semblante. Se esforzó en rezar. Su pecho ya no resplandecía de devoción. Sus pensamientos volaban insensiblemente hacia los encantos de Matilde. Pero lo que le faltaba en pureza de corazón lo suplió en santidad externa. Para cubrir mejor su trasgresión, redobló su afectación de aparente virtud, y nunca pareció más devoto al cielo que después de haber infringido sus votos. De este modo, añadió inconscientemente la hipocresía al perjurio y la incontinencia. Había caído en este último error al sucumbir a una seducción casi irresistible. Pero ahora fue culpable de un pecado voluntario al ocultar aquellos en los que otro le había hecho caer.

Concluidos los maitines, Ambrosio se retiró a su celda. Su mente aún estaba impresionada por los placeres que acababa de saborear por vez primera. Su cerebro ofuscado era un caos de remordimientos, voluptuosidad, inquietud y temor. Recordó con pesar aquella paz del alma, aquella seguridad de la virtud, de las que hasta entonces había gozado. Se había permitido excesos ante cuyo solo pensamiento habría retrocedido con horror tan sólo veinticuatro horas antes. Le estremecía pensar que la más trivial indiscreción por parte suya o de Matilde derrumbaría ese edificio de reputación que le había costado treinta años erigir, y le granjearía la repulsa de personas para quienes ahora era un ídolo. La conciencia le pintó con vivos colores su perjurio y su flaqueza. El temor le hizo ver aumentados los horrores del castigo, y se imaginó ya en las prisiones de la Inquisición. A estas ideas atormentadoras les sucedió la belleza de Matilde, y aquellas deliciosas lecciones que una vez aprendidas no pueden olvidarse jamás. Esta simple consideración le reconcilió consigo mismo. Consideró que había comprado los placeres de la noche anterior al bajo precio del sacrificio de la inocencia y el honor. Su mismo recuerdo le llenó el alma de éxtasis. Maldijo su estúpida vanidad, que le había inducido a malgastar en la oscuridad la flor de su vida, ignorante de los encantos del amor y de la mujer. Decidió seguir a toda costa su comercio con Matilde, y apeló a todos los argumentos para afianzarse en

su resolución. Se preguntaba, si su falta permanecía ignorada, en qué podía consistir, y qué consecuencias podía acarrearle. Observando estrictamente todas las reglas de la orden salvo la castidad, no dudaba en conservar la estima de los hombres, e incluso la protección del cielo. Confiaba en que se le perdonase fácilmente una trasgresión tan ligera y natural de sus votos. Pero olvidaba que al haber pronunciado esos votos, la incontinencia, en los seglares el más venial de todos los pecados, se convertía en su persona en el más horrible de los crímenes.

Una vez decidida su conducta futura, su espíritu se sintió más apaciguado. Se echó en la cama y trató de dormir para recobrar las fuerzas gastadas en sus excesos nocturnos. Despertó recobrado y ansioso de repetir sus placeres. Obediente a las órdenes de Matilde, no visitó su celda durante el día. El padre Pablos mencionó en el refectorio que Rosario había consentido al fin en seguir su prescripción; pero que la medicina no había producido el más ligero efecto, y que creía que ninguna habilidad mortal podría salvarle de la tumba. El abad convino en esta opinión, y fingió lamentar el prematuro destino de un joven cuyo talento había parecido tan prometedor.

Llegó la noche. Ambrosio había tenido la precaución de obtener del portero la llave de la puerta baja que daba acceso al cementerio; abandonó su celda y corrió a la de Matilde. Esta se había levantado y estaba ya vestida.

—Os esperaba con impaciencia —dijo—. Mi vida depende de estos momentos. ¿Tenéis la llave?

—La tengo.

—Vamos, pues, al jardín. No hay tiempo que perder. ¡Seguidme!

Cogió una cestita tapada de encima de la mesa. Con ella en la mano, y la lámpara que ardía sobre la chimenea en la otra, salió apresuradamente de la celda. Ambrosio la siguió. Los dos guardaron un profundo silencio. Ella avanzaba con paso rápido, pero cauteloso; cruzaron el claustro y llegaron al lado oeste del jardín. Sus ojos refulgían con tal fuego y salvajismo que el monje se sintió invadido por el miedo y el horror. Un valor decidido y desesperado imperaba en su frente. Pasó la lámpara a Ambrosio; luego, tomando la llave, abrió la puerta y entró en el cementerio. Era un rectángulo espacioso, plantado de tejos. La mitad pertenecía a las hermanas de Santa Clara, y estaba protegido por un tejado de piedra. La división estaba marcada por una verja de hierro, cuyo portillo permanecía habitualmente sin tener echada la llave.

Matilde se dirigió hacia allí. Abrió el portillo y buscó la puerta que conducía a la cripta subterránea donde descansaban los restos polvorientos de las monjas consagradas a Santa Clara. La noche era completamente oscura. No se veía la luna ni las estrellas. Afortunadamente, no soplaba la más leve brisa, y el fraile sostenía la lámpara sin un solo temblor. Con la ayuda de su luz, descubrieron en seguida la puerta del sepulcro. Estaba metida en un hueco del muro, y casi oculta por festones de hiedra que colgaban sobre ella. Tres peldaños de piedra

toscamente tallada conducían a ella. Matilde estaba a punto de bajarlos, cuando retrocedió súbitamente.

—¡Hay alguien en la cripta! —susurró al monje—. Ocultaos hasta que se hayan marchado.

Ella se refugió detrás de un sepulcro alto y magnífico, erigido en honor de la fundadora del convento. Ambrosio siguió su ejemplo, tapando cuidadosamente la lámpara para que su luz no les delatase. Pero habían transcurrido sólo unos segundos, cuando se abrió la puerta que conducía a las cavernas subterráneas. De la escalera brotaron rayos de luz que permitieron a los ocultos espectadores descubrir a dos mujeres vestidas con hábitos religiosos, enfrascadas al parecer en grave conversación. El abad no tuvo dificultad en reconocer a la priora de Santa Clara, acompañada por una de las monjas más viejas.

—Todo está preparado —dijo la priora—. Mañana se decidirá su destino. Serán inútiles todas sus lágrimas y suspiros. ¡No! ¡En los veinticinco años que hace que soy superiora de este convento, jamás he presenciado comercio más infame!

—Debéis esperar mucha oposición a vuestros deseos —replicó la otra con voz suave—. Inés tiene muchas amigas en el convento, y particularmente la madre Santa Úrsula defenderá su causa con todas sus fuerzas. A decir verdad, Inés merece tener amigas; y yo desearía poder convenceros para que consideraseis su juventud y su peculiar situación. Ella parece consciente de su culpa. El exceso de su sufrimiento demuestra su penitencia, y estoy convencida de que sus lágrimas brotan más por contrición que por miedo al castigo. Reverenda madre, si quisierais mitigar la severidad de vuestra sentencia, si os dignarais pasar por alto esta primera transgresión, me ofrecería como garantía de su futura conducta.

—¿Pasársela por alto, decís? ¡Madre Camila, me asombráis! ¿Después de haberme deshonrado en presencia del ídolo de Madrid, del mismísimo hombre a quien más he deseado dar idea de la puntualidad de mi disciplina? ¡Qué despreciable debo de haber parecido a los ojos del reverendo abad! ¡No, madre, no! Jamás podré olvidar este insulto. No podría convencer a Ambrosio de lo que detesto tales crímenes más que castigando el de Inés con todo el rigor que permiten nuestras severas leyes. Dejad, pues, vuestras súplicas. No servirán de nada. Mi decisión está tomada. Mañana, Inés será un ejemplo terrible de mi justicia y enojo.

La madre Camila no pareció abandonar su porfía, pero esta vez las monjas estaban muy lejos. La priora abrió la puerta que daba acceso a la capilla de Santa Clara, entró con su compañera, y cerró después.

Matilde preguntó entonces quién era esta Inés con la que la priora estaba tan irritada, y qué relación podía tener con Ambrosio. Este le contó su aventura; y añadió que desde entonces sus ideas habían sufrido una completa revolución, y

sentía mucha compasión por la infortunada monja.

—Tengo intención —dijo— de pedir audiencia a la superiora mañana, y utilizar todos los medios para conseguir una mitigación de su sentencia.

—¡Tened cuidado con lo que hacéis! —le interrumpió Matilde—. Vuestro repentino cambio de sentimientos puede causar sorpresa naturalmente, y despertar sospechas, cosa que nos interesa muchísimo evitar. Cuanto más redobléis vuestra austeridad exterior y descarguéis amenazas contra los errores de los demás, mejor ocultaréis los vuestros. Abandonad a la monja a su destino. Vuestra intercesión podría ser peligrosa, y su imprudencia merece ser castigada: No merece gozar de los placeres del amor quien no tiene la suficiente habilidad para ocultarlos. Pero al discutir esta cuestión sin importancia estoy perdiendo un tiempo que puede ser precioso. La noche huye de prisa y hay mucho que hacer antes de que amanezca. Las monjas se han retirado. No hay peligro. Dadme la lámpara, Ambrosio. Debo bajar sola a estas cavernas. Aguardad aquí, y si se aproxima alguien, dadme una voz. Pero si os estimáis en algo, no se os ocurra seguirme. Vuestra vida puede caer víctima de vuestra imprudente curiosidad.

Dicho esto, se dirigió al sepulcro con la lámpara en una mano y la pequeña cesta en la otra. Empujó la puerta, que giró lentamente sobre sus goznes chirriantes y vio ante sí una estrecha escalera de mármol negro. Bajó por allí. Ambrosio se quedó arriba, viendo cómo la débil luz de la lámpara descendía por la escalera. Desapareció, y se sumió en total oscuridad.

Una vez a solas, no pudo pensar sin sorpresa en el súbito cambio del carácter y sentimientos de Matilde. Hacía pocos días parecía ser la más dócil y amable de su sexo, sumisa a su voluntad, y mirarle como un ser superior. Ahora había adoptado una especie de valentía y decisión en su actitud y discurso que no le acababa de complacer. Al hablar, ya no insinuaba, sino que mandaba. En cuanto a él, se sentía incapaz de discutir sus argumentos, y se veía obligado a confesar de mala gana la superioridad de su criterio. A cada momento se convencía más de los asombrosos poderes de su mente. Pero lo que ella ganaba en la opinión del hombre, lo perdía en el afecto del amante. Echaba de menos al afectuoso, afable y obediente Rosario. Le apenaba que Matilde prefiriese las virtudes del sexo masculino a las del suyo propio; y al pensar en sus opiniones sobre la monja castigada, no pudo por menos de considerarlas crueles y poco femeninas. La compasión es un sentimiento tan natural, tan propio del carácter femenino que no es un mérito que la mujer la posea, aunque sí un crimen que carezca de ella. Pero Ambrosio no podía olvidar fácilmente a su amante por el hecho de ser deficiente en esta amable cualidad. Y aunque censuraba su insensibilidad, comprendía la verdad de sus observaciones; de modo que, a pesar de compadecer sinceramente a la desventurada Inés, decidió renunciar a la idea de intervenir en su favor.

Había transcurrido casi una hora desde que Matilde había bajado a la cripta,

y aún no había regresado. Ambrosio sentía curiosidad. Se acercó a la escalera. Escuchó. Todo permanecía en silencio, aunque a intervalos captaba el sonido de la voz de Matilde a través de los pasadizos subterráneos, y el eco que devolvían los abovedados techos de los sepulcros. Estaba demasiado lejos para distinguir las palabras, y antes de que llegaran a sus oídos se apagaban en un murmullo confuso. Sintió deseos de penetrar en este misterio. Decidió desobedecer sus advertencias, y la siguió a la cripta. Se acercó a la escalera; cuando ya había descendido algunos escalones le flaqueó el valor. Recordó las amenazas de Matilde si infringía sus órdenes, y sintió que un inexplicable y secreto temor invadía su pecho. Volvió a subir, se apostó en el lugar de antes, y esperó impaciente la conclusión de esta aventura.

De súbito, sintió una violenta sacudida: un terremoto estremeció el suelo. Las columnas que sostenían la techumbre bajo la que se encontraba oscilaron de manera tan alarmante que amenazaron derrumbarse; y en el mismo instante, oyó un trueno tremendo y espantoso. Cesó, y sus ojos, clavados en la escalera, vieron salir de la cripta un relámpago de cegadora luz. No duró más que un instante. No bien desapareció, quedó todo tan inmóvil y oscuro como antes. Una espesa negrura le envolvió de nuevo, y el silencio de la noche lo quebró tan sólo el aleteo de un murciélago que pasó cerca de él.

Cada instante que transcurría aumentaba el asombro de Ambrosio. Pasó otra hora, al cabo de la cual volvió a brotar la luz y a disiparse súbitamente. La acompañó una melodía dulce y solemne, que tras recorrer la bóveda de abajo, inspiró en el monje una mezcla de placer y terror. No hacía mucho que se había apagado, cuando oyó los pasos de Matilde en la escalera. Subió de la caverna. La más viva alegría animaba su hermoso semblante.

—¿Habéis visto algo? —preguntó.

—He visto dos veces salir una intensa luz de la escalera.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Está a punto de amanecer. Regresemos a la abadía, no nos delate la claridad del alba.

Salió con paso presuroso del cementerio. Llegó a su celda, acompañada aún por el curioso abad. Cerró la puerta, y dejó la lámpara y la cesta.

—¡Lo he conseguido! —exclamó, arrojándose en brazos de él—. ¡Lo he conseguido más allá de mis más remotas esperanzas! ¡Viviré, Ambrosio, viviré para vos! El paso, cuyo solo pensamiento me hacía temblar, va a ser para mí una fuente de gozo indecible. ¡Oh! ¡Ojalá se me permitiera compartir con vos mi poder, y elevaros por encima del nivel de vuestro sexo, tal como mi intrépida acción me ha exaltado a mí por encima del mío!

—¿Y qué os lo impide, Matilde? —interrumpió el fraile—. ¿Por qué es tan secreto lo que habéis hecho en la cripta? ¿No me creéis merecedor de vuestra

confianza? Matilde, dudaré de vuestro afecto en tanto tengáis goces que me estén prohibido compartir.

—Sois injusto en vuestros reproches. Me aflige sinceramente verme obligada a ocultaros mi dicha. Pero no se me puede culpar. ¡La culpa no está en mí, sino en vos, Ambrosio mío! Todavía sois demasiado *el monje*. Vuestra mente está esclavizada por los prejuicios de la educación; y la superstición podría haceros estremecer ante la idea de lo que la experiencia me ha enseñado a apreciar y valorar. Por ahora no estáis preparado para que os confíe un secreto de tal envergadura. Pero la fuerza de vuestro juicio, y la curiosidad que me complace ver en vuestros ojos brillantes, me hacen concebir la esperanza de que llegará el día en que pueda confiar en vos. Hasta ese momento, contened vuestra impaciencia. Recordad que me habéis hecho solemne juramento de no hacer preguntas sobre esta nocturna aventura. Insisto en que lo mantengáis. Pues —añadió sonriendo, mientras sellaba los labios de Ambrosio con un beso lascivo—, aunque os perdono el haber quebrantado vuestros votos para con el cielo, espero que guardéis los que me debéis a mí.

El fraile le devolvió la caricia, que le había enardecido la sangre. Renovaron los excesos lujuriosos y desenfrenados de la primera noche, y no se separaron hasta que la campana llamó a maitines.

Repitieron estos mismos placeres con frecuencia. Los monjes se alegraron al observar en el fingido Rosario una inesperada recuperación, y nadie sospechó cuál era su verdadero sexo. El abad poseyó a su amante con tranquilidad, y viendo que nadie recelaba de su flaqueza, se abandonó con entera impunidad a sus pasiones. Ya no le atormentaron la vergüenza y el arrepentimiento. Las frecuentes repeticiones le familiarizaron con el pecado, y su pecho se hizo resistente a los alfileres de la conciencia. Matilde le alentaba en estos sentimientos; pero pronto se dio cuenta de que había saciado a su amante con la ilimitada libertad de sus caricias. Habiéndose acostumbrado a sus encantos, dejó de excitarle los mismos deseos que al principio le inspirara. Pasado el delirio de la pasión, tuvo tiempo de observar los más pequeños defectos. Donde no debía haber encontrado ninguno, la saciedad los hacía aparecer. El monje estaba harto con la abundancia del placer. Y apenas había transcurrido una semana, cuando ya se sintió cansado de su amante. Su naturaleza ardiente aún le hacía buscar en sus brazos la satisfacción de su lujuria. Pero cuando pasaba el momento de la pasión, la dejaba con disgusto; y su humor, naturalmente inconstante, le hacía anhelar impaciente alguna variedad.

La posesión, que produce hartazgo en el hombre, en la mujer no hace más que aumentar su afecto. Matilde, cada día que pasaba, se sentía más unida al fraile. Desde que él gozaba de sus favores, se había vuelto más caro que nunca para ella, y se sentía agradecida por los placeres que compartía igualmente. Desafortunadamente, a medida que aumentaba la pasión de ella, la de Ambrosio

se enfriaba. Sus mismas muestras de afecto provocaban disgusto en él, y su exceso no hacía sino matar la llama que ya languidecía en su pecho. Matilde no pudo por menos de observar que su presencia resultaba cada día menos agradable a Ambrosio. No la atendía cuando hablaba; su talento musical, que ella poseía a la perfección, había perdido el poder de distraerle. Y si él se dignaba alabarlo, sus cumplidos eran evidentemente forzados y distantes. Ya no la miraba con afecto, ni aplaudía los sentimientos con parcialidad de amante. Matilde se dio cuenta de esto muy bien, y redobló sus esfuerzos por reavivar los sentimientos que en otro tiempo había sentido. Pero estaban condenados al fracaso, puesto que él consideraba como impertinencias los trabajos que ella se tomaba por agradarle, y le contrariaban los mismos medios que la mujer utilizaba para atraer al errabundo. No obstante, aún continuaba con su comercio ilícito. Pero era evidente que lo que le llevaba a los brazos de Matilde no era el amor sino la sed del apetito brutal. Su temperamento le hacía necesitar a una mujer, y Matilde era la única con quien podía entregarse a sus pasiones sin peligro. A pesar de su belleza, miraba a todas las demás mujeres con más deseo; pero temiendo que acabase divulgándose su hipocresía, no permitía que sus inclinaciones salieran de su pecho.

No era tímido, ni mucho menos, por naturaleza. Pero su educación le había infundido de tal manera el temor en el espíritu que la aprensión pasó ahora a formar parte de su carácter. De haber pasado su juventud en el mundo, habría mostrado muchas y muy espléndidas cualidades varoniles. Era naturalmente emprendedor, firme y atrevido. Tenía un corazón de guerrero, y podía haber brillado espléndidamente a la cabeza de un ejército. No le faltaba generosidad a su naturaleza: los desdichados jamás habían dejado de encontrar en él un alma compasiva. Su talento era despierto y brillante, y su juicio inmenso, sólido y decidido. Con tales cualidades, podía haber sido un orgullo para su país. Desde su más tierna infancia había dado pruebas de poseerlas, y sus padres habían visto apuntar estas virtudes con la más afectuosa complacencia y admiración. Desventuradamente, se vio privado de su familia siendo muy niño aún. Cayó en manos de un pariente cuyo único deseo fue no volver a saber más de él. Para cuyo fin, lo puso en manos de un amigo, el anterior superior de los capuchinos. El abad, auténtico monje, recurrió a todos los medios para persuadir al muchacho de que no existía la felicidad fuera de los muros de un convento. Lo consiguió plenamente. La mayor ambición de Ambrosio fue entonces ingresar en la orden de San Francisco. Sus instructores sofocaron cuidadosamente aquellas virtudes cuya grandeza y desinterés se acomodaban mal a la vida del claustro. En lugar de la benevolencia universal, adoptó una parcialidad egoísta por su propia condición particular. Se le enseñó a considerar la compasión por los errores de los demás como un crimen de la peor índole. La noble franqueza de su genio se transformó en servil humildad; y a fin de romper su ardor natural, los monjes

aterraron su joven mentalidad colocándole delante todos los horrores que la superstición pudo proporcionarles. Le pintaron los tormentos de los condenados con los colores más tenebrosos, terribles y fantásticos, y le amenazaron ante la más ligera falta con la condenación eterna. Evidentemente, su imaginación, constantemente obsesionada en estos temas tremendos, volvió tímido y aprensivo su carácter. Además de esto, su larga ausencia del gran mundo, y el total desconocimiento de los comunes peligros de la vida, le dieron una idea muchísimo más sombría de la realidad. Y así como los monjes se ocuparon de extirpar sus virtudes y reducir sus sentimientos, dejaron que sus vicios naturales alcanzasen la plena perfección. Se le consintió que fuese orgulloso, engreído, ambicioso y altanero. Tenía celos de sus iguales y despreciaba todo mérito que no fuera suyo. Era implacable cuando le ofendían, y cruel en su venganza. Sin embargo, a pesar de los trabajos que se tomaban para pervertirlas, sus cualidades naturalmente buenas traspasaban la negrura arrojada sobre ellas con tanto cuidado. En tales ocasiones, la pugna por la supremacía entre su carácter verdadero y el adquirido era sorprendente e inexplicable para quienes ignoraban su disposición natural. Lanzaba las más graves sentencias contra sus ofensores, que un momento después la compasión le impulsaba a mitigar; sometía las más atrevidas empresas que el temor a sus consecuencias le obligaba a abandonar en seguida. Su genio innato arrojaba una luz espléndida sobre los temas más oscuros, y casi instantáneamente, su superstición los volvía a sumergir en unas tinieblas aún más profundas que aquella de la cual habían sido rescatados. Sus monjes hermanos, que le tenían por un ser superior, no percibían contradicción alguna en la conducta de su ídolo. Estaban convencidos de que lo que él hacía debía ser lo correcto, y suponían que tenían sólidas razones para cambiar de decisión. El hecho era que en su pecho contendían los distintos sentimientos que la educación y la naturaleza le habían inspirado: y eran las pasiones que hasta entonces no habían tenido ocasión de entrar en juego las que decidían la victoria. Desgraciadamente, sus pasiones eran los peores jueces a los que podía haber acudido. Su reclusión monástica había obrado hasta ahora en su favor, ya que no le había dado ocasión de descubrir sus malas cualidades. La superioridad de su talento le elevó muy por encima de sus compañeros para sentir celos de ellos. Su piedad ejemplar, su persuasiva elocuencia y sus modales agradables le habían granjeado la estima universal, y consiguientemente no tenía ofensas que vengar. Su ambición se justificaba por el reconocimiento de su mérito, y consideraba su orgullo simplemente como confianza en sí mismo. Jamás había visto personas del otro sexo, y mucho menos había conversado con ellas. Ignoraba los placeres que una mujer puede conceder; y si en el curso de sus estudios leía que a los hombres les gustaba, sonreía, y se preguntaba cómo.

Merced a las flacas dietas, frecuentes vigilias y severas penitencias, enfrió y sofocó el ardor natural de su temperamento. Pero tan pronto como se presentó la

ocasión, tan pronto como vislumbró los goces a los que aún era extraño, las barreras de la religión se volvieron demasiado frágiles para resistir el torrente incontenible de sus deseos.

Todos los impedimentos cedieron ante la fuerza de su temperamento ardiente, sanguíneo y voluptuoso en exceso. Hasta ahora, sus pasiones habían permanecido dormidas. Pero sólo necesitaron despertar una vez para manifestarse violentamente grandes e irresistibles.

Siguió siendo la admiración de Madrid. El entusiasmo suscitado por su elocuencia parecía aumentar, en vez de disminuir. Cada jueves, único día en que aparecía en público, la catedral de los capuchinos se llenaba de oyentes, y su discurso era acogido siempre con la misma aprobación. Era el confesor favorito de todas las principales familias de Madrid, y nadie que se considerase en la vanguardia soportaba una penitencia impuesta por otro que no fuera Ambrosio.

Había perseverado siempre en su resolución de no salir jamás de su convento. Esta circunstancia le reportó una más elevada opinión de su santidad y abnegación. Las mujeres cantaban sus alabanzas por encima de todos, movidas menos por la devoción que por el noble semblante, el aire majestuoso y la donosa figura. La puerta de la abadía se veía abarrotada de carruajes desde la mañana a la noche, y las damas más nobles y hermosas de Madrid confesaban al abad sus menudos y secretos pecados. Y los ojos del lujurioso fraile devoraban sus encantos: de haber consultado sus penitentes a esos intérpretes, no habría necesitado él de otro medio para expresar sus deseos. Para su desgracia, estaban todas tan sólidamente convencidas de su continencia que la posibilidad de que abrigase pensamientos indecentes jamás se les pasó por la mente. El calor del clima, es bien sabido, actúa no poco sobre el temperamento de las damas españolas. Pero la más abandonada habría concebido más fácil inflamar las pasiones de la estatua de mármol de San Francisco que las del frío y rígido corazón del inmaculado Ambrosio.

Por su parte, el fraile estaba poco familiarizado con la depravación del mundo. No sospechaba que muy pocas de sus penitentes habrían rechazado sus galanteos. Aunque, de haber estado mejor instruido sobre este capítulo, el peligro de semejante intento habría sellado sus labios absolutamente. Sabía que a una mujer le era difícil guardar un secreto tan extraño y tan importante como era el de su fragilidad; y hasta temía que Matilde pudiese traicionarle. Deseoso de conservar una reputación que le era sumamente querida, comprendía el riesgo que suponía ponerla en manos de alguna mujer vanidosa y voluble; y como las bellezas de Madrid afectaban sólo sus sentimientos sin tocar su corazón, las olvidaba tan pronto como las perdía de vista. El peligro de ser descubierto, el temor de ser recusado, la pérdida de la reputación, todas estas consideraciones le aconsejaban sofocar sus deseos. Y aunque ahora sentía por Matilde la más completa indiferencia, se veía obligado a limitarse a su persona.

Una mañana, la afluencia de penitentes fue mayor de la habitual. Se vio retenido en el confesionario hasta hora tardía. Por último, despachó a toda la multitud; y se disponía a abandonar la capilla, cuando entraron dos mujeres y se acercaron con humildad. Se levantaron el velo, y la más joven le pidió que las escuchase unos momentos. La melodía de su voz, de una voz que jamás podía escuchar hombre alguno con indiferencia, atrajo inmediatamente la atención de Ambrosio. Se detuvo. La que se lo pedía pareció inclinarse con aflicción. Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos empañados de lágrimas, y su cabello caía en desorden sobre su rostro y su pecho. Sin embargo, su semblante era tan dulce, tan inocente, tan celestial, que podía haber fascinado a un corazón menos sensible que el que palpitaba en el pecho del abad. Con más suavidad de lo acostumbrado en él, le pidió que prosiguiese, y la oyó decir, con una emoción que aumentaba a cada instante:

—¡Reverendo padre, ante vos está una desventurada, amenazada con perder a su más querida y casi única amiga! Mi madre, mi excelente madre yace enferma en la cama. Un mal repentino y espantoso hizo presa en ella anoche, y tan rápido ha sido su progreso que los médicos desesperan de poder salvarla. Estoy sin ayuda humana; no me queda otro recurso que el de implorar la misericordia del Cielo. Padre, todo Madrid se hace eco de vuestra piedad y vuestra virtud. Dignaos recordar a mi madre en vuestras oraciones. Tal vez puedan lograr que el Todopoderoso la salve; y si así fuera, me comprometo a iluminar cada jueves, y durante tres meses, el altar de San Francisco en su honor.

«¡Vaya! —pensó el monje—; aquí tenemos a un segundo Vincentio della Ronda. La aventura de Rosario empezó igual», y deseó secretamente que tuviese la misma conclusión.

Accedió a la petición. La suplicante le dio las gracias con grandes muestras de gratitud, y luego prosiguió:

—Aún tengo otro favor que pediros. Somos forasteras en Madrid. Mi madre necesita un confesor, y no sabe a quién dirigirse. Nosotras sabemos que jamás salís de la abadía, y ¡ay, mi pobre madre es incapaz de venir aquí! Si tuvierais la bondad, reverendo padre, de designar a una persona apropiada, cuyos sabios y piadosos consejos pudiesen aliviar las agonías de mi madre moribunda, proporcionaríais un favor inolvidable a unos corazones que sabrán agradecerlo.

El monje accedió también a esta petición. En realidad, ¿a qué petición se habría negado, pidiéndoselo con tan encantadores acentos? ¡Qué interesante era la suplicante! ¡Qué voz tan dulce, tan armoniosa! Hasta las lágrimas y las aflicciones parecían añadir atractivo a sus encantos. Prometió enviarle un confesor esa misma tarde, y le rogó que dejase su dirección. La acompañante le tendió una tarjeta en la que iba escrita, y seguidamente se retiró con la suplicante, que derramó antes de marcharse mil bendiciones sobre la bondad del abad. Los ojos de este la siguieron hasta que salió de la capilla. Cuando hubo

desaparecido, examinó la tarjeta, en la que leyó las siguientes palabras:

Doña Elvira Dalfa, calle de Santiago, a cuatro portales del palacio de Albornoz.

La suplicante no era otra que Antonia, y su acompañante Leonela. Esta había accedido, no sin dificultad, a acompañar a su sobrina a la abadía: Ambrosio le había inspirado tal miedo que temblaba ante su sola presencia. Su temor se había impuesto sobre su natural locuacidad, y en su presencia no fue capaz de pronunciar una palabra.

El monje se retiró a su celda, adonde le persiguió la imagen de Antonia. Sentía nacer en su pecho mil nuevas emociones, y tembló al examinar la causa de su origen. Eran totalmente distintas de las que le había inspirado Matilde, cuando le confesó por primera vez su sexo y su afecto. No sentía la provocación de la lujuria. Ningún voluptuoso deseo se soliviantaba en su pecho, ni le pintaba la imaginación ardiente los encantos que el recato había ocultado a sus ojos. Al contrario, lo que ahora sentía era una mezcla de sentimientos de ternura, admiración y respeto. Inundaba su alma una suave y deliciosa melancolía que no habría cambiado por los más vivos transportes del placer. Ahora le desagradaba la compañía. Le atraía la soledad que le permitía entregarse a las visiones de la fantasía. Sus pensamientos eran todos amables, tristes y sosegados, y todo el ancho mundo no le presentaba otro objeto que Antonia.

—¡Feliz el hombre —exclamó, en su romántico entusiasmo— que esté destinado a poseer el corazón de esa joven adorable! ¡Qué delicadeza de facciones! ¡Qué elegancia de cuerpo! ¡Qué encantadora la tímida inocencia de sus ojos, y qué distinta de la expresión lasciva, del fuego salvaje y lujurioso que centellea en los de Matilde! ¡Oh! ¡Cuánto más dulce debe de ser un beso robado a los rosados labios de la primera que todos los lujuriosos favores que prodiga la segunda! Matilde me sacia de goces hasta el hastío, me fuerza a estar en sus brazos, imita a la ramera, y disfruta en su prostitución. ¡Repugnante! ¡Si supiese ella cuán irresistiblemente cautiva el encanto del pudor al corazón de un hombre, y lo firmemente que lo encadena al trono de la belleza, jamás habría renunciado a él! ¿Cuál sería el inmenso precio de los afectos de esta joven adorable? ¿Qué me negaría yo a sacrificar, si pudiese librarme de mis votos y se me permitiese declararle mi amor ante los cielos y la tierra? Y mientras me esforzara en inspirarle ternura, amistad y estima, ¡qué tranquilas y serenas transcurrirían las horas! ¡Dios mío! ¡Ver sus ojos recatados y azules mirando los míos con tímida ternura! ¡Sentarme a escuchar durante días y años su dulce voz! ¡Conseguir el derecho a servirla, y oír sus ingenuas expresiones de gratitud! ¡Contemplar las emociones de su corazón inmaculado! ¡Alentar cada virtud incipiente! ¡Compartir su gozo cuando es feliz, besar sus lágrimas de desventura, y verla correr a mis brazos en busca de consuelo y de sostén! Sí; si existe una perfecta dicha en la tierra, es sólo la del que se convierta en esposo de ese ángel.

Mientras su fantasía forjaba estas ideas, paseaba por su celda con aire trastornado. Sus ojos se quedaron fijos en el vacío; reclinó la cabeza sobre el hombro, y una lágrima le recorrió la mejilla al comprender que esa visión de felicidad jamás podría realizarse.

—¡Es inalcanzable para mí! —continuó—; no puede ser mía por el matrimonio; y seducir semejante inocencia, utilizar la confianza puesta en mí para labrar su ruina… ¡Oh, sería el crimen más negro que haya podido presenciar el mundo hasta ahora! ¡No temáis, adorable muchacha! ¡Vuestra virtud no corre ningún peligro por mi parte! ¡Ni por las Indias dejaría que ese pecho amable conociese las torturas del remordimiento!

Nuevamente se puso a pasear nervioso por su aposento. Luego, deteniéndose, sus ojos se fijaron en el cuadro de su en otro tiempo admirada Virgen. Lo arrancó con indignación de la pared. Lo arrojó al suelo y le dio un puntapié.

—¡Prostituta!

¡Desventurada Matilde! Su amante olvidaba que por él únicamente había perdido toda pretensión de virtud, y su única razón para despreciarla era que le había amado demasiado.

Se dejó caer en su silla, que estaba cerca de la mesa. Vio la tarjeta con la dirección de Elvira. La cogió y recordó su promesa con respecto al confesor. Pasó unos minutos dudando. Pero el imperio de Antonia sobre él era ya demasiado claro para permitirle resistirse a la idea que se le había ocurrido. Decidió ser él mismo el confesor. Podía salir de la abadía fácilmente sin ser observado. Cubriéndose la cabeza con la cogulla, esperaba recorrer las calles sin que le reconociesen. Con estas precauciones, y recomendando discreción a la familia de Elvira, no dudaba en tener a Madrid en la ignorancia de que había roto sus promesas de no trasponer jamás el umbral de la abadía. La única vigilancia que temía era la de Matilde. Pero informándola en el refectorio de que durante todo ese día le tendrían ocupado en su celda sus asuntos, pensaba sustraerse a sus celos vigilantes. Así que, en las horas que los españoles están generalmente durmiendo la siesta, se aventuró a abandonar la abadía por una puerta secreta cuya llave poseía. Se echó sobre la cara la cogulla del hábito. Las calles estaban casi totalmente desiertas debido al calor de la época. El monje se encontró con muy poca gente, entró en la calle de Santiago, y llegó sin novedad a la puerta de doña Elvira. Llamó; le abrieron, e inmediatamente le condujeron a un piso superior.

Aquí fue donde corrió el mayor riesgo de ser descubierto. De haber estado Leonela en casa, le habría reconocido al instante. Su disposición comunicativa no la habría dejado descansar hasta que todo Madrid se hubiese enterado de que Ambrosio se había atrevido a salir de la abadía y había visitado a su hermana. Aquí la suerte estuvo de parte del monje. Al regresar a casa, Leonela había encontrado una carta comunicándole que acababa de fallecer un primo suyo, el

cual les había dejado a ella y a Elvira lo poco que poseía. Para tomar posesión de este legado, se vio obligada a salir para Córdoba sin perder un momento. En medio de todas sus debilidades, poseía un corazón verdaderamente cálido y afectuoso, y no quería dejar a su hermana en tan grave estado. Pero Elvira insistió en que hiciese el viaje, consciente de que en la desamparada situación de su hija no podía desecharse ningún incremento de fortuna por pequeño que fuera. Así que Leonela se marchó de Madrid, sinceramente apenada por la enfermedad de su hermana, y dedicando algunos suspiros a la memoria del amable pero inconstante don Cristóbal. Estaba plenamente convencida de que al principio había causado honda huella en su corazón. Pero al no saber nada más de él, supuso que había abandonado su interés por ella a causa de la humildad de su origen, y consciente de que ninguna pretensión que no fuera el matrimonio tenía esperanza de prosperar con este dragón de virtud, como ella se proclamaba. O bien, que siendo naturalmente caprichoso y mudable, se había borrado del corazón del conde el recuerdo de sus encantos al encontrarse con una nueva belleza. Fuera cual fuese la causa de haberle perdido, lo lamentaba profundamente. En vano se esforzaba, como contaba ella a todo el que se dignaba escucharla, por arrancar su imagen de su sensible corazón. Y así, afectaba un aire de virgen enamorada y lo llevaba hasta los excesos más ridículos. Dejaba escapar suspiros lastimosos, paseaba con los brazos cruzados, soltaba largos soliloquios, ¡y su discurso giraba generalmente en torno a cierta doncella abandonada que agonizaba con el corazón destrozado! Sus encendidos rizos estaban siempre adornados con guirnaldas de sauce. Todas las noches se la veía deambular por las orillas de un arroyo a la luz de la luna, y se declaraba violenta admiradora de las corrientes rumorosas y de los ruiseñores. De los parajes solitarios, y los boscajes sombríos. ¡Lugares que la pálida pasión ama!

Tal era el estado de ánimo de Leonela cuando se vio obligada a abandonar Madrid. Elvira se impacientaba con todas estas estupideces, y trataba de persuadirla para que se comportase como una mujer razonable. Pero sus consejos eran rechazados: Leonela le aseguró al marcharse que nada le haría olvidar al pérfido don Cristóbal. Por suerte, en este aspecto se equivocaba. Un honorable joven de Córdoba, ayudante de boticario, consideró que su fortuna era suficiente para instalar un establecimiento por su cuenta. Como resultado de esta reflexión, se declaró admirador suyo. Leonela no se mostró inflexible. El ardor de los suspiros de este joven ablandaron su corazón, y no tardó en acceder a hacerle el más feliz de los hombres. Escribió a su hermana notificándole su matrimonio. Pero, por razones que más tarde se explicarán, Elvira no llegó a contestar a esta carta.

Ambrosio fue conducido a la antecámara del aposento donde descansaba Elvira. La criada que le había guiado le dejó solo y fue a anunciar su llegada a la señora. Antonia, que estaba junto a la cama de su madre, acudió

inmediatamente.

—Perdonadme, padre —dijo, acercándose a él; y al reconocer de pronto su cara, profirió un grito de alegría—: ¡Es posible! —prosiguió—; ¿no me engañan mis ojos? ¿Ha renunciado el digno Ambrosio a su determinación para venir a aliviar las agonías de la mejor de las mujeres? ¡Qué placer va a suponer esta visita para mi madre! No demoréis un solo instante el consuelo que vuestra piedad y sabiduría le pueden proporcionar.

Diciendo esto, abrió la puerta del aposento, presentó a su madre al distinguido visitante, y tras colocar una butaca junto a la cama, se retiró a otro aposento.

Elvira se sintió inmediatamente complacida con esta visita: sus esperanzas habían aumentado al oír la noticia de su hija, pero ahora las vio multiplicadas. Ambrosio, dotado por naturaleza del don de agradar, lo utilizó al máximo mientras conversó con la madre de Antonia. Con persuasiva elocuencia, calmó todo temor y disipó todo escrúpulo: le pidió que reflexionase sobre la infinita misericordia de su juez, despojó a la muerte de sus dardos y terrores, y le enseñó a mirar sin estremecerse el abismo de la eternidad, en cuyo borde se encontraba ahora. Elvira estaba absorta y encantada; mientras escuchaba sus exhortaciones, fue volviendo insensiblemente la confianza y el consuelo a su espíritu. Descargó su pecho sin vacilar, contándole sus cuidados y aprensiones. Estas últimas, sobre la vida futura, ya se las había apaciguado: ahora le aquietó los primeros, que ella sentía a causa de su preocupación por Antonia. Tenía miedo por ella. No tenía a nadie a cuyo cuidado recomendarla, salvo al marqués de las Cisternas y a su hermana Leonela. La protección del primero era muy insegura; en cuanto a la de la segunda, aunque quería a su sobrina, Leonela era tan atolondrada y vana que se convertía en la persona más inadecuada para asumir la dirección única de una joven tan niña e ignorante del mundo todavía. No bien oyó el fraile la causa de sus alarmas, le suplicó que se tranquilizase a ese respecto. No dudaba en poder asegurarle a Antonia un refugio seguro en casa de una de sus penitentes, la marquesa de Villa–Franca: esta era una dama de reconocida virtud, notable por sus estrictos principios y dilatada caridad. Y si algún accidente la privase de este recurso, se comprometió a procurar cobijo a Antonia en algún convento respetable; es decir, en calidad de pupila; pues Elvira había declarado que no era partidaria de la vida monástica, y el monje se mostró lo bastante cándido o complaciente como para reconocer que su desaprobación no era infundada.

Estas pruebas del interés que manifestó por ella ganaron por completo el corazón de Elvira. Echó mano de toda expresión que la gratitud fue capaz de inspirarle para darle las gracias, y declaró que ahora se resignaba tranquila a bajar a la tumba. Ambrosio se levantó para marcharse. Prometió volver al día siguiente a la misma hora, pero pidió que se guardase secreto sobre sus visitas.

—No deseo —dijo— que se sepa por ahí que he roto una norma impuesta por la necesidad. Si no hubiese decidido no abandonar nunca el convento, salvo en

circunstancias tan urgentes como las que me han conducido hasta vuestra puerta, me estarían llamando constantemente por cuestiones triviales; los curiosos, los desocupados y los caprichosos me acapararían el tiempo que ahora paso junto al lecho de una enferma, confortando a la que agoniza y limpiando de espinas su camino hacia la eternidad.

Elvira alabó su prudencia y compasión, y prometió ocultar cuidadosamente el honor de sus visitas. El monje le dio entonces la bendición, y se retiró del aposento.

En la antecámara encontró a Antonia. No pudo sustraerse al placer de pasar unos momentos en su compañía. Le pidió que tuviese ánimo, dado que su madre parecía sosegada y tranquila, y le expresó su esperanza en que se recobrase. Le preguntó quién la atendía, y se comprometió a enviar al médico del convento, uno de los más hábiles de Madrid, para que la viese. Luego se lanzó a cantar las alabanzas de Elvira. Elogió su pureza y fortaleza de espíritu, y declaró que le había inspirado la más elevada estima y respeto. El inocente corazón de Antonia se lo tragó con gratitud: el gozo bailaba en sus ojos, en los que todavía centelleaba una lágrima. Las esperanzas que le daba de que su madre se recuperase, el vivo interés que parecía sentir por ella, y la halagadora forma en que aludía a ella, unido a la fama de su discreción y virtud, y a la impresión que en ella había causado su elocuencia, confirmaron la favorable opinión que había inspirado a Antonia la primera vez que le viera. Ella le contestó con timidez aunque sin cortedad. No tuvo reparo en contarle todas sus pequeñas angustias, todos sus pequeños temores y ansiedades; y le agradeció la bondad con todo el sincero calor que los favores encienden en los corazones jóvenes e inocentes. Sólo estos saben estimar los beneficios en su pleno valor. Los que son conscientes de la perfidia y el egoísmo de la humanidad acogen siempre un cumplido con aprensión y desconfianza. Sospechan que detrás se oculta algún secreto motivo. Manifiestan su agradecimiento con cautela y prevención, y temen alabar plenamente una acción generosa, sabedores de que algún día se les puede pedir una retribución. No era así Antonia; pensaba que el mundo estaba formado sólo por seres como ella, y el vicio reinante era para ella aún un secreto. El monje le había prestado un servicio, había dicho que lo hacía por su bien; de modo que se sentía agradecida por su benevolencia, y consideraba que no había términos bastante elocuentes para expresar su agradecimiento. ¡Con qué gusto escuchó Ambrosio la declaración de su sencilla gratitud! La gracia natural de sus modales, la inigualable dulzura de su voz, su modesta vivacidad, su espontánea elegancia, su expresivo semblante y sus ojos inteligentes, todo unido le inspiraba placer y admiración, mientras que la solidez y corrección de sus observaciones gozaban de la adicional belleza que les confería la sencillez natural de las palabras que utilizaba.

Ambrosio se vio obligado finalmente a desprenderse de esta conversación, a

la que tantos encantos encontraba. Repitió a Antonia sus deseos de que no se divulgasen sus visitas, deseo que ella prometió cumplir. Abandonó entonces la casa, mientras su encantadora admirada corrió a ver a su madre, ignorante del daño que su belleza había ocasionado. Estaba deseosa de conocer la opinión de Elvira sobre el hombre que ella había alabado entusiásticamente, y se sintió complacida al descubrir que era igual de favorable, si no más, que la suya propia.

—Aun antes de hablar —dijo Elvira—, estaba predispuesta en su favor: la vehemencia de sus exhortaciones, la dignidad de su actitud y la cohesión de su discurso me han confirmado muy mucho en mi opinión. Su voz agradable y sonora me ha sorprendido de manera especial. Pero seguramente, Antonia, le he debido de oír antes. Me ha resultado totalmente familiar. O bien he conocido al abad en otro tiempo, o su voz guarda un asombroso parecido con la de alguien al que he oído a menudo. Hay ciertos tonos que me han llegado muy hondamente, y me han hecho experimentar una sensación tan singular que no paro de esforzarme en vano por explicarlo.

—Mi queridísima madre, a mí me ha producido el mismo efecto. Sin embargo, ninguna de las dos habíamos oído su voz hasta que hemos llegado a Madrid. Sospecho que lo que nosotras atribuimos a su voz, en realidad se debe a sus modales agradables, que impiden considerarle como un extraño. No sé por qué, pero me siento más a gusto conversando con él de lo que normalmente me sucede con los desconocidos. No me ha dado temor contarle todos mis pensamientos pueriles; y de algún modo me he sentido aliviada de que escuchase mis disparates con indulgencia: ¡Oh! ¡No me ha defraudado! ¡Con qué amabilidad y atención me ha escuchado! ¡Con qué dulzura y condescendencia me ha contestado! No me ha tomado por una niña ni me ha tratado con desdén, como solía hacer en el castillo nuestro viejo confesor. ¡De veras creo que aunque hubiese vivido yo mil años en Murcia, jamás habría llegado a gustarme ese gordo y viejo padre dominico!

—Confieso que aquel dominico no tenía los mejores modales del mundo; pero era honrado, simpático y bien intencionado.

—¡Ah, mi querida madre, esas cualidades son muy corrientes!

—¡Quiera Dios, criatura, que no te enseñe la experiencia a juzgarlas raras y preciosas! ¡A mí me lo han parecido demasiadas veces! Pero dime, Antonia, ¿por qué es imposible que yo haya visto antes al abad?

—Porque desde el momento que entró en la abadía, no había vuelto a salir de sus muros. Él mismo me acaba de decir que, debido a su desconocimiento de las calles, ha tenido alguna dificultad en encontrar la nuestra a pesar de lo cerca que está de la abadía.

—Todo esto es posible; sin embargo, tal vez le viera *antes* de que entrara en la abadía. Para poder salir, antes fue necesario que entrase.

—¡Virgen Santa! ¡Como decís, es muy cierto todo esto! ¡Oh!; pero ¿y si ha estado en la abadía desde que nació?

Elvira sonrió.

—Eso no me parece probable.

—¡Espera, espera! Ahora recuerdo lo que pasó. Lo metieron en la abadía siendo pequeño. La gente dice que cayó del cielo, y que lo envió la Virgen a los capuchinos a manera de regalo.

—Fue muy amable por su parte. ¿Así que cayó del cielo, Antonia? Debió de darse un golpe terrible.

—Muchos no creen en eso, y me parece, madre, que yo debo de ser una descreída también. A decir verdad, como nuestra ama de llaves le dijo a la tía, la creencia general es que sus padres, humildes e incapaces de sustentarle, lo abandonaron en la puerta de la abadía al nacer. El difunto superior le crio en el convento por pura caridad; luego demostró ser un modelo de virtud y de piedad, y de saber, y no sé de qué más. Así que fue elegido abad. Sin embargo, tanto si esta historia es cierta como si no, al menos están todos de acuerdo en que cuando los monjes le recogieron, aún no sabía hablar. De manera que no habéis podido oír su voz antes de que entrase en el monasterio, puesto que aún no tenía ninguna clase de voz.

—¡Palabra, Antonia, que razonas con mucha coherencia! ¡Tus conclusiones son infalibles! ¡No sabía yo lo bien que dominabas la lógica!

—¡Ah, os estáis burlando de mí! Pero tanto mejor. Me gusta veros de buen humor. Además, parecéis tranquila y sosegada; y espero que no os den más ataques. ¡Oh! ¡Estaba segura de que la visita del abad os haría bien!

—Verdaderamente, me ha hecho mucho bien, mi niña. Me ha sosegado el espíritu en las cuestiones que me atribulaban, y ya siento los efectos de su atención. Noto mis ojos pesados, y creo que voy a dormir un poco. Corre las cortinas, Antonia. Y si no me despierto antes de la medianoche, no veles por mí, te lo ruego.

Antonia prometió obedecerla, y después de recibir su bendición, corrió las cortinas de la cama. Luego se sentó en silencio delante de su bastidor, y entretuvo las horas haciendo castillos en el aire. Se sentía reanimada por la evidente mejoría de Elvira, y su imaginación le presentó visiones espléndidas y placenteras. En estos sueños Ambrosio no ocupaba un lugar despreciable. Pensó en él con alegría y gratitud. Pero de cada idea que dedicaba al fraile, había dos que concedía a Lorenzo. Y así transcurrió el tiempo, hasta que la campana del vecino campanario de la catedral capuchina anunció la medianoche. Antonia recordó la orden de su madre y obedeció, aunque de mala gana. Corrió las cortinas con sigilo. Elvira se hallaba sumida en un sueño profundo y sosegado. Sus mejillas habían recobrado un color saludable. Una sonrisa proclamaba que sus sueños eran gratos; y al inclinarse Antonia sobre ella, le pareció que

pronunciaba su nombre. Besó suavemente la frente de su madre, y se retiró a su aposento. Allí, se arrodilló ante la estatua de Santa Rosalía, su patrona; encomendó a ella su intercesión en el cielo, y como había hecho de pequeña, concluyó sus devociones cantando las siguientes estrofas:

HIMNO DE MEDIANOCHE

Ahora todo está callado; el solemne tañido
Ya no hincha el viento nocturno:
Tu espantosa presencia, hora sublime,
Con el corazón sin mancha una vez más saludo.

Este es el momento silencioso y tremendo,
En que los brujos emplean su siniestro poder;
En que las tumbas arrojan a sus muertos
Al provecho de la hora señalada.

Exenta de culpas y culpables pensamientos,
Fiel al deber y a la devoción,
Con el pecho ligero y la conciencia pura,
Descanso: tu amable ayuda invoco.

Ángeles buenos, gracias os doy porque
Aún miro con desprecio los engaños del vicio;
Gracias porque esta noche duermo libre de mal,
Igual que voy a despertar mañana.

Pero ¿no podría acaso, inconsciente, mi pecho
Abrigar alguna culpa por mí desconocida?
¿Algún deseo impuro que, sin representarme,
Os ruborizáis de ver, y yo de poseer?

Si así fuese, en dulce sueño
Instruid a mis pies para evitar la trampa.
Haced que luzca la verdad sobre mi error,
Y dignaos tenerme aún bajo vuestra custodia.

Arrojad lejos de mi lecho apacible
El hechizo de bruja, enemigo del descanso,
El trasgo nocturno, travieso e impío,
El espectro del dolor y el demonio condenado.

No dejéis que el genio malvado en mi oído

Vierta lecciones de goces impíos;
No dejéis que la pesadilla, rondando
Por mi lecho, destruya la calma del descanso.
No dejéis que amedrente el sueño horrendo
Con extrañas, fantásticas formas, mis ojos,
Sino, con alguna esplendorosa visión,
Mostradme la dicha de los cielos futuros.

Enseñadme las cúpulas cristalinas del cielo,
Los mundos de luz donde moran los ángeles.
Mostradme la suerte que depara a los mortales
Que viven sin culpa, y sin culpa mueren.

Enseñadme luego cómo se gana un lugar
En esas benditas regiones etéreas.
Enseñadme a evitar toda mancha de culpa,
Y guiadme hacia el bien y la pureza.

Así, cada mañana, cada noche, mi voz
Al cielo se elevará en cántico de gracias,
En vosotros, poderosos guardianes, se centrará,
Ángeles buenos, y cantará vuestras alabanzas.

Así me esforzaré en celoso ardor
Por evitar el vicio, corregir la falta,
Amaré las lecciones que vosotros inspiráis,
Y apreciaré las virtudes que vosotros protegéis.

Luego, cuando al fin por alto designio
Mi cuerpo busque el descanso de la tumba,
Cuando la muerte esté a punto de cerrar
Con mano amiga mis ojos de peregrino;

Complacida de ver el alma a salvo del naufragio,
Sin tristeza mi vida entregaré,
Y a Dios rendiré mi espíritu de nuevo,
Tan puro como Él me lo dio.

Terminadas sus devociones habituales, Antonia se retiró a dormir. No tardó el sueño en vencer sus sentidos; y durante varias horas gozó de ese sereno descanso que sólo la inocencia conoce, y por el que muchos monarcas darían con gusto su corona.

Capítulo IV

—Ah! how dark
These long–extended realms and rueful wastes;
Where nought but silence reigns, and night, dark night,
Dark as was Chaos ere the Infant Sun Was rolled together, or had tried its
beams Athwart the gloom profound! The sickly Taper
By glimmering through thy low–browed misty vaults, Furred round with
mouldy damps, and ropy sume, Lets fall a supernumerary horror And only
serves to make Thy night more irksome!

BLAIR

Una vez de regreso inadvertido en la abadía, la mente de Ambrosio se llenó de las imágenes más placenteras. Cerró obstinadamente los ojos al peligro que suponía exponerse a los encantos de Antonia. Sólo recordaba el placer que su compañía le había producido, y se congratulaba ante la perspectiva de repetirlo. Así que no dejó de aprovechar la enfermedad de Elvira para poder ver a su hija todos los días. Al principio limitó sus intereses a inspirar en Antonia un sentimiento de amistad. Pero tan pronto como se convenció de que ella experimentaba ese sentimiento plenamente, su objetivo se volvió más decidido, y sus atenciones adoptaron un matiz más encendido. La inocente familiaridad con que ella le trataba alentó sus deseos. Habituado a la modestia de ella, ya no quiso exigir el mismo respeto y temor. Aún la admiraba, pero eso sólo le hacía aumentar los deseos de privarla de aquella cualidad que constituía su principal encanto. El ardor de la pasión y sus naturales dotes persuasivas, cosas de las que desafortunadamente para él y para ella poseía en abundancia, le proporcionaban un conocimiento de las artes de la seducción. Distinguía fácilmente las emociones que eran favorables a sus designios, y aprovechaba con avidez todos los medios para infundir la corrupción en el pecho de Antonia. No encontró fácil esta tarea. A Antonia, su extrema ingenuidad le impedía darse cuenta del objetivo al que tendían las insinuaciones del monje. Pero la excelente moral que debía al cuidado de Elvira, la solidez y corrección de su juicio y un fuerte sentido de lo que estaba bien, que la naturaleza inculcaba en su corazón, la hacían sentir que sus preceptos debían de ser imperfectos. Con unas cuantas palabras, Antonia derribaba frecuentemente todo el edificio de sofísticos argumentos, y le hacía ver lo débiles que eran cuando se oponían a la virtud y la verdad. Entonces él se

refugiaba en su elocuencia, la abrumaba con un torrente de paradojas filosóficas a las que, por no entenderlas, le era imposible contestar. Y así, aunque no la convencía de que su razonamiento era justo, al menos evitaba que descubriese que era falso. Él se daba cuenta de que el respeto que Antonia sentía por su juicio aumentaba de día en día, y no dudaba que con el tiempo la llevaría al punto deseado.

No se le pasaba por alto que sus manejos eran altamente criminales: veía claramente la ruindad que suponía seducir a una joven inocente. Pero su pasión era demasiado violenta para permitirle abandonar sus propósitos. Resolvió seguir adelante, pasara lo que pasase. Confiaba en sorprender a Antonia en algún momento desprevenido; y viendo que no se admitía a ningún otro hombre en su compañía, ni la oía a ella ni a Elvira mencionar tampoco a ninguno, imaginó que su joven corazón aún estaba vacante. Mientras aguardaba la ocasión para satisfacer su injustificable sensualidad, aumentaba de día en día su frialdad con Matilde. Esta frialdad se debía en no escasa medida a la conciencia de sus propias faltas con ella: no lograba tener el suficiente dominio de sí para ocultárselas. Sin embargo, tenía miedo de que en un arrebato de celos traicionase su secreto, del que dependían su fama e incluso su vida. Matilde no podía por menos de observar esta indiferencia. Él se daba cuenta de que la notaba, y temeroso de sus reproches, la evitaba constantemente. Sin embargo, cuando no la podía eludir, su dulzura le convencía de que no tenía nada que temer de su resentimiento. Había recobrado la personalidad del amable e interesante Rosario. No le acusó de ingratitud; pero sus ojos se llenaban de lágrimas involuntarias, y la mansa melancolía de su semblante y de su voz expresaban quejas mucho más conmovedoras de lo que las palabras hubieran podido contener. Ambrosio no era insensible a esta aflicción; pero incapaz de eliminar la causa, evitaba manifestar que le afectaba. Como la conducta de Matilde le convenció de que no había temor de que se vengase, siguió desdeñándola y evitando cuidadosamente su compañía. Matilde veía que eran vanos sus esfuerzos por recobrar sus afectos. Sin embargo, sofocaba todo impulso de resentimiento, y seguía tratando a su veleidoso amante con su primitivo afecto y atención.

La naturaleza de Elvira se iba recuperando gradualmente. Ya no le acometían las convulsiones, y Antonia dejó de temblar por su madre. Ambrosio veía con desagrado este restablecimiento. Comprendía que el conocimiento que Elvira tenía del mundo no se dejaría embaucar por su actitud de santificación, y que se daría cuenta en seguida de lo que buscaba en su hija. De modo que decidió probar hasta dónde llegaba su influencia sobre Antonia antes de que su madre abandonase la cama.

Una tarde en que encontró a Elvira casi del todo restablecida, la dejó antes de la hora acostumbrada. Al no encontrar a Antonia en la antecámara, se aventuró a ir a buscarla a su propia habitación, la cual estaba separada de la de su madre tan

sólo por el cuarto donde generalmente dormía Flora, la doncella. Antonia estaba sentada en el sofá, de espaldas a la puerta, y leía atentamente. No le oyó acercarse hasta que se sentó junto a ella. Antonia se sobresaltó, aunque le acogió con una mirada de complacencia. Luego se levantó y quiso conducirle al salón. Pero Ambrosio, cogiéndole la mano, la obligó con suave violencia a sentarse otra vez. Ella obedeció sin dificultad. No sabía que fuese más impropio conversar con él en una habitación que en otra. Se consideraba igualmente segura de los principios de él y de los suyos propios; y tras volver a recobrar su sitio en el sofá, comenzó a departir con él con su habitual desembarazo y vivacidad.

Ambrosio examinó el libro que había estado leyendo, y que ahora había dejado sobre la mesa. Era la Biblia.

« ¡Cómo! —se dijo el fraile—. ¿Antonia lee la Biblia y sigue aún en la ignorancia?» .

Pero al mirar nuevamente, descubrió que Elvira había caído exactamente en la misma cuenta. Aquella prudente mujer, aunque admiraba la belleza de las sagradas escrituras, tenía el convencimiento de que, si estaban íntegras, no podía dejarse a una joven lectura más indecorosa que esta. Muchos de los relatos sólo pueden tender a excitar las ideas peor calculadas para un pecho femenino. Todo es designado clara y rotundamente por su nombre, y los anales de un burdel no podrían proporcionar mayor selección de expresiones indecentes. Sin embargo, es el libro cuyo estudio se recomienda a las jóvenes; el que se pone en manos de los niños, capaces de comprender poco más que los pasajes que sería mejor que ignorasen, y que demasiado a menudo inculca los primeros rudimentos del vicio, y hace la primera llamada a las pasiones aún dormidas. Tan convencida estaba Elvira de esto que hubiera preferido poner en manos de su hija el *Amadís de Gaula, o El valiente caballero Tirante el Blanco*, y antes la habría autorizado a estudiar las impúdicas hazañas de *Don Galaor* o las gracias lascivas de la *Damisela Plazer de mi vida*. En consecuencia, tenía dos alternativas con respecto a la Biblia. La primera era que Antonia no la leyese hasta que tuviera edad para comprender sus bellezas y aprovechar su moral. La segunda, copiarla ella a mano, y alterar o suprimir todos los pasajes indecentes. Había adoptado esta última opción, y tal era la Biblia que Antonia estaba leyendo. Se la había entregado recientemente, y Antonia se había sumergido en ella con una avidez y un placer indecibles. Ambrosio se dio cuenta de su error, y volvió a colocar el libro sobre la mesa.

Antonia hablaba de la salud de su madre con toda la entusiástica alegría de un corazón juvenil.

—Admiro vuestro afecto filial —dijo el abad—; es una prueba de la excelencia y sensibilidad de vuestro carácter. Promete un tesoro a aquel a quien el cielo designe como poseedor de vuestro amor. Un pecho que siente tanto cariño por una madre, ¿qué no sentirá por un amado? O mejor, ¿qué siente, quizá,

por él ahora? Decidme, mi querida hija; ¿sabéis ya lo que es el amor? Contestadme con sinceridad, olvidad mi hábito, y consideradme sólo como un amigo.

—¿Qué es el amor? —dijo ella, repitiendo la pregunta—. ¡Oh, sí, indudablemente! He amado a muchas, a muchas personas.

—No me refiero a eso. El amor que digo sólo puede sentirse por una. ¿No habéis visto nunca a un hombre al que desearíais como esposo?

—¡Oh, no, desde luego!

Esto era una mentira, pero la dijo inconscientemente: no conocía la naturaleza de sus sentimientos por Lorenzo; y como no le había vuelto a ver desde la primera visita que este hiciera a Elvira, cada día su imagen se volvía más débil en su pecho. Además, pensaba en un esposo con todo el terror de una virgen, y respondió negativamente a la pregunta del fraile sin un instante de vacilación.

—¿Y no deseáis encontrar a ese hombre, Antonia? ¿No sentís ningún vacío en vuestro corazón que anhelaríais poder llenar? ¿No suspiráis por la ausencia de alguien querido por vos, aunque no sabéis quién es? ¿No percibís que lo que antes podía agradaros ya no tiene encanto para vos? ¿Que han nacido en vuestro pecho mil nuevos deseos, mil nuevas ideas, mil nuevas sensaciones jamás descritas? ¿O es posible que mientras inflamáis de pasión a todos los demás corazones, el vuestro permanece insensible y frío? ¡No puede ser! Esos ojos dulces, esas ruborosas mejillas, esa melancolía encantadora y voluptuosa que a veces inunda vuestro semblante, todos esos síntomas desmienten vuestras palabras. Vos amáis, Antonia, y es inútil que me lo ocultéis.

—¡Padre, me asombráis! ¿De qué amor me habláis? No conozco su naturaleza, pero si lo sintiera, ¿por qué lo habría de ocultar?

—¿No habéis visto a ningún hombre, Antonia, al que, aunque no lo hayáis visto nunca anteriormente, os pareció que hacía tiempo que lo buscabais? ¿Cuya forma, aunque extraña, era ya familiar a vuestros ojos? ¿Cuya voz os sosiega, os agrada, penetra hasta el fondo de vuestra alma? ¿En cuya presencia os sentís a gusto, y cuya ausencia lamentáis? ¿Con quien vuestro corazón parece ensancharse, y en cuyo pecho depositáis con ilimitada confianza vuestros mismos cuidados? ¿No habéis sentido todo esto, Antonia?

—Es cierto, sí; la primera vez que os vi, sentí eso mismo.

Ambrosio se sobresaltó. Apenas se atrevía a dar crédito a lo que oía.

—¿Por mí, Antonia? —exclamó, con ojos centelleantes de placer e impaciencia, mientras le cogía la mano y se la besaba arrebatadoramente—. ¿Por mí, Antonia? ¿Habéis experimentado por mí estos sentimientos?

—Y con más fuerza aún de la que me habéis descrito. En el mismísimo instante que os vi, me sentí muy contenta, ¡muy interesada! Esperé con anhelo escuchar el sonido de vuestra voz, y cuando la oí, ¡qué dulce me pareció! ¡Me

habló en un lenguaje hasta entonces desconocido! ¡Creo que me dijo mil cosas que yo deseaba oír! Me pareció como si os conociera desde hacía mucho tiempo; como si yo tuviera derecho a vuestra amistad, a vuestro consejo, a vuestra protección. Lloré cuando os marchasteis, y deseé fervientemente que transcurriese el tiempo que faltaba para veros otra vez.

—¡Antonia! ¡Mi encantadora Antonia! —exclamó el monje, y la apretó contra su pecho—. ¿Puedo creer en mis sentidos? ¡Repetídmelo, mi dulce muchacha! ¡Decidme otra vez que me amáis sincera y tiernamente!

—Desde luego que sí; quitando a mi madre, ¡no hay en el mundo nadie a quien quiera más!

Ante esta franca confesión, Ambrosio ya no fue dueño de sí; loco de deseo, estrechó en sus brazos a la ruborizada joven. Apretó sus labios ávidos en los de ella, sorbió su aliento puro y delicioso, violó con su mano atrevida los tesoros de su pecho, y ciñó en torno suyo sus suaves y rendidos brazos. Sobresaltada, alarmada y confundida ante esta reacción, la sorpresa la privó al principio del poder de resistencia. Por último, recobrándose, luchó por librarse de su abrazo.

—¡Padre…! ¡Ambrosio! —gritó—. ¡Soltadme, por amor de Dios!

Pero el licencioso monje no hizo caso de sus súplicas: persistió en su propósito, y siguió tomándose aún mayores libertades. Antonia suplicaba, lloraba y forcejeaba. Aterrada en extremo, aunque no sabía por qué, recurrió a todas sus fuerzas para rechazar al fraile, y estaba a punto de gritar pidiendo auxilio, cuando se abrió la puerta de golpe. Ambrosio tuvo a tiempo la justa presencia de ánimo para comprender su peligro. Soltó a su presa y se levantó rápidamente del sofá. Antonia profirió un grito de alegría, corrió hacia la puerta y se encontró con los brazos de su madre, que la estrecharon.

Alarmada por algunas frases del abad que Antonia le había repetido inocentemente, Elvira había decidido comprobar la verdad de sus sospechas. Conocía demasiado al género humano para dejarse embaucar por la supuesta virtud del monje. Había pensado en algunos detalles que, aunque triviales, considerados en conjunto parecían dar un fundamento a sus temores. Sus frecuentes visitas, que por lo que ella sabía se limitaban a su familia, su evidente emoción cada vez que le hablaba de Antonia, el hecho mismo de encontrarse en pleno vigor de su virilidad, y sobre todo, su perniciosa filosofía, que le había llegado a través de Antonia, la cual concordaba tan mal con su conversación cuando ella estaba presente, todas estas circunstancias le inspiraron serias dudas respecto a la pureza de la amistad de Ambrosio. En consecuencia, había decidido, la próxima vez que se encontrase a solas con Antonia, procurar sorprenderle. Y su plan había resultado. Cierto que, cuando entró en la habitación, él ya había abandonado a su presa. Pero el desorden del vestido de su hija y la vergüenza y confusión reflejadas en el semblante del fraile probaban suficientemente que sus sospechas eran demasiado fundadas. Sin embargo fue lo

bastante prudente para no manifestar sus recelos. Consideró que desenmascarar al impostor no sería cosa fácil, con el público tan predispuesto en su favor. Y dado que contaba con pocos amigos, juzgó peligroso granjearse tan poderoso enemigo. Así que fingió no darse cuenta de su agitación, se sentó tranquilamente en el sofá, alegó un pretexto cualquiera por haber abandonado su habitación tan inesperadamente y conversó sobre diversos temas con aparente serenidad y confianza.

Tranquilizado por su comportamiento, el monje empezó a recobrarse. Procuró contestar a Elvira sin que notara su embarazo. Pero aún era demasiado novicio en el arte del disimulo, y le daba la impresión de que debía de parecer confundido y atropellado. Así que no tardó en interrumpir la conversación, y se levantó para marcharse. ¡Cuál no fue su vejación cuando, al despedirle, Elvira le dijo, en términos corteses, que puesto que se sentía restablecida, consideraba una injusticia privar de su compañía a otros que podían necesitarla más! Le aseguró su eterna gratitud por el beneficio que durante su enfermedad había recibido ella de su compañía y exhortaciones, y lamentó que sus quehaceres domésticos, así como la multitud de asuntos que él necesariamente debía atender, la privasen en adelante del placer de sus visitas. Aunque expresada con el más amable de los lenguajes, la alusión era demasiado clara para no captarla. Aún estaba preparándose a oponer alguna objeción, cuando una elocuente mirada de Elvira le cortó la palabra. No se atrevió a pedirle que le recibiese, pues su actitud le convenció de que había sido descubierto. Se resignó sin replicar, se despidió apresuradamente y se marchó a la abadía con el corazón lleno de rabia y de vergüenza, de amargura y desencanto.

El espíritu de Antonia se sintió aliviado con su marcha. Sin embargo, no pudo por menos de lamentar no volver a verle más. Elvira sentía también un secreto pesar; le había producido demasiado placer considerarle como un amigo para no lamentar la necesidad de cambiar de opinión. Pero su espíritu estaba demasiado acostumbrado al engaño de las amistades mundanas para permitir que su presente desencanto la apesadumbrase demasiado. Ahora procuró poner a su hija al corriente del peligro que había corrido. Pero se vio obligada a tratar el tema con precaución, no fuera que al quitar la venda de la ignorancia le arrancase también el velo de la inocencia. De modo que se conformó con advertir a Antonia que estuviese en guardia, y le ordenó que si el abad persistía en sus visitas, no le recibiese más que en compañía de ella. Antonia prometió cumplir este requerimiento.

Ambrosio entró apresuradamente en su celda. Cerró la puerta tras él y se arrojó desesperado en la cama. El impulso del deseo, el aguijón del desencanto, la vergüenza de verse descubierto públicamente convirtieron su pecho en escenario de la más espantosa confusión. No sabía qué camino tomar. Privado de la presencia de Antonia, no tenía esperanzas de satisfacer aquella pasión que

ahora había pasado a formar parte de su existencia. Pensó que su secreto estaba en manos de una mujer: tembló de aprensión al contemplar el precipicio que tenía ante sí, y de rabia al ver que de no haber sido por Elvira, ahora habría poseído ya el objeto de sus deseos. Juró vengarse de ella con las más contundentes imprecaciones: juró que, costara lo que costase, poseería a Antonia. Saltó de la cama y se puso a pasear por su aposento con pasos agitados, a gruñir de furia impotente, golpear violentamente los muros y entregarse a todos los accesos de rabia y de locura.

Aún se encontraba bajo el influjo de esta tormenta de pasiones, cuando oyó un golpe suave en la puerta de su celda. Consciente de que debían de haber oído su voz, no se atrevió a negar la entrada al importuno. Procuró sosegarse y ocultar su agitación. Tras conseguirlo en cierta medida, retiró el cerrojo. Abrió la puerta, y apareció Matilde.

En este instante preciso no había nadie a quien hubiese deseado evitar más. No tenía el suficiente dominio de sí para ocultar su enfado. Retrocedió y frunció el ceño.

—Estoy ocupado —dijo en tono severo y apremiante—. ¡Dejadme!

Matilde no le hizo caso: cerró nuevamente la puerta y luego avanzó hacia él con gesto dulce y suplicante.

—Perdonadme, Ambrosio —dijo—. Por vuestro propio bien, debo desobedeceros. No temáis ninguna queja de mí. No vengo a reprocharos vuestra ingratitud. Os perdono de corazón, y dado que vuestro amor ya no puede ser mío, os pido aquello que se halla en segundo lugar, vuestra confianza y amistad. No podemos forzar nuestras inclinaciones. La poca belleza que un día visteis en mí ha perecido con la novedad, y si ya no puedo despertar vuestro deseo, mía es la culpa, no vuestra. Pero ¿por qué persistís en evitarme? ¿Por qué esa ansiedad por huir de mi presencia? Tenéis aflicciones, pero no me dejáis compartirlas; tenéis decepciones, pero no aceptáis mi consuelo; tenéis deseos, pero impedís que os ayude en vuestros propósitos. Es de esto de lo que me quejo, no de vuestra indiferencia hacia mi persona. He renunciado a todos los derechos de la amante, pero nada me hará que renuncie a los de la amiga.

Su dulzura tuvo un efecto instantáneo sobre los sentimientos de Ambrosio.

—¡Generosa Matilde! —exclamó, tomándole la mano—. ¡Cuán por encima os eleváis de las flaquezas de vuestro sexo! Sí, acepto vuestro ofrecimiento. Tengo necesidad de un consejero y un confidente. En vos encuentro todas las cualidades necesarias reunidas. Pero ayudarme en mis propósitos… ¡Ah, Matilde! ¡Eso no está en vuestro poder!

—No está en el poder de nadie más que el mío, Ambrosio. Vuestro secreto no existe para mí, cada paso que dais, y cada acto, es observado por mis ojos atentos. Amáis.

—¡Matilde!

—¿Por qué me lo ocultáis? No temáis los pequeños celos que manchan al común de las mujeres. Mi alma desprecia pasión tan baja. Amáis, Ambrosio; y Antonia Dalfa es el objeto de vuestros ardores. Conozco todos los detalles sobre vuestra pasión. Me han repetido de cada una de vuestras conversaciones. Me han informado de vuestro intento de gozar de la persona de Antonia, vuestra decepción, y cómo habéis sido despedido de la casa de Elvira. Ahora desesperáis de llegar a poseer a vuestra amada. Pero yo voy a reavivar vuestras esperanzas, y señalaros el camino a seguir para lograrlo.

—¿Para lograrlo? ¡Oh, eso es imposible!

—Para los que no se atreven, es imposible. Confiad en mí, y puede que aún seáis feliz. Ha llegado el momento, Ambrosio, en que el interés por vuestra satisfacción y tranquilidad me obliga a revelaros parte de mi historia, que vos aún desconocéis. Escuchad, y no me interrumpáis. Si mi confesión os desagrada, recordad que al hacerlo mi único propósito es satisfacer vuestros deseos y restablecer la paz de vuestro corazón, que de momento ha perdido. Ya os dije anteriormente que mi tutor era un hombre de conocimientos excepcionales. Él se preocupó de inculcar esos conocimientos en mi infantil mentalidad. Entre las diversas ciencias que su curiosidad le impulsó a explorar, no faltó aquella que la mayoría juzga como impía, y no pocos como quimérica. Hablo de las artes que se relacionan con el mundo de los espíritus. Sus profundas investigaciones sobre las causas y los efectos, su incansable dedicación al estudio de la filosofía natural, su profundo e ilimitado conocimiento de las propiedades y virtudes de cada piedra preciosa que enriquece las simas, de cada hierba que la tierra produce, le procuró finalmente la distinción a la que él aspiró durante tanto tiempo y con tanto empeño. Vio su curiosidad plenamente saciada y su ambición ampliamente gratificada. Dictó leyes a los elementos; llegó a subvertir el orden de la naturaleza. Sus ojos leyeron los mandatos del futuro, y los espíritus infernales estuvieron sometidos a su voluntad. ¿Por qué os apartáis de mí? Comprendo esa mirada interrogante. Vuestras sospechas son correctas, aunque vuestros terrores infundados. Mi tutor no me ocultó su más preciosa adquisición. Sin embargo, si yo no os hubiera visto, jamás habría ejercido mi poder. Como a vos, el solo pensamiento de la magia me hacía estremecer; como vos, me había formado una idea terrible de las consecuencias de invocar a un demonio. Para preservar esa vida que vuestro amor me ha enseñado a apreciar, he tenido que recurrir a medios que me estremecía utilizar. ¿Recordáis la noche que pasé en la cripta de Santa Clara? Entonces fue cuando, rodeada de cadáveres consumidos, me atreví a ejecutar esos ritos místicos que invocaban en mi ayuda al ángel caído. Juzgad cuál fue mi gozo al descubrir que mis terrores eran imaginarios. Vi al demonio obediente a mis órdenes; le vi temblar ante mi gesto, y descubrí que, en vez de vender mi alma a un señor, mi valor había comprado a un esclavo.

—¡Imprudente Matilde! ¿Qué habéis hecho? ¡Os habéis condenado a la

eterna perdición, habéis malbaratado vuestra eterna felicidad por un poder momentáneo! Si la satisfacción de mis deseos depende de la brujería, renuncio a vuestra ayuda absolutamente. Las consecuencias son demasiado horribles: adoro a Antonia, pero no me ciega la lujuria al extremo de sacrificar por su goce mi existencia en este mundo y en el otro.

—¡Ridículos prejuicios! ¡Oh, avergonzaos, Ambrosio, avergonzaos de vivir sujeto a ellos! ¿Qué riesgo corréis aceptando mis proposiciones? ¿Qué puede impulsarme a persuadiros para que deis este paso, si no es el deseo de devolveros la felicidad y el sosiego? Si hay algún peligro, será por mi parte: soy yo quien invoca al ministro de los espíritus. Mío, pues, será el crimen, y vuestro el provecho. Pero no hay peligro ninguno. El enemigo del hombre es mi esclavo, no mi soberano. ¿No existe diferencia entre dar y recibir leyes, entre servir y ordenar? ¡Despertad de vuestros sueños inútiles, Ambrosio! Desechad esos terrores, tan impropios de un alma como la vuestra. ¡Dejadlos para los hombres ordinarios, y decidíos a ser feliz! Acompañadme esta noche al sepulcro de Santa Clara, presenciad mis conjuros, y Antonia será vuestra.

—Ni puedo, ni quiero conseguirla por ese medio. Dejad, entonces de persuadirme, pues no me atrevo a utilizar a los agentes del Infierno.

—¿No os *atrevéis*? ¡Cómo me habéis engañado! Ese espíritu que yo estimaba tan grande y valeroso resulta ser débil, pusilánime y servil, esclavo de los vulgares errores, y más endeble que el de una mujer.

—¿Cómo? Siendo consciente del peligro, ¿voy a exponerme voluntariamente a las artes del seductor? ¿Renunciaré, para siempre a mi derecho a la salvación? ¿Van mis ojos a buscar una visión que, estoy seguro, los abrasará? No, no, Matilde; no me aliaré con el Enemigo de Dios.

—¿Sois, entonces, amigo de Dios en este instante? ¿No habéis quebrantado vuestros compromisos con él, no habéis renunciado a su servicio y os habéis abandonado al impulso de vuestras pasiones? ¿No estáis tramando la destrucción de la inocencia, la ruina de una criatura a quien formó él con el molde de los ángeles? Si no es la de los demonios, ¿de quién es la ayuda que invocáis para ejecutar vuestro loable propósito? ¿Lo protegerán los serafines, empujarán ellos a Antonia a vuestros brazos, y sancionarán con su ministerio vuestros placeres ilícitos? ¡Absurdo! ¡Pero no me engañáis, Ambrosio! No es la virtud lo que os impulsa a rechazar mi ofrecimiento: *querríais* aceptarlo, pero no os *atrevéis*. No es el crimen lo que os sujeta la mano, sino el castigo; no es el respeto a Dios lo que os contiene, ¡sino el terror a su venganza! Con gusto le ofenderíais en secreto, pero tembláis confesaros su adversario. ¡Vergüenza para el alma cobarde que carece del valor de ser firme en la amistad y franco en la enemistad!

—Considerar la culpa con horror, Matilde, es en sí mismo un mérito. En este sentido me alegro de declararme cobarde. Aunque mis pasiones me han desviado de sus leyes, aún siento en mi corazón un amor innato por la virtud.

Pero no tenéis razón al echarme en cara mi perjurio, vos, que me sedujisteis para que violase mis votos; vos que soliviantasteis mis vicios dormidos, me hicisteis sentir el peso de las cadenas de la religión y me convencisteis de que la culpa tenía sus placeres. ¡Sin embargo, aunque mis principios se han rendido a la fuerza de mi temperamento, aún poseo la gracia suficiente para estremecerme ante la hechicería y evitar un crimen tan monstruoso, tan imperdonable!

—¿Imperdonable, decís? ¿Dónde está entonces vuestra constante alabanza de la infinita misericordia del Todopoderoso? ¿Acaso le ha puesto límites recientemente? ¿Ya no acoge al pecador con alegría? Le ofendéis, Ambrosio; siempre tendréis tiempo de arrepentiros, y Él bondad para perdonar. Proporcionadle una gloriosa ocasión para ejercer su benevolencia: cuanto más grande sea vuestro crimen, mayor será el mérito de perdonar. Desechad, pues, esos escrúpulos infantiles: convenceos de que es por vuestro bien, y acompañadme al sepulcro.

—¡Oh, basta, Matilde! Ese tono de burla, ese lenguaje impío y atrevido es horrible en boca de cualquiera, pero más aún en la de una mujer. Dejemos una conversación que no suscita más sentimientos que los de horror y repugnancia. No os seguiré al sepulcro, ni aceptaré los oficios de vuestros agentes infernales. Antonia será mía, pero mía por medios humanos.

—¡Entonces no lo será nunca! Os han echado de su presencia. Su madre le ha abierto los ojos sobre vuestros propósitos, y ahora está en guardia en ese sentido. Es más, alguien posee su corazón, y a menos que intervengáis, dentro de pocos días la hará su esposa. Esta noticia me la han traído mis servidores invisibles, a quienes recurrí al principio de observar vuestra indiferencia. Vigilaron cada movimiento vuestro, me contaron todo lo que ocurría en casa de Elvira, y me inspiraron la idea de favorecer vuestros propósitos. Sus informes han sido mi único consuelo. Aunque vos eludáis mi presencia, yo tenía conocimiento de todos vuestros actos: ¡es más, yo estaba constantemente con vos en cierto modo, gracias a este precioso don!

Con estas palabras sacó de debajo del hábito un espejo de acero bruñido, cuyos bordes estaban marcados con diversos caracteres extraños y desconocidos.

—En medio de todas mis aflicciones, en medio de mis penas por vuestra frialdad, he podido evitar la desesperación gracias a las virtudes de este talismán. Al pronunciar determinadas palabras, aparece en él la persona en quien el observador concentra sus pensamientos; así, aunque yo estaba lejos de *vos*, Ambrosio, vos habéis estado siempre delante de mí.

La curiosidad del fraile se excitó vivamente.

—¡Lo que me contáis es increíble! Matilde, ¿no estáis jugando con mi credulidad?

—Juzgad vos mismo.

Le puso el espejo en la mano. La curiosidad le indujo a cogerlo, y el amor a desear que apareciese Antonia. Matilde pronunció las palabras mágicas. Inmediatamente, un humo espeso brotó de los caracteres trazados en sus bordes y se extendió por la superficie. Luego, se disipó gradualmente. Ante los ojos del fraile surgió una mezcla de colores y de imágenes, que finalmente se ordenaron en sus lugares apropiados y vio en miniatura la adorable forma de Antonia.

Se hallaba en un pequeño cuarto de su vivienda. Se estaba desvistiendo para bañarse. Tenía ya recogidas las largas trenzas de sus cabellos. El amoroso monje tuvo ocasión de observar los contornos voluptuosos y la admirable simetría de su persona. Se quitó la última ropa, y acercándose al baño se dispuso a bañarse, metiendo un pie en el agua. Le pareció fría, y lo retiró otra vez. Aunque ignorante de que era observada, un sentido innato del pudor la impulsó a velar sus encantos; y se quedó vacilando en el borde, en la actitud de la Venus de Médicis. En ese instante, un jilguero domesticado voló a ella, cobijó la cabecita entre sus pechos, y los picoteó picarescamente. Sonriendo, Antonia trató en vano de apartar al pajarillo, y finalmente alzó las manos para quitarlo de su delicioso refugio. Ambrosio no pudo resistir más: sus deseos alcanzaron un grado frenético.

—¡Me rindo! —exclamó, arrojando el espejo al suelo—. ¡Matilde, os sigo! ¡Haced de mí lo que queráis!

Ella no esperó a oír su consentimiento por segunda vez. Era ya medianoche. Corrió a su celda y regresó en seguida con su pequeña cesta y la llave del cementerio, que había estado en posesión suya desde la primera visita a la cripta. No concedió tiempo al monje para reflexionar.

—¡Vamos! —dijo, y le cogió de la mano—. ¡Seguidme, y presenciad los efectos de vuestra decisión!

Dicho esto, tiró de él apresuradamente. Entraron en el cementerio sin ser observados, abrió la puerta del sepulcro y se encontraron en la entrada de la escalera subterránea. Hasta ese momento la luz de la luna llena había guiado sus pasos, pero a partir de ahora carecieron de este recurso. A Matilde se le había olvidado proveerse de una lámpara. Sujetando aún la mano de Ambrosio, descendió los peldaños de mármol. Pero la profunda oscuridad que les envolvía les obligó a avanzar lenta y precavidamente.

—¡Tembláis! —dijo Matilde a su compañero—. No tengáis miedo; el sitio adonde vamos está cerca.

Llegaron al pie de la escalera, y siguieron, tanteando el terreno a lo largo del muro. Al dar súbitamente la vuelta a una esquina, divisaron un débil resplandor de luces que parecían arder a lo lejos. Se dirigieron hacia allí. Los rayos procedían de una lamparita sepulcral que alumbraba incesantemente ante la estatua de Santa Clara. Sus rayos desmayados y lóbregos iluminaban las gruesas columnas que sostenían el techo, aunque eran demasiado débiles para disipar la densa oscuridad que reinaba en la cripta.

Matilde cogió la lámpara.

—Esperadme —le dijo al fraile—; volveré en un instante.

Con estas palabras, desapareció apresuradamente por uno de los pasadizos que salían en varias direcciones desde este lugar y formaban una especie de laberinto. Ambrosio se quedó a solas. Le envolvían las tinieblas más profundas, que alentaron las dudas que empezaban a renacer en su pecho. Se había dejado arrastrar por el delirio del momento.

La vergüenza de delatar sus terrores en presencia de Matilde le había inducido a reprimirlos; pero ahora que estaba abandonado a sí mismo recobraron su anterior preponderancia. Temblaba pensando en la escena que estaba a punto de presenciar. No sabía hasta dónde podían actuar los delirios de la magia en su espíritu, aunque posiblemente le forzarían a cometer algún acto cuya comisión provocaría una irreparable ruptura entre él y el Cielo. En este espantoso dilema, habría implorado la ayuda de Dios, pero se daba cuenta de que había perdido el derecho a tal protección. De buena gana habría regresado a la abadía; pero habiendo recorrido innumerables cavernas y pasadizos, la empresa de encontrar la escalera le parecía desesperada. Su destino estaba decidido. No veía posibilidad alguna de escapar. Así que resistió sus aprensiones e invocó todo argumento en su socorro que le permitiese soportar la difícil escena con entereza. Pensó que Antonia sería la recompensa a su atrevimiento: enardeció su imaginación enumerando sus encantos. Se persuadió de que (como Matilde había observado) siempre tendría tiempo de arrepentirse, y que, al utilizar la ayuda de *ella*, no la de los demonios, no se le podría inculpar del crimen de hechicería. Había leído mucho sobre brujería. Entendía que mientras no mediase un pacto formal firmado, en el que renunciara a su derecho a la salvación, Satanás no tendría ningún poder sobre él. Estaba plenamente decidido a no firmar dicho pacto, fueran cuales fuesen las amenazas que le hiciesen o las ventajas que le brindasen.

Tales eran sus meditaciones mientras esperaba a Matilde. Le interrumpió un murmullo, no muy lejano al parecer. Se sobresaltó. Prestó atención. Transcurrieron unos minutos de silencio, y luego se repitió el murmullo. Parecía un gemido. En otras circunstancias, este detalle sólo habría despertado su atención y curiosidad; en el presente, su sensación predominante era la de terror. Tenía la imaginación totalmente imbuida de ideas sobre hechicería y espíritus, y se figuró que había algún espectro que vagaba a su alrededor, o que Matilde había sucumbido víctima de su presunción, y agonizaba bajo las garras crueles de los demonios. A veces se hacía más audible, sin duda en los momentos en que la persona que los profería sufría de manera más aguda e insoportable. Ambrosio pensaba, de vez en cuando, poder discernir algo; una de las veces concretamente, estuvo casi convencido de que había oído exclamar:

—¡Dios! ¡Oh, Dios! ¡No hay esperanza! ¡Ni socorro!

Unos gemidos aún más hondos siguieron a estas palabras. Se extinguieron gradualmente, y un silencio universal se impuso un vez más.

« ¿Qué podrá significar?» , pensó el desconcertado monje.

En ese momento le vino a la cabeza una idea que casi le petrificó de horror. Se estremeció, y sintió escalofríos de sí mismo.

—¡Será posible! —gimió involuntariamente—. ¡Será posible! ¡Oh, qué monstruo soy!

Decidió aclarar sus dudas y reparar su falta, si no era ya demasiado tarde: pero estos sentimientos generosos y compasivos se volatilizaron inmediatamente con la llegada de Matilde. Se olvidó de los lamentos, y no tuvo presente otra cosa que el peligro y la dificultad de su propia situación. La luz de la lámpara que regresaba doró las paredes y unos instantes después estaba Matilde a su lado. Se había quitado su hábito religioso: ahora llevaba un largo vestido negro, con multitud de caracteres desconocidos bordados en oro. Se lo ajustaba con un ceñidor de piedras preciosas, el cual sujetaba un puñal. Llevaba el cuello y los brazos descubiertos. Su mano sostenía una varita dorada. Su cabello suelto se derramaba sobre los hombros; sus ojos refulgían con terrible expresión, y todo su ademán estaba calculado para inspirar temor y admiración en el que la veía.

—¡Seguidme! —le dijo al monje con voz baja y solemne—. ¡Todo está preparado!

A Ambrosio le temblaron las piernas. La obedeció. Ella le guio por diversos pasadizos estrechos, y a uno y otro lado, al pasar, la luz de la lámpara fue revelando los más repugnantes objetos: cráneos, huesos, sepulturas e imágenes cuyos ojos parecían mirarle con sorpresa y horror. Finalmente, llegaron a una espaciosa caverna cuyo altísimo techo en vano se esforzaba el ojo en alcanzar. Una profunda oscuridad flotaba en aquel vacío. Los fríos y húmedos vapores helaron al fraile hasta el corazón, y escuchó con tristeza la ráfaga de aire que aulló en las criptas solitarias. Matilde se detuvo aquí. Se volvió Ambrosio, que tenía las mejillas y los labios pálidos de aprensión. Le reprochó su pusilanimidad con una mirada burlona y enfadada, pero no dijo nada. Depositó la lámpara en el suelo, junto a la cesta. Hizo una seña a Ambrosio para que guardase silencio, y comenzó el rito misterioso. Trazó un círculo alrededor de él, otro alrededor suyo, y sacando luego una pequeña redoma de la cesta, derramó unas cuantas gotas ante ella. Se inclinó sobre ese lugar, murmuró unas frases confusas, e inmediatamente brotó del suelo una pálida llamarada sulfurosa. Aumentó gradualmente, hasta que su fuego se extendió por toda la superficie, respetando los círculos donde estaban Matilde y el monje. Entonces vieron elevarse las enormes columnas de tosca piedra hasta el techo, y surgir la caverna como una inmensa cámara totalmente inundada de un fuego tembloroso y azul. No irradiaba calor alguno. Al contrario, el extremado frío del lugar parecía aumentar a cada instante. Matilde prosiguió sus encantamientos; de vez en

cuando, sacaba algún objeto de la cesta, cuyo nombre y naturaleza desconocía el fraile en su mayor parte. Pero entre los pocos que logró identificar, le llamaron la atención particularmente tres dedos humanos, y un agnusdéi que rompió en pedazos. Los arrojó todos a las llamas; ardieron ante ella, y se consumieron instantáneamente.

El monje la observaba con curiosidad. De súbito, Matilde profirió un chillido penetrante. Pareció presa de un ataque de delirio; se mesó los cabellos, se golpeó el pecho, gesticuló de manera frenética y sacando el puñal de su ceñidor, se lo clavó en el brazo izquierdo. La sangre brotó a borbotones, y como se hallaba en el borde del círculo, procuró que cayese fuera. Las llamas se retiraron del lugar donde caía la sangre. Una voluta de oscura nube se elevó lentamente del suelo ensangrentado, y ascendió hasta llegar a la bóveda de la caverna. Al mismo tiempo, se oyó el estallido de un trueno. El eco retumbó tremendo en los pasadizos subterráneos, y el suelo se estremeció bajo los pies de la hechicera.

Entonces fue cuando Ambrosio se arrepintió de su imprudencia. La solemne singularidad del conjuro le predispuso para presenciar algo extraño y horrible. Aguardó atemorizado la aparición del espíritu cuya llegada habían anunciado el trueno y el estremecimiento de la tierra. Miró espantado en torno suyo, esperando descubrir alguna tremenda aparición cuya visión le haría enloquecer. Un violento escalofrío sacudió su cuerpo, y cayó de rodillas, incapaz de sostenerse.

—¡Ya viene! —exclamó Matilde en tono gozoso.

Ambrosio se estremeció, y esperó al Demonio con terror. Cuál fue su sorpresa cuando, al cesar el trueno, se llenó el aire de una música melodiosa. Al mismo tiempo, se disipó la nube, y vio una figura más hermosa de lo que el lápiz pueda dibujar jamás. Era un joven de apenas dieciocho años, al parecer, con una perfección de cuerpo y de rostro sin rival. Estaba totalmente desnudo: una estrella radiante centelleaba en su frente; de sus hombros se extendían dos alas rojas, y llevaba sus bucles sedosos sujetos con una cinta de fuego multicolor que llameaba alrededor de su cabeza, formaba las más diversas figuras, e irradiaba un resplandor que sobrepasaba con mucho a las piedras preciosas. Sus brazos y tobillos estaban ceñidos por ajorcas de diamantes, y en su mano derecha llevaba una rama de plata que imitaba el mirto. Su cuerpo resplandecía con un aura deslumbrante. Estaba rodeado de nubes de luz rosácea, y en el momento de aparecer, un aire impregnado de perfumes recorrió la caverna. Encantado ante una visión tan opuesta a la que esperaba, Ambrosio se quedó contemplando al espíritu con arrobamiento. Sin embargo, pese a su hermosa figura, no pudo por menos de observar cierta fiereza en los ojos del Demonio, y una misteriosa melancolía impregnaba su semblante que delataba al ángel caído, e inspiraba a los que miraba un secreto temor.

Cesó la música. Matilde se dirigió al espíritu, le habló en un lenguaje

incomprensible para el monje, y él contestó de la misma manera. Ella parecía insistir en algo, que el Demonio se negaba a conceder. Dirigía frecuentemente miradas furiosas a Ambrosio, que le encogían a este el corazón. Matilde parecía cada vez más irritada. Hablaba en tono sonoro y autoritario, y sus gestos denotaban que amenazaba al espíritu con su venganza. Sus amenazas surtieron el efecto deseado: el espíritu cayó de rodillas, y con aire sumiso le ofreció la rama de mirto. Tan pronto como la tuvo Matilde en sus manos, se oyó la música otra vez; una nube se extendió por encima de la aparición. Se disiparon las llamas azules, y la caverna se sumió en total oscuridad. El abad no se movió de su sitio. Tenía todas sus facultades paralizadas por el placer, la ansiedad y la sorpresa. Por último, disipándose las tinieblas, vio a Matilde de pie junto a él, con su hábito religioso y el mirto en la mano. No había vestigio alguno de su encantamiento, y las criptas estaban iluminadas tan sólo por los débiles rayos de la lámpara sepulcral.

—Lo he conseguido —dijo Matilde—, aunque con más dificultad de la que esperaba. Lucifer, a quien he invocado en mi ayuda, se negaba al principio a obedecer mis mandatos. Para reducirle a la obediencia, me he visto obligada a recurrir a mis más poderosos conjuros. Han producido el efecto deseado, pero he prometido no invocar nunca más su concurso en vuestro favor. Tened cuidado, pues, de cómo usáis de una oportunidad que jamás se volverá a repetir. Mis artes mágicas no os serán de ninguna utilidad. En el futuro, sólo podéis esperar ayuda sobrenatural invocando vos mismo a los demonios y aceptando las condiciones de su servicio. Pero esto no lo haréis nunca. Os falta fuerza espiritual para obligarles a la obediencia, y a menos que paguéis el precio estipulado, no serán vuestros servidores voluntarios. En este único caso consienten en obedeceros; os ofrezco el medio de disfrutar de vuestra amada; procurad no desperdiciar esta oportunidad. Recibid este mirto constelado: mientras lo tengáis en vuestra mano, se os abrirán todas las puertas. Os procurará el acceso, mañana por la noche, a la alcoba de Antonia. Soplad entonces tres veces sobre él, pronunciad el nombre de Antonia, y colocadlo sobre su almohada. Un sueño mortal se apoderará de ella inmediatamente y la privará del poder de resistirse a vuestros intentos. En este estado, podréis satisfacer vuestros deseos sin peligro de ser descubierto; cuando la luz del día disipe los efectos del encantamiento, Antonia se dará cuenta de su deshonra, aunque no sabrá quién ha sido el violador. Sed feliz, pues, Ambrosio, y que este servicio os convenza de que mi amistad es pura y desinteresada. La noche debe de estar a punto de expirar. Regresemos a la abadía, no sea que se descubra nuestra ausencia.

El abad recibió el talismán con muda gratitud. Sus ideas estaban muy confusas por las aventuras de la noche, para poder expresar su agradecimiento de manera audible, ni comprender todo el valor del regalo que ella le hacía. Matilde cogió la lámpara y la cesta, y guio a su compañero a través de la

misteriosa caverna. Volvió a dejar la lámpara en su lugar, y prosiguió su camino a oscuras, hasta que llegó al pie de la escalera. Los primeros rayos de sol facilitaron su ascenso. Matilde y el abad salieron apresuradamente del sepulcro, cerraron la puerta tras ellos, y llegaron en seguida al claustro de la abadía. No se tropezaron con nadie, y se retiraron a sus respectivas celdas sin ser vistos.

La confusión del espíritu de Ambrosio empezó a sosegarse ahora. Se alegraba del afortunado final de su aventura, y al reflexionar sobre las virtudes del mirto, consideró a Antonia ya en su poder. Su imaginación evocó aquellos secretos encantos que el espejo mágico le había revelado, y esperó con impaciencia la llegada de la medianoche.

VOLUMEN TERCERO

Capítulo primero

The crickets sing, and Mans o'er–laboured sense Repairs itself by rest: Our Tarquin thus Did softly press the rushes, ere He wakened
The chastity He wounded —Cytherea,
How bravely thou becom'st thy bed! Fresh Uy! And whiter than the sheets!

SHAKESPEARE, Cimbelino

Todas las indagaciones del marqués de las Cisternas resultaron vanas: había perdido a Inés para siempre. La desesperación produjo un efecto tan violento en él que contrajo una larga y grave enfermedad. Esta le impidió visitar a Elvira, como había sido su intención; e ignorando ella por qué causa había dejado de ir a verla, sentía no poca inquietud. La muerte de su hermana había impedido a Lorenzo comunicar a su tío sus propósitos respecto a Antonia: el ruego de su madre le prohibía presentarse ante ella sin el consentimiento del duque; y como Elvira no volvió a saber de sus proposiciones, dedujo que, o bien había encontrado un partido mejor, o le habían ordenado renunciar a toda idea sobre su hija. Cada día se sentía más inquieta por el futuro de Antonia. Mientras tuvo la protección del abad, soportó con fortaleza el desencanto de sus esperanzas respecto a Lorenzo y al marqués. Pero ese recurso le había fallado ahora. Estaba convencida de que Ambrosio tramaba la ruina de su hija. Y cuando pensaba que su muerte dejaría a Antonia sin amigos y sin protección en un mundo tan bajo, tan pérfido y depravado, se le llenaba el corazón de amargura y temor. En tales ocasiones permanecía sentada horas y horas contemplando a la adorable joven, como si escuchase su charla inocente, aunque en realidad su pensamiento estaba en las aflicciones que la hundirían tan pronto como se presentasen. Luego la estrechaba en sus brazos súbitamente, apoyada la cabeza sobre el pecho de su hija, y lo regaba con sus lágrimas.

Ocurrió un hecho que, de haberlo sabido ella, le habría aliviado toda inquietud. Lorenzo esperaba ahora tan sólo una ocasión favorable para informar al duque de su proyectado matrimonio. Sin embargo, una circunstancia ocurrida en esos momentos le obligó a posponer sus explicaciones unos días más.

La enfermedad de don Raimundo parecía ganar terreno. Lorenzo estaba siempre junto a él, y le trataba con una ternura verdaderamente fraterna. Tanto la causa como el efecto de sus males eran enormemente dolorosos para el

hermano de Inés. Y la aflicción de Theodore era igual de sincera. El amable joven no abandonaba a su señor un instante, y apelaba a todos los recursos para consolarle y aliviar sus sufrimientos. El marqués había sentido un amor tan hondo por su difunta amada que todo el mundo veía claramente que no podría sobrevivir a su pérdida. Nada podía haber evitado que se hundiese en el dolor, más que la convicción de que aún estaba viva y necesitada de ayuda. Aunque conscientes de que no era cierto, sus acompañantes le alentaban en esta creencia, que constituía su único consuelo. Le aseguraban diariamente que se habían iniciado nuevas averiguaciones respecto a lo ocurrido a Inés; inventaban historias acerca de diversos intentos para entrar en el convento, y le relataban circunstancias que, aunque no garantizaban su absoluta recuperación, bastaban al menos para abrigar la esperanza de que viviera. El marqués caía constantemente en el más terrible acceso de pasión, cada vez que le informaban del fracaso de estos supuestos intentos. Y aunque estaba convencido de que todas las diligencias tendrían el mismo resultado, se hacía la ilusión de que la siguiente sería más afortunada.

Theodore era el único que se esforzaba en llevar a efecto las quimeras de su amo. Estaba siempre ocupado en idear planes para entrar en el convento, o al menos para conseguir de las monjas alguna noticia de Inés. Ejecutar estos planes era el único motivo que podía moverle a separarse de don Raimundo. Se convirtió en un auténtico Proteo, cambiando de aspecto cada día; pero todas estas metamorfosis daban muy poco resultado: regresaba siempre al palacio de las Cisternas sin noticias que confirmasen las esperanzas de su amo. Un día, se le metió en la cabeza disfrazarse de mendigo. Se puso un parche en el ojo izquierdo, y con una guitarra en la mano, se apostó junto a la entrada del convento.

«Si tienen a Inés verdaderamente encerrada en el convento —pensó—, y oye mi voz, la recordará; posiblemente encontrará el medio de hacérmelo saber, si está aquí».

Con esta idea se mezcló con la multitud de mendigos que se congregaba a diario a las puertas de Santa Clara para recibir la sopa que las monjas acostumbraban distribuir a las doce. Todos iban provistos de tazones o escudillas para llevársela, pero como Theodore no tenía ningún utensilio de esta clase, pidió que se la dejasen tomar en la puerta del convento. Consiguió el permiso sin dificultad. Su dulce voz y su atractivo semblante, a pesar del parche en el ojo, se ganaron el corazón de la vieja portera, la cual, ayudada por una hermana, se encargaba de dar a cada uno su ración. Pidió a Theodore que esperase a que se hubiesen marchado los demás, y prometió que entonces le serviría. El joven no deseaba otra cosa, ya que no era la sopa lo que le había traído al convento. Dio las gracias a la portera por su permiso, se retiró de la puerta y, sentándose en el poyo, se entretuvo tocando la guitarra mientras servían a los mendigos.

Tan pronto como se hubo marchado la multitud, la portera hizo una seña a

Theodore para que entrase. Obedeció él con infinita presteza, pero fingió un gran respeto al cruzar el sagrado umbral, y sentirse cohibido ante la presencia de las reverendas damas. Su infinita timidez halagó la vanidad de las monjas, que procuraron tranquilizarle. La portera le condujo a su pequeño locutorio. Entretanto, la hermana lega fue a la cocina y regresó con una ración doble de sopa, de mejor calidad que la repartida a los mendigos. Su anfitriona añadió algunas frutas y dulces de su propia reserva, y las dos le animaron a que comiese cuanto quisiera. A todas estas atenciones respondió él con mucha gratitud, y derramó abundantes bendiciones sobre sus benefactoras. Mientras comía, las monjas admiraron la delicadeza de su semblante, la belleza de su pelo y la dulzura y la gracia que acompañaban a todos sus gestos. Se lamentaron en voz baja de que un joven tan encantador estuviese expuesto a las seducciones del mundo, y coincidieron en que podría ser un valioso pilar para la Iglesia católica. Concluyeron su conferencia decidiendo que se le haría un auténtico servicio al Cielo si pedían a la priora que intercediese ante Ambrosio para que admitiese al mendigo en la orden de los capuchinos.

Decidido esto, la portera, que era persona de gran influencia en el convento, se encaminó a toda prisa a la celda de la superiora. Hizo aquí un relato tan ardoroso de los méritos de Theodore que la vieja dama sintió curiosidad por verle. De modo que encargó a la portera que le condujese a la reja del locutorio. Entretanto, el fingido mendigo preguntó a la hermana qué había pasado con Inés; pero sus palabras no hicieron más que corroborar las afirmaciones de la superiora: dijo que Inés había caído enferma al regresar de la confesión, que desde aquel momento no abandonó ya la cama, y que ella misma había estado presente en el funeral. Incluso declaró haber visto su cuerpo muerto, y ayudado con sus propias manos a meterla en el ataúd. Este informe desalentó a Theodore. Sin embargo, dado que ya estaba tan metido en la aventura decidió esperar a ver cómo terminaba.

Regresó, pues, la portera, y le ordenó que la siguiese. Obedeció y fue conducido al locutorio, donde la madre priora se hallaba ya en las rejas. La rodeaban todas las monjas, deseosas de presenciar una escena que prometía alguna diversión. Theodore las saludó con profundo respeto, y su presencia tuvo el poder de suavizar por un momento el ceño adusto de la superiora. Le hizo varias preguntas acerca de sus padres, su religión, y qué le había reducido al estado de mendicidad. Las respuestas a estas preguntas fueron perfectamente satisfactorias y perfectamente falsas. Entonces se le preguntó qué opinaba sobre la vida monástica. Él contestó en términos de gran estima y respeto por ella. Tras lo cual, la priora le dijo que no era imposible conseguir su ingreso en una orden religiosa; que su recomendación salvaría el obstáculo de su pobreza, y que si ella veía que lo merecía, podía contar con su protección en el futuro. Theodore le aseguró que su mayor ambición sería merecer su favor. Así que la superiora le

ordenó que volviese al día siguiente, para seguir hablando de este asunto, y abandonó el locutorio.

Las monjas, a quienes el respeto a la superiora las había mantenido en silencio hasta entonces, se apiñaron todas en la reja y asaltaron al joven con multitud de preguntas. Él ya las había estudiado una por una con atención. Pero ¡ay!, Inés no estaba entre ellas. Las monjas le acosaron con tantas cuestiones que apenas le era posible contestar. Una quería saber dónde había nacido, dado que su acento denotaba que era extranjero; otra, por qué llevaba un parche en el ojo izquierdo. La hermana Elena preguntó si tenía una hermana como él, ya que le gustaría tener a una compañera así; y la hermana Raquel se mostró convencida de que el hermano sería mejor compañero aún. Theodore se divirtió relatando a las crédulas monjas como verdades todas las extrañas historias que su imaginación fue capaz de inventar. Les contó sus supuestas aventuras, y llenó de asombro a sus oyentes, hablándoles de gigantes, salvajes, naufragios, e islas habitadas por antropófagos, y hombres cuyas cabezas crecen bajo los hombros con muchas otras circunstancias excepcionales por demás. Dijo que había nacido en *Terra Incognita*, que se había educado en una universidad hotentote, y que había pasado dos años entre los americanos de Silesia.

—En cuanto a la pérdida del ojo —dijo—, fue en justo castigo por mi falta de respeto a la Virgen, cuando hice mi segunda peregrinación a Loreto. Estaba cerca del altar de la milagrosa capilla. Los monjes adornaban la imagen con sus mejores atavíos. Se ordenó a los peregrinos que cerrasen los ojos durante esta ceremonia. Pero aunque soy por naturaleza extremadamente religioso, mi curiosidad fue demasiado fuerte. En el momento… ¡Os causaré horror, reverendas madres, cuando os revele mi crimen…! En el momento en que los monjes le cambiaban la enagua, me atreví a abrir el ojo izquierdo y echar una miradita. ¡Esa fue la última! La gloria que envolvió a la Virgen era demasiado intensa para soportarla. ¡Me apresuré a cerrar mi ojo sacrílego, y desde entonces ya no fui capaz de abrirlo más!

Ante la relación de este milagro, las monjas se santiguaron, y prometieron interceder ante la Virgen para que recobrase la vista. Expresaron su asombro ante lo dilatado de sus viajes y las extrañas aventuras que había corrido a tan corta edad. Luego repararon en su guitarra, y le preguntaron si era aficionado a la música. Él contestó con modestia que no era él quien debía juzgar sus habilidades, aunque solicitaba permiso para que juzgasen ellas. Se lo concedieron sin dificultad.

—Pero —dijo la portera— tened cuidado de no cantar nada profano.

—Confiad en mi discreción —replicó Theodore—: oiréis cuán peligroso es para las jóvenes abandonarse a sus pasiones, por la aventura de una joven dama que se enamoró súbitamente de un caballero desconocido.

—Pero ¿es cierta la aventura? —preguntó la portera.

—Palabra por palabra. Ocurrió en Dinamarca, y se dice que la heroína era tan bella que no se la conocía por otro nombre que el de « la hermosa doncella» .

—¿En Dinamarca decís? —murmuró una monja vieja—. ¿No son negros todos los de Dinamarca?

—De ningún modo, reverenda madre; son de un delicado verde guisante, con el pelo y las patillas rojizas como el fuego.

—¡Madre de Dios! ¿Verde guisante? —exclamó la hermana Elena—. ¡Oh, es imposible!

—¿Imposible? —dijo la portera con una mirada de desprecio y regocijo—. De ningún modo: cuando yo era joven, recuerdo que vi a varias personas así.

Theodore se puso a templar su instrumento. Había leído la historia de un rey de Inglaterra cuyo encarcelamiento fue descubierto por un trovador, y esperaba que aquel mismo ardid le permitiera descubrir el de Inés, si es que estaba en el convento. Eligió una balada que ella le había enseñado en el castillo de Lindenberg. Tal vez llegase a ella la música, y le oyese contestar algunas estrofas. Templada ya su guitarra, se dispuso a cantar.

—Pero antes de empezar —dijo—, es necesario informaros, madres, de que Dinamarca está terriblemente infestada de hechiceras, brujas y malos espíritus. Todos los elementos poseen sus demonios apropiados. Los bosques son frecuentados por un poder maligno llamado el Rey de los Robles o de los Enanos. Es él quien seca los árboles, estropea las cosechas y manda sobre los trasgos y los duendes. Se aparece en forma de un anciano de majestuosa figura, con una corona dorada y una larga barba blanca. Su principal diversión consiste en atraer a los niños y quitárselos a los padres, y en cuanto los mete en su cueva, los destroza en mil pedazos. Los ríos son gobernados por otro demonio, llamado el Rey de las Aguas. Su misión es agitar el piélago, provocar naufragios y hundir a los marineros bajo las olas. Adopta el aspecto de un guerrero, y se dedica a atraer a las jóvenes vírgenes hacia alguna trampa. Dejo que imaginéis, reverendas madres, lo que hace con ellas cuando las coge en el agua. El Rey de las Aguas, al parecer, es un hombre formado de llamas: provoca los meteoros y las luces erráticas que extravían a los viajeros hacia las charcas y las ciénagas, y dirige el rayo hacia donde más daño puede causar. El último de estos demonios elementales se llama el Rey–Nube. Tiene la figura de un joven hermoso, y se distingue por sus dos grandes alas negras. Aunque exteriormente es encantador, no tiene mejor disposición que los demás. Está constantemente dedicado a provocar tormentas, arrancar bosques, derrumbar castillos y conventos y sepultar a sus habitantes. El primero tiene una hija que es reina de los elfos y las hadas. El segundo tiene una madre que es una poderosa hechicera. Ninguna de estas dos damas vale más que los señores. No recuerdo haber oído que se les atribuya familia alguna a los otros dos demonios, pero hasta ahora no tengo nada que ver con ninguno de ellos, salvo con el de las aguas, que es el héroe de mi

balada; pero he creído necesario, antes de empezar, daros alguna idea de sus actuaciones…

Theodore tocó a continuación una breve tonada, después de la cual, alzando la voz lo más posible para llegar a oídos de Inés, cantó las siguientes estrofas:

EL REY DE LAS AGUAS
(Balada danesa)

Con blando murmullo corría el río
Y por su florida y fragante ribera,
La hermosa doncella, cantando alegre,
A la iglesia de María caminaba.

El ojo maligno del demonio de las aguas
La vio andar presurosa por la orilla.
Corrió entonces a su madre–bruja
Y con acento suplicante así le pidió:

«¡Oh, madre! ¡Madre! Aconsejadme,
Cómo puedo sorprender a esa doncella.
¡Oh, madre! ¡Madre! Explicadme al punto
Cómo la puedo conseguir».

La bruja le dio una armadura blanca;
Lo vistió de airoso caballero;
Del agua clara su mano formó luego
Un corcel, con jaeces de arena.

El Rey de las Aguas fue raudo entonces,
A la iglesia de María encaminó sus pasos.
Ató el corcel a la puerta
Y paseó tres veces cuatro por el atrio.

A la puerta ató el corcel,
Paseó tres veces por cuatro por el atrio de la iglesia;
Luego entró en la nave, donde todos
Estaban congregados, los grandes y los pequeños.

Dijo el sacerdote, al acercarse el caballero:
«¿Por qué viene aquí el blanco capitán?».
La hermosa doncella sonrió, y se dijo:
«¡Oh, cómo quisiera ser la esposa del blanco capitán!».

El caballero avanzó hacia los bancos uno y dos.
«¡Oh, hermosa doncella, muero por vos!»
Llegó a los bancos dos y tres,
«¡Oh, hermosa doncella, conmigo vendréis!».

Luego sonrió la hermosa doncella;
Y dijo, dándole la mano,
«Para mi gozo, para mi desgracia,
Por el monte, por el valle, con vos iré».

El sacerdote sus manos junta.
Danzan mientras clara brilla arriba la luna.
Poco sabe la radiante doncella
Que su esposo es el duende de las aguas.

¡Oh!, si algún espíritu hubiese cantado
«¡Vuestro esposo es el Rey de las Aguas!».
La doncella habría temido y odiado,
Y maldecido la mano que apretaba.

Pero nada pudo hacerle sospechar
Lo cerca que estaba del peligro,
Así que siguió y, la mano en la mano,
Los amantes llegaron a la arena.

«Subid conmigo a este corcel, amada mía;
Debemos cruzar las aguas de ese río.
Saltad con decisión, que no es profundo.
Los vientos están quietos, la ola duerme.»

Así habló el Rey de las Aguas. La doncella
Obedeció el deseo del esposo traidor
Y en seguida vio al corcel mojarse
Encantado en las aguas de su madre.

«¡Parad! ¡Parad, mi amor! ¡Que ya mis pies
Se hunden en estas aguas azules!»
«¡Oh, desechad vuestros temores, mi dulce amor,
Que ya hemos llegado a lo más profundo!»

«¡Parad! ¡Parad! ¡Mi amor! ¡Pues ahora veo
Subir las aguas por encima de mis rodillas!»

«¡Oh, desechad vuestros temores, mi dulce amor,
Que ya hemos llegado a lo más profundo!»

«¡Parad! ¡Parad! ¡Por Dios, parad! ¡Pues, oh,
Las aguas corren ya sobre mi pecho!»
Apenas dijo estas palabras, cuando el caballero
Y el corcel desaparecieron de su vista.

Grita entonces, pero grita en vano;
Los vientos locos alzan su grito terrible.
El espíritu ríe, las olas suben
Y cubren a la víctima desventurada.
Tres veces, mientras luchaba con la corriente,
Se oyó gritar a la hermosa doncella;
Pero cuando la furiosa tempestad hubo acabado,
A la hermosa doncella no se la volvió a ver más.
¡Advertid por esta historia, muchachas inocentes,
A quién dais vuestro amor!
¡No creáis a cualquier apuesto caballero,
Y no dancéis con el Duende de las Aguas!

El joven dejó de cantar. Las monjas estaban fascinadas con la dulzura de su voz y su magistral forma de tocar el instrumento. Pero por muy aceptable que hubiera sido este aplauso en cualquier otra ocasión, ahora dejaba indiferente a Theodore. Su estratagema no había dado resultado. En vano guardó pausas entre una estrofa y otra: ninguna voz contestó a la suya; de modo que perdió toda esperanza de emular a Blondel.

La campana del convento advirtió a las monjas de que era hora de acudir al refectorio. Tenían que marcharse de la reja; dieron las gracias al joven por la distracción que les había proporcionado su música, y le pidieron que volviese al día siguiente, cosa que prometió. Las monjas, para favorecer aún más su inclinación a mantener su palabra, le dijeron que podía confiar siempre en el convento para sus comidas, y cada una de ellas le hizo un pequeño regalo. Una le dio una caja de dulces; otra, un agnusdéi; unas le trajeron reliquias de santos, imágenes de cera y crucifijos consagrados; y otras le ofrecieron piezas de labores en las que destacan las religiosas, como bordados, flores artificiales, encajes y trabajos de punto. Le aconsejaron que vendiese todas estas cosas a fin de procurarse alivio a su estado; y le aseguraron que le sería fácil enajenarlas, ya que los españoles estimaban mucho los trabajos de las monjas. Tras recibir todos estos regalos con aparente respeto y gratitud, contestó que, no teniendo ninguna cesta, no sabía cómo llevárselas. Varias de las monjas se apresuraron a buscarle una, pero se detuvieron al hacer su aparición una dama mayor, a la que

Theodore no había visto hasta ahora: su semblante apacible y respetable actitud le predispusieron inmediatamente a su favor.

—¡Ah! —dijo la portera—; ahí viene la madre Santa Úrsula con una cesta.

La monja se acercó a la reja y le ofreció la cesta a Theodore: estaba hecha de mimbre, forrada de raso azul, y en los cuatro lados tenía pintadas escenas de la leyenda de Santa Genoveva.

—Aquí está mi regalo —dijo, al tiempo que se la tendía—. No lo despreciéis, mi buen mancebo. Aunque su valor parece insignificante, posee muchas virtudes ocultas.

Y acompañó sus palabras con una mirada significativa. No pasó desapercibida a Theodore: se acercó lo más posible a la reja para recibir el regalo.

—¡Inés! —susurró ella en voz apenas perceptible.

Theodore, sin embargo, lo captó. Supuso que la cesta ocultaba algún misterio, y su corazón latió de impaciencia y de gozo. En ese momento regresó la superiora. Tenía una expresión sombría y adusta, y parecía, si eso era posible, más severa que nunca.

—Madre Santa Úrsula, desearía hablar con vos en privado.

A la monja se le mudó el color, y se quedó visiblemente desconcertada.

—¿Conmigo? —repitió con voz vacilante.

La superiora le hizo seña de que la siguiera, y se retiró. La madre Santa Úrsula obedeció; poco después, la campana de la iglesia llamó al refectorio por segunda vez; las monjas abandonaron la reja, y Theodore quedó en libertad para llevarse su recompensa. Encantado de haber conseguido al fin alguna noticia para el marqués, voló, más que corrió, hasta que llegó al palacio de las Cisternas. A los pocos minutos se encontraba en el aposento, tratando de reconciliar a su amigo con una desventura que él mismo juzgaba demasiado severa. Theodore contó su aventura, y las esperanzas que el regalo de la madre Santa Úrsula había hecho renacer en él. El marqués se incorporó catapultado de su almohada: aquel fuego que parecía haberse apagado desde la muerte de Inés se reavivó en su pecho, y sus ojos centellearon con la ansiedad de la expectación. No parecieron menos inflamadas las emociones del semblante de Lorenzo, el cual aguardó con indecible impaciencia la explicación del misterio. Raimundo cogió la cesta de manos de su paje. Vació el contenido sobre la cama y lo examinó detenidamente. Esperaba encontrar una carta en el fondo, pero no vio nada semejante. Reanudó la búsqueda, pero sin mejor resultado. Finalmente, don Raimundo observó que uno de los ángulos del forro de raso azul estaba descosido; lo desgarró apresuradamente, y extrajo un trozo de papel, sin doblar ni sellar. Iba dirigido al marqués de las Cisternas, y decía lo siguiente:

«Habiendo reconocido a vuestro paje, me atrevo a enviaros estas líneas.

Obtened una orden del duque–cardenal para detener a mi persona y a la de la superiora. Pero procurad que no se lleve a efecto hasta el viernes por la noche. Es la festividad de Santa Clara: habrá una procesión de monjas con antorchas, y yo estaré entre ellas. Cuidad de no dar a conocer a nadie vuestra intención. Si una sola palabra despertase las sospechas de la superiora, no volveríais a saber más de mí. Sed precavido, si apreciáis la memoria de Inés y deseáis castigar a sus asesinos. Lo que tengo que decir os helará la sangre de horror.»

Santa Úrsula

Tan pronto como el marqués leyó la nota, se derrumbó de nuevo en la almohada, sin sentido. Había perdido la esperanza que hasta ahora había sostenido su existencia; estas líneas le convencieron de manera concluyente de que Inés ya no existía. Lorenzo encontró esta circunstancia menos rigurosa, ya que siempre había tenido la convicción de que su hermana había muerto de manera poco clara. Cuando vio por la carta de la madre Santa Úrsula que sus sospechas eran ciertas, dicha confirmación no suscitó en su pecho otro sentimiento que el deseo de castigar a los asesinos como se merecían. No fue empresa fácil hacer volver en sí al marqués. Tan pronto como recobró la palabra, prorrumpió en execraciones contra los que habían matado a su amada, y juró tomarse cumplida venganza. Siguió desvariando y atormentándose con impotente pasión, hasta que su organismo, debilitado por la aflicción y la enfermedad no pudo soportar más, y volvió a caer sin sentido. Su melancólica situación afectó sinceramente a Lorenzo, que de buena gana se habría quedado más tiempo en el aposento de su amigo. Pero otros cuidados requerían ahora su presencia. Era necesario conseguir la orden para detener a la priora de Santa Clara. A este propósito, después de dejar a Raimundo bajo los cuidados de los mejores médicos de Madrid, abandonó el palacio de las Cisternas y se encaminó hacia el palacio del duque–cardenal.

Su desencanto fue enorme cuando averiguó que asuntos de estado habían obligado al cardenal a desplazarse a una provincia lejana. Faltaban sólo cinco días para el viernes. Sin embargo, viajando día y noche, esperaba estar de regreso a tiempo para la procesión de Santa Clara. Y lo consiguió: encontró al duque–cardenal, y presentó ante él la supuesta culpabilidad de la priora, como también los violentos efectos que había ocasionado en don Raimundo. No podía haber aducido argumento de más peso que este último. De todos sus sobrinos, el marqués era el único por el que el cardenal sentía un sincero afecto. Estaba completamente encariñado con él, y la priora no podía haber cometido mayor crimen ante sus ojos que el haber puesto en peligro la vida del marqués. Por consiguiente, concedió la orden de arresto sin dificultad. También entregó a Lorenzo una carta para un oficial muy principal de la Inquisición, expresándole

su deseo de que se ejecutase su mandato. Provisto de estos documentos, Medina regresó apresuradamente a Madrid, adonde llegó el viernes, unas horas antes de anochecer. Encontró al marqués algo más recuperado, pero tan débil y agotado que no podía hablar sino con gran dificultad y esfuerzo. Después de pasar una hora junto a su lecho, Lorenzo le dejó ir a comunicar su propósito a su tío, y también a entregar la carta del cardenal a don Ramírez de Mello. Este se quedó petrificado de horror al enterarse del fin de su desventurada sobrina. Animó a Lorenzo a castigar a sus asesinos y se comprometió a acompañarle esa noche al convento de Santa Clara. Don Ramírez prometió su más firme apoyo, y eligió un grupo de arqueros de confianza para evitar toda oposición por parte del populacho.

Pero mientras Lorenzo estaba deseoso de desenmascarar a una religiosa hipócrita, ignoraba el dolor que otro le preparaba a él. Ayudado por los infernales agentes de Matilde, Ambrosio había decidido la ruina de la inocente Antonia. Le había llegado a esta el momento fatal. Había ido a despedirse de su madre, antes de retirarse a dormir. Al besarla, un inusitado desaliento inundó su pecho. Se marchó, pero luego regresó inmediatamente, se arrojó a sus brazos y bañó sus mejillas con sus lágrimas. Se sentía desasosegada; un secreto presentimiento le decía que no volverían a verse más. Elvira lo observó, y trató de quitarle, bromeando, sus infantiles aprensiones. La reprendió con dulzura por abrigar tan infundados presagios, y la advirtió de lo peligroso que era alentar tales ideas.

Por toda respuesta a estas reconvenciones, exclamó Antonia:

—¡Madre! ¡Mi querida madre! ¡Oh, pluguiera a Dios que fuese ya por la mañana!

Elvira, cuya preocupación por su hija era un gran obstáculo para su total restablecimiento, se hallaba aún bajo los efectos de su reciente enfermedad. Esta noche se sentía más indispuesta de lo habitual, y se había acostado antes de la hora acostumbrada. Antonia se retiró de la alcoba de su madre con pesar; y hasta el instante de cerrar la puerta, mantuvo los ojos fijos en ella con expresión melancólica. Se encerró en su propio aposento. Sentía el corazón lleno de amargura. Le parecía que habían naufragado todas sus esperanzas de futuro, y que el mundo no contenía nada por lo que valiese la pena vivir. Se dejó caer en una silla, reclinó la cabeza sobre el brazo, y se quedó contemplando el suelo con mirada vacía, mientras las imágenes más sombrías flotaban ante su imaginación. Se encontraba aún en este estado de insensibilidad, cuando la volvió en sí una dulce melodía que sonó debajo de su ventana. Se levantó, se acercó y la abrió para oírla con más claridad. Tras colocarse el velo sobre el rostro, se aventuró a asomarse. A la luz de la luna vio a varios hombres con laúdes y guitarras. A cierta distancia de ellos había otra figura envuelta en su capa, cuya estatura y aspecto guardaban gran parecido con las de Lorenzo. No se equivocaba. En efecto, era el propio Lorenzo, el cual, obligado por su palabra a no presentarse delante de

Antonia sin el consentimiento de su tío, le brindaba esta serenata para convencer a su amada de que aún sentía el mismo afecto por ella. Su estratagema no obtuvo el efecto deseado. Antonia estaba lejos de suponer que esta música nocturna tuviera por objeto agasajarla: era demasiado modesta para considerarse merecedora de tales atenciones, y creyendo que debía ir dirigida a alguna dama vecina, se sintió apenada de ver que era Lorenzo quien la ofrecía.

La tonada que cantaron era doliente y melodiosa. Concordaba con el estado de ánimo de Antonia, que la escuchó con placer. Tras un preludio más o menos largo, se elevaron las voces, y Antonia distinguió las siguientes palabras:

SERENATA

Coro

¡Oh! ¡Prorrumpe en dulce acorde, mi lira!
¡Es aquí donde descansa la belleza:
Describe el dolor del profundo anhelo
Que desgarra el pecho del amante fiel!

Canción

En todo corazón hallar un esclavo,
En toda alma asentar su reino,
En ataduras llevar al sabio y al bravo,
Y hacer besar al cautivo su cadena.
Tal es el poder del amor, y, ¡oh,
Cuánto deseo conocer su fuerza!
Pasar la vida en suspiros,
Por haber gustado un sueño fragmentario y breve.
Por un objeto remoto, inalcanzable,
Despreciarlo todo, velar, llorar,
Tal es la pena del amor, y, ¡oh,
Cuánto deseo conocer el dolor del amor!
Leer el sí en unos ojos virginales,
Besar los labios jamás besados,
Oír cómo se eleva el suspiro de transporte,
Y besar y besar, y besar de nuevo.
Tales son tus placeres, amor;
Pero ¡oh!, ¿cuándo mi corazón conocerá tu gozo?

Coro

¡Ahora calla, lira mía!

¡Baje mi voz!
¡Duerme, dulce doncella!
Y que el anhelo
Tus visiones llene de pensamientos amorosos,
Aunque baje mi voz, y mi lira calle.

Cesó la música. Se alejaron los cantores, y volvió a reinar el silencio en toda la calle. Antonia abandonó la ventana con pesar. Como era su costumbre, invocó la protección de Santa Rosalía, rezó sus habituales oraciones y se acostó. No tardó en vencerla el sueño, y su presencia se libró de los terrores de la inquietud.

Eran casi las dos, cuando el lujurioso monje dirigió sus pasos hacia la morada de Antonia. Ya se ha dicho que la abadía estaba a no mucha distancia de la calle de Santiago. Llegó al portal sin ser visto. Se detuvo aquí, y vaciló un momento. Pensó en la enormidad de su crimen; las consecuencias, en caso de ser descubierto, y la probabilidad, después, de que Elvira sospechase que había sido él el violador de su hija. Sin embargo, pensó, no podría pasar de la mera sospecha, no podría aportar ninguna prueba de su culpabilidad, y le sería imposible alegar que se hubiese cometido violación sin que Antonia supiese cuándo, dónde y por quién; finalmente, juzgaba su fama demasiado sólidamente cimentada para que la sacudiesen las infundadas acusaciones de dos desconocidos. Este último argumento era completamente falso: ignoraba lo inseguro que es el aire del aplauso popular, y que basta un instante para que se gane el odio del mundo del que ayer era su ídolo. El resultado de las deliberaciones del monje fue proseguir en su empresa. Subió la escalera que conducía a la casa. Tan pronto como tocó la puerta con el mirto de plata, se abrió de par en par y le ofreció libre acceso. Entró, y la puerta se cerró tras él por sí misma.

Guiado por la luz de la luna, siguió escalera arriba con paso lento y precavido. Miraba en torno suyo a cada momento con aprensión y ansiedad. Veía un espía en cada sombra y oía una voz en cada murmullo de la brisa. La conciencia del culpable negocio que le traía le paralizaba el corazón y se lo volvía más tímido que el de una mujer. Sin embargo, siguió adelante. Llegó a la cámara de Antonia. Se detuvo, y escuchó. Todo estaba tranquilo en el interior. El silencio le convenció de que su presunta víctima se había retirado a descansar, de modo que se aventuró a levantar el pestillo. Estaba echado el cerrojo, y la puerta resistió. Pero tan pronto como la tocó con el talismán, se descorrió el cerrojo. El violador cruzó el umbral, y se encontró en la cámara donde dormía la inocente muchacha, ignorante de que un peligroso visitante se acercaba a su lecho. Se cerró la puerta tras él, y la cerradura volvió a su posición anterior.

Ambrosio avanzó con precaución. Procuró que no crujiese la madera bajo sus pasos, y contuvo el aliento al acercarse a la cama. Su primera atención se

concentró en ejecutar la ceremonia mágica tal como Matilde le había instruido. Sopló tres veces sobre el mirto de plata, pronunció sobre él el nombre de Antonia, y lo depositó sobre su almohada. Los efectos que ya había producido no le permitían dudar de su éxito en prolongar el sueño de su adorada. No bien hubo ejecutado el encantamiento, la consideró absolutamente en su poder, y sus ojos brillaron de impaciencia y lujuria. Ahora se aventuró a echar una mirada a la belleza dormida. Una simple lámpara que ardía ante la imagen de Santa Rosalía difundía una débil luz por la habitación, y le permitía contemplar los encantos de la adorable criatura que tenía ante sí. El calor de la época la había obligado a apartar parcialmente la sábana. La mano insolente de Ambrosio se apresuró a retirarla del todo. Dormía con la mejilla apoyada sobre un brazo de marfil. El otro descansaba sobre el borde de la cama con encantador abandono. Unos cuantos bucles de sus cabellos se habían escapado de debajo de la muselina que sujetaba los demás, y caían descuidadamente sobre su pecho, que se alzaba con su lenta y regular respiración. El calor del ambiente había encendido sus mejillas más de lo corriente. Una sonrisa de inefable dulzura jugaba en sus labios perfectos y coralinos, de los que escapaba de vez en cuando algún dulce suspiro o alguna frase pronunciada a medias. Un aire de encantadora inocencia y candor irradiaba de toda su forma; y había una especie de pudor en su misma desnudez que añadía un incentivo más a los deseos del lujurioso monje.

Permaneció unos momentos devorando con los ojos aquellos encantos que no tardarían en quedar sometidos a sus desordenadas pasiones. Su boca entreabierta parecía solicitar un beso. Se inclinó sobre ella, pegó sus labios a los de Antonia, y aspiró extasiado la fragancia de su aliento. Este placer momentáneo aumentó sus ansias frenéticas, por las que se mueven los brutos. Decidió no demorar un instante más el cumplimiento de sus deseos, y procedió a arrancarle aquellas ropas que impedían la satisfacción de su lujuria.

—¡Dios misericordioso! —exclamó una voz detrás de él—. ¿Me engañarán mis sentidos? ¿No es esto una ilusión?

El terror, la confusión y el desencanto acompañaron a estas palabras al herir los oídos de Ambrosio. Se sobresaltó este, y se volvió instantáneamente. Elvira estaba en la puerta de la cámara, y miraba al monje con expresión de estupor y abominación.

Una espantosa pesadilla le había representado a Antonia al borde de un precipicio. La vio temblar en el mismísimo ángulo: a cada instante parecía que iba a precipitarse, y la oía llamarla a gritos: « ¡Salvadme, madre! ¡Salvadme…! ¡Dentro de un instante será demasiado tarde!» . Elvira se despertó aterrada. La visión le había causado tal impresión que no podría descansar hasta asegurarse de que su hija estaba a salvo. Se levantó apresuradamente, se echó encima un salto de cama, cruzó el cuarto donde dormía la criada, y entró en la alcoba de Antonia justo a tiempo de rescatarla de las garras del violador.

La vergüenza de este y el asombro de ella parecieron convertirles en estatuas a los dos: Elvira y el monje se quedaron mirándose el uno al otro en silencio. La dama fue la primera en recobrarse.

—¡No es un sueño! —exclamó—. ¡Es realmente Ambrosio a quien tengo delante de mí! ¡Es el hombre a quien Madrid estima como un santo al que descubro a estas horas de la noche junto al lecho de mi desventurada criatura! ¡Monstruo de hipocresía! Ya sospechaba yo vuestros propósitos, aunque me abstuve de acusaros por compasión a la fragilidad humana. El silencio ahora sería criminal: la ciudad entera conocerá vuestra incontinencia. Os desenmascararé, villano, y convenceré a la iglesia de qué clase de víbora cobija en su pecho.

Pálido y demudado, el culpable temblaba ante ella. Con toda el alma habría deseado atenuar su delito, pero no encontraba disculpa a su comportamiento. No consiguió pronunciar más que frases incoherentes y excusas contradictorias. Elvira estaba demasiado furiosa para concederle el perdón que él solicitaba. Declaró que llamaría al vecindario, y le mostraría como ejemplo de todos los futuros hipócritas. Luego, corriendo a la cama, trató de despertar a Antonia; y viendo que sus voces no tenían respuesta, la cogió del brazo y la levantó de la almohada. El hechizo era demasiado poderoso. Antonia siguió insensible, y al soltarla su madre, cayó de nuevo en la almohada.

—¡Este sueño no puede ser natural! —exclamó la asombrada Elvira, cuya indignación aumentaba por momentos—. Aquí se oculta algún misterio. ¡Pero temblad, hipócrita; todas vuestras villanías serán desveladas muy pronto! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó—. ¡Aquí! ¡Flora! ¡Flora!

—¡Escuchadme un momento, señora! —exclamó el monje, recobrándose ante la inminencia del peligro—. ¡Por todo cuanto es santo y sagrado, os juro que el honor de vuestra hija no ha sido violado! ¡Perdonad mi trasgresión! Ahorradme la vergüenza de ser descubierto, y permitidme que regrese a la abadía sin problemas. ¡Os pido por compasión que me concedáis lo que os suplico! Os prometo no sólo que Antonia se verá libre de mí en el futuro, sino que el resto de mi vida demostrará…

Elvira le interrumpió bruscamente:

—¿Que Antonia se verá libre de vos? ¡Yo seré la que la libere! ¡No volveréis a traicionar la confianza de los padres! ¡Vuestra iniquidad quedará desvelada ante los ojos de la gente! Todo Madrid se estremecerá ante vuestra perfidia, vuestra hipocresía e incontinencia. ¡Eh! ¡Aquí! ¡Flora! ¡Flora! ¡Venid!

Mientras ella gritaba de este modo, el recuerdo de Inés le vino de repente a la memoria. Así le había suplicado ella misericordia, ¡y del mismo modo había rechazado él sus ruegos! Ahora le tocaba sufrir a él, y no podía por menos de reconocer que el castigo era justo. Entretanto, Elvira seguía llamando a Flora en su auxilio; pero le salía la voz tan estrangulada por la pasión que la criada, sumida

en un profundo sueño, seguía insensible a sus llamadas. Elvira no se atrevía a ir al cuarto donde Flora dormía, no fuese que el monje aprovechase la ocasión para escapar. Esta era, efectivamente, su intención. Él confiaba en que, si lograba llegar a la abadía sin ser visto por nadie más que por Elvira, el solo testimonio de esta sería insuficiente para arruinar su reputación, dado el prestigio que tenía en Madrid. Con esta idea recogió todas las ropas que ya se había quitado y corrió hacia la puerta. Elvira se dio cuenta de su intención. Le siguió, y antes de que pudiese descorrer el cerrojo, le cogió por el brazo y le detuvo.

—¡No intentéis huir! —dijo—. No saldréis de esta habitación sin testigos de vuestro delito.

Ambrosio pugnó en vano por desasirse. Elvira no soltó su presa, sino que redobló sus gritos de socorro. El peligro del fraile se hacía cada vez más inminente. Esperaba oír acudir a la gente de un momento a otro; así que, enloquecido ante la proximidad de su ruina, adoptó una resolución desesperada y salvaje. Se volvió súbitamente, agarró a Elvira por el cuello con una mano, a fin de evitar que continuase gritando, y con la otra, arrojándola violentamente al suelo, la arrastró hacia la cama. Ofuscada ante este inesperado ataque, no tuvo fuerzas para librarse de su mano. Entretanto, el monje cogió la almohada de debajo de la cabeza de la hija, cubrió con ella la cara de Elvira, y apretándole el estómago con la rodilla con todas sus fuerzas, trató de acabar con su vida. Y lo consiguió plenamente. Con su fuerza aumentada por la angustia excesiva, la víctima forcejeó cuanto pudo por librarse, pero en vano. El monje siguió con la rodilla sobre su pecho, y presenció sin misericordia los convulsivos estremecimientos de los miembros que tenía debajo y soportó con firmeza inhumana el espectáculo de su agonía, cuando el cuerpo y el alma estaban a punto de separarse. Finalmente, concluyó toda resistencia. Elvira dejó de luchar por su vida. El monje soltó la almohada y se quedó mirándola. Vio que su cara había adquirido una negrura espantosa. Sus miembros habían dejado de agitarse. La sangre se enfriaba ya en sus venas, el corazón había olvidado sus latidos, y sus manos estaban rígidas y sin vida. Ambrosio contempló ante sí aquella forma, antes noble y majestuosa, convertida ahora en un cadáver frío, insensible y repugnante.

No bien hubo perpetrado esta acción horrible, se dio cuenta de la enormidad de su crimen. Un frío sudor le bañó todos los miembros. Cerró los ojos; se dirigió tambaleante hacia una silla y se dejó caer en ella casi sin fuerzas, como la desdichada que yacía a sus pies. La necesidad de huir y el peligro de que le descubriesen en el aposento de Antonia le sacaron de este estado. No sintió deseos de sacar provecho de este crimen. Antonia le parecía ahora un objeto desagradable. Un frío mortal ocupaba el lugar de aquel ardor que había inflamado su pecho. En su espíritu no bullían otras ideas que las de la muerte y la culpa, la vergüenza presente y el futuro castigo. Acuciado por el remordimiento

y el miedo, se dispuso a huir. Sin embargo, sus terrores no le dominaron tan completamente como para dejar de tomar las necesarias precauciones para su seguridad. Volvió a colocar la almohada en la cama, recogió sus ropas, y con el fatídico talismán en la mano, se dirigió con paso inseguro hacia la puerta. Trastornado por el miedo, imaginó que una legión de fantasmas se oponía a su huida. Allí hacia donde se volvía, el desfigurado cadáver parecía cortarle el camino, y tardó bastante en llegar a la puerta. El mirto encantado produjo su anterior efecto: se abrió la puerta, y echó a correr escalera abajo. Llegó a la abadía sin ser visto; y tras encerrarse en su celda, abandonó su alma a las torturas de los vanos remordimientos y al terror de que le descubriesen.

Capítulo II

Tell us, ye Dead, will none of you in pity
To those you left behind disclose the secret?
O! That sorne courteous Ghost would blab it out, What'tis you are, and we must shortly be. I've heard, that Souls departed have sometimes Fore–
warned Men of their deaths: Twas kindly done
To knock, and give the alarum.

BLAIR

Ambrosio se estremeció de sí mismo cuando consideró sus rápidos progresos en la iniquidad. El enorme crimen que acababa de cometer le llenaba de verdadero horror. La imagen de Elvira asesinada estaba constantemente ante sus ojos, y ya pagaba su culpa con las agonías de su conciencia. El tiempo, sin embargo, debilitó estas impresiones. Pasó un día, y otro, sin que las sospechas recayesen sobre él. La impunidad le reconcilió con su culpa; empezó a recobrar el ánimo. Y a medida que se disipaba el temor de que le descubriesen, prestaba menos atención a los reproches del remordimiento. Matilde se esforzó en apaciguar sus inquietudes. Al enterarse de la muerte de Elvira, pareció afectarse profundamente y lamentó, junto con el monje, la desdichada catástrofe de su aventura. Pero en cuanto vio que su agitación se había apaciguado algo, y que se hallaba más dispuesto a escuchar sus argumentos, pasó a hablarle de su delito en los términos más suaves, y a convencerle de que no era tan culpable como él parecía considerarse. Le explicó que lo único que había hecho era hacer valer los derechos que la naturaleza otorga a cada uno, que son los de la autoconservación. Que podía haber perecido tanto Elvira como él, y que la inflexibilidad de ella y su decisión de arruinarle la habían señalado merecidamente como víctima. Después declaró que, como antes se había hecho sospechoso ante los ojos de Elvira, era una suerte que la muerte le hubiera sellado los labios, puesto que sin este último desenlace, sus sospechas se habrían divulgado, produciendo consecuencias muy desagradables. De modo que se había librado de un enemigo para quien los errores de su conducta se habían hecho tan manifiestos como para hacerle peligroso, y el cual era el más grande obstáculo en sus designios sobre Antonia. Designios que Matilde le animó a no abandonar. Pues le aseguró que sin la protección de la mirada vigilante de su madre, la hija sería una conquista fácil; y alabando y enumerando los encantos de Antonia, se esforzó en reavivar los

deseos del monje; esfuerzo que consiguió sobradamente.

Como si los crímenes a que su pasión le había empujado hubiesen aumentado su violencia, anheló con más avidez que nunca gozar de Antonia. Del mismo modo que había logrado ocultar su presente culpabilidad, esperaba ocultar la próxima. Se mantuvo sordo a los susurros de la conciencia, y decidió satisfacer sus deseos a cualquier precio. Sólo esperaba la ocasión de repetir su anterior intento. Pero ahora era imposible que el mismo medio le proporcionase dicha ocasión. En los primeros arrebatos de desesperación había roto en mil pedazos el mirto encantado. Matilde le dijo con toda claridad que no esperase nueva ayuda de los poderes infernales, a menos que estuviese dispuesto a suscribir las condiciones estipuladas. Ambrosio se mostraba decidido a no dar semejante paso. Estaba convencido de que, por grande que fuera su iniquidad, mientras conservase su derecho a la salvación, no tenía por qué desesperar de conseguir el perdón. Así que se negó decididamente a adquirir ninguna clase de compromiso o pacto con los espíritus malignos; y Matilde, viéndole tan porfiado en este aspecto, se abstuvo de insistirle más y se puso a darle vueltas a su imaginación para descubrir algún medio de poner a Antonia en manos del abad. Y no transcurrió mucho tiempo, cuando se presentó dicho medio.

Mientras se maquinaba de este modo su ruina, la desventurada joven sufría dolorosamente la pérdida de su madre. Cada mañana, al despertar, su primer cuidado había sido acudir a la cámara de Elvira. La mañana siguiente a la fatal visita de Ambrosio, se despertó más tarde de lo acostumbrado. Se dio cuenta de esto al oír las campanas de la abadía. Se levantó de la cama, se echó encima algún vestido, e iba a correr apresuradamente a preguntarle a su madre cómo había pasado la noche, cuando su pie tropezó con algo que le obstruía el paso. Lo miró. ¡Cuál no fue su horror al reconocer el lívido cadáver de Elvira! Profirió un grito desgarrado, y se arrojó al suelo. Estrechó la forma inanimada contra su pecho, la sintió fría, y con un impulso de repugnancia que no consiguió reprimir, la dejó caer nuevamente. El grito había alarmado a Flora, que acudió en su ayuda. El espectáculo que presenció la traspasó de horror; pero sus gritos de auxilio fueron más audibles que los de Antonia. Hizo vibrar la casa con sus lamentos, en tanto su ama, casi ahogada por el dolor, no manifestaba su desventura más que con sollozos y gemidos. Los alaridos de Flora llegaron inmediatamente a oídos de la dueña, cuyo terror y sorpresa fueron indescriptibles al saber la causa del alboroto. Fue mandado llamar inmediatamente un médico; pero en cuanto vio el cadáver declaró que la recuperación de Elvira estaba más allá de las posibilidades de su arte. Así que procedió a prestar asistencia a Antonia, la cual en ese momento estaba verdaderamente necesitada de ella. La trasladaron a la cama, mientras que la propietaria se ocupaba de impartir las órdenes necesarias para el entierro de Elvira. Doña Jacinta era una mujer afable, caritativa, generosa y devota, aunque

de pocas luces, y esclava miserable del miedo y la superstición. Le horrorizaba la idea de pasar la noche en la casa con un cadáver. Estaba segura de que se le aparecería el espectro de Elvira, y no menos convencida de que tal visita la mataría del susto. Tal convicción la decidió a pasar la noche en casa de una vecina e insistir en que se celebrase el funeral al día siguiente. Como el cementerio más cercano era el de Santa Clara, se decidió que Elvira fuese enterrada en él. Doña Jacinta se comprometió a sufragar todos los gastos del entierro. No sabía en qué situación quedaba Antonia, pero según la economía en que había vivido la familia, consideraba que no le vendría mal. Por consiguiente, abrigaba muy poca esperanza de recobrar dicho dinero alguna vez. Esta consideración, sin embargo, no le impidió cuidar de que el entierro se llevase a efecto con decencia, y mostrar por la desventurada Antonia todo el respeto posible.

Nadie muere de pesar. Ejemplo de esto fue Antonia. Ayudada por su organismo joven y sano, eliminó la postración en que la muerte de su madre la había sumido. Pero no fue tan fácil eliminar la postración del espíritu. Sus ojos estaban constantemente llenos de lágrimas. Cualquier pequeñez la afectaba y, evidentemente, alimentaba en su pecho una profunda y arraigada melancolía. La más leve mención de Elvira, la más trivial circunstancia que le recordase a su adorada madre, bastaban para provocarle una grave agitación. ¡Cuánto más habría sufrido, de haber sabido las agonías con que terminó su existencia! Pero de esto nadie tenía la más ligera sospecha. Elvira sufría fuertes convulsiones. Supusieron que, al sentir que le iban a acometer otra vez, se había esforzado en llegar a la cámara de su hija con la esperanza de que la asistiese; que sufrió un súbito ataque, demasiado violento para su ya debilitada salud, y que había expirado antes de darle tiempo a tomar la medicina que generalmente la aliviaba, y que se hallaba en un anaquel de la habitación de Antonia. Tal explicación fue firmemente creída por las pocas personas que se interesaban por Elvira. Su muerte se consideró un hecho natural, y no tardaron en olvidarlo todos, salvo la persona que tenía demasiados motivos para lamentar su pérdida.

Verdaderamente, la situación de Antonia era bastante embarazosa y desagradable. Se encontraba sola en medio de una ciudad cara y disipada. Estaba mal provista de dinero, y peor de amigos. Su tía Leonela se encontraba todavía en Córdoba y no sabía su dirección. No había tenido noticias del marqués de las Cisternas; por lo que se refería a Lorenzo, hacía tiempo que había abandonado la idea de que poseyera ningún interés por ella. No sabía a quién dirigirse en su presente dilema. Quería consultar a Ambrosio. Pero recordaba las instrucciones de su madre de evitar su trato en lo posible, y la última conversación que tuvieron las dos sobre este tema le dio a entender suficientemente sus intenciones, a fin de que estuviese en guardia contra él en el futuro. Sin embargo, todas las advertencias de su madre no podían hacerle cambiar su buena opinión del fraile.

Seguía pensando que esta amistad y relación eran imprescindibles para su dicha. Consideraba sus flaquezas con ojos imparciales, y no podía convencerse de que hubiese intentado realmente su ruina. Sin embargo, Elvira le había ordenado enérgicamente que dejase de tratarle, y ella tenía demasiado respeto por su madre para desobedecerla.

Por último, resolvió dirigirse al marqués de las Cisternas para pedirle consejo y amparo, dado que era su pariente más próximo. Le escribió, informándole brevemente de su desolada situación; le suplicaba que se apiadase de la hija de su hermano, que le siguiese pasando a ella la pensión de Elvira y le autorizase para retirarse al viejo castillo que él poseía en Murcia, el cual había sido su refugio hasta ahora. Después de lacrar la carta, se la dio a la fiel Flora, que inmediatamente salió a ejecutar la comisión. Pero Antonia había nacido bajo el signo de una mala estrella. De haber recurrido al marqués tan sólo un día antes, acogida como sobrina y colocada a la cabeza de su familia, habría escapado a todas las desventuras que ahora la amenazaban. Raimundo siempre había tenido idea de hacerlo así, pero su esperanza, primero, de hacerle la proposición a Elvira a través de los labios de Inés, y después, su desencanto ante la pérdida de la prometida esposa, así como la grave enfermedad que durante algún tiempo le había tenido confinado en la cama, le obligaron a diferir de día en día el dar asilo en su casa a la viuda de su hermano. Había encargado a Lorenzo que la proveyese de dinero en abundancia. Pero Elvira, poco deseosa de contraer obligaciones con este noble, le había asegurado que ella no tenía necesidad inmediata de ayuda pecuniaria. Por tanto, el marqués no imaginaba que una pequeña demora por su parte pudiese originar ninguna dificultad; y el pesar y la agitación de su espíritu podían muy bien excusar su descuido.

De haber sido informado de que la muerte de Elvira había dejado a su hija desamparada y sin amigos, habría tomado medidas, evidentemente, que la hubiesen protegido contra todo peligro. Pero no estaba destinada Antonia a tener tanta suerte. El día que ella envió su carta al palacio de las Cisternas, fue el día siguiente de marcharse Lorenzo de Madrid. El marqués se encontraba en los primeros paroxismos de la desesperación, convencido de que, efectivamente, Inés no existía ya. Deliraba, y dado que su vida corría peligro, no permitían que se le acercase nadie. A Flora se le notificó que era incapaz de atender a carta ninguna, y que probablemente se decidiría su destino en cuestión de horas. Con tan poco satisfactoria respuesta, se vio obligada a regresar con su señora, que ahora se hallaba sumida en más grandes dificultades que nunca.

Flora y doña Jacinta se esforzaron en consolarla. La segunda le rogó que no se preocupara, que podía seguir viviendo en su casa cuanto desease, que ella la trataría como a su propia hija. Antonia, viendo que la buena mujer le había cobrado verdadero afecto, se sintió algo más tranquilizada, pensando que al menos tenía a una amiga en el mundo. Recibió entonces una carta, dirigida a

Elvira. Reconoció la letra de Leonela; y al abrirla gozosa, encontró la detallada relación de las aventuras de su tía en Córdoba. Informaba a su hermana que había recobrado su legado, había perdido su corazón, y había recibido a cambio el del más amable de los boticarios, pasados, presentes y futuros. Añadió que estaría en Madrid el martes por la noche, y que tenía intención de presentar a su caro esposo en persona. Aunque su matrimonio estaba lejos de complacer a Antonia, el pronto regreso de Leonela produjo gran alegría en su sobrina. Se animó al pensar que una vez más estaría bajo el cuidado de una pariente. No podía por menos de pensar que era enormemente impropio que una joven viviese entre absolutos desconocidos, sin nadie que regulase su conducta o la protegiese de las ofensas a las que su desamparada condición la exponía. Así que esperó con impaciencia el martes por la noche.

Y llegó el día. Antonia escuchaba ansiosa los carruajes que pasaban por la calle. Ninguno se detenía, y comenzaba a hacerse tarde sin que apareciese Leonela. No obstante, Antonia decidió seguir levantada hasta que llegase su tía, y a pesar de todas las protestas de doña Jacinta y de Flora, insistió en velar. Las horas transcurrieron lentas y tediosas. La marcha de Lorenzo había puesto fin a sus serenatas. Antonia esperó en vano oír el habitual sonido de las guitarras bajo su ventana. Cogió la suya, y tocó algunos acordes. Pero la música, esa noche, había perdido todo encanto para ella, y no tardó en volver a dejar el instrumento en su estuche. Se sentó ante el bastidor, pero nada le salía bien. Le faltaban sedas, se rompía el hilo a cada momento, y las agujas eran tan hábiles en equivocarse, que parecían tener vida propia. Por último, cayó una gota de cera del cirio que tenía cerca sobre su guirnalda de violetas favorita. Esto la desalentó completamente. Dejó la aguja y abandonó el bordado. Estaba visto que nada era capaz de distraerla. Se sentía presa del aburrimiento, y se dedicó a hacer votos por que llegase su tía.

Estaba paseando arriba y abajo con indiferencia por la habitación, cuando sus ojos se fijaron casualmente en la puerta que daba acceso a la habitación que había sido de su madre. Recordó que la pequeña biblioteca de Elvira seguía allí, y pensó que tal vez podría encontrar algún libro que la distrajese hasta que llegara Leonela. Así que cogió la palmatoria de la mesa, cruzó el cuarto pequeño y entró al aposento contiguo. Al mirar en torno suyo, los objetos de la habitación le evocaron mil pensamientos dolorosos. El silencio total que reinaba en toda la cámara, la cama despojada de sus sábanas, la fría chimenea en la que había una lámpara apagada y unas cuantas plantas medio secas en la ventana, olvidadas desde la muerte de Elvira, inspiraron a Antonia un melancólico temor. La oscuridad de la noche daba más fuerza a esta sensación. Colocó la luz sobre la mesa y se hundió en una gran butaca, en la que había visto a su madre sentada miles de veces. ¡Ya no la vería allí otra vez! Sin quererlo, las lágrimas inundaron sus mejillas, y se abandonó a una tristeza que se fue haciendo más profunda a

cada instante.

Avergonzada de su debilidad, se levantó por último de su asiento. Se puso a buscar lo que la había traído a este escenario melancólico. La pequeña colección de libros estaba ordenada en varios estantes. Antonia los examinó sin encontrar nada interesante. Echó mano a un volumen de viejos poemas españoles. Leyó unas cuantas estrofas que despertaron su curiosidad. Cogió el libro, y se sentó a hojearlo con más detenimiento. Despabiló el cirio, que se estaba casi terminando, y leyó la siguiente balada:

ALONSO EL BRAVO Y LA HERMOSA IMOGINA

Un aguerrido soldado y una radiante doncella
Conversaban sentados en la hierba.
Con tierno gozo se miraban;
Alonso el Bravo se llamaba el caballero;
La doncella, la hermosa Imogina.

«¡Ay! —dice el joven—, mañana partiré
A luchar en lejanas tierras;
Pronto acabarán vuestros llantos por mi ausencia,
Otro os cortejará, y vos concederéis
A más rico pretendiente vuestra mano.»

«¡Oh, dejad esos recelos —dijo la hermosa Imogina—,
Que ofenden al amor y a mí!
Pues ya estéis vivo o muerto,
Os juro por la Virgen que nadie en vuestro lugar
Será esposo de Imogina.

»¡Si alguna vez, movida por el placer o la riqueza,
Olvidase a mi Alonso el Bravo,
Quiera Dios que para castigar mi orgullo,
Vuestro espectro en mis nupcias se presente
Y me acuse de perjurio, me reclame como esposa,
Y me arrastre con él a su tumba!»

A Palestina marchó el héroe esforzado;
Su amor lloró la doncella amargamente;
Pero apenas transcurridos doce meses,
Se vio a un barón cubierto de oro y joyas
Llegar a la puerta de la hermosa Imogina.

Su tesoro, sus regalos, su dilatado dominio

No tardaron en hacerla quebrantar sus votos;
Le deslumbró los ojos, le ofuscó el cerebro;
Y conquistó su ligero y vano afecto,
Y la llevó a su casa como esposa.

Bendecido el matrimonio por la iglesia,
Ahora empezaba el festín.
Las mesas gemían con el peso de los manjares,
Aún no había cesado la diversión y la risa,
Cuando la campana del castillo dio la una.

Entonces vio la hermosa Imogina con asombro
A un extraño junto a ella;
Su gesto era terrible; no hizo ruido,
Ni habló, ni se movió, ni se volvió en torno suyo,
Sino que miró gravemente a la esposa.

Tenía la visera bajada, y era gigantesco;
Y su armadura parecía negra;
Toda risa y placer se acalló con su presencia,
Los perros retrocedieron al verle;
¡Las luces se volvieron azules!
Su presencia pareció paralizar todos los pechos.
Los invitados enmudecieron de terror.
Por último habló la esposa, temblando:
«¡Señor caballero, quitaos ya vuestro yelmo,
Y dignaos compartir nuestra alegría!».

La dama guarda silencio; el extraño obedece,
Y levanta lentamente su visera.
¡Oh, Dios! ¡Qué visión presenció la hermosa Imogina!
¡Cómo expresar su estupor y desmayo,
Al descubrir el cráneo de un esqueleto!

Todos los presentes gritaron aterrados.
Todos huyeron de allí despavoridos.
Los gusanos entraban y salían,
Y se agitaban en las cuencas y las sienes,
Mientras esto decía el espectro a Imogina:

«¡Mírame, perjura! ¡Mírame! —exclamó—,
¡Recuerda a Alonso el Bravo!

Dios permite castigar tu falsedad,
Mi espectro viene a ti en tu boda,
Te acusa de perjurio, te reclama como esposa,
¡Y va a llevarte a la sepultura!».

Dicho esto, rodeó a la dama con sus brazos,
Que profirió un grito al desmayarse,
Y se hundió con su presa en el suelo abierto.
Nunca volvieron a ver a la hermosa Imogina,
Ni al espectro que por ella vino.

No vivió mucho el barón, que desde entonces
No quiso habitar más el castillo.
Pues cuentan las crónicas que, por orden sublime,
Imogina sufre el dolor de su crimen
Y lamenta su destino deplorable.
A medianoche, cuatro veces al año, su espectro,
Cuando duermen los mortales,
Ataviada con su blanco vestido de esposa
Aparece en el castillo con el caballero–esqueleto
Y grita mientras él la acosa.

Mientras, bebiendo en los cráneos sacados de las tumbas,
Se ven danzar espectros en torno a ellos.
Sangre es su bebida, y este horrible canto
Entonan todos: «¡A la salud de Alonso el Bravo,
Y su esposa la falsa Imogina!».

La lectura de esta historia no disipó precisamente la tristeza de Antonia. Poseía una fuerte inclinación hacia lo maravilloso; y su nodriza, que creía firmemente en las apariciones, le había contado de pequeña tantas y tan horribles aventuras de esta naturaleza que todos los intentos de Elvira por extirpar del espíritu de su hija sus impresiones habían resultado inútiles. Antonia aún abrigaba un prejuicio supersticioso en su pecho: a menudo sufría terrores que, cuando descubría su causa natural e insignificante, la hacían ruborizarse por su propia debilidad. Con tal disposición de ánimo, la aventura que acababa de leer bastó para alarmar sus aprensiones. A ello contribuían también la hora y la atmósfera del aposento. Era una hora avanzada de la noche; estaba sola en la cámara que un día ocupara su difunta madre. El tiempo era frío y tormentoso: el viento aullaba alrededor de la casa, las puertas retemblaban en sus marcos, y la pesada lluvia golpeaba las ventanas. No se oía ningún otro ruido. La vela, que ahora se había derretido hasta el agujero de la palmatoria, elevaba a veces una llama

inusitada que iluminaba toda la habitación, para menguar seguidamente casi hasta extinguirse. El corazón de Antonia latía con violencia. Sus ojos vagaron temerosos entre los objetos que la rodeaban cuando la llama los iluminaba de manera intermitente. Trató de levantarse de su asiento, pero le temblaban las piernas con tanta violencia que fue incapaz de enderezarse. Entonces llamó a Flora, que estaba en una habitación vecina; pero el nerviosismo le ahogó la voz, y su grito se convirtió en un murmullo cavernoso.

Pasó unos minutos en esta situación, después de los cuales comenzaron a disipársele los terrores. Se esforzó en recuperarse y hacer el suficiente acopio de fuerza para abandonar la habitación. De súbito, le pareció oír como un leve suspiro cerca de ella. Esta impresión le hizo volver a su anterior flojedad. Ya se había levantado de la butaca, y estaba a punto de coger la palmatoria de la mesa. El imaginario ruido la detuvo. Retiró la mano, y se apoyó en el respaldo de la butaca. Escuchó con ansiedad, pero no oyó nada más.

« ¡Dios mío! —se dijo a sí misma—. ¿Qué ha podido ser ese ruido? ¿Me habré equivocado, o lo habré oído en realidad?» .

Sus reflexiones fueron interrumpidas por otro ruido en la puerta, apenas audible. Parecía como si alguien susurrara. La alarma de Antonia aumentó. Sin embargo, sabía que estaba pasado el cerrojo, y esta idea la tranquilizó en cierto modo. Luego, se levantó el pestillo suavemente, y la puerta se movió despacio adelante y atrás. El excesivo terror confirió ahora a Antonia esa fuerza de la que hasta ahora había estado privada. Echó a correr, y se dirigió hacia la puerta del cuarto pequeño, de donde llegaría fácilmente a la cámara donde esperaba encontrar a Flora y a doña Jacinta. Apenas hubo llegado al centro de la estancia, cuando se levantó el pestillo por segunda vez. Un impulso involuntario la obligó a volver la cabeza. Lenta, gradualmente, la puerta giró sobre sus goznes, y de pie, en el umbral, descubrió una figura alta y flaca, envuelta en un blanco sudario que la cubría de la cabeza a los pies.

Esta visión le paralizó las piernas. Se quedó petrificada en el centro del aposento. La desconocida figura, con paso medido y solemne, se acercó a la mesa. Al acercarse, la vela medio apagada elevó una llama melancólica y azul. Sobre la mesa había un pequeño reloj; alzó su brazo derecho, y señaló la hora, al tiempo que miraba gravemente a Antonia, que aguardaba inmóvil y en silencio la conclusión de esta escena.

La figura permaneció en esta actitud unos segundos. El reloj dio la hora. Y cuando hubo cesado el ruido, dio unos pasos hacia Antonia.

—Dentro de tres días —dijo una voz débil, cavernosa, sepulcral—, dentro de tres días nos veremos otra vez.

Antonia se estremeció ante estas palabras.

—¿Nos veremos otra vez? —profirió al fin, con dificultad—. ¿Dónde nos veremos? ¿A quién veré otra vez?

La figura señaló el suelo con una mano, y con la otra, alzó el lienzo que cubría su rostro.

—¡Dios todopoderoso! ¡Mi madre! —gritó Antonia, y se derrumbó en el suelo sin sentido.

Doña Jacinta, que se hallaba trabajando en una habitación vecina, se alarmó al oír el grito. Flora acababa de bajar a traer aceite para la lámpara junto a la cual estaban sentadas las dos. Así que Jacinta echó a correr sola en auxilio de Antonia, y no fue pequeño su asombro al encontrarla sin sentido. Luego procedió a mojarle las sienes, calentarle las manos, y recurrió a todos los medios posibles para que volviese en sí. Lo consiguió con alguna dificultad. Antonia se recobró, y miró a su alrededor con ojos extraviados.

—¿Dónde está? —exclamó con voz temblorosa—. ¿Se ha ido? ¿Estoy a salvo? ¡Habladme! ¡Ayudadme! ¡Oh, habladme, por amor de Dios!

—¿A salvo de quién, criatura? —replicó asombrada Jacinta—. ¿Qué os alarma? ¿De quién tenéis miedo?

—¡Dentro de tres días! ¡Me ha dicho que nos veremos dentro de tres días! ¡Se lo he oído decir! ¡Y lo he visto, Jacinta, lo he visto hace un momento!

Se arrojó sobre el pecho de Jacinta.

—¿Que lo habéis visto? ¿A quién?

—¡Al fantasma de mi madre!

—¡Jesucristo! —exclamó Jacinta y, poniéndose de pie, dejó caer a Antonia en la almohada y salió consternada de la habitación.

Cuando bajaba precipitadamente, se encontró con Flora que subía.

—Id a ver a vuestra ama, Flora —dijo—. ¡Aquí ocurren cosas raras! ¡Oh! ¡Soy la mujer más desgraciada de este mundo! Tengo la casa llena de fantasmas, cadáveres y sabe Dios qué más. Sin embargo, estoy segura de que a nadie le gustan tales compañías menos que a mí. Pero id a ver a doña Antonia, Flora, yo tengo cosas que hacer.

Dicho esto, siguió camino de la puerta de la calle, la abrió y, sin entretenerse en colocarse el velo, se dirigió a la abadía de los capuchinos. Entretanto, Flora subió corriendo a la cámara de su señora, igualmente sorprendida y alarmada ante la consternación de Jacinta. Encontró a Antonia tendida en la cama, sin conocimiento. Utilizó los mismos medios que Jacinta para hacerla volver en sí. Pero viendo que su ama sólo se recuperaba de un desvanecimiento para caer en otro, mandó llamar a toda prisa un médico. Mientras esperaba su llegada, desvistió a Antonia y la metió en la cama.

Sin hacer caso de la tormenta, aterrada casi hasta la pérdida del dominio de sí, Jacinta corrió por las calles, y no se detuvo hasta que llegó a la entrada de la abadía. Tocó sonoramente la campanilla, y tan pronto como apareció el portero, pidió permiso para hablar con el prior. Ambrosio estaba en ese momento deliberando con Matilde sobre los medios de lograr el acceso a Antonia. Dado

que la causa de la muerte de Elvira había quedado en el anonimato, estaba convencido de que los crímenes no eran seguidos inmediatamente por su correspondiente castigo, como sus instructores le habían enseñado, y como hasta entonces había creído él mismo. Esta convicción le hizo decidirse por la ruina de Antonia, pues los peligros y dificultades del goce de su persona parecían haber incrementado su pasión. El monje había hecho ya un intento de que se le admitiese a su presencia. Pero Flora le había denegado la petición en tales términos que le convenció de que todos sus esfuerzos futuros serían inútiles. Elvira había confiado sus sospechas a esta fiel criada. Le había pedido que no dejase nunca a Ambrosio a solas con su hija, y de ser posible evitara que la volviese a ver. Flora prometió obedecerla, y había cumplido sus órdenes casi al pie de la letra. Aquella mañana, había rechazado la visita de Ambrosio aunque Antonia lo ignoraba. Y el monje comprendió que conseguir ver a su amada abiertamente era imposible; así que él y Matilde se habían pasado la noche esforzándose en idear algún plan cuyo resultado fuese más fructífero. Y en ello estaban, cuando un hermano lego entró en la celda del abad y le informó de que una mujer llamada Jacinta Zúñiga solicitaba unos minutos de audiencia.

Ambrosio no estaba dispuesto ni mucho menos a conceder tal petición a la solicitante. Se negó categóricamente, y pidió al hermano lego que dijese a la desconocida que volviera al día siguiente. Matilde le interrumpió:

—Id a ver a esa mujer —dijo en voz baja—. Tengo mis motivos.

El abad obedeció, y dijo que iría al locutorio en seguida. Con este recado, el hermano lego se retiró. Tan pronto como se quedaron solos, Ambrosio preguntó a Matilde por qué deseaba que viese a la tal Jacinta.

—Es la que tiene en su casa a Antonia —explicó Matilde—, puede que sea útil. Pero interroguémosla, y sabremos qué la trae aquí.

Se dirigieron juntos al locutorio, donde Jacinta aguardaba ya al abad. Esta tenía una alta opinión de su piedad y virtud; y considerando que debía de poseer gran poder sobre el diablo, creyó que le resultaría sencillo expulsar el espectro de Elvira. Fundada en esta convicción, había corrido a la abadía. Y tan pronto como vio al monje entrar en el locutorio, cayó de rodillas y comenzó a contar el asunto que la traía en estos términos:

—¡Oh, reverendo padre! ¡Qué accidente! ¡Qué aventura! No sé qué determinación tomar, y a menos que me ayudéis, me volveré loca. ¡Os aseguro que jamás ha habido mujer más desdichada que yo! He hecho cuanto estaba de mi parte por mantenerme alejada de semejante abominación, y sin embargo ha resultado demasiado insuficiente. ¿De qué me sirve rezar el rosario cuatro veces al día y cumplir todos los ayunos prescritos por el calendario? ¿De qué me sirve haber hecho tres peregrinaciones a Santiago de Compostela, y comprar tantas indulgencias papales como las que habría necesitado el castigo de Caín? ¡Nada de eso me vale! ¡Todo me sale mal, y sólo Dios sabe cuándo me irá bien! Porque

ahora, juzgue vuestra santidad. Mi inquilina muere entre convulsiones. Por pura consideración, la entierro a mi propia costa (no porque sea pariente mía ni porque haya recibido yo un solo doblón a su muerte. No he recibido nada de ella, así que tanto su vida como su muerte eran exactamente iguales para mí. Pero esto no tiene nada que ver con mi objeto. Volveré a lo que estaba diciendo), me ocupé de su funeral y de que se cumpliese todo de manera decente y apropiada, lo que fue bastante, ¡bien lo sabe Dios! ¿Y cómo creéis que paga la dama mi amabilidad? Pues negándose a dormir tranquila en su ataúd, como debe hacer todo espíritu pacífico y benévolo, y viniendo a acosarme a mí, que no deseo volver a poner los ojos en ella otra vez. ¡Y así, viene a alborotar mi casa a media noche, metiéndose en la habitación de su hija por el ojo de la cerradura y trastornando a la pobre criatura! Aunque sea un fantasma, podía ser más educada y no entrar de sopetón en casa de las personas que tan poco desean su compañía. En cuanto a mí, reverendo padre, la situación es esta: si ella entra en mi casa, yo me marcho, pues no aguanto esa clase de visitas, ¡no, señor! De modo que, como ve vuestra santidad, sin vuestra ayuda me siento arruinada y perdida para siempre. Me veré obligada a abandonar mi casa; nadie querrá venir a ella, cuando se sepa que su espectro la visita, ¡y en bonita situación me encontraré! ¡Qué desdichada soy! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué va a ser de mí?

Y se echó a llorar amargamente, retorciéndose las manos, y suplicando al abad que le dijese qué opinaba de su caso.

—En verdad, buena mujer —respondió él—, que me es difícil aliviaros sin saber qué es lo que os ocurre. Habéis olvidado contarme qué ha sucedido, y qué es lo que queréis.

—¡Válgame Dios! —exclamó Jacinta—. ¡Vuestra santidad tiene razón! Mirad; brevemente, esto es lo que ha pasado: una huésped mía ha muerto recientemente; era una mujer muy buena, tengo que decir en su favor, según lo que yo sabía de ella, aunque no mucho, ya que guardaba muy bien las distancias y solía darse muchos aires, y cada vez que me atrevía a dirigirle la palabra adoptaba un gesto que me hacía sentirme como extraña; que Dios me perdone por decir eso. Sin embargo, aunque se mostraba más arrogante de lo necesario y simulaba mirarme con altivez (aunque, si me han informado bien, tengo tan buenos padres como pudo tenerlos ella, ya que su padre fue zapatero en Córdoba, y el mío sombrerero en Madrid, sí señor, y muy conocido además, debo decir). Sin embargo, a pesar de todo su orgullo, era persona muy educada, y no deseo huésped mejor. Por eso me extraña que no descanse en paz en su tumba; ¡pero no se puede fiar una de la gente de este mundo! Por mi parte, jamás la vi hacer nada malo, salvo el viernes anterior a su muerte. En efecto, ¡me escandalizó verla comerse un ala de pollo! «¡Cómo, doña Flora! —dije yo (Flora, reverencia, es la doncella)—. ¡Cómo, doña Flora! —dije—, ¿come carne vuestra señora los viernes? ¡Vaya, vaya! ¡Tenedlo en cuenta, y recordad que doña

Jacinta os ha advertido de ello!» . Estas fueron mis palabras, pero ¡ay! ¡Ya podía haberme mordido la lengua! Nadie me lo tuvo en cuenta; y Flora, que es algo brusca y respondona (peor para ella, digo yo), me dijo que tanto daba comerse un pollo que el huevo del que había salido. Es más, incluso llegó a decirme que si su señora añadía una loncha de tocino, no se habría aproximado ni una pulgada más a su condenación. ¡Dios nos proteja! ¡Es una pobre ignorante! Le aseguro a vuestra santidad que me estremecí al oír semejantes blasfemias, y a cada momento esperaba ver abrirse la tierra para tragársela; ¡comer pollo! Pues debéis saber, excelentísimo padre, que mientras hablábamos de esto, sostenía ella una bandeja en la que había también pollo asado. ¡Y muy buen aspecto que tenía, todo hay que decirlo! Hecho en asador, pues yo misma me proponía guisarlo: era un pollito gallego que había criado yo, santidad, con una carne blanca como la cáscara de huevo, tal como doña Elvira me confesó. « Doña Jacinta» , dijo de buen humor, porque a decir verdad, siempre se ha mostrado muy cortés conmigo…

Aquí la paciencia de Ambrosio se agotó. Ansioso por saber el asunto que traía a Jacinta, en el que parecía estar implicada Antonia, casi perdió los nervios escuchando las divagaciones de aquella vieja pesada. La interrumpió, y declaró que si no le contaba inmediatamente lo que tuviera que decirle, abandonaría inmediatamente el locutorio y la dejaría que resolviese sus dificultades por sí sola. Jacinta relató su caso con la brevedad de que fue capaz; pero su relato siguió siendo tan circunstanciado que Ambrosio necesitó recurrir a toda su paciencia para aguantar hasta su conclusión.

—Así, reverencia —dijo después de contar la muerte y el entierro de Elvira con todos sus detalles—; así, reverencia, después de oír el grito, dejé mi labor y acudí corriendo al aposento de Antonia. Al no encontrar a nadie allí, fui al siguiente. Pero debo confesar que sentí un poco de temor al entrar, pues era la misma habitación en que doña Elvira solía dormir. Sin embargo, entré; y efectivamente, allí estaba la joven dama, tendida cuan larga era en el suelo, fría como el mármol y blanca como el papel. Me quedé sorprendida, como bien puede suponer vuestra santidad. Pero ¡oh, cómo me estremecí al ver una figura alta junto a mi codo, cuya cabeza tocaba al techo! Tenía la cara de doña Elvira, debo confesar. Pero de su boca salían llamaradas de fuego, tenía los brazos cargados de cadenas que chirriaban espantosamente, ¡y cada cabello suyo era una serpiente tan gruesa como mi brazo! Al verla me asusté, y empecé a rezar el avemaría. Pero el fantasma, interrumpiéndome, profirió tres sonoros gemidos, y rugió con voz terrible: « ¡Oh, aquella ala de pollo! ¡Mi pobre alma sufre ahora por ella!» . Y tan pronto como dijo esto, se abrió la tierra y se tragó al espectro; oí el estallido de un trueno, y la habitación se llenó de olor a azufre. Cuando me recobré del susto y logré hacer volver en sí a doña Antonia, quien me dijo que había gritado al ver al fantasma de su madre (¡Y con toda la razón, pobre

criatura! De haber estado yo en su lugar, habría gritado diez veces más que ella), me vino a la cabeza inmediatamente la idea de que si había alguien capaz de apaciguar a este espectro debía de ser vuestra reverencia. De modo que aquí he venido a toda prisa, a suplicaros que asperjéis mi casa con agua bendita y expulséis a la aparición.

Ambrosio se quedó perplejo ante esta extraña historia, a la que no daba crédito.

—¿Vio doña Antonia también el fantasma? —preguntó.

—¡Tan claramente como os veo yo a vos, reverendo padre!

Ambrosio guardó silencio un momento. Aquí se le brindaba una ocasión de tener acceso a Antonia, pero vacilaba en utilizarla. Aún le era querida la reputación de que gozaba en Madrid; y puesto que había perdido la realidad de la virtud, parecía como si su simulación se hubiese vuelto más valiosa. Era consciente de que quebrantar públicamente la norma de no salir jamás del recinto de la abadía anularía gran parte de su supuesta austeridad. Al visitar a Elvira, había tomado siempre la precaución de ocultar su rostro ante la servidumbre. Salvo la dama, su hija y la fiel Flora, no era conocido en la familia más que por el nombre de padre Jerónimo. De acceder a la petición de Jacinta y acompañarla a su casa, sabía que la violación de su norma dejaría de ser un secreto. Sin embargo, su ansiedad por ver a Antonia obtuvo la victoria. Esperaba que la singularidad de esta aventura le justificaría ante los ojos de Madrid. Pero fueran las consecuencias que fuesen, decidió aprovechar la oportunidad que el azar le brindaba. Una mirada expresiva de Matilde le confirmó en su resolución.

—Buena mujer —dijo a Jacinta—, lo que me contáis es tan extraordinario que apenas puedo dar crédito a vuestras afirmaciones. Sin embargo, accederé a vuestra petición. Mañana, después de los maitines, podéis esperarme en vuestra casa. Entonces veré lo que puedo hacer por vos; y si está en mi poder, os libraré de tan importuna visitante. Ahora regresad a vuestra casa, y quedad en paz.

—¿A casa? —exclamó Jacinta—. ¿Irme yo a casa? ¡Por nada del mundo! ¡Si no es con vuestra protección, no traspondrá esta servidora el umbral! ¡Líbreme Dios, lo mismo puede salirme el fantasma en la escalera y llevarme consigo al infierno! ¡Oh, si hubiese aceptado el ofrecimiento del joven Melchor Basco! Ahora tendría a alguien que me protegiese. ¡Pero soy una mujer sola que no se tropieza más que con cruces y desventuras! ¡Gracias al Cielo, aún no es tarde para el arrepentimiento! Aceptaré las proposiciones de Simón González un día de estos; y es más, si sigo con vida cuando rompa el día, me casaré con él sin otra demora: tendré marido; está decidido, pues ahora que tengo en mi casa a ese fantasma, me voy a morir de miedo si duermo sola. Pero, por amor de Dios, reverendo padre, venid conmigo ahora. No podré descansar hasta que haya sido purificada mi casa, y la pobre joven… ¡Pobrecita muchacha! Se encuentra en una situación lastimosa. La he dejado en medio de violentas convulsiones, y dudo

que se recobre fácilmente del susto.

El fraile se alarmó, y la interrumpió ansioso:

—¿Presa de convulsiones, decís? ¿Antonia presa de convulsiones? ¡Guiadme, buena mujer! ¡Os sigo ahora mismo!

Jacinta insistió en que llevase el recipiente del agua bendita. Accedió a esta petición. Creyéndose a salvo bajo su protección aunque la atacase una legión de fantasmas, la vieja se deshizo en expresiones de agradecimiento, y partieron juntos hacia la calle de Santiago.

Tan fuerte era la impresión que el espectro había causado en Antonia, que durante las primeras dos o tres horas el médico declaró que su vida corría peligro. Finalmente, al hacerse los ataques menos frecuentes, modificó su opinión. Dijo que lo único necesario era procurar que estuviese tranquila. Y mandó preparar una medicina que sosegara sus nervios y le procurara el descanso que de momento tanta falta le hacía. La visión de Ambrosio, que ahora apareció con Jacinta junto a su cama, contribuyó esencialmente a apaciguar sus alterados ánimos. Elvira no le había explicado suficientemente la naturaleza de sus propósitos, para dejar advertida a una joven tan ignorante del mundo de lo peligroso que resultaba el trato con el monje. En este instante, transida de horror ante la escena que acababa de pasar, y temerosa de contemplar la predicción del fantasma, su espíritu necesitaba de todos los auxilios de la amistad y la religión; así que miró al abad con ojos doblemente parciales. Aún abrigaba la acusada predisposición en su favor que había sentido por él al principio. Se figuraba, aunque no sabía por qué, que su presencia era una salvaguardia frente a toda clase de peligro, ofensa o desventura. Le agradeció cálidamente su visita, y le contó la aventura que tan gravemente la había alarmado.

El abad se esforzó en tranquilizarla y convencerla de que todo había sido un engaño de su enfebrecida imaginación. La soledad en que había pasado la noche, el libro que había estado leyendo y la habitación donde se había sentado, habían contribuido a colocarla ante tal visión. Tachó de ridícula la idea de los espectros, y adujo sólidos argumentos para probar la falacia de semejante teoría. Su conversación la tranquilizó y la conformó, pero no la convenció. No podía creer que el espectro había sido una mera criatura de su imaginación. Cada detalle había quedado impreso en su mente con demasiada fuerza para aceptar tal idea. Persistió en afirmar que había visto realmente el espectro de su madre y que había oído anunciar el plazo de su muerte, y declaró que jamás abandonaría el lecho con vida. Ambrosio le aconsejó que no abrigase tales sentimientos, y luego abandonó su cámara, después de prometer que repetiría su visita al día siguiente. Antonia acogió esta confirmación con grandes muestras de alegría. Pero el monje se dio cuenta en seguida de que no era aceptado con el mismo entusiasmo por la criada. Flora obedecía las órdenes de Elvira con la más escrupulosa puntualidad. Examinaba con todo detalle y preocupación aquello que pudiese

perjudicar lo más mínimo a su joven ama, a la que hacía muchos años que se sentía unida. Era natural de Cuba, había seguido a Elvira en su regreso a España, y quería a la joven Antonia con afecto maternal. Flora no abandonó la habitación un solo instante mientras el abad estuvo allí: vigiló cada palabra suya, cada mirada y cada gesto. Ambrosio se dio cuenta de que sus ojos recelosos estaban siempre fijos en él, y comprendió que sus designios no salvarían una inspección tan minuciosa. Se sintió frecuentemente confundido y desconcertado. Se daba cuenta de que dudaba de la pureza de sus intenciones; y como no le dejó ni un instante a solas con Antonia, y protegía a su ama con tan estrecha vigilancia, desesperó de encontrar los medios de satisfacer sus pasiones.

Al abandonar la casa, Jacinta se encontró con él y le suplicó que se cantasen algunas misas por el descanso del alma de Elvira, que no dudaba se hallaría sufriendo en el purgatorio. Él prometió no olvidar esta petición; pero se ganó perfectamente el corazón de la vieja, asegurándole que vigilaría toda la noche siguiente en la cámara encantada. Jacinta no encontró palabras suficientemente elocuentes para expresar su gratitud, y el monje se marchó colmado de bendiciones.

Era ya completamente de día cuando regresó a la abadía. Su primer cuidado fue comunicar a su confidente cuanto había sucedido. Sentía una pasión demasiado sincera por Antonia para oír con indiferencia la predicción de su muerte inminente, y se estremeció ante la idea de perder un objeto tan querido para él. Matilde le tranquilizó a este respecto. Confirmó los argumentos que él mismo había utilizado ya: declaró que Antonia había sufrido una ilusión de su cerebro debido a la melancolía que la oprimía en ese momento y por la natural propensión de su espíritu a la superstición y lo maravilloso. En cuanto a la historia de Jacinta, su mismo absurdo la invalidaba. El abad no dudó en creer que había fabricado la historia entera, bien ofuscada por el miedo, bien con la esperanza de inducirle a acceder con más interés a su petición. Y tras disipar las aprensiones del monje, Matilde prosiguió así:

—Tanto la predicción como el fantasma son igualmente falsos. Pero debéis tener cuidado, Ambrosio, y verificar la primera. Dentro de tres días, Antonia deberá estar efectivamente muerta para el mundo, aunque viva para vos. Su presente enfermedad, y esta figuración que se le ha metido en la cabeza, harán más real un plan que hace tiempo tengo madurado, aunque era imposible llevar a la práctica si no teníais acceso a Antonia. Será vuestra, no por una noche, sino para siempre. De nada valdrá toda la vigilancia de su dueña: gozaréis sin restricciones de los encantos de vuestra amada. Y hoy mismo hay que poner en marcha ese plan, pues no tenéis tiempo que perder. El sobrino del duque de Medinaceli se dispone a pedir a Antonia en matrimonio. Dentro de unos días, esta trasladará su domicilio al palacio de su pariente, el marqués de las Cisternas, y allí estará a salvo de vuestros asedios. Pues durante vuestra ausencia he sido

informada por mis espías, que se dedican constantemente a traerme noticias en servicio vuestro. Así que escuchadme. Hay un jugo, extraído de ciertas hierbas muy poco conocidas, que confiere a la persona que lo toma la exacta apariencia de la muerte. Administrádselo a Antonia; encontraréis fácilmente el medio de derramar unas gotas en su medicina. El efecto será que sufrirá fuertes convulsiones durante una hora, transcurrida la cual su sangre dejará de fluir gradualmente, y el corazón de latir. Una palidez mortal se extenderá por todo su semblante, y parecerá un cadáver a los ojos de todo el mundo. No tiene amigos a su alrededor. Podéis encargaros vos mismo de la supervisión de su funeral y hacer que se la entierre en las criptas de Santa Clara. La soledad de este recinto y el fácil acceso a él hacen de ese subterráneo un lugar favorable para vuestros designios. Dadle a Antonia esta noche la poción somnífera. Cuarenta y ocho horas después de haberla tomado, la vida volverá a reanimar su pecho. Entonces estará absolutamente en vuestro poder: comprenderá la inutilidad de toda resistencia, y la necesidad la empujará a recibiros en sus brazos.

—¡Antonia caerá en mi poder! —exclamó el monje—. ¡Matilde, me emocionáis! Por fin será mía la dicha, y esa dicha será un regalo de Matilde, ¡un regalo de la amistad! Estrecharé a Antonia entre mis brazos, lejos de toda mirada indiscreta, ¡de todo molesto entrometido! ¡Mi alma alentará sobre su pecho, enseñará a su joven corazón los primeros rudimentos del placer, y gozará sin freno de la infinita variedad de sus encantos! ¿Será efectivamente mía esa dicha? ¿Podré dar rienda suelta a mis deseos, y satisfaré mis ansias locas y tumultuosas? Oh, Matilde, ¿cómo podré expresaros mi gratitud?

—Aprovechando mis consejos. Ambrosio, sólo vivo para serviros. Vuestros intereses y vuestra felicidad son míos igualmente. Accedo a que vuestra persona sea de Antonia; sin embargo, aún puedo reclamar mis derechos sobre vuestra amistad y vuestro corazón. Contribuir a vuestros placeres es el único para mí. Si mis esfuerzos lograsen la satisfacción de vuestros anhelos, consideraré mis trabajos ampliamente compensados. Pero no perdamos tiempo. El licor del que os he hablado sólo puede encontrarse en el laboratorio de Santa Clara. Id inmediatamente a la abadesa; pedidle permiso para entrar en el laboratorio, y ella no os lo negará. Allí hay un armario en el fondo de la gran estancia, lleno de líquidos de diferentes colores y virtudes. El frasco en cuestión está en el tercer estante a la izquierda. Contiene un licor verdoso: llenad una pequeña redoma cuando no os vean, y Antonia será vuestra.

El monje no vaciló en adoptar este plan infame. Sus deseos, antes violentos, habían adquirido renovado vigor al haber visto a Antonia. Mientras estuvo sentado en el borde de su cama, el accidente le había descubierto algunos de aquellos encantos que hasta entonces habían permanecido ocultos a sus ojos: los encontró aún más perfectos de lo que su ardiente imaginación se los había representado. A veces, surgía su brazo blanco y terso, al ordenar su almohada; otras, un súbito

movimiento descubría parte de su pecho. Y cada vez que afloraba un nuevo encanto, allí se clavaban los ojos codiciosos del fraile. Apenas podía ocultar suficientemente sus deseos en presencia de Antonia y de su vigilante dueña. Inflamado por el recuerdo de estas bellezas, acogió el plan de Matilde sin vacilación.

Tan pronto como concluyeron los maitines, se encaminó al convento de Santa Clara. Su llegada causó entre las monjas el mayor asombro. La priora, consciente del honor que suponía para su convento esta visita, se esforzó por expresar su gratitud con todas las atenciones posibles. Fue conducido al jardín, le mostraron todas las reliquias de los santos y mártires, y fue agasajado con tanto respeto y distinción como si se tratara del mismo papa. Por su parte, Ambrosio acogió las cortesías de la superiora muy afablemente, y procuró disipar su sorpresa ante la infracción de su norma. Declaró que la enfermedad impedía que muchos de sus penitentes saliesen de sus casas. Eran estos exactamente los que más necesitaban el consejo y alivio de la religión. Eran muchos los casos que se hallaban en tal situación, y aunque esto era muy contrario a sus propios deseos, había comprendido que era absolutamente necesario para el servicio del cielo cambiar su decisión y abandonar su amado retiro. La priora aplaudió el celo puesto en su profesión y su caridad para con los hombres. Declaró que Madrid era dichoso al poseer a un hombre tan perfecto e irreprochable. Y hablando en estos términos, el fraile llegó al fin al laboratorio. Encontró el armario. La botella estaba en el lugar que Matilde había descrito, y el monje aprovechó la ocasión para llenar su redoma con el licor somnífero. Luego, después de compartir una colación en el refectorio, se retiró del convento satisfecho con el éxito de su visita, dejando a las monjas encantadas por el honor que les había concedido.

Esperó a que fuese de noche, antes de dirigirse al domicilio de Antonia. Jacinta le recibió emocionada, y le rogó que no olvidase su promesa de velar en la cámara encantada. Ambrosio repitió dicha promesa. Encontró a Antonia relativamente bien, aunque obsesionada aún por la predicción del espectro. Flora no se separaba del lecho de su ama, y con muestras aún más claras que la noche anterior evidenció su disgusto ante la presencia del abad. No obstante, Ambrosio fingió no reparar en ello. Mientras conversaba él con Antonia llegó el médico. Ya había oscurecido. Se pidieron luces, y Flora se vio obligada a bajar a traerlas. Sin embargo, como quedaba una tercera persona en la habitación y esperaba ausentarse tan sólo unos minutos, consideró que no había ningún peligro en abandonar su puesto. Tan pronto como salió de la habitación, Ambrosio se acercó a la mesa donde se encontraba la medicina de Antonia: estaba situada en un rincón de la ventana. El médico se había sentado en una butaca y, ocupado en interrogar a su paciente, no prestó atención a lo que hacía el monje. Ambrosio aprovechó la ocasión: sacó la redoma fatal y vertió unas gotas en la medicina. Luego se apartó apresuradamente de la mesa y regresó al asiento que había

dejado. Cuando Flora apareció con las luces, todo parecía seguir igual que antes.

El médico declaró que Antonia podía abandonar la habitación al día siguiente sin ningún peligro. Le recomendó que siguiese la misma prescripción que la noche anterior le había procurado un sueño reparador. Flora señaló que la bebida estaba ya preparada sobre la mesa. El médico aconsejó a la paciente que se la tomase ya, y se fue. Flora sirvió la medicina en una copa y se la tendió a su ama. En ese instante, a Ambrosio le flaqueó el valor. ¿No podía haberle engañado Matilde? ¿No podían los celos haberla movido a destruir a su rival, y darle un veneno en lugar de un sedante? Dicha idea parecía tan razonable que estuvo a punto de impedir que se tomase la poción. Adoptó su resolución demasiado tarde. La copa ya estaba vacía, y Antonia la había puesto de nuevo en manos de Flora. Ya no había remedio. Ambrosio no tenía más que esperar impaciente el momento destinado a decidir sobre la vida o la muerte de Antonia, y sobre su propia dicha o desesperación.

Temiendo despertar sospechas permaneciendo allí, o delatarse con su nerviosismo, se despidió de su víctima y se retiró de la habitación. Antonia se mostró menos cordial que la noche anterior. Flora había hecho ver a su ama que admitir sus visitas era desobedecer las órdenes de su madre: le describió la emoción que había observado en él al entrar en la habitación y el modo como le brillaban los ojos cuando la contemplaba. Este detalle había escapado a la observación de Antonia, pero no a la de su criada, la cual, al explicar los designios del monje y sus probables consecuencias en términos mucho más claros que Elvira, aunque no tan delicados, había logrado alarmar a la joven dama, persuadiéndola para que le tratase con más distancia de lo que había hecho hasta entonces. La idea de obedecer la voluntad de su madre decidió a Antonia inmediatamente. Aunque lamentaba la pérdida de su compañía, se dominó lo bastante como para recibir al monje con cierta reserva y frialdad. Le agradeció con respeto y gratitud sus anteriores visitas, pero no le invitó a que las repitiese en el futuro. No era ahora interés del fraile solicitar admisión a su presencia, así que se despidió como si no pensase volver. Completamente convencida de que la amistad que temía había terminado, Flora se sintió muy conmovida ante este fácil desenlace, y comenzó a dudar de la justicia de sus recelos. Al alumbrarle para bajar la escalera, le dio las gracias por haber hecho lo posible por disipar de la mente de Antonia sus terrores supersticiosos a la predicción del espectro. Añadió que, dado que él se interesaba por la salud de Antonia, de acontecer algún cambio en su estado, tendría el cuidado de hacérselo saber. El monje, al contestarle, procuró alzar la voz, con la esperanza de que le oyera Jacinta, cosa que consiguió. Al llegar al pie de la escalera con su acompañante, no dejó la dueña de hacer su aparición.

—¿Es que os marcháis, reverendo padre? —exclamó—. ¿No me habéis prometido pasar la noche en la cámara encantada? ¡Jesús! ¡Me quedaré a solas

con el fantasma, y en bonito estado me voy a encontrar por la mañana! Por mucho que he hecho, por mucho que he dicho, el terco de Simón González se ha negado a casarse conmigo hoy. ¡Y antes de que amanezca, supongo que me habrán destrozado los fantasmas, los duendes, los demonios y qué sé yo! ¡Por amor de Dios, santidad, no me abandonéis en esta lamentable situación! Os pido de rodillas que mantengáis vuestra promesa. ¡Velad esta noche en la cámara encantada! Echad a la aparición, y Jacinta os recordará en sus oraciones hasta el último día de su vida.

Ambrosio esperaba y deseaba esta petición; sin embargo, fingió poner objeciones y se mostró renuente a cumplir su palabra. Dijo a Jacinta que el espectro no existía más que en su propio cerebro, y que su insistencia en que se quedase toda la noche en la casa era ridículo e inútil. Jacinta era obstinada: no quiso dejarse convencer, insistiéndole incansablemente que no la dejase a merced del diablo, hasta que finalmente accedió él a su petición. Toda esta ostentación de resistencia no impresionó a Flora, que era de temperamento receloso. Sospechó que el monje representaba un papel muy contrario a sus inclinaciones, y que no deseaba otra cosa que quedarse donde estaba. Incluso llegó a creer que Jacinta estaba en connivencia; y la pobre vieja fue calificada de alcahueta. Al tiempo que se felicitaba de haber descubierto la conspiración contra el honor de su señora, decidió neutralizarla en secreto.

—Así que —dijo al abad con expresión medio satírica, medio indignada—, así que os proponéis quedaros aquí esta noche, ¿no? ¡Hacedlo, en nombre de Dios! Nadie os lo impedirá. Sentaos a esperar al fantasma; yo velaré también, ¡y pido a Dios no ver nada peor que un fantasma! ¡No me separaré del lecho de doña Antonia durante toda la bendita noche! ¡A ver quién se atreve a entrar en la habitación, que ya sea mortal o inmortal, hombre o fantasma o diablo, le haré arrepentirse de haber traspasado la puerta!

La indirecta fue suficientemente elocuente y, por supuesto, Ambrosio captó su sentido. Pero en vez de manifestar que se había dado cuenta de sus sospechas, dijo suavemente que aprobaba las precauciones de la dueña, y le aconsejó que así lo hiciese. Ella le replicó que podía estar seguro de que lo haría. A continuación, Jacinta le condujo a la cámara donde se había aparecido el fantasma, y Flora regresó al lado de su ama.

Jacinta abrió la puerta de la habitación embrujada con mano temblorosa. Se aventuró a asomarse a ella. Pero ni todos los tesoros de las Indias la habrían inducido a trasponer el umbral. Le dio la vela al monje, le deseó suerte en la aventura, y se alejó apresuradamente. Entró Ambrosio. Pasó el cerrojo, dejó la vela sobre la mesa, y se sentó en la butaca que la noche anterior había ocupado Antonia. A pesar de las afirmaciones de Matilde de que el espectro era mero producto de la imaginación, su espíritu experimentaba cierto misterioso horror. En vano trató de disiparlo. El silencio de la noche, la historia de la aparición, la

cámara recubierta de oscuros entrepaños de roble, el recuerdo del asesinato de Elvira y la incertidumbre respecto a la naturaleza de las gotas que había administrado a Antonia, le hacían sentirse inquieto. Pero pensaba mucho menos en el espectro que en el veneno. De haber destruido al único objeto que le hacía la vida digna de vivirla, de resultar cierta la predicción del fantasma, de morir Antonia en el plazo de tres días y ser él la desdichada causa de su muerte… La suposición era demasiado horrible para pensarla siquiera. Desechó estas espantosas imágenes, pero inmediatamente se volvieron a alzar ante él. Matilde le había asegurado que los efectos de la poción serían rápidos. Escuchó con temor, aunque ansioso, esperando oír algún alboroto en la cámara contigua. Todo estaba en silencio. Concluyó que las gotas aún no habían empezado a hacer su efecto. Grande era la prueba a la que se enfrentaba. Bastaría un momento para decidirse su desdicha o su felicidad. Matilde le había enseñado el medio de comprobar que la vida no se había extinguido definitivamente. De esta prueba dependían todas sus esperanzas. Su impaciencia se doblaba a cada instante. Sus terrores se hacían más vivos, su ansiedad más alerta. Incapaz de soportar tal estado de incertidumbre, se esforzó en distraerlo dirigiendo la atención hacia otra cosa. Los libros, como se ha dicho antes, estaban ordenados en estantes próximos a la mesa. Esta se hallaba exactamente enfrente de la cama, que ocupaba una alcoba contigua a la puerta del armario. Ambrosio cogió un volumen y se sentó junto a la mesa. Pero su atención vagó indiferente por sus páginas. La imagen de Antonia y la de la asesinada Elvira insistían en presentarse ante su imaginación. Sin embargo, siguió leyendo, aunque sus ojos recorrían las letras sin que su mente tuviese conciencia de su significado.

Tal era su ocupación, cuando le pareció oír ruido de pasos. Volvió la cabeza, pero no vio a nadie. Retornó a su libro. Pero unos minutos después se repitió el mismo ruido, seguido de un susurro detrás de él. Se levantó sobresaltado de su asiento, y mirando a su alrededor, vio que la puerta del cuarto pequeño estaba entreabierta. Al querer entrar en la habitación —había intentado abrirla—, vio que la puerta tenía el cerrojo pasado por dentro.

«¿Cómo es —se dijo a sí mismo— que se ha abierto esta puerta?».

Se acercó, la abrió, y se asomó: no había nadie en el interior. Mientras permanecía indeciso, le pareció distinguir un gemido en el aposento contiguo. Era de Antonia, y supuso que las gotas empezaban a surtir efecto. Pero al escuchar más atentamente, vio que el ruido lo causaba Jacinta, que se había quedado dormida junto al lecho de la joven y roncaba de la manera más ruidosa. Ambrosio se retiró, y volvió a la otra habitación, pensando en la forma súbita en que se había abierto la puerta del cuarto pequeño, cosa a la que no encontraba explicación.

Se paseó por el aposento en silencio. Por último, se detuvo, y la cama le llamó la atención. La cortina estaba medio descorrida. Involuntariamente,

suspiró.

—Esa cama —murmuró en voz baja—, ¡esa cama era la de Elvira! Ahí ha pasado ella muchas noches tranquilas, pues era buena e inocente. ¡Qué profundo debió de ser su sueño! ¡Sin embargo, ahora duerme aún más profundamente! Pero ¿dormirá de veras? ¡Oh, Dios quiera que sí! ¿Qué pasaría si se levantase de su tumba en esta hora triste y silenciosa? ¿Qué pasaría si rompiera las ataduras de la tumba, y se alzase furiosa ante mis ojos petrificados? ¡Oh, no podría soportar su visión! ¡Ver otra vez su cuerpo retorcido por las agonías de la muerte, sus venas hinchadas, su semblante lívido y sus ojos desorbitados por el dolor! Oírla hablar de los castigos futuros, amenazándome con la venganza del Cielo, culpándome de los crímenes que he cometido, de los que voy a cometer… ¡Gran Dios! ¿Qué es eso?

Al decir estas palabras, sus ojos se clavaron en la cama, vio sacudirse levemente el cortinaje hacia delante y hacia atrás. A su mente, concentrada en la idea del fantasma casi le pareció distinguir la forma imaginaria de Elvira reclinada sobre el lecho. Unos momentos de reflexión bastaron para tranquilizarse.

—Sólo era el viento —dijo, recobrándose.

Se puso a pasear de nuevo por la cámara, pero un impulso involuntario de temor e inquietud le hacía dirigir los ojos de cuando en cuando hacia la alcoba. Se acercó indeciso. Se detuvo antes de subir los pocos peldaños que conducían a ella. Alargó la mano tres veces para descorrer la cortina y otras tantas la retiró.

—¡Absurdos terrores! —exclamó por último, avergonzado de su propia debilidad.

Subió apresuradamente los escalones; entonces surgió de la alcoba una figura vestida de blanco, pasó junto a él y se dirigió apresuradamente al cuarto pequeño. La locura y la desesperación dieron al monje el valor que hasta ahora le había faltado. Corrió, persiguió a la aparición, y trató de cogerla.

—¡Fantasma o demonio, yo te detendré! —exclamó, y cogió al espectro por el brazo.

—¡Oh, Jesucristo! —gritó una voz penetrante—. ¡Santo padre, por qué me cogéis! ¡Os aseguro que no os deseo ningún mal!

Estas palabras, así como el brazo que él sujetaba, convencieron al abad de que el supuesto fantasma era de carne y hueso. Arrastró a la intrusa hacia la mesa, y alzando la luz, descubrió el semblante de… ¡doña Flora!

Irritado por haber dado muestras, con esta estupidez, de temores tan ridículos, le preguntó severamente qué era lo que la había traído a esta cámara. Flora, avergonzada de haber sido descubierta, y aterrada ante la severa mirada de Ambrosio, cayó de rodillas, y prometió confesarlo todo.

—Os aseguro, padre —dijo—, que estoy completamente pesarosa de haberos molestado: nada estaba más lejos de mi intención. Me proponía salir de la

habitación con el mismo sigilo que he entrado; y de haber ignorado vos que os vigilaba, habría sido como si no os hubiera vigilado. Desde luego, he hecho muy mal espiándoos, no lo puedo negar. ¡Pero, Señor! ¿Cómo podría resistir la curiosidad de una débil mujer el deseo de observar a vuestra reverencia? Deseaba tanto ver qué hacíais, que no he podido por menos de miraros sin que nadie se enterase. Así que he dejado a la vieja doña Jacinta sentada junto a la cabecera de mi ama, y me he deslizado en el cuarto. Como no deseaba interrumpiros, me he conformado al principio con mirar por el ojo de la cerradura. Pero como no podía ver nada de este modo, he retirado el cerrojo, y mientras estabais de espalda a la alcoba, me he deslizado en ella sigilosamente. Y ahí he estado oculta, hasta que vuestra reverencia me ha descubierto y me ha cogido, antes de que me diera tiempo a llegar a la puerta del cuarto. Esta es toda la verdad, os lo aseguro, santo padre, y os pido perdón mil veces por mi impertinencia.

Durante este discurso, el abad tuvo tiempo de recobrarse. Se recreó leyéndole a la espía penitente un texto sobre los peligros de la curiosidad y la bajeza de la acción en la que acababa de ser sorprendida. Flora se declaró plenamente convencida de que había hecho mal. Prometió no volver a cometer jamás esta falta, y ya se retiraba sumisa y compungida a la habitación de Antonia, cuando la puerta del cuarto se abrió súbitamente, y apareció Jacinta, pálida y sin aliento.

—¡Oh, padre, padre! —exclamó con voz casi ahogada por el terror—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer? ¡Vaya una situación! ¡No me caen más que desgracias! ¡No tengo más que muertos y moribundos! ¡Oh, voy a volverme loca! ¡Voy a volverme loca!

—¡Hablad! ¡Hablad! —gritaron Flora y el monje al mismo tiempo—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ocurre?

—¡Oh, tengo otro cadáver en mi casa! ¡Sin duda alguna bruja ha echado alguna maldición sobre ella, sobre mí y sobre todo lo que me rodea! ¡Pobre doña Antonia! ¡Le acaban de acometer los mismos ataques que mataron a su madre! ¡El espectro dijo la verdad!

Flora corrió, o más bien voló, hacia la habitación de su ama. Ambrosio la siguió, con el pecho temblándole de esperanza y temor. Encontraron a Antonia como Jacinta la había descrito, contraída por las torturantes convulsiones, que en vano se esforzaron en aliviar. El monje envió a Jacinta a la abadía a toda prisa, con el encargo de traerse al padre Pablos sin perder un instante.

—Iré por él —replicó Jacinta—, y le diré que venga; en cuanto a traerle yo, no haré tal cosa. Estoy segura de que la casa está embrujada, y que me aspen si vuelvo a poner los pies en ella.

Con esta resolución, salió en dirección al monasterio y trasmitió el recado al padre Pablos. A continuación, se dirigió a casa del viejo Simón González, al que

decidió no abandonar jamás, hasta que fuese su marido y se marchase a vivir con ella.

Tan pronto como el padre Pablos vio a Antonia declaró que su mal era incurable. Las convulsiones continuaron durante una hora. En ese tiempo, sus agonías fueron mucho más dulces que las que sus gemidos causaban en el corazón del abad. Cada gesto de dolor parecía clavar una daga en su pecho, y se maldecía mil veces por haber aceptado tan bárbaro plan. Pasada la hora, los ataques se hicieron menos frecuentes, y Antonia pareció menos agitada. Sentía que se aproximaba su desenlace, y que nada la podía salvar.

—Dignísimo Ambrosio —dijo con voz desfallecida mientras le besaba la mano—; me siento ahora en libertad para manifestaros cuán agradecido está mi corazón por vuestra atención y afecto. Me encuentro en el lecho de la muerte; dentro de una hora, habré dejado de existir. Así que puedo confesaros sin reparos lo doloroso que fue para mí renunciar a vuestra compañía. Pero esa fue la voluntad de mi madre, y no me atreví a desobedecerla. Muero sin temor. Son muy pocos los que lamentarán haberme perdido, y muy pocos a los que siento perder. Entre ellos, a nadie siento perder más que a vos. ¡Pero nos volveremos a encontrar, Ambrosio! Algún día nos volveremos a ver en el cielo. ¡Allí renovaremos nuestra amistad, y mi madre la verá con complacencia!

Guardó silencio. El abad se estremeció al oír el nombre de Elvira. Antonia atribuyó su emoción a su piedad y afecto por ella.

—Estáis apenado por mí, padre —prosiguió—. ¡Ah, no suspiréis por mi pérdida! No tengo ningún crimen de qué arrepentirme; al menos, ninguno del que yo tenga conciencia, a la hora de devolver el alma a Aquel de quien la he recibido. Sólo tengo que haceros alguna petición: os suplico que me la concedáis. Ordenad una misa solemne por el descanso de mi alma, y otra por el de mi bienamada madre. No es que dude que ella descanse en su tumba: ahora estoy convencida de que mi razón desvariaba; la falsedad de la predicción del espectro basta por sí mismo para demostrarme mi error. Pero todos tenemos nuestras flaquezas. Mi madre tenía las suyas, aunque yo no las conocía. Por tanto, deseo que se celebre una misa por su descanso, y que los gastos se cubran con el pequeño peculio que poseo. Luego, quede lo que quede, lo dejo a mi tía Leonela. Cuando yo haya muerto, hacedle saber al marqués de las Cisternas que la desventurada familia de su hermano no le volverá a importunar más. Pero el desengaño me hace ser injusta. Me han dicho que está enfermo; quizá, si hubiese estado en su poder, me habría dado protección. Decidle pues, padre, tan sólo que he muerto, y que si me hubiese hecho algún daño, le perdonaría de todo corazón. Después de esto, no tengo otra cosa que pediros que vuestras oraciones. Prometedme no olvidaros de mis peticiones, y entregaré mi alma sin dolor ni pesar.

Ambrosio prometió cumplir sus deseos. Cada momento hacía presentir la

proximidad del desenlace de Antonia. Su vida vacilaba; su corazón latía desmayadamente; sus dedos se agarrotaban y estaban fríos, y a las dos de la madrugada, expiró sin un gemido. Tan pronto como el último aliento abandonó su cuerpo, el padre Pablos se retiró sinceramente afectado ante la tristeza de la escena. Por su parte, Flora dio rienda suelta a su más desaforado dolor. Muy distintos intereses tenían preocupado a Ambrosio. Buscó el pulso que, según le había asegurado Matilde, probaría que la muerte de Antonia era temporal. Presionó sobre él; lo notó palpitar bajo su mano, y su corazón se sintió embargado de emoción. Sin embargo, ocultó cuidadosamente su satisfacción por el éxito de su plan. Adoptó un gesto melancólico y, dirigiéndose a Flora, le aconsejó que no se abandonase a un dolor inútil. Las lágrimas de la mujer eran demasiado sinceras para escuchar estos consejos, y siguió llorando inconteniblemente. Se retiró el fraile, prometiendo primero dar instrucciones sobre el funeral, que, por consideración a Jacinta, como él explicó, se efectuaría con toda diligencia. Inmersa en el dolor por la pérdida de su querida dueña, apenas escuchó lo que Ambrosio decía. Este se apresuró a ordenar el entierro; obtuvo permiso de la priora para que el cadáver se llevase a la cripta de Santa Clara. Y el viernes por la mañana, ejecutada cada una de las ceremonias pertinentes, el cuerpo de Antonia fue depositado en la tumba.

El mismo día, Leonela llegó a Madrid con el propósito de presentar a su joven esposo a Elvira. Diversas circunstancias la habían obligado a aplazar el viaje del martes al viernes, y no tuvo ocasión de dar a conocer el cambio de planes a su hermana. Como tenía un corazón verdaderamente afectuoso, y siempre había sentido un sincero afecto por Elvira y su hija, su sorpresa al enterarse del súbito y lamentable fin de ambas fue tan grande como su dolor y desencanto. Ambrosio le envió noticias tal como Antonia le había suplicado: a petición de esta, había prometido que tan pronto se zanjasen las pequeñas deudas de Elvira, se le entregaría el resto. Arreglada esta cuestión, no retuvo a Leonela ya ningún otro asunto, de modo que regresó a Córdoba con toda premura.

Capítulo III

Oh! could I worship aught beneath the skies,
That earth hath seen or fancy could devise,
Thine altar, sacred Liberty, should stand,
Built by no mercenary vulgar hand,
With fragant turf, and flowers as wild and fair,
As ever dressed a bank, or scented summer air.

COWPER

Con toda su atención puesta en entregar a la justicia a los asesinos de su hermana, poco podía imaginar Lorenzo cuán gravemente estaban sufriendo sus intereses por otro lado. Como se ha dicho ya, no regresó a Madrid hasta el día en que Antonia fue enterrada. Dado que tuvo que trasmitir al Inquisidor General la orden del duque–cardenal [requisito imprescindible cuando un miembro de la Iglesia debía ser arrestado públicamente], comunicar sus intenciones a su tío y a don Ramírez, y reunir una tropa de escolta suficientemente numerosa para evitar toda resistencia, estuvo ocupado durante las pocas horas previas a la medianoche. Por tanto, no tuvo ocasión de preguntar por su amada, y no se enteró de la muerte de ella y de su madre.

El marqués no se hallaba fuera de peligro en absoluto. Había pasado ya su delirio, pero se había quedado tan extenuado que los médicos no se decidían a dar un pronóstico seguro. En cuanto al propio Raimundo, no deseaba nada mejor que unirse con Inés en la tumba. La existencia le resultaba odiosa. No veía nada en el mundo que mereciera su interés, y sólo esperaba oír que Inés había sido vengada, para morir.

Acompañado por las ardientes oraciones de Raimundo por su éxito, Lorenzo se presentó ante la puerta de Santa Clara una hora antes de la indicada por la madre Santa Úrsula. Iba acompañado de su tío, de don Ramírez de Mello y de un grupo de arqueros escogidos. Aunque considerables en número, no causaron sorpresa: una gran multitud se arremolinaba ya ante las puertas del convento con objeto de presenciar la procesión. Se supuso, naturalmente, que Lorenzo y sus acompañantes acudían con el mismo propósito. Al ser reconocido el duque de Medina, la gente se retiró y abrió paso al grupo. Lorenzo se situó delante de la entrada principal, por la que debía pasar el cortejo. Convencido de que la priora no podría escapar, aguardó paciente su aparición, que debía ocurrir exactamente

a las doce de la noche.

Las monjas estaban dedicadas a sus deberes religiosos en honor de Santa Clara, a los que ningún profano era admitido jamás. Los ventanales de la capilla estaban iluminados. En el exterior, la multitud oyó las notas prolongadas del órgano, acompañadas de un coro de voces femeninas que se elevó en el silencio de la noche. Calló el coro, y fue seguido por una simple melodía: era la voz de la que había sido designada para hacer de Santa Clara en la procesión. Para esta ceremonia, se elegía siempre a la virgen más hermosa de Madrid, y aquella en quien recaía tal elección consideraba su papel como uno de los más altos honores. Mientras escuchaba la música, cuya distancia parecía hacer aún más dulce, el auditorio se sumió en profunda atención. Un silencio universal se extendió por toda la multitud, y todos los corazones se sintieron embargados de respeto y de religión. Todos menos el de Lorenzo. Consciente de que entre las que cantaban las alabanzas de Dios tan dulcemente había algunas que cubrían con la devoción los pecados más impuros, la hipocresía de sus cánticos le inspiraba repugnancia. Hacía tiempo que observaba con desaprobación y desprecio la superstición que dominaba a los habitantes de Madrid. Su sentido común le había hecho ver los engaños de las monjas y el vergonzoso absurdo de sus milagros, maravillas y supuestas reliquias. Le ruborizaba ver a sus compatriotas embaucados con engaños tan ridículos, y sólo deseaba tener una oportunidad para librarles de sus grillos monjiles. Esta oportunidad, tan largamente deseada en vano, se le había presentado al fin. Decidió no desperdiciarla, sino desvelar ante los ojos del pueblo, con todos sus colores, lo enormes que eran los abusos que tan frecuentemente se practicaban en los monasterios y cuán injusta e indiscriminadamente se concedía la estima pública a cuantos vestían hábitos religiosos. Ansiaba que llegara el momento de desenmascarar a los hipócritas y convencer a sus compatriotas de que una fachada de santidad no esconde siempre un corazón virtuoso.

El oficio duró hasta que la campana del convento dio las doce de la noche. En ese momento cesó la música, las voces disminuyeron suavemente, y poco después las luces desaparecieron de los ventanales de la capilla. El corazón de Lorenzo comenzó a latir con violencia al ver que estaba tan cerca el momento de la ejecución de su plan. Preveía alguna resistencia por parte de la natural superstición del pueblo. Pero confiaba en que la madre Santa Úrsula adujese sólidas razones que justificasen su propia conducta. Traía fuerzas consigo que rechazarían la primera embestida del populacho, hasta que se oyesen sus argumentos. Su único temor era que la superiora, enterada de su plan, hubiese encerrado secretamente a la monja de cuya declaración dependía todo. A menos que la madre Santa Úrsula estuviera presente, sólo podía acusar a la superiora de sospechosa; y este pensamiento le hacía temer por el éxito de su empresa. La tranquilidad que reinaba en todo el convento le calmó en cierto modo. Aún

esperaba el momento ansiosamente, cuando la aparición de su aliada le disipó toda duda.

La abadía de los capuchinos estaba separada del convento por el jardín y el cementerio. Los monjes habían sido invitados a asistir a la procesión. Llegaban ahora, y marchaban de dos en dos con un cirio encendido en la mano, entonando cánticos en honor de Santa Clara. El padre Pablos iba a la cabeza, ya que el abad se había excusado de asistir. La gente abrió paso al santo cortejo, y los frailes se colocaron en fila a uno y otro lado de la puerta. En unos minutos se ordenó la procesión. Una vez dispuesta, se abrieron las puertas del convento de par en par, y nuevamente se elevó el coro de voces femeninas en plena melodía. Primero apareció el grupo del coro. Tan pronto como pasaron estas, los monjes arrancaron de dos en dos, y las siguieron con paso lento y medido. A continuación salieron las novicias. Llevaban velas, como las profesas, pero caminaban con los ojos bajos, y parecían ocupadas en rezar el rosario. Tras ellas venía una joven hermosa que representaba el papel de Santa Lucía. Portaba un platillo de oro en el que había dos ojos. Los suyos los llevaba cubiertos con una venda de terciopelo, y era conducida por otra monja disfrazada de ángel. Detrás, la seguía Santa Catalina con una palma en una mano y una espada llameante en la otra: iba vestida de blanco y su frente estaba adornada con una diadema centelleante. Después apareció Santa Genoveva rodeada de numerosos diablillos que adoptaban actitudes grotescas, le tiraban de la ropa y le hacían gestos extraños, esforzándose por desviar su atención del libro en el cual iba constantemente concentrada. Estos diablos alegres fueron muy celebrados por los espectadores, que manifestaban su regocijo con repetidas carcajadas. La priora había elegido cuidadosamente a una monja cuyo temperamento natural era grave y solemne. Tuvo todos los motivos para quedar satisfecha con esta elección: las bufonadas de los duendes resultaban absolutamente infructuosas, y Santa Genoveva seguía andando sin descomponer un solo músculo.

Cada una de estas santas iba separada de la otra por un coro que entonaba sus alabanzas con cánticos, aunque proclamaban que era muy inferior a Santa Clara, patrona del convento. Después de pasar estas, apareció una larga fila de monjas, cada una con su vela, igual que las que formaban el coro. A continuación venían las reliquias de Santa Clara, guardadas en receptáculos igualmente preciosos por el material y la obra de orfebrería. Pero no atrajeron la atención de Lorenzo. La monja que portaba el corazón era la que acaparaba su interés enteramente. Según la descripción de Theodore, no podía ser otra que la madre Santa Úrsula. Parecía mirar en torno suyo con ansiedad. Como él se encontraba en primera fila por donde pasaba la procesión, sus ojos se encontraron con los de Lorenzo. Un rubor de alegría inundó sus hasta ahora pálidas mejillas. Se volvió hacia su anhelante compañera.

—¡Estamos salvadas! —la oyó susurrar—. ¡Es su hermano!

Sintiendo aliviado su corazón, Lorenzo miró ahora con tranquilidad el resto del espectáculo. Surgió de pronto su más brillante ornamento. Era una máquina construida a modo de trono, con ricas joyas y luces deslumbrantes. Avanzaba sobre unas ruedas ocultas, y lo guiaban varios niños encantadores vestidos de serafines. La parte superior estaba cubierta de nubes plateadas, sobre las que descansaba la más hermosa forma que los ojos presenciaron jamás. Era la joven que representaba el papel de Santa Clara. Su vestido era de un valor inestimable, y ceñía su cabeza una diadema de diamantes que formaba un halo artificial. Pero todos estos ornamentos palidecían ante el esplendor de sus encantos personales. Al avanzar, un murmullo de admiración recorrió la multitud. El propio Lorenzo reconoció secretamente que jamás había contemplado belleza más perfecta, y de no pertenecer su corazón ya a Antonia, habría caído víctima de aquella encantadora muchacha. Así, en cambio, la consideró tan sólo como una delicada escultura, no tributándole otra cosa que su admiración. Y una vez hubo pasado, dejó de pensar en ella.

—¿Quién es? —preguntó un mirón que estaba cerca de Lorenzo.

—Alguien cuya belleza habréis oído elogiar a menudo. Se llama Virginia de Villa–Franca. Es pensionista del convento de Santa Clara, pariente de la priora; y ha sido elegida con toda justicia como el ornamento de la procesión.

El trono siguió adelante. A continuación iba la propia priora: marchaba a la cabeza del resto de las monjas con expresión devota y santificada, cerrando la procesión. Caminaba despacio, con los ojos elevados hacia el cielo; su semblante sereno y tranquilo parecía ajeno a todas las cosas de este mundo sublunar, y ningún rasgo delataba el secreto orgullo que experimentaba ostentando la pompa y opulencia de su convento. Pasó, acompañada de las plegarias y bendiciones del populacho. ¡Pero cuán grande fue la general confusión y sorpresa, cuando don Ramírez, dando un paso adelante, le gritó que quedaba detenida!

Durante un momento, el asombro dejó a la superiora muda e inmóvil. Pero tan pronto como se recobró, gritó que era un sacrilegio y una impiedad, y gritó al pueblo que rescatase a una hija de la Iglesia. Inmediatamente se dispusieron todos a obedecerla, cuando don Ramírez, protegido de su furia por los arqueros, les ordenó que se abstuviesen, amenazándoles con la más severa venganza de la Inquisición. Ante esta tremenda amenaza, cayeron todas las armas y todas las espadas regresaron a sus vainas. La propia priora palideció y se estremeció. El silencio general la convenció de que no podía esperar nada, si no era por su propia inocencia; y pidió a don Ramírez, con voz desfallecida, que le informase de qué crimen se la acusaba.

—Lo sabréis todo a su debido tiempo —replicó este—. Primero debo detener a la madre Santa Úrsula.

—¿La madre Santa Úrsula? —repitió la superiora débilmente.

En ese momento, sus ojos, vagando a su alrededor vieron a Lorenzo y al

duque, que habían acompañado a don Ramírez.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó, cogiéndose las manos con gesto frenético—. ¡Me han traicionado!

—¿Traicionado? —replicó Santa Úrsula que llegaba ahora conducida por algunos arqueros, y seguida por su compañera en la procesión—. Traicionada, no, descubierta. En mí reconocéis a vuestra acusadora: ¡No sabéis lo bien que conozco vuestro delito! ¡Señor! —prosiguió, volviéndose a don Ramírez—; me pongo bajo vuestra custodia. Acuso a la priora de Santa Clara de asesinato, y respondo con mi vida de la justicia de la acusación.

Un grito general de sorpresa se elevó de todos los presentes, que exigieron a voces una explicación. Las temblorosas monjas, aterradas ante el griterío y confusión general, se habían dispersado y huido en distintas direcciones. Algunas regresaron al convento; otras buscaron refugio en las casas de sus familiares; y muchas de ellas, conscientes únicamente de su peligro momentáneo y ansiosas por escapar del tumulto, habían echado a correr por las calles, y vagaban sin saber adónde ir. La encantadora Virginia fue una de las primeras en huir. Y a fin de que se la pudiese ver y oír mejor, la gente pidió que hablase Santa Úrsula desde el trono vacío. La monja accedió; subió a la deslumbrante maquinaria, y seguidamente dirigió a la multitud las siguientes palabras:

—Por extraña e impropia que pueda parecer mi conducta, teniendo en cuenta que soy mujer y monja, la necesidad me justificará plenamente. Un secreto, un horrible secreto, pesa sobre mi alma. No podré alcanzar ningún descanso hasta que lo haya revelado al mundo y haya dado satisfacción a esa sangre inocente que clama venganza desde la tumba. A mucho me he atrevido para conseguir esta ocasión de aligerar mi conciencia. De haber fracasado en mi propósito de revelar el crimen, de haber sospechado la superiora que no era ningún misterio para mí, mi muerte habría sido inevitable. Los ángeles, que velan constantemente por aquellos que merecen su favor, han permitido que escape de ser descubierta. Ahora estoy en libertad para contar una historia cuyas circunstancias harán estremecer de horror a toda persona honrada. Mía es la misión de arrancar el velo de la hipocresía, y mostrar a los extraviados padres a qué peligros está expuesta la mujer que cae bajo el poder del despotismo monástico.

» Entre las monjas de Santa Clara, ninguna era más amable, más dulce, que Inés de Medina. Yo la conocía bien. Me confió todos los secretos de su corazón; era su amiga y confidente, y sentía por ella un sincero afecto. Pero no era la única que la quería. Su piedad auténtica, su deseo de agradar y su angelical disposición, le granjearon el cariño de todas las que vivimos en el convento. La propia superiora, orgullosa, rigurosa y antipática, no pudo negarle ese tributo de aprobación, que no otorgaba a nadie. Todos tenemos nuestras flaquezas. ¡Ah, Inés tenía las suyas! Violó las reglas de nuestra orden, y se ganó el odio inveterado de la implacable superiora. Las reglas de Santa Clara son rigurosas. Pero se han

vuelto anticuadas y han caído en desuso; muchas de ellas han sido olvidadas últimamente, o han sido modificadas por acuerdo universal, haciendo más suaves sus castigos. La pena asignada al crimen de Inés era de lo más cruel e inhumana. La regla hace tiempo que estaba desacreditada. ¡Ah!, pero aún existía, y la vengativa priora decidió aplicarla. Esta regla decretaba que se enterrase a la pecadora en una mazmorra secreta, expresamente destinada a ocultar para siempre del mundo a la víctima de la crueldad y de la tiránica superstición. En esta espantosa morada debía vivir en soledad perpetua, privada de toda compañía, y tenida por muerta por aquellos cuyo afecto les habría impulsado a tratar de rescatarla. Así se consumiría, sin otro alimento que pan y agua, y sin otro consuelo que el de las lágrimas.

La indignación que despertó esta declaración fue tan violenta, que interrumpió el relato de Santa Úrsula. Cuando se aplacó el rumor, y reinó nuevamente el silencio en la asamblea, prosiguió su discurso, mientras, a cada palabra, el semblante de la superiora delataba terrores cada vez mayores.

—Se convocó a consejo a las doce monjas de más edad; yo estaba entre ellas. La priora describió con colores exagerados el pecado de Inés y no tuvo reparo alguno en proponer la puesta en vigor de esta regla casi olvidada. Para vergüenza de nuestro sexo hay que decir que, ya fuera porque era tan absoluta la voluntad de la superiora del convento, o porque los desengaños, la soledad y el sacrificio habían endurecido hasta ese punto sus corazones y les había agriado el carácter, el caso fue que la proposición se aprobó por nueve votos, de doce. Yo no estaba entre esas nueve. Tuve muchas ocasiones para convencerme de las virtudes de Inés, y la amaba y compadecía de la manera más sincera. Las madres Berta y Cornelia se unieron a mí. Opusimos la mayor resistencia posible, y la superiora se vio obligada a modificar su proyecto. A pesar de que la mayoría estaba a su favor, temió romper con nosotras abiertamente. Ella sabía que, apoyadas por la familia Medina, nuestras fuerzas serían demasiado poderosas para enfrentarse a ellas. Sabía también que, una vez encarcelada y dada por muerta Inés, si era descubierta, su ruina sería inevitable. Así que renunció a su plan, aunque de muy mala gana. Pidió unos días para meditar la clase de castigo que pudiera ser satisfactorio a toda la comunidad, y prometió que tan pronto como tomase una resolución volvería a convocar el mismo consejo. Transcurrieron dos días. La noche del tercer día se anunció que al siguiente se interrogaría a Inés, y que de acuerdo con su comportamiento en esa ocasión, se aumentaría o suavizaría su castigo.

» La noche anterior a este interrogatorio, fui en secreto a la celda de Inés a una hora en que suponía que las demás monjas estaban sumidas en profundo sueño. La consolé lo mejor que pude: le pedí que tuviese valor, le dije que confiara en la ayuda de sus amigas, y le enseñé determinadas señas, por las que yo pudiera decirle si debía contestar sí o no a las preguntas de la superiora.

Consciente de que nuestra enemiga trataría de confundirla, atribularla e intimidarla, temí que cayese en alguna confesión que perjudicase sus intereses. Deseosa de mantener en secreto mi visita, abrevié mi entrevista con Inés. Le rogué que no dejase que su ánimo decayese. Mezclé mis lágrimas con las que le corrían a ella por sus mejillas, la abracé afectuosamente, y estaba a punto de retirarme, cuando oí un rumor de pasos que se acercaban a la celda. Retrocedí. Había un cortinaje que velaba un gran crucifijo, y me refugié tras él. Se abrió la puerta. Entró la priora seguida de otras cuatro monjas. Se acercaron al lecho de Inés. La priora le reprochó sus errores con los términos más agrios: le dijo que estaba decidida a librar al mundo y a ella misma de semejante monstruo, y le ordenó que se bebiese el contenido de una copa que le presentó una de las monjas. Consciente de las fatales propiedades del licor, y temblando de encontrarse al borde de la eternidad, la desventurada joven se esforzó en despertar los sentimientos de la superiora con las súplicas más conmovedoras. Imploró que le perdonase la vida con unos términos que podían haber ablandado el corazón de un demonio. Prometió someterse pacientemente a cualquier clase de castigo, a la vergüenza, el encarcelamiento y la tortura, ¡con tal que se le permitiese vivir! ¡Oh, que se la dejase vivir un mes más, o una semana, o un día! Su despiadada enemiga escuchó inconmovible sus lamentos: le dijo que al principio había tenido intención de perdonarle la vida, y que si ahora había cambiado de idea, tenía que agradecérselo a la oposición de sus amigos. Siguió insistiendo en que se bebiese el veneno, y le dijo que recurriese a la misericordia del Todopoderoso, no a la de ella, y le aseguró que dentro de una hora se encontraría entre los muertos. Viendo que era inútil suplicar a aquella mujer insensible, trató de saltar de su lecho y pedir auxilio: esperaba, al menos, si no podía escapar a la suerte que le anunciaban, tener testigos de la violencia que se cometía en ella. La priora adivinó sus intenciones, la cogió vigorosamente por el brazo y la echó nuevamente sobre la almohada. Al mismo tiempo sacó una daga y, colocándola sobre el pecho de la infortunada Inés, declaró que si daba un solo grito o vacilaba un solo instante en beber el veneno, le traspasaría el corazón en ese instante. Ya medio muerta de miedo, no fue capaz de ofrecer más resistencia. La monja se acercó con la copa fatal. La superiora la obligó a cogerla y beberse el contenido. Se tomó el licor, y quedó consumada la horrible acción. Entonces las monjas se sentaron alrededor de la cama: contestaron a sus gemidos con reproches; interrumpieron con sarcasmos sus plegarias, en las que encomendaban su alma a la misericordia; la amenazaban con la venganza del Cielo y la condenación eterna; le dijeron que desesperase de conseguir el perdón, y sembraron de espinas aún más agudas el doloroso lecho de su muerte. Tales fueron los sufrimientos de esta joven desventurada, hasta que el destino la libró de la malevolencia de sus atormentadoras. Expiró horrorizada del pasado y asustada del futuro; y sus agonías fueron tales que debieron de satisfacer

ampliamente el odio y el deseo de venganza de sus enemigas. Tan pronto como su víctima expiró, se retiró la superiora, seguida de sus cómplices.

» Fue entonces cuando salí de mi escondite. No me atreví a asistir a mi desventurada amiga, consciente de que, de haber intentado alguna cosa, habría corrido la misma suerte. Estupefacta y aterrada más allá de toda expresión ante esta escena espantosa, apenas tuve fuerzas para llegar a mi celda. Al trasponer la puerta de la de Inés, me aventuré a mirar el lecho en el que yacía el cuerpo sin vida, ¡antes tan dulce y adorable! Murmuré una jaculatoria por su espíritu, y prometí vengar su suerte con la vergüenza y el castigo de sus asesinos. He mantenido mi promesa con peligro y dificultad. En el funeral de Inés, embargada por el dolor excesivo, se me escaparon unas palabras que alarmaron la culpable conciencia de la priora. Vigilaron cada una de mis acciones y espiaron cada uno de mis pasos. Constantemente me vi rodeada de espías. Transcurrió mucho tiempo antes de poder encontrar el medio de enviar a los parientes de la desdichada joven una advertencia de mi secreto. Se había dicho que Inés había expirado súbitamente. Esta explicación fue creída no sólo por sus amigos de Madrid, sino incluso por aquellas personas que la amaban dentro del convento. El veneno no había dejado ninguna huella en su cuerpo; nadie sospechó la verdadera causa de su muerte, que permaneció ignorada por todos, salvo por sus asesinos y por mí.

» No me queda nada más que decir. De cuanto he dicho, responderé con mi vida. Repito que la priora ha cometido asesinato; que ha eliminado de este mundo, y puede que del Cielo, a una desventurada cuyo delito era leve y venial; que ha abusado del poder confiado a sus manos, y que ha sido déspota, bárbara e hipócrita. También acuso a las cuatro monjas, Violante, Camila, Alix y Mariana, de ser cómplices e igualmente criminales.

Así terminó Santa Úrsula su relato, ante el horror y la sorpresa de todos los presentes; si bien cuando contó el inhumano asesinato de Inés, la indignación de la chusma se patentizó de forma tan audible que apenas fue posible oír su conclusión. Este tumulto aumentaba por momentos. Por último, una multitud de voces gritó que la superiora debía ser entregada a su furia. Don Ramírez se negó a ello enérgicamente. Incluso Lorenzo pidió al pueblo que recordase que no había sido sometida a ningún juicio, y aconsejó a todos que dejasen su castigo en manos de la Inquisición. Todas las protestas fueron inútiles: el tumulto se fue volviendo cada vez más violento, y el populacho más exasperado. En vano trató Ramírez de sacar a su prisionera de la muchedumbre. Allí hacia donde se volvía, una banda de alborotadores le cortaba el paso y reclamaba que se la entregasen con más insistencia. Ramírez ordenó a su escolta que abriese paso entre la multitud: oprimidos por el gentío, les era imposible sacar las espadas. Amenazó a la chusma con la venganza de la Inquisición; pero en ese momento de frenesí popular, incluso este nombre espantoso había perdido su efecto. Aunque el dolor

por su hermana le hacía mirar con repugnancia a la abadesa, Lorenzo no podía evitar compadecer a una mujer en situación tan terrible; pero a pesar de todos sus esfuerzos, de los del duque, de don Ramírez y de los arqueros, la gente siguió presionando, se abrió paso a través de los guardianes que custodiaban a la víctima, la arrancaron de su protección, y procedieron a aplicarle la más sumaria y cruel venganza. Enloquecida de terror y apenas sin saber lo que decía, la desdichada pidió a gritos misericordia. Declaró que era inocente de la muerte de Inés, y que podía exculparse de la sospecha más allá de toda duda. Los alborotadores no querían otra cosa que saciar su bárbara venganza. Se negaron a escucharla, le lanzaron toda clase de insultos, la cubrieron de barro e inmundicia, y la llamaron con los más denigrantes calificativos. Se la arrebataban unos a otros, y cada nuevo atormentador era más salvaje que el otro. La ahogaban con sus aullidos y execraciones sin atender a sus gritos estremecidos de piedad; y la arrastraron por las calles, golpeándola y maltratándola, y haciéndola objeto de toda suerte de crueldades que el odio y la furia vengativa podía inventar. Por último, una piedra lanzada con mano certera le dio de lleno en la sien. Cayó al suelo cubierta de sangre, y unos minutos después terminaba su miserable existencia. Sin embargo, aunque ya no sentía los insultos de los alborotadores, estos siguieron descargando su rabia impotente sobre su cuerpo sin vida. Lo golpearon, lo patearon y lo arrastraron, hasta que no fue ya más que una masa de carne informe, repugnante e imposible de identificar.

Incapaces de evitar la espantosa acción, Lorenzo y sus amigos la habían presenciado presos de un horror indecible. Pero abandonaron su forzada pasividad al oír que la chusma iba a atacar el convento de Santa Clara. El enardecido populacho, confundiendo a los inocentes con los culpables, había decidido sacrificar a todas las monjas de esa orden para saciar su furia, y no dejar piedra sobre piedra. Alarmados ante esta decisión, echaron a correr hacia el convento, dispuestos a defenderlo en lo posible, o al menos a rescatar a sus moradoras de la ira de los alborotadores. La mayoría de las monjas había huido, pero aún quedaban unas cuantas. Su situación era verdaderamente peligrosa. Sin embargo, como habían tomado la precaución de atrancar las puertas interiores, con ayuda de Lorenzo esperaban rechazar al populacho, hasta que don Ramírez regresase con refuerzos suficientes.

Desplazado unas calles más allá del convento por el primer tumulto, no llegó a sus puertas inmediatamente. Se abrió paso, pero la multitud le impedía acercarse a la entrada. Entretanto, el populacho asediaba el edificio con furia insistente: trataban de abrir brecha en las paredes, arrojaban antorchas encendidas a las ventanas, y juraban que cuando rompiese el día no quedaría viva una sola monja de Santa Clara. Lorenzo había logrado avanzar a través de la multitud, cuando cedió una de las puertas. Los alborotadores entraron en riada en el edificio, y empezaron a descargar su venganza sobre cuanto encontraban a su

paso. Destrozaban los muebles, desgarraban los cuadros, destruían las reliquias, y en su odio a la sierva olvidaban todo respeto a la santa. Algunos se dedicaron a buscar a las monjas, otros a derribar partes del convento, y otros a prender fuego a los cuadros y muebles valiosos que contenía. Estos últimos fueron los que provocaron la desolación más decisiva: en efecto, las consecuencias de su acción fueron más inmediatas que lo que ellos mismos hubieran esperado o deseado. Las llamas que se elevaban de los montones ardiendo prendieron en el edificio, que era viejo y seco, y el incendio se propagó con rapidez de aposento a aposento. Los muros se estremecieron bajo el efecto devorador de las llamas. Las columnas cedieron; los techos se derrumbaron sobre los alborotadores, aplastando a muchos de ellos bajo su peso. No se oían más que gritos y gemidos. Pronto quedó el convento envuelto en llamas, presentando todo un espectáculo de devastación y de horror.

Lorenzo estaba anonadado por haber sido la causa, aunque inocente, de tan espantoso desastre. Se esforzó en reparar su falta protegiendo a las desamparadas habitantes del convento. Entró con la multitud, y se dedicó a reprimir la furia, hasta que el súbito y alarmante progreso de las llamas le obligaron a protegerse. La gente ahora salía precipitadamente con la misma ansiedad con que antes había entrado. Pero agolpados en la entrada, se quedaron muchos sin poder pasar, pereciendo ante el rápido avance del fuego. La buena fortuna de Lorenzo le dirigió hacia una pequeña puerta del fondo de la capilla. El cerrojo estaba descorrido. Lo abrió, y se encontró en la entrada del sepulcro de Santa Clara.

Se detuvo a recobrar aliento. El duque y algunos de su escolta le habían seguido, por lo que, de momento, estaban a salvo. Se pusieron a deliberar qué dirección tomarían para escapar de este lugar caótico. Pero sus deliberaciones se vieron interrumpidas ante el espectáculo de las enormes llamas que se elevaron de los espesos arcos al derrumbarse y los alaridos de las monjas y los alborotadores, que se pisoteaban en la huida, y perecían en las llamas o aplastados bajo el peso de la mansión que se desmoronaba.

Lorenzo preguntó adónde conducía la verja. Le contestaron que al jardín de los capuchinos, y decidieron buscar una salida por allí. Así que alzó el duque la aldaba y pasó al cementerio contiguo. Los acompañantes le siguieron sin dilación. Lorenzo, que iba el último, y estaba a punto de abandonar el claustro, vio que la puerta del sepulcro se abría suavemente. Alguien se asomó, pero al ver a los desconocidos, profirió un grito, retrocedió, y huyó escalera abajo otra vez.

—¿Qué significa esto? —exclamó Lorenzo—. Aquí se oculta algún misterio. ¡Seguidme sin dilación!

Dicho esto, entró apresuradamente en el sepulcro, en persecución de la persona que huía. El duque no sabía por qué había dicho estas palabras, pero suponiendo que tenía sus razones para ello, le siguió sin vacilar; los demás hicieron lo mismo, y el grupo entero no tardó en llegar al pie de la escalera.

Como la puerta de arriba había quedado abierta, las llamas vecinas arrojaban suficiente luz para permitirle a Lorenzo ver al fugitivo corriendo por los pasadizos de las bóvedas lejanas. Pero cuando dio la vuelta a un recodo, se quedó sin luz, sumiéndose en total oscuridad, y sólo pudo situar a quien huía por el eco de sus pasos. Los perseguidores se vieron ahora obligados a avanzar con precaución. Según podían juzgar, el fugitivo parecía haber aminorado también su paso, pues oían las pisadas más lentas. Finalmente, se desorientaron en un laberinto de pasadizos, y se dispersaron en varias direcciones. Movido por su deseo de aclarar este misterio, y penetrar en él por un impulso secreto e inexplicable, Lorenzo no hizo caso de esta circunstancia hasta que se encontró completamente solo. El ruido de pasos había cesado. Todo estaba en silencio a su alrededor, y no oía nada que le orientase en qué dirección había huido aquella persona. Se detuvo a reflexionar sobre qué medio valerse para proseguir su persecución. Estaba convencido de que ningún motivo normal había llevado al fugitivo a buscar un lugar tan tétrico a una hora tan poco usual. El grito que había proferido parecía de terror, y estaba convencido de que aquello entrañaba algún hecho misterioso. Tras unos minutos de vacilación, decidió proseguir, buscando el camino a tientas por las paredes del pasadizo. Llevaba ya algún tiempo andando de esta manera, cuando divisó a lo lejos un tenue resplandor. Guiado por él y con la espada desenvainada, dirigió sus pasos hacia el lugar de donde parecía provenir aquella luz.

Se trataba de una lámpara que había encendida delante de la imagen de Santa Clara. Ante ella había varias mujeres, sus blancos vestidos tremolaban en la corriente de aire que corría por los abovedados pasadizos. Deseoso de saber qué era lo que las había congregado en este lugar melancólico, Lorenzo se acercó con sigilo. Las desconocidas parecían sumidas en grave conversación. No oyeron los pasos de Lorenzo, y este se acercó sin ser advertido, hasta que pudo oír con claridad sus voces.

—Os digo —dijo la que estaba hablando cuando él llegó, y a la que escuchaban las demás con gran atención—, os digo que les he visto con mis propios ojos; he huido escalera abajo; me han perseguido, y he escapado de sus manos por puro milagro. De no ser por la lámpara, no os habría encontrado.

—¿Y qué puede haberles traído aquí? —dijo otra con voz temblorosa—. ¿Creéis que nos buscan?

—Quiera Dios que sean infundados todos mis recelos —respondió la primera —. ¡Pero me temo que son asesinos! ¡Si nos descubren, estamos perdidas! En cuanto a mí, mi muerte es segura: mi parentesco con la priora será suficiente crimen para condenarme; y aunque estas criptas me han protegido hasta ahora…

Aquí, al alzar la vista, sus ojos descubrieron a Lorenzo, que se había ido aproximando lentamente.

—¡Los asesinos! —gritó.

Se incorporó de un salto del pedestal de la imagen donde había estado sentada, y trató de huir corriendo. Sus compañeras, al mismo tiempo, profirieron un grito de terror, mientras Lorenzo detenía a la fugitiva por el brazo. Asustada y desesperada, cayó de rodillas ante él.

—¡Piedad! —exclamó—. ¡Por Jesucristo, piedad! ¡Soy inocente, soy inocente!

La voz, mientras hablaba, casi se le estrangulaba de terror. El resplandor de la lámpara le dio de lleno en la cara, que tenía desvelada, y Lorenzo reconoció a la hermosa Virginia de Villa–Franca. Se apresuró a levantarla del suelo, y le rogó que tuviese ánimo. Prometió protegerla de los alborotadores, le aseguró que el refugio aún era secreto, y que podía confiar en su intención de defenderla hasta la última gota de su sangre. Durante esta conversación, las monjas se habían arrojado en diversas actitudes: una se había arrodillado y suplicaba al Cielo; otra había ocultado el rostro en el regazo de su vecina, algunas escuchaban inmóviles y temerosas el discurso del supuesto asesino, mientras otras se abrazaban a la imagen de Santa Clara e imploraban su protección con gritos frenéticos. Al darse cuenta de su error, se congregaron alrededor de Lorenzo y le colmaron de bendiciones. Este averiguó que, al oír las amenazas de la chusma, y aterradas por las crueldades que habían visto infligir a la superiora desde las torres del convento, muchas pensionistas y monjas se habían refugiado en la cripta. Entre las primeras reconoció a la encantadora Virginia. Pariente de la priora, tenía más motivos que las otras para temer a los alborotadores, y ahora suplicó a Lorenzo fervientemente que no la abandonase a su furia. Sus compañeras, la mayoría mujeres de noble familia, le hicieron las mismas súplicas, a las que accedió de buen grado. Prometió no abandonarlas hasta verlas a todas a salvo y en brazos de sus familias. Pero les aconsejó que esperasen y no saliesen del sepulcro hasta que se hubiese calmado algo la furia popular y la llegada de la fuerza militar hubiera dispersado a la multitud.

—¡Ojalá —exclamó Virginia— me encontrara ya a salvo en brazos de mi madre! ¿Qué decís, señor, tardaremos mucho en poder abandonar este sitio? ¡Cada instante que paso aquí, sufro una tortura!

—Confío en que no mucho —dijo—; pero hasta que podáis salir sin peligro, este sepulcro os será un refugio impenetrable. Aquí no corréis ningún riesgo de ser descubierta, y os aconsejo que permanezcáis tranquila dos o tres horas.

—¿Dos o tres horas? —exclamó sor Elena—. ¡Si permanezco una hora más en esta cripta me moriré de miedo! Ni todos los tesoros del mundo me convencerían para soportar de nuevo lo que he sufrido desde que he entrado en este lugar. ¡Virgen bendita! Estar en este sitio melancólico en plena noche, rodeada por los cadáveres polvorientos de mis difuntas compañeras, y esperar a cada instante ser destrozada por sus espectros que vagan a mi alrededor, y lloran, y gimen, y se lamentan con acentos que me hielan la sangre… ¡Jesucristo! ¡Me

harán enloquecer!

—Excusadme —replicó Lorenzo— si me sorprendo de que mientras estáis amenazada por peligros reales seáis capaz de rendiros ante peligros imaginarios. Estos terrores son pueriles y sin fundamento. Desechadlos, santa hermana. He prometido defenderos de los alborotadores, pero contra los ataques de la superstición debéis valeros por vos misma. La idea de los espectros es ridícula en extremo. Y si seguís dejándoos llevar por quiméricos terrores…

—¿Quiméricos? —exclamaron las monjas al unísono—. ¡Pero si nosotras mismas lo hemos oído, señor! ¡Todas lo hemos oído! Era algo que se repetía, y sonaba cada vez más lastimero y profundo. Jamás nos convenceréis de que nos hemos equivocado todas. No, de ningún modo. De haber sido sólo rumores creados por la fantasía…

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —interrumpió Virginia con voz aterrada—. ¡El Señor nos proteja! ¡Ya se oye otra vez!

Las monjas juntaron las manos, y cayeron de rodillas. Lorenzo miró en torno suyo con ansiedad, a punto de rendirse a los miedos que ya habían hecho presa en las mujeres. Reinaba un silencio universal. Examinó la cripta, pero no pudo ver nada. Se dispuso a interpelar a las monjas y reprocharles sus pueriles aprensiones, cuando le llamó la atención un gemido profundo, prolongado.

—¿Qué es eso? —inquirió, sobresaltado.

—¡Ved, señor! —dijo Elvira—. ¡Ahora podréis convenceros! ¡Vos mismo habéis oído ese lamento! Juzgad ahora si son imaginarios nuestros terrores. Desde que estamos aquí, esos gemidos se vienen repitiendo casi cada cinco minutos. Indudablemente proceden de algún alma en pena que desea que se rece por ella para que salga del purgatorio. Pero ninguna de las que estamos aquí se atreve a preguntarle nada. En cuanto a mí, si viese una aparición, estoy segura de que me moriría del susto.

Acababa de decir esto, cuando se oyó un segundo gemido aún más claro. Las monjas se santiguaron y se apresuraron a repetir sus jaculatorias contra los malos espíritus. Lorenzo escuchó con atención. Le pareció incluso que podía distinguir sonidos como si hablasen entre lamentos. Pero la distancia los volvía ininteligibles. El rumor parecía provenir del centro de la cripta en la que se encontraban él y las monjas, y de la que salían multitud de pasadizos en distintas direcciones, a modo de una estrella. La curiosidad de Lorenzo, siempre despierta, le espoleó a desentrañar el misterio. Pidió que guardasen silencio. Las monjas obedecieron. Callaron todas, hasta que la quietud volvió a ser turbada por el lamento, que se repitió varias veces sucesivamente. Notó que se hacía más audible, a medida que avanzaba siguiendo el rumor, hasta que llegó al altar de Santa Clara.

—El sonido viene de aquí —dijo Lorenzo—. ¿De quién es esta imagen?

Elena, a quien había sido dirigida la pregunta, calló un momento. De pronto,

juntó las manos.

—¡Sí! —exclamó—. Eso debe de ser. He descubierto el significado de esos gemidos.

Las monjas la rodearon, y le pidieron ansiosamente que se explicase. Ella contestó gravemente que, desde tiempo inmemorial, la imagen había tenido fama de hacer milagros. De aquí infería ella que la santa se sentía afectada por el incendio del convento que ella protegía, y expresaba su pesar con audibles lamentaciones. Lorenzo, que no tenía la misma fe en la milagrosa santa, no consideró tan satisfactoria la solución del misterio como las monjas, que la suscribieron sin vacilación. En un punto, es cierto, sí coincidía con Elena. Sospechaba que los gemidos provenían de la imagen: cuanto más escuchaba, más se reafirmaba en esta idea. Se acercó a la imagen con el fin de examinarla más de cerca. Pero al ver su intención, las monjas le suplicaron por el amor de Dios que no lo hiciese, ya que si tocaba la estatua su muerte sería inevitable.

—¿Y en qué consiste el peligro? —inquirió.

—¡Madre de Dios! ¿En qué? —replicó Elena, deseosa siempre de contar alguna milagrosa aventura—. ¡Si hubieseis oído la centésima parte de las maravillosas historias concernientes a esta imagen, que la superiora solía contar! Nos aseguraba una y otra vez que como nos atreviéramos a poner en ella un dedo tan sólo, podíamos esperar las más fatales consecuencias. Entre otras cosas, nos dijo que una noche entró en esta cripta un ladrón, el cual reparó en un rubí de inestimable valor. ¿Lo veis, señor? Le brilla en el tercer dedo de la mano que sostiene la corona de espinas. Esta joya excitó naturalmente la codicia del villano. Decidió apoderarse de ella. Con ese fin subió al pedestal. Se cogió al brazo derecho de la santa para sostenerse, y alargó la mano hacia el anillo. ¡Cuál no sería su sorpresa, cuando vio que la estatua alzaba la mano en actitud de amenaza, y oyó de sus labios pronunciar su eterna perdición! Sobrecogido de miedo y consternación, desistió de su intento y se dispuso a abandonar el sepulcro. Pero en esto también fracasó. No pudo huir. Le fue imposible separar la mano con que sujetaba al brazo derecho de la estatua. En vano forcejeó. Se quedó prendido a la imagen, hasta que una angustia insoportable y febril le recorrió las venas y le impulsó a gritar pidiendo auxilio. El sepulcro se llenó de espectadores. El villano confesó su sacrilegio, y sólo fue posible librarle cortándole la mano. Desde entonces, esa mano ha permanecido pegada a la imagen. El ladrón se volvió ermitaño, y a partir de entonces llevó una vida ejemplar. Pero se cumplió el decreto de la santa, y dice la tradición que aún sigue ese hombre rondando por este sepulcro e implorando el perdón de Santa Clara con gemidos y lamentaciones. Y ahora que pienso en ello, los gemidos que hemos oído bien pueden haber sido proferidos por el espíritu del pecador. Pero no estoy muy segura. Todo lo que puedo decir es que desde entonces nadie se ha atrevido a tocar la imagen. ¡De modo que no seáis temerario, buen señor! Por el

amor del cielo, desistid de vuestro propósito, y no os expongáis innecesariamente a una muerte cierta.

Poco convencido de que fuese tan cierta su muerte como Elena parecía creer, Lorenzo persistió en su resolución. Las monjas le suplicaron que renunciase en términos lastimeros, e incluso le señalaron la mano del ladrón, que efectivamente, aún se veía sobre el brazo de la imagen. Esta prueba, imaginaban, le convencería. Muy lejos de suceder así, se escandalizaron enormemente cuando él manifestó su sospecha de que aquellos dedos secos y arrugados habían sido puestos por orden de la priora. A pesar de sus súplicas y amenazas, se acercó a la estatua, saltó la verja de hierro que la protegía y sometió a la santa a un detenido reconocimiento. Al principio, la imagen parecía de piedra, pero tras una atenta inspección, resultó no estar hecha de otro material que madera policromada. La empujó y trató de moverla. Pero parecía formar una sola pieza con la base sobre la que se asentaba. La siguió estudiando una y otra vez. Sin embargo, no encontraba clave alguna que le llevase a la solución de este misterio, por el que las monjas se sentían ahora igualmente curiosas, al ver que tocaba la estatua con impunidad. Lorenzo se detuvo y escuchó: los gemidos se repetían a intervalos, y se convenció de que se hallaba en el lugar más próximo a ellos. Meditó sobre este hecho singular, y volvió a estudiar la estatua con ojos inquisitivos. De repente, se fijó en la mano arrugada. Le sorprendió que una advertencia tan particular no obedeciese a una razón para que no tocasen el brazo de la imagen. Volvió a subir al pedestal; examinó el objeto de su atención, y descubrió un pequeño botón de hierro oculto en el hombro de la santa, y que se suponía había sido la mano del ladrón. Este descubrimiento le animó. Aplicó sus dedos en el botón, y apretó con fuerza. Inmediatamente se oyó un ruido en el interior de la estatua, como si se soltase una cadena tensa. Sobresaltadas ante el ruido, las atemorizadas monjas retrocedieron, dispuestas a huir de la cripta al primer asomo de peligro. Al permanecer todo quieto y tranquilo, se agruparon de nuevo en torno a Lorenzo, y observaron con curiosidad.

Viendo que no ocurría nada tras este descubrimiento volvió a bajar. Al quitar la mano de la santa, esta tembló, lo que provocó nuevos terrores en las espectadoras, que creyeron que la estatua cobraba vida. La idea de Lorenzo sobre el particular fue muy distinta. En seguida comprendió que el ruido que había oído había sido ocasionado al soltarse una cadena que sujetaba la imagen a su pedestal. Trató una vez más de moverla, y lo logró sin demasiado esfuerzo. La colocó en el suelo, y luego vio que el pedestal estaba hueco, y su abertura cerrada por una pesada reja de hierro.

Esto excitó tal curiosidad general, que las hermanas olvidaron sus peligros reales e imaginarios. Lorenzo procedió a levantar la reja, a lo que le ayudaron las monjas con todas sus fuerzas. Lo consiguieron sin mucha dificultad. Un profundo abismo se abrió ahora ante ellos, cuya densa oscuridad se esforzó el ojo

en penetrar inútilmente. Los rayos de la lámpara eran demasiado débiles para que sirviesen de algo. No se distinguía nada, salvo un tramo de toscos escalones que se hundían en el abismo y se perdían inmediatamente en la negrura. Ya no se oían los gemidos. Pero todos estaban convencidos de que procedían de esta caverna. Al inclinarse sobre ella, a Lorenzo le pareció distinguir un apagado resplandor en la negrura. Miró atentamente hacia aquel punto, y tuvo la certeza de que era una luz que unas veces aumentaba y otras disminuía. Comunicó este detalle a las monjas. Estas captaron también el resplandor. Pero cuando les dijo su intención de descender a la caverna, todas se opusieron a tal idea. Sin embargo, sus protestas no lograron disuadirle. Ninguna tuvo el valor de acompañarle; por otra parte no consintió él en privarlas de la lámpara. Así que se dispuso a llevar a cabo su propósito solo y completamente a oscuras, mientras las monjas se contentaban con ofrecer plegarias por el éxito y seguridad de Lorenzo.

Los peldaños eran tan estrechos e irregulares que bajarlos era como descender por un precipicio. La oscuridad que le envolvía hacía sus pasos inseguros. Se vio obligado a avanzar con gran precaución para no poner un pie en falso y caer en el abismo que se abría debajo de él. A punto estuvo de ocurrirle esto varias veces. Sin embargo, llegó a suelo firme antes de lo que había creído. Descubrió que la densa oscuridad y las impenetrables brumas que reinaban en la caverna le habían inducido a creerla mucho más profunda de lo que era en realidad. Llegó al pie de la escalera sin percance. Se detuvo, y miró en torno suyo, en busca del resplandor que antes le había llamado la atención. Pero no vio nada. Todo era completa tiniebla. Escuchó, por si oía gemidos. Pero su oído no captó ruido alguno, salvo el murmullo distante de las monjas, arriba, que rezaban en voz baja. Estaba indeciso, sin saber hacia qué lado dirigir sus pasos. Finalmente, decidió proseguir, pero despacio, temiendo alejarse del lugar que buscaba, en vez de aproximarse. Los gemidos parecían indicar que había alguien que sufría, o que al menos se hallaba en apuros, y esperaba poder aliviarle sus miserias. Una voz quejumbrosa sonó al fin, a no mucha distancia de donde estaba él. Se dirigió hacia allí animado. Se hacía más audible a medida que avanzaba; y no tardó en descubrir nuevamente el resplandor, que un muro saliente le había ocultado hasta ahora.

Provenía de una pequeña lámpara colocada sobre un montón de piedras, cuyos débiles y melancólicos rayos, más que disipar, subrayaban los horrores de una estrecha y tenebrosa mazmorra abierta a un lado de la caverna; revelaba también otras celdas parecidas, pero cuya profundidad se hundía en las tinieblas. La luz jugaba fría sobre los muros mojados, cuya superficie devolvía débiles reflejos. Una niebla pestilente nublaba las alturas de la abovedada mazmorra. A medida que avanzaba Lorenzo sentía que un frío afilado le penetraba las venas. Los frecuentes gemidos le impulsaban a seguir adelante. Se dirigió hacia ellos, y a la luz parpadeante de la lámpara, vio en un rincón de este recinto abominable a

una criatura acurrucada sobre un lecho de paja, tan desdichada, tan delgada, tan pálida, que dudó que fuese una mujer. Estaba medio desnuda: su cabellera larga y desgreñada caía en desorden sobre su rostro ocultándolo casi por entero. Un brazo descarnado colgaba descuidadamente sobre una andrajosa manta, que cubría sus miembros crispados y temblorosos. El otro rodeaba un pequeño bulto, que mantenía sujeto contra su pecho. Junto a ella yacía un gran rosario. Enfrente había un crucifijo, en el que ella tenía los ojos clavados, y a su lado había una cesta y una pequeña jarra de barro.

Lorenzo se detuvo: se quedó petrificado de horror. Contempló a aquella desventurada con repugnancia y piedad. Se estremeció ante el espectáculo. Sintió una angustia insoportable. Le flaquearon las fuerzas, y sus piernas parecieron negarse a sostenerle. Se vio obligado a apoyarse contra el muro que tenía a su lado, incapaz de avanzar ni de hablarle a la desventurada. Esta dirigió una mirada hacia la escalera. El muro ocultaba a Lorenzo, y ella no le vio.

—¡No viene nadie! —murmuró al fin.

Su voz era cavernosa e insegura. Suspiró amargamente.

—¡No viene nadie! —repitió—. ¡No! ¡Me han olvidado! ¡No volverán más!

Calló un momento; luego, continuó lastimera:

—¡Dos días! ¡Dos largos, interminables días, sin comer! ¡Y sin esperanza ni consuelo! ¡Estúpida! ¡Cómo puedo desear prolongar una vida tan desdichada! ¡Pero, qué muerte! ¡Oh, Dios! ¡Acabar con una muerte así! ¡Prolongar los días en esta tortura! ¡Hasta ahora, no sabía qué era el hambre! ¡Ay, no! ¡No viene nadie! ¡No volverán ya más!

Guardó silencio. Se estremeció, y se echó la manta sobre sus hombros desnudos.

—¡Tengo mucho frío! ¡Aún no estoy acostumbrada a las humedades de esta mazmorra! Es extraño. Pero no importa. Cuanto más helada esté, menos lo sentiré. ¡Me quedaré fría, fría como tú!

Miró el bulto, que tenía pegado a su pecho. Se inclinó sobre él, y lo besó. Luego lo apartó impulsivamente, y se estremeció con repugnancia.

—¡Qué dulce era antes! ¡Qué hermoso habría sido, qué parecido a él! ¡Y lo he perdido para siempre! ¡Cómo ha cambiado en pocos días! ¡No debería volverlo a ver más! ¡Sin embargo, cuánto lo quiero! ¡Dios! ¡Cuánto! Olvidaré lo que es. Recordaré sólo lo que era, y lo querré igual, ¡como cuando era tan dulce, tan parecido a él! Yo creía que se me habían secado ya todas las lágrimas, pero aún me queda una.

Se enjugó los ojos con un mechón de sus cabellos. Alargó la mano hacia la jarra, y la alcanzó con dificultad. Lanzó una mirada inquisitiva y desesperanzada a su interior. Suspiró, y volvió a dejarla en el suelo.

—¡Completamente vacía! ¡Ni una gota! ¡No hay una sola gota con que refrescar mi paladar reseco! ¡Daría lo que fuese por un sorbo de agua! ¡Y son

siervas de Dios las que me hacen sufrir así! ¡Se consideran santas, y me torturan como demonios! Crueles e insensibles, y son ellas las que me piden que me arrepienta. ¡Y son ellas las que me amenazan con la condenación eterna! ¡Señor, Señor! ¡Tú no piensas eso!

Fijó nuevamente los ojos en el crucifijo, cogió el rosario, y mientras pasaba las cuentas, el rápido movimiento de sus labios reveló que rezaba con fervor. Mientras escuchaba sus tristes lamentos, la sensibilidad de Lorenzo se iba sintiendo más violentamente afectada. La primera visión de semejante miseria había causado un profundo estupor. Pero pasado este, avanzó hacia la cautiva. Ella oyó sus pasos, y profiriendo un grito de alegría, dejó caer el rosario.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclamó—. ¡Alguien viene!

Trató de levantarse, pero el esfuerzo no fue suficiente. Cayó hacia atrás, y se hundió nuevamente en el lecho de paja. Lorenzo oyó un ruido de pesadas cadenas. Se acercó aún más, mientras proseguía la prisionera.

—¿Sois Camila? ¡Por fin habéis venido! ¡Oh, ya era hora! Creía que me habíais olvidado; que me habíais dejado morir de hambre. ¡Dadme de beber, Camila, por piedad! Me siento desfallecer con este largo ayuno, y estoy tan débil que no me puedo levantar del suelo. ¡Mi buena Camila, dadme de beber, antes de que expire delante de vos!

Temeroso de que la sorpresa, en su enfebrecido estado, pudiera ser fatal, Lorenzo no sabía cómo hablarle.

—No soy Camila —dijo al fin, hablando con voz lenta y suave.

—¿Quién sois entonces? —replicó la prisionera—. ¿Alix, quizá, o Violante? La vista se me ha vuelto tan borrosa y débil que no distingo vuestro rostro. Pero quienquiera que seáis, si vuestro pecho es sensible a la más leve compasión, si no sois más cruel que los lobos y los tigres, apiadaos de mis sufrimientos. Sabéis que estoy muriendo por falta de alimento. Este es el tercer día que mis labios han dejado de recibir comida alguna. ¿Me traéis algo? ¿O venís a anunciarme mi muerte, y el tiempo que me queda de agonía?

—Os equivocáis —replicó Lorenzo—; no soy ningún emisario de vuestra cruel priora. Siento piedad de vuestros sufrimientos, y vengo a libraros de ellos.

—¿A librarme de ellos? —repitió la cautiva—. ¿Habéis dicho a librarme de ellos?

Levantándose al mismo tiempo del suelo, y sosteniéndose con las manos, miró al desconocido con atención.

—¡Gran Dios! ¡No es una ilusión! ¡Un hombre! ¡Hablad! ¿Quién sois? ¿Qué os trae aquí? ¿Venís a salvarme, a devolverme la libertad, la vida y la luz? ¡Oh, hablad, hablad rápidamente, no vaya a alentar yo una esperanza cuyo desencanto me mataría!

—¡Tranquilizaos! —replicó Lorenzo con voz dulce y compasiva—. La superiora de cuya crueldad os quejáis ha pagado ya sus crímenes. Nada tenéis

que temer de ella en adelante. Dentro de unos minutos estaréis en libertad, y en brazos de vuestros amigos, de quienes habéis sido arrancada. Confiad en mi protección. Dadme vuestra mano, y no temáis. Dejad que os guíe a donde recibiréis las atenciones que vuestro débil estado requiere.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclamó la prisionera con alborozo—. ¡Entonces hay un Dios, un Dios justo! ¡Aleluya, aleluya! ¡Respiraré una vez más aire fresco, y veré la luz gloriosa del sol! ¡Iré con vos! ¡Desconocido, iré con vos! ¡Oh, el Cielo os bendiga por apiadaros de esta desventurada! Pero esto debe venir conmigo también —añadió, señalando el pequeño envoltorio que aún apretaba contra el pecho—. No puedo separarme de él. Lo llevaré: convenceré al mundo de lo espantosas que son las moradas falsamente llamadas religiosas. Mi buen desconocido, dadme vuestra mano. Estoy desfallecida de hambre, sufrimiento y de enfermedad, y mis fuerzas me abandonan por completo. ¡Así, está bien!

Al inclinarse Lorenzo para levantarla, la luz de la lámpara dio de lleno en su rostro.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó ella—. ¿Es posible? ¡Esa cara! ¡Esos rasgos! ¡Oh! ¡Sí, es… es…!

Extendió los brazos para abrazarle. Pero su cuerpo debilitado fue incapaz de soportar las emociones que agitaban su pecho. Se desmayó, y una vez más se derrumbó en el lecho de paja.

Lorenzo se quedó sorprendido ante su última exclamación. Le pareció que había oído antes esas palabras, tal como las acababa de pronunciar aquella voz cavernosa, pero no pudo recordar dónde. Vio que en su peligrosa situación, era absolutamente necesario prestarle auxilios médicos, y se apresuró a sacarla de la mazmorra. Al principio se lo impidió una sólida cadena que ceñía el cuerpo de la prisionera y estaba fija en la pared vecina. Sin embargo, ayudada su fuerza natural por el ferviente deseo de liberar a la desventurada, no tardó en arrancar la argolla a la que estaba unida la cadena por el otro extremo. Luego cogió a la cautiva en brazos y se dirigió hacia la escalera. Los rayos de la lámpara de arriba, así como el murmullo de voces femeninas, guiaron sus pasos. Subió la escalera, y pocos minutos después alcanzaba la reja de hierro.

Las monjas, durante su ausencia, habían estado ansiosas de curiosidad y temor; y se sintieron igualmente sorprendidas y encantadas al verle surgir súbitamente de la caverna. Todas se conmovieron hondamente al ver a la miserable criatura que traía en brazos. Mientras las monjas, y Virginia en particular, se dedicaban a hacerla volver en sí, Lorenzo relató en pocas palabras cómo la había encontrado. Luego les explicó que el tumulto debía de haberse apaciguado, y que ahora podía llevarlas con sus amigos sin peligro. Todas estaban deseosas de abandonar el sepulcro. Sin embargo, para evitar cualquier posibilidad de que las asaltasen, pidieron a Lorenzo que saliese él solo primero, y viera si no había nadie. Accedió a esta petición. Elena se ofreció a guiarle a la escalera, y

estaban a punto de separarse, cuando una fuerte luz surgió de varios pasadizos de los muros adyacentes. Al mismo tiempo oyeron pasos de gentes que se acercaban apresuradamente, y cuyo número parecía ser considerable. Las monjas se sintieron aterradas. Creyeron que había sido descubierto su refugio, y que los alborotadores habían entrado en su persecución. Dejando precipitadamente a la prisionera que permanecía insensible, rodearon a Lorenzo y suplicaron que las protegiera. Sólo Virginia olvidó su propio peligro, y se esforzaba en aliviar los sufrimientos de otra. Sostenía la cabeza de la cautiva sobre sus rodillas, mojaba sus sienes con agua de rosas, le calentaba las manos frías, y salpicaba su rostro con las lágrimas que la compasión le hacía derramar. Al aproximarse los desconocidos, Lorenzo disipó los temores de las suplicantes. Su nombre, pronunciado por numerosas voces, entre las que distinguió la del duque, resonó por las bóvedas, y ello le convenció de que le buscaban. Lo comunicó así a las monjas, que sintieron un inmenso alivio. Unos instantes después se confirmaban sus palabras. Aparecieron don Ramírez y el duque, seguidos de numerosos acompañantes con antorchas. Le habían estado buscando por la cripta para comunicarle que la chusma se había dispersado y que el tumulto había sido sofocado. Lorenzo contó una vez más, brevemente, su aventura en la caverna, y explicó la perentoria necesidad de asistencia médica que tenía la desconocida. Pidió al duque que se encargase de ella, así como de las monjas y pensionistas.

—En cuanto a mí —dijo—, otros cuidados reclaman mi atención. Mientras lleváis a estas damas con media docena de arqueros a sus respectivas casas, quiero que me dejéis a mí otra media docena. Deseo examinar la caverna de abajo e inspeccionar los recintos más secretos del sepulcro. No descansaré hasta comprobar que esa desdichada víctima era la única que la superstición tenía encerrada en estos subterráneos.

El duque aprobó su decisión. Don Ramírez se ofreció a ayudarle en su inspección, y Lorenzo aceptó agradecido su proposición. Tras dar las gracias a Lorenzo, las monjas se pusieron bajo el cuidado de su tío, que las sacó del sepulcro. Virginia solicitó que dejasen a su cargo a la desventurada desconocida, y prometió avisar a Lorenzo cuando estuviese lo bastante recobrada para aceptar sus visitas. En verdad, hizo esta promesa más por propio interés que por el de Lorenzo o la cautiva. Había contemplado la cortesía de él, su nobleza e intrepidez, con sensible emoción. Deseaba sinceramente cultivar su amistad; y además de los sentimientos de piedad que la prisionera le inspiraba, esperaba que sus atenciones para con la infortunada la hiciesen merecedora de la estima de Lorenzo. No tuvo ocasión de preocuparse a este respecto. La bondad de que había dado muestras y el tierno interés que había manifestado por la cautiva le habían ganado un elevado lugar ante los ojos de él. Mientras se había ocupado de aliviar los sufrimientos de la prisionera, la naturaleza de sus atenciones la habían

adornado con nuevos encantos, haciendo su belleza mil veces más interesante. Lorenzo la contempló con admiración y gozo: la veía como un ángel tutelar que había descendido en ayuda de la inocencia afligida; y su corazón no podría haber resistido sus atractivos, de no haber tenido presente el recuerdo de Antonia.

El duque llevó a las monjas sin percance a las moradas de sus respectivos amigos. La prisionera rescatada estaba aún sin conocimiento, y no daba otras señales de vida que algún ocasional gemido. Fue trasladada en una especie de camilla; Virginia, que estuvo constantemente a su lado, temía que el agotamiento por el prolongado ayuno, y el choque que suponía el repentino cambio del cautiverio y las tinieblas a la libertad y a la luz, fueran excesivos para su cuerpo. Lorenzo y don Ramírez se quedaron en el sepulcro. Tras deliberar sobre el plan a seguir, decidieron que, para evitar pérdidas de tiempo, debían dividir a los arqueros en dos grupos: con uno registraría don Ramírez la caverna, mientras que Lorenzo inspeccionaría con el otro los subterráneos más alejados. Acordado esto, y provistos de antorchas los seguidores, don Ramírez descendió a la caverna. Y había bajado ya algunos peldaños, cuando oyó que alguien se acercaba corriendo desde el interior del sepulcro. Sorprendido, salió de la caverna otra vez, precipitadamente.

—¿Oís pisadas? —dijo Lorenzo—. Vayamos hacia allá, de donde parecen venir.

En ese momento, un grito desgarrado y penetrante les hizo apresurar el paso.

—¡Auxilio! ¡Auxilio, por Dios! —gritó una voz, cuyo melodioso tono traspasó de terror el corazón de Lorenzo. Corrió hacia el grito como una centella, seguido de don Ramírez con igual celeridad.

Capítulo IV

Great Haven! How frail thy creature Man is made! How by himself insensibly betrayed! In our own strength unhappily secure, Too little cautious of the adverse power,
On pleasure's flowery brink we idly stray, Masters as yet of our returning way:
Till the strong gusts of raging passion rise, Till the dire Tempest mingles earth an skies And swift into the boundless Ocean borne, Our foolish confidence too late we mourn:
Round our devoted heads the billows beat
And from our troubled view the lessening lands retreat.

PRIOR

Durante todo este tiempo Ambrosio ignoró los espantosos sucesos que estaban ocurriendo tan cerca. La ejecución de sus planes respecto a Antonia tenía acaparados todos sus pensamientos. Hasta ahora se sentía satisfecho por el éxito que estaba teniendo. Antonia había tomado el narcótico, había sido enterrada en la cripta de Santa Clara, y la tenía enteramente a su merced. Matilde, muy familiarizada con la naturaleza y efectos de la adormecedora medicina, había calculado que su acción no cesaría hasta la madrugada siguiente. Ambrosio esperaba esa hora con impaciencia. La conmemoración de Santa Clara le ofrecía una ocasión propicia para consumar su crimen. Estaba seguro de que los frailes y las monjas tomarían parte en la procesión, no había temor de que le interrumpiesen, y esperaba que se le excusase de salir personalmente a la cabeza de los monjes. No dudaba que, al encontrarse lejos de toda ayuda, separada del mundo y totalmente en su poder, Antonia accedería a dar cumplimiento a sus deseos. El afecto que ella había manifestado siempre por él le confirmaba en esta convicción; pero decidió que, si se mostraba obstinada, no tendría en cuenta ninguna consideración que le impidiese gozar de ella. Seguro de no ser descubierto, no temía recurrir al empleo de la fuerza; y si sentía alguna repugnancia, no se debía a un impulso de vergüenza o compasión, sino a que experimentaba por Antonia el más sincero y ardiente afecto, y deseaba no deber sus favores más que a ella misma.

Los monjes abandonaron la abadía a las doce de la noche. Matilde iba entre los que formaban el coro, y dirigía los cánticos. Ambrosio se quedó solo y en

absoluta libertad para seguir sus inclinaciones. Convencido de que no quedaba nadie atrás que espiase sus movimientos o turbase sus placeres, se encaminó apresuradamente hacia la parte oeste del convento. Su corazón latía con una esperanza no desprovista de ansiedad; cruzó el jardín, abrió la cerradura que daba acceso al cementerio, y unos minutos después se hallaba ante la cripta. Aquí se detuvo. Miró a su alrededor con recelo, consciente de que su negocio no era apto para otros ojos que los suyos. Mientras vacilaba, oyó el chillido melancólico del mochuelo. El viento hacía retemblar sonoramente las ventanas del vecino convento y, al llegar a él, le traía las débiles notas del cántico de los coros. Abrió la puerta cautelosamente, temeroso de que le oyeran: entró, y cerró tras de sí. Guiado por la luz de la lámpara recorrió los largos pasadizos, cuyas vueltas y revueltas le había enseñado Matilde, y llegó a la bóveda secreta donde se hallaba dormida su amada.

No era fácil, ni mucho menos, descubrir la entrada. Pero esto no fue obstáculo para Ambrosio, que durante el funeral de Antonia había tomado nota mentalmente con todo cuidado para no equivocarse. Encontró la puerta, que tenía abierta la cerradura, la abrió, y descendió a la mazmorra. Se acercó a la humilde tumba en la que descansaba Antonia. Se había provisto de una palanca de hierro y una piqueta, pero esta precaución resultó innecesaria. La reja estaba ligeramente levantada hacia arriba. La abrió, colocó la lámpara en el borde, y se asomó en silencio a la tumba. Al lado de tres pútridos cadáveres semidescompuestos, dormía la belleza. Un vivo rubor, anuncio de la inminente reanimación, se había extendido ya por sus mejillas; y envuelta en su mortaja, tendida en su féretro, parecía sonreír a las imágenes de la muerte que la rodeaban. Mientras contemplaba los huesos putrefactos y las repugnantes figuras que quizá fueron en otro tiempo dulces y amables, Ambrosio pensó en Elvira, reducida por él a ese mismo estado. Y al surgir en su memoria esta acción horrenda, se sintió invadido por un horror tenebroso. Sin embargo, esto mismo le alentó en su resolución de destruir el honor de Antonia.

—¡Por ti, belleza fatal! —murmuró el monje, mientras contemplaba a su desventurada presa—. Por ti, he cometido este homicidio, me he vendido a las torturas eternas. Ahora estás en mi poder: el producto de mi crimen será, al menos, mío. No esperes que tus súplicas formuladas con melodía sin par, tus luminosos ojos arrasados en lágrimas, y tus manos elevadas en gesto de súplica, como cuando imploras en penitencia el perdón de la Virgen; no esperes que tu conmovedora inocencia, tu hermoso pesar, ni todas tus artes deprecatorias, te libren de mis abrazos. Antes de que despunte el día, mía habrás de ser, ¡y lo serás!

La sacó de la tumba, exánime todavía. Se sentó en un banco de piedra y, sosteniéndola en brazos, la observó impaciente, deseoso de descubrir algún síntoma de recuperación. Apenas podía dominar sus pasiones lo bastante como

para abstenerse de gozar de ella aunque estuviese insensible. Su natural lujuria había aumentado en fogosidad con las dificultades que habían impedido su satisfacción, así como por la prolongada abstinencia de mujer, ya que desde el momento en que no quiso escuchar las protestas de amor de Matilde, esta le había rechazado de sus brazos para siempre.

—No soy una prostituta, Ambrosio —le había dicho cuando, en la plenitud de su lujuria, le pidió sus favores con más vehemencia de lo habitual—; ahora ya no soy más que vuestra amiga, no quiero ser vuestra amante. Dejad, pues, de pedirme que satisfaga vuestros deseos, ya que esto me ofende. Cuando vuestro corazón era mío, yo me sentía dichosa con vuestros abrazos. Esos tiempos han pasado: mi persona os resulta ahora indiferente; y no es amor, sino necesidad, lo que hace que busquéis mi goce. No puedo acceder a una petición tan humillante para mi orgullo.

Súbitamente privado de los placeres cuyo hábito los había vuelto tan necesarios, el monje sintió esta abstinencia de manera rigurosa. Naturalmente inclinado a la satisfacción de los sentidos, en el pleno vigor de su virilidad y el ardor de su sangre, había dejado que su temperamento alcanzase tal preponderancia que su lujuria casi rayaba en la locura. De su afecto por Antonia no quedaba ya más que la partícula más grosera. Anhelaba la posesión de su persona; y aun la tenebrosidad de la cripta, el silencio reinante y la resistencia que esperaba de ella parecían conferir un nuevo incentivo a sus fieras y desatadas ansias.

Gradualmente, sintió cómo en el pecho que descansaba contra el suyo volvía el calor de la vida. El corazón de Antonia empezaba a latir otra vez. Su sangre circulaba más deprisa, y sus labios temblaron. Finalmente, abrió los ojos, pero vencida y aturdida por los efectos de la fuerte droga, los volvió a cerrar inmediatamente. Ambrosio la vigilaba con atención, sin que se le escapase un solo movimiento. Al comprobar que había vuelto totalmente a la vida, la estrechó embargado contra su pecho y la besó con fuerza en los labios. Este gesto súbito bastó para disipar los vapores que ofuscaban la razón de Antonia. Se incorporó apresuradamente y miró con ojos extraviados a su alrededor. Las extrañas imágenes que percibió en torno suyo contribuyeron a confundirla más. Se llevó una mano a la cabeza, como para sosegar su imaginación desordenada. Por último, la bajó, y recorrió por segunda vez la mazmorra con la mirada. Luego sus ojos se fijaron en el rostro del abad.

—¿Dónde estoy? —preguntó de pronto—. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Dónde está mi madre? ¡Me pareció haberla visto! ¡Oh, un sueño, un sueño espantoso me habló…! Pero ¿dónde estoy? ¡Dejadme! ¡No puedo permanecer aquí!

Trató de levantarse, pero el monje se lo impidió.

—¡Calmaos, hermosa Antonia! —replicó—. No os amenaza ningún peligro: confiad en mi protección. ¿Por qué me miráis tan seria? ¿No me conocéis? ¿No

conocéis a vuestro amigo? ¿A Ambrosio?

—¿Ambrosio? ¿Mi amigo? ¡Ah, sí, sí! Recuerdo… Pero ¿por qué estoy aquí? ¿Quién me ha traído aquí? ¿Por qué estáis conmigo? ¡Oh! ¡Flora me dijo que tuviese cuidado…! Aquí no hay más que tumbas, ¡y esqueletos! ¡Este lugar me da miedo! ¡Mi buen Ambrosio, sacadme de aquí, pues me recuerda mi espantoso sueño! Me pareció que estaba muerta, y que yacía en mi tumba. ¡Buen Ambrosio, sacadme de aquí! ¿Es que no queréis? ¡Oh! ¿Es que no queréis? ¡No me miréis así! ¡Vuestros ojos llameantes me aterran! ¡Perdonadme, padre! ¡Oh, por Dios, perdonadme!

—¿Por qué estos terrores, Antonia? —replicó el abad, rodeándola con sus brazos, y cubriéndole el pecho de besos que en vano luchaba ella por evitar—. ¿Qué teméis de mí, del que tanto os adora? ¿Qué importa donde estéis? Este sepulcro me parece el jardín del amor, y su lobreguez, la protectora noche de misterio que él extiende sobre nuestros goces. ¡Sí, mi dulce muchacha! ¡Sí! Vuestras venas arderán con el fuego que recorre las mías, y mis transportes se doblarán cuando los compartáis vos.

Mientras hablaba así, repetía sus abrazos y se entregaba a las libertades más indecentes. Ni aun la ignorancia de Antonia podía estar ciega a la desenvoltura de su conducta. Consciente de su peligro, logró zafarse de sus brazos, y siendo la mortaja su único vestido, se la envolvió estrechamente alrededor de su cuerpo.

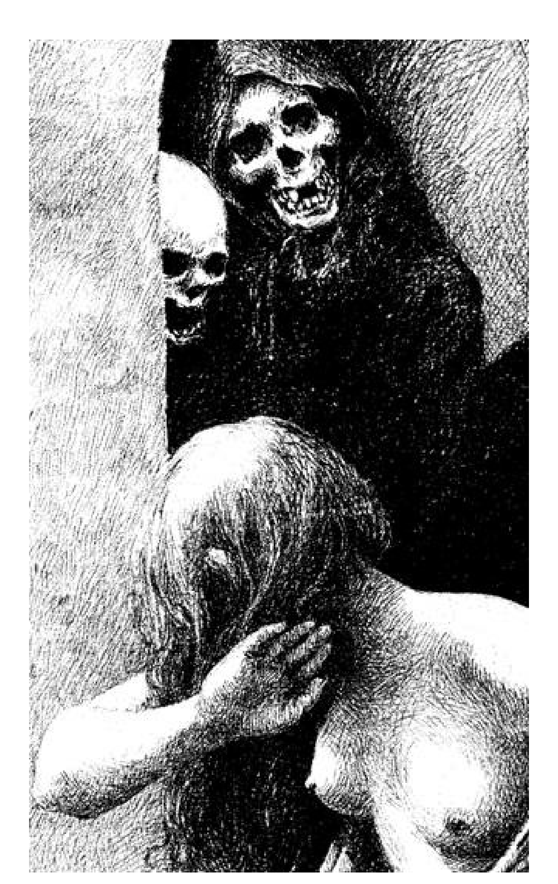
—¡Quitadme las manos, padre! —gritó, con su honesta indignación templada por la alarma ante su situación indefensa—. ¿Por qué me habéis traído a este lugar? ¡Su aspecto me hace estremecer de horror! ¡Sacadme de aquí, si tenéis algún sentido de la compasión y la humanidad! Dejadme que regrese a la casa que no sé cómo he abandonado, pues ni quiero ni debo permanecer aquí un instante más.

Aunque el monje se sintió algo indeciso ante el tono en que pronunció estas palabras, no produjo en él otro efecto que el de sorpresa. Le cogió la mano, la obligó a sentarse sobre sus rodillas, y mirándola con ojos lujuriosos, le replicó así:

—Serenaos, Antonia. De nada vale la resistencia, y no reprimiré más tiempo la pasión que siento por vos. Se os tiene por muerta: la sociedad os ha perdido para siempre. Aquí os poseo sólo yo. Estáis absolutamente en mi poder, y ardo en deseos que satisfago ahora mismo, o muero. Pero sólo a vos quisiera deber mi felicidad. ¡*Mi* hermosa muchacha! ¡*Mi* adorable Antonia! ¡Dejad que os instruya en goces que aún desconocéis, y os enseñe a sentir en mis brazos placeres que pronto voy a disfrutar yo en los vuestros! Vamos, es pueril este forcejeo —añadió, viendo que rechazaba sus caricias y luchaba por escapar de sus manos—. No contáis con ninguna ayuda cercana. Ni el cielo ni la tierra os salvarán de mis brazos. Así que, ¿por qué rechazáis placeres tan dulces y tan sublimes? Nadie nos ve. Nuestros amores pueden ser secretos para todo el mundo: el amor y la ocasión os invitan a que os abandonéis a vuestras pasiones. ¡Ceded a ellas,

Antonia mía! ¡Ceded a ellas, mi adorable muchacha! ¡Rodeadme ardientemente con vuestros brazos, juntad vuestros labios con los míos! Entre todos sus dones, ¿os ha negado la naturaleza el más precioso, la sensibilidad del placer? ¡Oh! ¡Imposible! ¡Cada rasgo, gesto y movimiento proclama que estáis hecha para gozar y ser gozada! No apartéis de mí esos ojos suplicantes. Consultad vuestros propios encantos. Ellos os demostrarán que soy insensible a las súplicas. ¿Puedo renunciar a estos miembros tan blancos, tan suaves, tan delicados; a estos pechos abundantes, redondos, llenos y elásticos; a estos labios repletos de tan inagotable dulzura? ¿Puedo renunciar a estos tesoros, y dejarlos para que los goce otro? No, Antonia; ¡jamás, jamás! ¡Os lo juro por este beso, y este! ¡Y este!

La pasión del fraile se volvía más ardiente por instantes, y el terror de Antonia más intenso.



Luchaba por librarse de sus brazos, pero sus esfuerzos eran vanos; y viendo que la conducta de Ambrosio se volvía cada vez más libertina, pidió auxilio gritando con todas sus fuerzas. El aspecto de la cripta, el pálido resplandor de la lámpara, la oscuridad reinante, la visión de la tumba y los restos mortales que sus ojos descubrían en todas partes, eran poco apropiados para que le inspirasen las emociones que agitaban al fraile. Incluso las caricias de este la aterraban por su furia, y no le producían otro sentimiento que el de miedo. Y al contrario, la alarma de ella, su evidente aversión y su incesante resistencia, no parecían sino inflamar aún más los deseos del monje y añadir fuerza a su brutalidad. Los alaridos de Antonia no eran oídos. Sin embargo, siguió gritando sin dejar de hacer todos los esfuerzos por escapar, hasta que, extenuada y sin aliento, se desprendió de los brazos del monje y cayó de rodillas, donde apeló una vez más a los ruegos y las súplicas. Este recurso no tuvo más éxito que el anterior. Al contrario, aprovechando la ocasión, el raptor se dejó caer a su lado: la estrechó contra su pecho, casi muerta de terror, y demasiado desfallecida para luchar. Sofocó los gritos de Antonia con sus besos, la trató con la rudeza de un bárbaro sin escrúpulos, siguió tomándose cada vez más libertades, y en la violencia de su lujurioso delirio, hirió y magulló sus tiernos miembros. Insensible a sus lágrimas y gritos y súplicas, se fue posesionando gradualmente de su persona, y no desistió de su presa hasta que hubo consumado su crimen y deshonrado a Antonia.

No bien hubo dado cumplimiento a sus designios, se estremeció ante los medios con los que los había llevado a efecto. El mismo exceso de su anterior ansiedad por poseer a Antonia contribuyó ahora a aumentar su repugnancia, y un secreto impulso le hizo comprender cuán ruin e innoble era el crimen que acababa de cometer. Se levantó de un salto de sus brazos. La que hasta ese momento había sido objeto de su adoración, ahora no despertaba en su corazón otro sentimiento que el de aversión y de ira. Se apartó de ella; y si sus ojos se posaban involuntariamente en su figura, era sólo para lanzarle miradas de odio. La desdichada se había desmayado antes de la consumación de su deshonra, y sólo recobró la vida para darse cuenta de su desventura. Permaneció tendida en el suelo, en muda desesperación. Las lágrimas le resbalaban lentamente por las mejillas, y su pecho se estremecía con los constantes sollozos. Oprimida de dolor, siguió un rato en este estado de embotamiento. Por último, se levantó con dificultad y dio unos pasos vacilantes hacia la puerta, dispuesta a abandonar la mazmorra.

El ruido de sus pasos sacó al monje de su tenebrosa apatía. Se levantó rápidamente de la tumba en la que se había apoyado, mientras sus ojos vagaban por las imágenes de corrupción que les rodeaban; persiguió a su víctima con brutalidad, y no tardó en alcanzarla. La cogió por el brazo, y la obligó violentamente a regresar a la mazmorra.

—¿Adónde vais? —exclamó con dureza—. ¡Regresad al instante!

Antonia tembló ante la furia de su semblante.

—¿Qué más queréis? —dijo ella con timidez—. ¿No habéis consumado mi ruina? ¿No me habéis arruinado, arruinado para siempre? ¿No ha quedado saciada vuestra crueldad, o aún debo sufrir más? ¡Dejadme ir! ¡Dejadme regresar a mi casa, y que llore allí mi vergüenza y mi aflicción!

—¿Regresar a vuestra casa? —repitió el monje, con un gesto de burla y de desprecio. Luego, con los ojos llameantes de pasión, exclamó—: Pues qué, ¿me vais a denunciar ante el mundo? ¿Me vais a acusar de hipócrita, violador, traidor, monstruo de crueldad, lujurioso e ingrato? ¡No, no, no! ¡Sé muy bien el peso de mis delitos; vuestras quejas serían demasiado justas, y mis crímenes demasiado evidentes! No saldréis de aquí para decir a Madrid que soy un villano, que mi conciencia está cargada de pecados y que no puedo esperar el perdón del cielo. ¡Desdichada muchacha, tendréis que quedaros aquí conmigo! ¡Aquí, entre estas tumbas desoladas, estas imágenes de la muerte, estos cadáveres corrompidos y nauseabundos! ¡Aquí os quedaréis a presenciar mis sufrimientos, a presenciar lo que es morir en los horrores de la desesperación y exhalar el último gemido entre blasfemias y maldiciones! ¿Y quién soy yo para agradecer esto? ¿Qué me sedujo para cometer estos crímenes, cuyo solo recuerdo me hace estremecer? ¡Bruja fatal! ¿No ha sido vuestra belleza? ¿No habéis hundido mi alma en la infamia? ¿No me habéis convertido en un hipócrita perjuro, un violador, un asesino? Es más, en este momento, ¿no me hace esa mirada angélica desesperar de alcanzar el perdón de Dios? ¡Oh! ¡Cuando esté ante el trono de su justicia, esa mirada bastará para condenarme! ¡Le diréis a mi Juez que erais feliz hasta que *yo* os vi; que erais inocente hasta que *yo* os manché! ¡Iréis con esos ojos llenos de lágrimas, esas mejillas pálidas y demacradas, esas manos alzadas en un gesto de súplica, como cuando me pedisteis esa compasión que yo no os he dado! ¡Entonces se presentará el espectro de vuestra madre y me arrojará a los infiernos, a las llamas, a las furias, a los tormentos eternos! ¡Y seréis vos quien me acusará! ¡Seréis vos la causa de mi eterna agonía! ¡Vos, desdichada muchacha! ¡Vos!

Y mientras tronaba de esta manera, agarró a Antonia violentamente por el brazo y pateó el suelo con furia delirante.

Creyendo que había perdido el juicio, Antonia cayó de rodillas, aterrada. Alzó las manos, y su voz desfalleció, antes de poder exclamar:

—¡Piedad! ¡Piedad! —con gran esfuerzo.

—¡Silencio! —exclamó el fraile enloquecido, arrojándola al suelo.

La dejó, y se puso a pasear por la mazmorra con aire enajenado y salvaje. Sus ojos giraban extraviados. Antonia temblaba cada vez que su mirada se encontraba con ellos. Parecía meditar algo horrible, y Antonia perdió toda esperanza de escapar con vida del sepulcro. Aunque al concebir tal idea, cometía

con él una injusticia. En medio del horror y la repugnancia de que era presa, aún sentía alguna piedad por su víctima. Una vez pasada la tormenta de pasión, habría dado el mundo entero por poderle devolver la inocencia que su lujuria desbocada le había arrebatado. No quedaba en su pecho ninguno de aquellos deseos que le instaban al crimen: las riquezas de la India no le habrían tentado a probar el goce de su persona una segunda vez. Su naturaleza parecía rebelarse ante el mero pensamiento, y con qué gusto habría borrado de su memoria la escena que acababa de tener lugar. A medida que su rabia tenebrosa disminuía, aumentaba su compasión por Antonia. Se detuvo, y quiso decirle unas palabras de alivio; pero no supo de dónde sacarlas, y se quedó mirándola con lúgubre extravío. Su situación parecía tan desesperada, tan infortunada, que no había fuerza humana que pudiera consolarla. ¿Qué podía hacer por ella? Ahora había perdido la paz del espíritu, y su honor estaba irreparablemente arruinado. Había sido apartada para siempre de la sociedad, y no se atrevía a devolverla. Comprendía que si aparecía en el mundo otra vez se descubriría su culpa, y su castigo sería inevitable. Para el que está cargado de crímenes, la muerte se halla doblemente armada de terrores. Sin embargo, aunque devolviese a Antonia a la luz y afrontase la posibilidad de que le traicionase, ¡qué miserable perspectiva se le presentaría! No podría vivir ya de manera honorable; estaría marcada por la infamia y condenada al dolor y la soledad para el resto de su existencia. ¿Cuál era la alternativa? Una solución mucho más terrible para Antonia, pero que al menos garantizaría la seguridad del monje. Decidió dejar que el mundo siguiese convencido de su muerte, y tenerla cautiva en aquella tenebrosa prisión: allí se proponía visitarla todas las noches, llevarle alimento, confesarle su penitencia y mezclar sus lágrimas con las de ella. El abad se daba cuenta de que esta resolución era injusta y cruel; pero era el único medio de evitar que Antonia publicase su culpa y su propia infamia. Si la liberaba, no podría confiar en su silencio: la ofensa que le había infligido era demasiado grande para esperar su perdón. Además, su reaparición despertaría la natural curiosidad, y la violencia de su aflicción le impediría ocultar la causa. Así que decidió que Antonia siguiese prisionera en la mazmorra.

Se acercó a ella con la confusión pintada en su semblante. La levantó del suelo. Tembló la mano de él al cogérsela Antonia, y Ambrosio la soltó como si hubiese tocado una serpiente. Su naturaleza parecía retroceder ante el mero contacto. Se sentía a la vez rechazado y atraído hacia ella, aunque no podía explicarse ninguno de estos dos sentimientos. Había algo en la expresión de Antonia que le traspasaba de horror; y aunque su entendimiento lo ignoraba todavía, su conciencia le señalaba toda la dimensión de su crimen. Con palabras atropelladas, aunque en el tono más suave de que fue capaz y con voz apenas audible, mientras mantenía los ojos apartados, trató de consolarla de una desventura que era ya irreparable. Se declaró sinceramente arrepentido, y dijo

que con gusto derramaría una gota de su sangre por cada lágrima que su barbarie le había arrancado a ella. Desdichada y sin esperanza, Antonia le escuchó con mucho dolor. Pero cuando él le anunció su decisión de tenerla encerrada en el sepulcro, condenarla a un espantoso destino ante el cual la muerte parecía preferible, despertó de su insensibilidad. El pensamiento de arrastrar una vida miserable en una celda repugnante, ignorada de todo ser humano salvo de aquel que la había violado, rodeada de cadáveres putrefactos, respirando el aire pestilente de la corrupción, y de no ver más la luz ni beber la brisa pura de los cielos, fue más terrible de lo que ella podía soportar. Superó incluso el horror que sentía por el fraile. Nuevamente cayó de rodillas: suplicó su compasión en los términos más patéticos e insistentes. Prometió, si le devolvía la libertad, ocultar sus agravios al mundo, explicar su reaparición de la manera que él juzgase más oportuna; y a fin de evitar que recayese sobre él la menor sospecha, se ofreció a abandonar Madrid inmediatamente. Sus súplicas fueron tan insistentes que causaron honda impresión en el monje. Consideró este que, puesto que su persona no excitaba ya sus deseos, no tenía interés en mantenerla oculta como había sido su primera intención; que eso añadía nuevos agravios a los que ya había sufrido; y que si era fiel a sus promesas, estaría él seguro, tanto si la dejaba encerrada o en libertad. Por otro lado, le daba miedo que, en su aflicción, Antonia rompiese su promesa impensadamente, o que su excesiva simplicidad e ignorancia de la astucia diese pie a que alguien más artero y solapado sorprendiese su secreto. Sin embargo, pese a lo fundadas que eran estas aprensiones, la compasión y un sincero deseo de reparar su crimen lo más posible le inclinaban a acceder a los ruegos de la suplicante. La dificultad de hacer plausible el inesperado retorno de Antonia a la vida, tras su supuesta muerte y público enterramiento, era el único punto que le tenía indeciso. Aún estaba meditando sobre los medios de eliminar tal obstáculo, cuando oyó un ruido de pasos que se acercaban con precipitación. Se abrió la puerta de la cripta, y entró corriendo Matilde, manifiestamente confundida y aterrada.

Al ver entrar a una persona desconocida, Antonia profirió un grito de alegría. Pero su esperanza de recibir auxilio de su parte se disipó en seguida. El supuesto novicio, sin manifestar la menor sorpresa al encontrar a una mujer a solas con el monje, en tan extraño lugar y a hora tan tardía, se dirigió a él sin una sola vacilación.

—¿Qué podemos hacer, Ambrosio? Estamos perdidos, a menos que encuentren algún medio de dispersar a los amotinados. Ambrosio, el convento de Santa Clara está en llamas, la priora ha caído víctima de la furia de la turba. La abadía amenaza correr la misma suerte. Alarmados ante la ira del populacho, los monjes os buscan por todas partes. Creen que vuestra sola autoridad bastará para calmar esos desmanes. Nadie sabe qué ha sido de vos, y vuestra ausencia ha creado universal asombro y desesperación. Yo he aprovechado la confusión para

venir corriendo a advertiros del peligro.

—En seguida lo remediaremos —contestó el abad—; regresaré inmediatamente a mi celda. Cualquier excusa justificará mi ausencia.

—Imposible —replicó Matilde—. El sepulcro está lleno de arqueros. Lorenzo de Medina está registrando las criptas, y recorre todos los pasadizos con varios oficiales de la Inquisición. Os cortarán la huida. Os preguntarán los motivos por los que os encontráis a estas horas en el sepulcro. Descubrirán a Antonia, ¡y estaréis perdido para siempre!

—¿Lorenzo de Medina? ¿Oficiales de la Inquisición? ¿Qué les trae a este lugar? ¿Me buscan? ¿Entonces soy un sospechoso? ¡Oh, hablad, Matilde! ¡Contestadme, por piedad!

—Hasta ahora no sospechan nada de vos, pero me temo que no tardarán. Vuestra única posibilidad de escapar está en lo improbable de que exploren esta mazmorra. La puerta está hábilmente disimulada. Tal vez no reparen en ella y; podamos permanecer ocultos hasta que se marchen.

—Pero Antonia… Si se acercan los Inquisidores y oyen sus gritos…

—¡Yo eliminaré ese riesgo! —interrumpió Matilde.

Diciendo esto, sacó un puñal y se abalanzó sobre su presa.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —exclamó Ambrosio, cogiéndole la mano y quitándole el arma que ya tenía en alto—. ¿Qué vais a hacer, mujer cruel? ¡Ya ha sufrido demasiado la desdichada, gracias a vuestros consejos perniciosos! ¡Ojalá no los hubiera escuchado jamás! ¡Ojalá no hubiese visto nunca vuestro rostro!

Matilde le lanzó una mirada de desprecio.

—¡Absurdo! —exclamó, con un gesto de pasión y de soberbia que atemorizó al monje—. Después de despojarla de cuanto la hacía valiosa, ¿teméis privarla de una vida miserable? ¡Pero está bien! Dejadla vivir, y os convenceréis de vuestra locura. ¡Os dejo a vuestro propio destino! ¡Renuncio a vuestra alianza! Quien tiembla ante la idea de cometer un crimen tan insignificante, no merece mi protección. ¡Escuchad! ¡Escuchad! Ambrosio, ¿no oís a los arqueros? Ya vienen; ¡vuestra ruina es inevitable!

En ese momento, el abad oyó el rumor de unas voces distantes. Corrió a cerrar la puerta, de cuyo secreto dependía su seguridad, la cual había olvidado Matilde cerrar. Antes de que pudiera llegar, vio correr a Antonia delante de él, y huir hacia donde sonaban las voces, con la rapidez de una flecha. Había estado escuchando atentamente a Matilde. Oyó mencionar el nombre de Lorenzo, y decidió arriesgarlo todo para ponerse bajo su protección. La puerta estaba abierta. Los rumores de voces la convencieron de que los arqueros no se hallaban demasiado lejos. Hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y echó a correr, antes de que el monje se diese cuenta de sus intenciones, y se dirigió rápidamente hacia aquel lugar. Tan pronto como se recobró de su primera

sorpresa, el abad salió tras ella. En vano redobló Antonia su velocidad y forzó al máximo sus nervios. Su enemigo ganaba terreno por momentos, y sintió el calor de su aliento en su cuello. El monje la alcanzó; alargó la mano, la agarró por los bucles agitados de su pelo y trató de arrastrarla de nuevo hacia la mazmorra. Antonia se resistió con todas sus fuerzas. Se abrazó a una columna que sostenía el techo, y gritó pidiendo socorro. En vano la amenazó el monje si no callaba.

—¡Socorro! —siguió gritando—. ¡Socorro! ¡Socorro, por el amor de Dios!

Espoleados por estos gritos, el ruido de pasos pareció acercarse más aprisa. El abad esperaba a cada instante ver llegar a los Inquisidores. Antonia aún resistía; en consecuencia, la redujo al silencio con los medios más horribles e inhumanos. Todavía empuñaba la daga de Matilde. Sin permitirse un segundo de reflexión, la levantó, ¡y la hundió dos veces en el pecho de Antonia! Ella profirió un alarido, y se derrumbó en el suelo. El monje trató de llevársela, pero aún se abrazaba firmemente en la columna. En ese instante, las paredes se iluminaron con la luz de las antorchas que se acercaban. Temeroso de que le descubriesen, Ambrosio se vio obligado a abandonar a su víctima y huyó a toda prisa hacia la mazmorra donde había dejado a Matilde.

No pasó inadvertido. Don Ramírez, que iba a la cabeza, descubrió a una mujer ensangrentada en el suelo y vio huir a un hombre del lugar, cuya confusión le delataba como el homicida. Inmediatamente persiguió al fugitivo con algunos arqueros, mientras los demás se quedaban con Lorenzo para auxiliar a la malherida desconocida. La levantaron y la sostuvieron en brazos. Se había desmayado por el exceso de dolor, pero pronto dio signos de recobrar los sentidos. Abrió los ojos y, al alzar la cabeza, los rubios cabellos que ocultaban su semblante, cayeron hacia atrás.

—¡Dios Todopoderoso! ¡Es Antonia!

Tal fue la exclamación de Lorenzo, mientras la arrancaba de los brazos de los asistentes y la abrazaba con los suyos.

Aunque guiado con mano insegura, el puñal había respondido demasiado bien a los propósitos de su dueño. Las heridas eran mortales, y Antonia se daba cuenta de que no tenía salvación. Sin embargo, los pocos instantes que le quedaban, fueron instantes de felicidad. La angustia que reflejaba el semblante de Lorenzo, la frenética pasión de sus lamentos y la ansiosa preocupación por sus heridas, la convencieron más allá de toda duda de que eran de ella sus afectos. No quiso que la sacaran de la cripta, temerosa de que el movimiento acelerase su muerte; no quería perder estos instantes en que recibía de Lorenzo pruebas de su amor, a las que ella correspondía. Le dijo que, de no haber sido violada, habría sentido morir ahora; pero que, privada de su honor y manchada por la vergüenza, la muerte era una bendición: no podía haber sido su esposa y, privada de esta esperanza, se resignaba a bajar a la sepultura sin un suspiro de pesar. Le pidió que tuviese valor, le alentó para que no se abandonase a un dolor inútil, y le confesó que lamentaba

no tener en este mundo más que a él. Aunque cada dulce acento, más que aliviar, aumentaba el dolor de Lorenzo, ella siguió hablando de este modo hasta el momento de su disolución. Su voz desfalleció, se hizo apenas audible. Una densa nube emborronó su vista, su corazón se volvió lento e irregular, y cada instante pareció anunciar el desenlace.

Yacía con la cabeza apoyada en el pecho de Lorenzo, y sus labios aún murmuraban palabras de consuelo. La interrumpió el tañido lejano de la campana del convento, que dio la hora. Súbitamente, los ojos de Antonia parpadearon con vivacidad: su cuerpo pareció dotado de nueva fuerza y animación. Se enderezó de los brazos de su enamorado.

—¡Las tres! —exclamó—. ¡Madre, voy a ti!

Juntó las manos, y cayó sin vida en el suelo. Lorenzo, presa de indecible agonía, se arrojó junto a ella; se mesó los cabellos, se golpeó el pecho y se negó a separarse del cadáver. Finalmente, sin fuerzas ya, consintió en que le sacasen de la cripta, siendo trasladado al palacio de Medina escasamente más vivo que la desventurada Antonia.

Entretanto, aunque perseguido de cerca, Ambrosio había logrado llegar a la tumba. La puerta estaba ya cerrada cuando don Ramírez llegó, y transcurrió mucho tiempo antes de descubrir el refugio del fugitivo. Pero nada se resiste a la perseverancia. Aunque hábilmente oculta, la puerta no escapó a la inspección de los arqueros. La abrieron a la fuerza y entraron, con gran espanto de Ambrosio y su compañera. La confusión del monje, su intento de esconderse, su rápida huida y la sangre que manchaba sus ropas, no dejaban lugar a dudas de que era el asesino de Antonia. Pero cuando le identificaron como el inmaculado Ambrosio, «el Hombre Santo», el ídolo de Madrid, los perseguidores se quedaron estupefactos, y apenas podían convencerse de que no era una aparición lo que tenían ante sí. El abad no se esforzó en justificarse, sino que mantuvo un obstinado silencio. Lo detuvieron y lo maniataron. Tomaron la misma precaución respecto a Matilde. Al quitarle la capucha, la profusión y belleza de sus cabellos delataron su sexo, y este accidente produjo un nuevo asombro. Encontraron, también, la daga en la tumba, donde el monje la había arrojado; y tras registrar completamente la mazmorra, los culpables fueron conducidos a las prisiones de la Inquisición.

Don Ramírez tuvo cuidado de que el populacho permaneciese ignorante de los crímenes e identidad de los cautivos. Temía que se repitiese el amotinamiento que había seguido a la detención de la priora de Santa Clara. Se limitó a comunicar a los capuchinos el delito de su superior. Para evitar la vergüenza de una confesión pública, y temiendo la furia popular, de la que ya habían salvado la abadía con muchas dificultades, los monjes permitieron de buen grado que los inquisidores registrasen el edificio sin ruido. No efectuaron ningún nuevo descubrimiento. Recogieron los efectos encontrados en las celdas del abad y de

Matilde, y los llevaron a la Inquisición para ser presentados como pruebas. Todo lo demás quedó como estaba, y el orden y la tranquilidad quedaron restablecidos una vez más en Madrid.

El convento de Santa Clara había quedado completamente en ruinas tras el saqueo de la chusma y el incendio. No quedaban en pie más que las paredes maestras, cuyo espesor y solidez las habían salvado de las llamas. Las monjas que habían pertenecido a él se vieron obligadas a dispersarse en otras comunidades. Pero el prejuicio contra ellas era muy fuerte, y las superioras no se mostraban muy dispuestas a acogerlas. Sin embargo, dado que la mayoría estaban emparentadas con familias muy distinguidas por su cuna y riqueza, varios conventos se vieron obligados a recibirlas, aunque con desagrado. Tal prejuicio era extremadamente falso e injustificado. Tras minuciosa investigación, se mostró que toda la comunidad estaba convencida de la muerte de Inés, salvo las cuatro monjas a las que Santa Úrsula había denunciado. Estas habían caído víctimas de la furia popular, así como otras perfectamente inocentes e ignorantes de todo el asunto. Cegada por el resentimiento, la turba se había ensañado con toda monja que había caído en sus manos. Las que escaparon, debieron su vida enteramente a la prudencia y moderación del duque de Medina. Se daban cuenta de ello, y sentían por este noble un cabal sentido de gratitud.

Virginia no fue la más parca en agradecimiento. Deseó igualmente dar las gracias por sus atenciones, y por los buenos cuidados del tío de Lorenzo, cosa que consiguió fácilmente. El duque contempló su belleza con maravilla y admiración; y mientras sus ojos se sintieron encantados con su forma, la dulzura de sus modales y el tierno interés por la monja doliente, predispusieron su corazón en su favor. Virginia tenía suficiente sensibilidad para darse cuenta de esto, y redobló sus atenciones en ella. Cuando la dejó en las puertas del palacio de su padre, el duque pidió permiso para preguntar de cuando en cuando por su salud. Le fue concedido gustosamente: Virginia le aseguró que el marqués de Villa–Franca estaría orgulloso en darle las gracias personalmente por la protección que había dispensado a su hija. Se separaron, él encantado con la belleza y dulzura de Virginia, y ella muy complacida con él, y más con su sobrino.

Al entrar en el palacio, el primer cuidado de Virginia fue llamar al médico de la familia y atender a la desconocida. Su madre se apresuró a colaborar en tan caritativo trabajo. Alarmado por el tumulto, y temblando por la seguridad de su única hija, el marqués había corrido al convento de Santa Clara, y aún la andaba buscando. De modo que se enviaron ahora mensajes a todas partes para informarle de que la encontraría a salvo en su casa, y que debía regresar allí inmediatamente. Su ausencia dio a Virginia libertad para dedicar toda su atención a su paciente; y aunque se hallaba muy trastornada por los sucesos de la noche, nada pudo persuadirla para que abandonase su puesto junto a la cama de la

desventurada desconocida. Dada su debilidad por el sufrimiento y las privaciones, esta tardó bastante en recobrar los sentidos. Le costó mucho trabajo tragar las medicinas que le prescribieron. Pero salvado este obstáculo, venció fácilmente su enfermedad, que resultó no ser otra cosa que debilitamiento. Las atenciones que recibió, los alimentos saludables que le administraron, de los que tanto tiempo había estado privada, y su alegría por haber recobrado la libertad, la sociedad y, como ella se atrevía esperar, el amor, contribuyeron al rápido restablecimiento. Desde el primer momento, su melancólica situación, sus sufrimientos casi sin paralelo, se habían ganado los afectos de su amable anfitriona: Virginia sentía por ella el más vivo interés; pero ¡cómo se alegró, cuando su invitada se recobró lo suficiente como para relatarle su historia, y reconoció en la monja cautiva a la hermana de Lorenzo!

Esta víctima de la crueldad monástica, efectivamente, no era otra que la desventurada Inés. Durante el tiempo que estuvo viviendo en el convento, Virginia la había llegado a conocer bastante bien. Pero su cuerpo extenuado, su semblante consumido por la aflicción, la convicción general de que había muerto, y su cabello largo y desgreñado que le ocultaba la cara y el pecho desordenadamente, no le habían permitido reconocerla al principio. La priora había intentado por todos los medios que Virginia profesase; pues no habría sido pequeño su triunfo, de haberse ganado a la heredera de Villa–Franca. Su fingida bondad e incesante atención habían llegado a ser tan eficaces que su joven pariente había comenzado a pensar seriamente en complacer sus deseos. Más familiarizada en el aburrimiento y sinsabores de la vida monástica, Inés había adivinado las intenciones de la superiora. Tembló por la inocente joven, y se esforzó en hacerle comprender su error. Pintó con sus verdaderos colores los numerosos inconvenientes de la vida conventual, la continua sujeción, los celos ruines, las intrigas mezquinas, la servil obsequiosidad y grosera adulación que la superiora esperaba recibir. Luego pidió a Virginia que pensase en el brillante porvenir que se ofrecía ante ella: idolatrada por sus padres, admirada por todo Madrid, dotada por naturaleza y educación de todas las perfecciones corporales e intelectuales, podía soñar con la posición más afortunada. Sus riquezas le proporcionaban los medios de ejercer plenamente su caridad y benevolencia, virtudes tan caras en ella; y su permanencia en el siglo le permitiría descubrir objetos merecedores de su protección, cosa que no podría hacer recluida en un convento.

Sus convicciones indujeron a Virginia a desechar toda idea de profesar. Pero otro argumento, no utilizado por Inés, tuvo para ella más peso que los demás juntos. Había visto a Lorenzo cuando este visitó a su hermana en la reja del locutorio. Le agradó su persona; y luego sus conversaciones con Inés generalmente abocaban en alguna pregunta sobre su hermano. Ella, que quería con locura a Lorenzo, no deseaba otra cosa que tener una ocasión para entonar

sus alabanzas. Hablaba de él en términos arrebatados; y para convencer a su interlocutora de cuán justos eran los sentimientos de su hermano, cuán cultivado su espíritu y elegantes sus expresiones, le enseñaba de cuando en cuando las cartas que recibía de él. No tardó en darse cuenta de que el corazón de su joven amiga se empapaba, merced a estas confidencias, de unas impresiones que estaba lejos de pretender despertar en ella, aunque se sentía verdaderamente feliz de descubrir. No podía querer para su hermano unión más deseable: heredera de Villa–Franca, virtuosa, tierna, hermosa y refinada, Virginia parecía muy bien dotada para hacerle feliz. Sondeó a su hermano sobre el particular, aunque sin mencionar nombres ni circunstancias. Él le aseguró en sus respuestas que su corazón y su mano estaban totalmente vacantes; e Inés pensó que, en ese caso, podía proseguir sin peligro. En consecuencia, se esforzó en fortalecer la pasión incipiente de su amiga. Lorenzo se convirtió en el tema constante de su discurso; y la avidez con que su oyente la escuchaba, los suspiros que frecuentemente escapaban de su pecho, y la ansiedad con que, tras alguna digresión, retrotraía el tema adonde lo habían dejado, bastaron para convencerla de que las prendas de su hermano estaban lejos de resultar desagradables. Por último, se atrevió a mencionar sus deseos al duque. Aunque no conocía a la dama propiamente dicha, conocía su posición lo bastante como para considerarla merecedora de la mano de su sobrino. Acordaron, él y la sobrina, que sería ella quien insinuaría tal idea a Lorenzo, y esperarían el regreso de este a Madrid para proponerle a la amiga de Inés como esposa. Los desdichados acontecimientos que tuvieron lugar entretanto, le impidieron llevar a cabo su propósito. Virginia había llorado su muerte sinceramente, como compañera y como única persona con la que podía hablar de Lorenzo. Su pasión seguía dominando su corazón en secreto, y casi había decidido confesar sus sentimientos a su madre, cuando el azar alejó de ella una vez más a su objeto. Ahora, al verle tan cerca, su cortesía, su compasión, su intrepidez, habían contribuido a imprimir renovado ardor a su afecto. Y al encontrar de nuevo a su amiga y defensora, la consideró un regalo del cielo: se atrevió a abrigar la esperanza de llegar a unirse con Lorenzo, y decidió utilizar sobre él la influencia de su hermana.

Creyendo que antes de su muerte Inés había podido hablarle de esta proposición, el duque había creído que las alusiones de su sobrino a su matrimonio se referían a Virginia: por consiguiente, les dio la más favorable acogida. Al regresar a su palacio, la relación que le hicieron de la muerte de Antonia y el comportamiento de Lorenzo le hicieron ver su error. Lamentó las circunstancias; pero, muerta la desventurada joven, confió en que aún se cumplirían sus designios. Es cierto que la situación de Lorenzo en aquel momento no era la más propicia para pensar en el matrimonio. Sus esperanzas se habían frustrado en el momento en que esperaba realizarlas, y la espantosa e inesperada muerte de su amada le había afectado profundamente. El duque le encontró

postrado en la cama. Sus cuidadores manifestaron serios temores por su vida. Pero el tío no compartía tales aprensiones. Era de la opinión, nada desacertada, de que « los hombres mueren y se los comen los gusanos, ¡pero no de amor!» . Así que se dijo, que por honda que fuese la impresión causada en el corazón de su sobrino, el tiempo y Virginia acabarían borrándola. Se apresuró a acudir junto al afligido joven y procuró consolarle: compadeció su dolor, pero le alentó a resistir los excesos de la desesperación. Reconoció que no podía por menos de sentirse destrozado ante un acontecimiento tan terrible, y no podía censurársele su sensibilidad. Pero le rogó que no se atormentase con vanos pesares, sino que luchase más bien contra la aflicción, y conservase la vida, si no por él mismo, al menos por los que tanto afecto sentían por él. Mientras así razonaba para hacer que Lorenzo olvidase la pérdida de Antonia, el duque visitó asiduamente a Virginia, y aprovechó todas las ocasiones para suscitar el interés de su sobrino en el corazón de ella.

Como fácilmente se puede comprender, Inés no estuvo mucho tiempo sin preguntar por don Raimundo. Se sintió muy apenada al enterarse de la desventurada situación a la que el dolor le había reducido; sin embargo, no pudo por menos de alegrarse secretamente, al pensar que su enfermedad demostraba la sinceridad de su amor. El duque tomó sobre sí la misión de anunciar al enfermo la felicidad que le aguardaba. Aunque no ahorró precaución ninguna en prepararle para tal noticia, los transportes de Raimundo ante el súbito cambio de la desesperación a la dicha fueron tan violentos, que a punto estuvieron de resultar fatales. Una vez pasados, la tranquilidad de su espíritu, la seguridad de su dicha, y sobre todo, la presencia de Inés [que tan pronto como se restableció, gracias a los cuidados de Virginia y la marquesa, se apresuró a atender a su amado], le permitieron vencer los efectos de su última enfermedad. La serenidad de su espíritu se comunicó a su cuerpo, y se recobró con tal rapidez que causó la sorpresa general.

No ocurrió así con Lorenzo. La muerte de Antonia, acompañada de circunstancias tan espantosas, pesaba tremendamente en su espíritu. Se había quedado tan consumido que parecía su propia sombra. Nada conseguía complacerle. Costaba trabajo convencerle para que tomase alimento suficiente que le sostuviese con vida, y se quedó consumido. La compañía de Inés constituía su único consuelo. Aunque el azar nunca había permitido que estuviesen mucho tiempo juntos, sentía por ella una sincera amistad y afecto. Comprendiendo esta cuán necesaria era para él, rara vez abandonaba su aposento. Escuchaba sus quejas con incansable atención, y le consolaba con la dulzura de sus gestos y simpatizando con su dolor. Aún seguía ella viviendo en el palacio de Villa–Franca, cuyos dueños la trataban con marcado afecto. El duque había confiado al marqués sus deseos con respecto a Virginia. La pareja era intachable. Lorenzo era heredero de la inmensa fortuna de su tío, y Madrid le tenía por persona

afable, de vastos conocimientos y conducta ejemplar. Además de esto, la marquesa había descubierto lo fuertes que eran las inclinaciones de su hija en su favor.

En consecuencia, las proposiciones del duque fueron aceptadas sin vacilación: se tomaron todas las providencias para inducir a Lorenzo a considerar a la dama con los sentimientos que ella tanto merecía despertar. En las visitas a su hermano, Inés iba acompañada frecuentemente de la marquesa; y tan pronto como él pudo moverse por la antecámara, Virginia, bajo la protección de su madre, recibió permiso para expresar su deseo de que Lorenzo se recuperase; cosa que hizo ella con gran delicadeza. Y cuando se refirió a Antonia lo hizo de manera tan tierna y consoladora, y al lamentar el triste destino de su rival brillaron sus ojos a través de sus lágrimas de manera tan hermosa, que Lorenzo no pudo contemplarla ni escucharla sin emoción. Sus familiares, así como la dama, se dieron cuenta de que su compañía parecía producirle un nuevo placer cada día, y que él hablaba en términos admirativos cada vez más fuertes. Sin embargo, guardaban para sus adentros sus observaciones. No se deslizó una sola palabra que pudiese inducirle a sospechar los designios de los demás. Observaron su anterior conducta y atenciones, y dejaron que el tiempo hiciese madurar un sentimiento que ya estaba en germen en la amistad que sentía por Virginia.

Entretanto, las visitas de ella se habían hecho más frecuentes; y en los últimos tiempos, apenas pasaba un día sin que pasase ella algún rato junto al lecho de Lorenzo. Gradualmente, este recobró sus fuerzas, si bien el progreso de su recuperación fue lento y dudoso. Una tarde, pareció sentirse más animado de lo habitual; Inés y su amado, el duque, Virginia y sus padres, estaban sentados a su alrededor. Ahora, por primera vez, pidió a su hermana que le informase cómo había escapado a los efectos del veneno que Santa Úrsula le había visto beber. Temerosa de evocar en su mente el escenario en el que Antonia había perecido, le había ocultado hasta el momento la historia de sus sufrimientos. Dado que ahora abordaba él el tema, y creyendo que quizá el relato de sus infortunios podía hacerle olvidar aquellos en los que él se había demorado demasiado, accedió al punto a su petición. El resto de los presentes había oído ya la historia; pero el interés que sentían por su heroína les hacía desear oírla una vez más. Secundando todos los reunidos los ruegos de Lorenzo, Inés obedeció. Primero contó el descubrimiento que había tenido lugar en la capilla de la abadía, el resentimiento de la superiora y la escena de medianoche que Santa Úrsula había presenciado oculta. Aunque la monja ya había descrito este lance, Inés lo relató ahora más detalladamente. Después de lo cual prosiguió su relato de la manera siguiente:

Mi fingida muerte estuvo acompañada de las mayores agonías. Aquellos momentos que yo creí que eran los últimos me los amargaron las manifestaciones de la priora de que no escaparía a mi condenación; y al cerrar los ojos, la oí desahogar su rabia en maldiciones por mi ofensa. El horror de esta situación, en un lecho de muerte del que habían desterrado toda esperanza, con un sueño del que sólo iba a despertar para encontrarme presa de las llamas y las furias, fue indescriptiblemente espantoso. Cuando recobré el sentido, mi alma aún estaba bajo la terrible impresión de estas ideas. Miré a mi alrededor sobrecogida, esperando ver a los ministros de la divina venganza. Durante la primera hora, mis sentidos estuvieron tan aturdidos, y mi cerebro tan ofuscado, que me esforcé en vano en ordenar las extrañas imágenes que flotaban en dislocada confusión ante mí. Si trataba de levantarme del suelo, el extravío de mi cerebro me engañaba. Todo cuanto me rodeaba pareció girar, y caí una vez más en el suelo. Mis ojos débiles y deslumbrados fueron incapaces de soportar la proximidad de la luz que veía temblar por encima de mí. Tuve que cerrarlos otra vez, y permanecer inmóvil en la misma postura.

Transcurrió una hora entera, antes de que me sintiera capaz de examinar los objetos que me rodeaban. Cuando lo hice, ¡qué terror invadió mi pecho al descubrir que me hallaba tendida sobre una especie de lecho de mimbre! Tenía seis agarraderos, y sin duda había servido a las monjas para transportarme a mi sepultura. Yo estaba cubierta con un lienzo blanco. Había flores marchitas derramadas sobre mí. A un lado descubrí un crucifijo de madera; al otro, un rosario de grandes cuentas. Me encontraba encerrada entre cuatro paredes estrechas y bajas. Por arriba, el techo tenía una pequeña trampa enrejada, a través de la cual entraba el poco aire que circulaba en aquel miserable lugar. Un desmayado resplandor que se filtraba entre las barras me permitió distinguir mi espantoso entorno. Sentía la presión de un olor pestilente y sofocante; y al darme cuenta de que la reja no tenía pasado el cerrojo, pensé que sería posible escapar. Me levanté con esa intención, y mi mano se apoyó sobre algo blando: lo cogí, y lo levanté hacia la luz. ¡Dios Todopoderoso! ¡Qué repugnancia, qué consternación! A pesar de su putrefacción, y de los gusanos que la devoraban, descubrí una cabeza humana, y reconocí el semblante de una monja que había muerto meses antes. La arrojé lejos de mí, y caí desvanecida en mi litera.

Cuando me volvieron las fuerzas, esta circunstancia, y la conciencia de que estaba rodeada de los cadáveres nauseabundos de mis compañeras, aumentaron mi deseo de escapar de aquella prisión. Me dirigí de nuevo hacia la luz. La reja estaba al alcance de mi mano. La levanté sin dificultad.

Probablemente la habían dejado abierta para facilitarme la huida de la mazmorra. Agarrándome a las irregularidades de los muros, algunas de cuyas piedras sobresalían más que otras, me esforcé en trepar por ellos y salir de la prisión. Ahora me encontraba en una cripta relativamente amplia. Alineadas en fila, había varias tumbas similares a aquella de la que acababa de escapar, que parecían descender profundamente en la tierra. Una lámpara sepulcral estaba suspendida del techo con una cadena de hierro, y difundía una luz mortecina en todo el recinto. Por todas partes se veían signos de la muerte: cráneos, omóplatos, fémures y demás restos mortales yacían esparcidos por el húmedo suelo. Cada tumba estaba adornada con un gran crucifijo, y en un rincón se alzaba una imagen de madera de Santa Clara. Al principio no presté atención a estos objetos: la puerta, que era la única salida del recinto, acaparó toda mi atención. Corrí hacia ella, envuelta en mi sudario. La empujé y, para mi indecible terror, la encontré cerrada con llave.

Inmediatamente pensé que la priora, equivocando la naturaleza del licor que me había obligado a beber, en vez de veneno me había administrado un poderoso somnífero. De aquí inferí que, habiendo dado todas las muestras de muerte, había recibido los ritos del entierro; y que privada de toda posibilidad de hacer saber que vivía, mi destino sería morir de hambre. Esta idea me sobrecogió de horror, no sólo por mí, sino por la inocente criatura que aún vivía en mi seno. Nuevamente traté de abrir la puerta, pero resistió todos mis esfuerzos. Grité con todas mis fuerzas, y pedí ayuda. Estaba muy lejos de oír a nadie. Ninguna voz contestó a la mía. Un profundo y melancólico silencio reinaba en la cripta, y perdí toda esperanza de libertad. Mi largo ayuno empezaba a atormentarme. Las torturas que el hambre me infligía eran de lo más dolorosas e insoportables. Sin embargo, parecían aumentar cada hora que pasaba. Unas veces me arrojaba al suelo y me retorcía enloquecida y desesperada; otras, me levantaba, regresaba a la puerta, pugnaba por abrirla, y repetía mis infructuosos gritos de auxilio. A menudo, me daban ganas de estrellar la cabeza contra la afilada esquina de algún monumento, saltarme los sesos y terminar así de una vez con mis desdichas. Pero el pensamiento de mi hijo me hizo vencer tales ideas. Temblaba en cometer una acción que pudiera poner en peligro la existencia de mi hijo y la mía propia. De modo que desahogué mi angustia con grandes exclamaciones y apasionados lamentos, hasta que me quedé sin fuerzas una vez más y me senté, muda y desesperada, al pie de la imagen de Santa Clara, con los brazos cruzados, abandonándome a la sombría desesperación. Así transcurrieron varias horas. La muerte avanzaba hacia mí con paso rápido, y esperaba que cada instante fuese el de mi disolución. De repente, me llamó la atención una tumba vecina. Tenía encima una cesta en la que no había reparado hasta ahora. Me levanté de un salto. Corrí hacia allí todo lo de prisa que permitían

mis fuerzas. ¡Con qué ansias cogí la cesta, encontrando en ella un pan reseco y una pequeña botella de agua!

Me arrojé con avidez sobre estos humildes alimentos. Tenían todo el aspecto de haber sido dejados allí hacía varios días. El pan estaba duro, y el agua corrompida. Sin embargo, jamás probé alimentos más delicados. Una vez aplacados los tormentos del hambre, empecé a hacer conjeturas sobre esta nueva circunstancia. Me pregunté si habrían colocado allí aquella cesta pensando en mi necesidad. Mi esperanza tendía a responder en sentido afirmativo. Sin embargo, ¿quién podía adivinar que yo iba a tener necesidad de tales auxilios? Y en caso de que supiesen que yo estaba con vida, ¿por qué me retenían en esta cripta tenebrosa? Si me tenían prisionera, ¿qué significaba la ceremonia de encerrarme en una tumba? Y si estaba condenada a morir de hambre, ¿a la misericordia de quién debía yo encontrar a mi alcance aquellas provisiones? Ningún amigo habría mantenido en secreto este espantoso castigo. Tampoco parecía probable que ningún enemigo se hubiese tomado la molestia de proporcionarme los medios de subsistencia. En resumen, me sentía inclinada a pensar que los designios de la superiora sobre mi vida habían sido descubiertos por alguna de mis partidarias del convento, y que esta había encontrado el medio de sustituir el veneno por un somnífero hasta que pudiese liberarme, y estaría ahora tratando de informar a mis parientes de mi peligro, e indicar el modo de liberarme de mi cautividad. Sin embargo, ¿por qué era tan burda la naturaleza de mis provisiones? ¿Cómo podía mi amiga haber entrado en la cripta sin conocimiento de la superiora? Y si había entrado, ¿por qué estaba la puerta tan cuidadosamente cerrada? Estas reflexiones me producían vértigo. No obstante, esta idea era la más favorable a mis esperanzas, y por la que sentía mayor preferencia.

Mis meditaciones se vieron interrumpidas por un lejano ruido de pasos. Se acercaban, aunque muy despacio. Un resplandor se filtró por las rendijas de la puerta. No sabiendo si las personas que se aproximaban venían a liberarme o les traía otra misión a la cripta, empecé a gritar para llamar su atención. Siguieron acercándose los pasos. La luz se hacía más viva. Por fin, con indecible felicidad, oí girar la llave en la cerradura. Convencida de que estaban a punto de soltarme, corrí hacia la puerta con un grito de gozo. Se abrió: pero todas mis esperanzas de escapar se desvanecieron, al aparecer la priora acompañada de las mismas cuatro monjas que habían presenciado mi supuesta muerte. Traían antorchas en las manos, y me miraron con pavoroso silencio.

Retrocedí aterrada. La priora bajó a la bóveda, igual que sus compañeras. Me lanzó una mirada de resentimiento, pero no manifestó ninguna sorpresa al encontrarme aún con vida. Se sentó en el sitio que yo acababa de abandonar:

cerraron la puerta otra vez, y las monjas se colocaron detrás de la superiora, mientras el resplandor de sus antorchas, empañado por los vapores y humedad de la cripta, arrancaba fríos destellos de los monumentos que me rodeaban. Durante unos momentos observaron un silencio solemne y mortal. Yo me hallaba de pie, a cierta distancia de la priora. Por último, me ordenó que me acercara. Temblando ante la severidad de su ceño, apenas tuve fuerzas para obedecerla. Avancé unos pasos, pero mis piernas eran incapaces de sostener mi peso. Caí de rodillas; junté las manos y las levanté en un gesto de súplica, aunque no tuve fuerzas para articular una sola palabra.

Ella me miró con ojos iracundos.

—¿Tengo delante a una penitente o a una criminal? —dijo al fin—. ¿Son esas manos de contrición por vuestros crímenes o de miedo a afrontar su castigo? ¿Reconocen esas lágrimas la justicia de vuestro destino, o sólo solicitan que se mitiguen vuestros sufrimientos? ¡Me temo que lo segundo!

Calló, pero siguió con los ojos clavados en mí.

—Tened valor —prosiguió—: yo no deseo vuestra muerte, sino vuestro arrepentimiento. El bebedizo que os he administrado no era veneno, sino sólo un somnífero. Mi intención, al engañaros, era haceros sentir las agonías de una conciencia culpable, si os hubiese sobrevenido la muerte de repente, cuando aún no os habíais arrepentido de vuestros crímenes. Habéis sufrido esas agonías: ahora os he traído aquí para que os familiaricéis con los rigores de la muerte, y confío en que vuestras momentáneas angustias os reporten un eterno beneficio. No es mi intención destruir vuestra alma inmortal, ni que bajéis a la sepultura agobiada con el peso de los pecados. No, hija; lejos de eso. Yo quiero purificaros con el castigo saludable, y proporcionaros el tiempo suficiente para la contrición y los remordimientos. Oíd, pues, mi sentencia; el celo equivocado de vuestros amigos ha demorado su ejecución, pero no podrá impedirla. Todo Madrid os cree muerta. Vuestros parientes están plenamente convencidos de que ya no estáis en este mundo, y las monjas partidarias de vos han asistido a vuestro funeral. Nadie sospecha que aún estáis con vida: he tomado tales precauciones que el misterio es prácticamente impenetrable. Así que abandonad todo pensamiento de integraros a un mundo del que estáis apartada para siempre, y emplead las pocas horas que se os conceden en prepararos para el otro.

Este exordio me hizo esperar algo terrible. Me estremecí, y habría tratado de aplacar su ira; pero un gesto de la superiora me ordenó que guardase silencio. Y prosiguió:

—Aunque se han tenido olvidadas durante los últimos años, y ahora se oponen a ellas muchas de nuestras monjas descarriadas [¡el cielo las devuelva al recto sendero!], es mi intención restablecer las leyes de nuestra

orden en todo su vigor. La que sanciona la incontinencia es rigurosa, pero no más monstruosa de lo que la ofensa requiere: someteos a ella, hija, sin resistiros; hallaréis el beneficio de la paciencia y la resignación en una vida mejor que esta. Escuchad, pues, la sentencia de Santa Clara. Bajo estas criptas existen prisiones destinadas a acoger a criminales como vos: el acceso está hábilmente oculto, y la que entra en una de ellas puede renunciar a toda esperanza de libertad. Ahí es adonde ahora debéis ser conducida. Se os suministrarán alimentos, pero no los suficientes para satisfacer el apetito: tendréis bastante para conservar unidos al alma y el cuerpo, y serán de lo más simples y rudimentarios. Llorad, hija, llorad, y humedeced el pan con vuestras lágrimas: ¡bien sabe Dios que tenéis motivo de sobra para llorar! Encadenada en una de esas mazmorras secretas, separada para siempre del mundo y de la luz, sin otro consuelo que la religión y sin otra compañía que vuestro arrepentimiento: así debéis gemir el resto de vuestros días. Tales son los mandatos de Santa Clara; someteos a ellos sin quejaros. ¡Seguidme!

Fulminada ante esta bárbara sentencia, la escasa fuerza que me quedaba me abandonó. Por toda respuesta, caí a sus pies y se los bañé con mis lágrimas. La superiora, inconmovible ante mi aflicción, se levantó de su asiento con gesto altivo. Repitió su mandato en tono terminante. Pero mi excesiva debilidad me impidió obedecerla. Mariana y Alix me levantaron del suelo y me transportaron en brazos. La priora se puso en marcha, apoyándose en Violante, y Camila nos precedió con una antorcha. Así avanzó nuestro cortejo por los corredores, en un silencio que sólo quebraban mis sollozos y gemidos. Nos detuvimos ante el trono principal de Santa Clara. La imagen estaba desplazada de su pedestal, aunque yo no comprendía cómo. Después, las monjas levantaron una reja de hierro hasta entonces oculta por la imagen, y la dejaron caer hacia el otro lado con un golpe sonoro. El espantoso estrépito, repetido por los abovedados techos y las cavernas que había debajo de mí, me despertaron de la desalentada apatía en que me había sumido. Miré ante mí: un abismo espantoso se abría ante mis ojos aterrados, en el que se sumergía una empinada y angosta escalera, hacia la cual me llevaban mis conductoras. Grité y me retorcí. Imploré compasión, desgarré el aire con mis chillidos e invoqué el auxilio del cielo y de la tierra. ¡Pero todo fue en vano! Me arrastraron escalera abajo y me obligaron a entrar en una de las celdas que se abrían a lo largo de las paredes de la caverna.

Se me heló la sangre al ver el tenebroso recinto. Los fríos vapores que flotaban en el aire, los muros verdes de humedad, el lecho de paja tan abandonado e incómodo, la cadena destinada a retenerme para siempre en mi prisión, y los reptiles indescriptibles que, al acercarse las antorchas, vi escabullirse precipitadamente hacia sus guaridas, me encogieron el corazón con tan intensos terrores que a duras penas los pudo soportar mi naturaleza.

Enloquecida de desesperación, me desasí súbitamente de las monjas que me sujetaban: me arrojé de rodillas ante la priora y supliqué clemencia en los términos más apasionados y frenéticos.

—¡Si no a mí —dije—, mirad al menos con compasión al ser inocente cuya vida se encuentra unida a la mía! ¡Grande es mi crimen, pero no permitáis que mi hijo sufra por ello! Mi hijo no ha cometido ningún pecado. ¡Oh! Perdonadme por ese hijo nonato, al que antes de probar la existencia vuestra severidad condena ya a la destrucción.

La priora se apartó con arrogancia. Tiró de su hábito, haciéndome soltarlo, como si mi contacto fuese contagioso.

—¡Cómo! —exclamó con gesto exasperado—. ¿Os atrevéis a interceder por el fruto de vuestra vergüenza? ¿Hay que permitir que viva una criatura concebida en pecado tan monstruoso? ¡Mujer disipada, no me pidáis más por él! Sería preferible que el desdichado muriese. Engendrado en el perjurio, la incontinencia y la corrupción no puede por menos de revelarse un prodigio de vicio. ¡Escúchame, pecadora! No esperes misericordia ni para ti ni para tu engendro, sino más bien reza para que la muerte te sobrevenga antes de que nazca. ¡Y si ve la luz, que sus ojos se cierren inmediatamente para siempre! Ninguna ayuda recibirás en tu alumbramiento. Tráelo tú sola al mundo, aliméntalo tú, críalo tú, y entiérralo tú: ¡Y Dios quiera que esto último ocurra sin tardanza, no vayas a encontrar consuelo en el fruto de tu iniquidad!

Este discurso inhumano de la superiora, las amenazas que contenía, los espantosos sufrimientos que me predecían, y sus deseos de que muriese mi hijo, por el que ya sentía yo un profundo cariño aunque aún no había nacido, eran más de lo que mi cuerpo podía soportar. Profiriendo un hondo gemido, caí exánime a los pies de mi inexorable enemiga. No sé el tiempo que permanecí en tal estado; pero imagino que debió de transcurrir algún tiempo antes de recobrarme, porque cuando lo hice la priora y sus monjas habían abandonado ya la caverna. Al volver en mí, vi que me encontraba en medio del silencio y la soledad. No oí siquiera retirarse a mis perseguidoras. ¡Todo estaba callado, y todo era espantoso! Me habían arrojado sobre la paja; la pesada cadena que yo había visto con terror me rodeaba la cintura, y su extremo estaba firmemente sujeto a la pared. Una lámpara alumbraba con resplandor mortecino y melancólico la mazmorra, permitiéndome distinguir todos sus horrores. Estaba separada del subterráneo por un muro de piedra bajo e irregular; una ancha hendidura constituía la entrada, ya que puerta no tenía ninguna. Había un crucifijo de plomo delante de mi lecho de paja. A mi lado encontré una manta andrajosa, así como un rosario; y no lejos, vi una jarra con agua y una cesta de mimbre con un pan, así como una botella de aceite para la lámpara.

Con ojos desalentados, examiné este escenario de sufrimiento. Cuando

pensé que estaba condenada a pasar el resto de mis días allí, sentí el corazón desgarrado de angustia. ¡En otro tiempo, me habían enseñado a pensar en el porvenir de manera bien diferente! ¡Qué brillantes y halagadoras parecían mis perspectivas! Ahora todo se había acabado para mí. Amigos, comodidades, compañía, felicidad; ¡en un instante me habían privado de todo! Muerta para el mundo, muerta para el placer, no vivía sino para sufrir la miseria. ¡Cuán puro me parecía el mundo del que ahora estaba excluida para siempre! ¡Cuántos objetos amables contenía que no volvería a ver otra vez! Eché una mirada de terror por mi prisión; y estremecida ante el viento cortante que aullaba en mi subterránea morada, me pareció el cambio tan enorme, tan repentino, que dudé de su realidad. El hecho de que la sobrina del duque de Medina, prometida del marqués de las Cisternas, nacida en la abundancia, emparentada con las más nobles familias de España y rica en amigos afectuosos, se convirtiese en un instante en una cautiva separada del mundo para siempre, y se viese cargada de cadenas y reducida a sostener su vida con los más groseros alimentos, parecía un cambio tan súbito e increíble que se me antojaba el juego de alguna espantosa visión. Su persistencia me convenció de mi error de manera inequívoca. Cada mañana se disipaban mis esperanzas. Finalmente, abandoné toda idea de escapar: me resigné a mi destino, y sólo esperé ya la libertad con la llegada de la muerte.

Mi angustia espiritual y las espantosas escenas que había tenido que soportar, me adelantaron el período del parto. En soledad y miseria, abandonada de todos, desasistida del arte, sin el consuelo de la amistad, en medio de unos sufrimientos capaces de conmover los corazones más endurecidos, tuve mi desdichado alumbramiento. El niño vino vivo al mundo. Pero yo no sabía cómo cuidarlo, ni de qué modo conservar su existencia. Sólo pude bañarle con mis lágrimas, calentarle en mi regazo y ofrecer oraciones por su seguridad. Pronto me vi privada de estos cuidados dolorosos: la falta de atenciones adecuadas, mi ignorancia sobre cómo atenderlo, el intenso frío de la mazmorra y el aire malsano que invadía sus pulmones, terminaron con la breve y desventurada existencia de mi hijito. Expiró a las pocas horas de su nacimiento, y presencié su muerte en medio de unas agonías más allá de toda descripción.

Pero de nada servía que me afligiese. Mi hijo había dejado de existir, y todos mis suspiros no podían insuflar a su pequeño y tierno cuerpo un instante de aliento. Rasgué mi sudario, y envolví con un trozo al pobrecillo. Me lo puse contra mi pecho, con su blando bracito rodeándome el cuello y su pálida y fría mejilla pegada contra la mía. Así descansaron sus miembros, mientras yo le cubría de besos, le hablaba, lloraba y gemía sin descanso día y noche. Camila entraba en mi prisión regularmente. A pesar de su endurecida naturaleza, no podía presenciar impasible este espectáculo. Temía que el

excesivo sufrimiento me hiciera perder finalmente la razón, y lo cierto es que no siempre me sentí en mi juicio. Movida por un impulso de compasión, me insistió en que permitiese enterrar su cadáver. Pero no lo consentí. Prometí no separarme de él mientras me quedase un aliento de vida; su presencia era mi único consuelo, y ningún argumento logró convencerme para que me separase de él. No tardó en convertirse en una masa de putrefacción, y a los ojos de todos no fue otra cosa que un objeto repugnante y desagradable: a los ojos de todos, menos a los de su madre. En vano me impulsaban los humanos sentimientos a retroceder con repugnancia ante este símbolo de mortalidad: resistí y vencí esa repugnancia. Seguí conservando a mi hijito en mi pecho, llorándole, queriéndole, ¡y adorándole! Hora tras hora pasaba en mi lecho miserable, contemplando lo que antes había sido mi hijo: me esforzaba en adivinar sus rasgos en aquella lívida corrupción que se había extendido por todo él. Durante mi confinamiento, esta triste ocupación fue mi única alegría, y en esos momentos, nada en el mundo me habría convencido para que le abandonase. Aun cuando me liberasen de mi prisión, me llevaría a mi hijo en brazos. Las súplicas de mis dos bondadosas amigas —aquí cogió las manos de la marquesa y de Virginia, y las besó—, me convencieron finalmente para que dejase descender a mi desventurado niñito a la tumba. Sin embargo, me separé de él con trabajo. Pero la razón prevaleció al fin; accedí a que se lo llevasen, y ahora descansa en tierra consagrada.

Antes he dicho que Camila me traía alimento regularmente, una vez al día. No amargó nunca mis desventuras con reproches: me decía, eso sí, que renunciase a toda esperanza de libertad y mundana felicidad. Pero me alentaba a soportar con paciencia mis desdichas temporales, y me aconsejaba que buscase el consuelo de la religión. Mi situación, evidentemente, la afectaba más de lo que ella se atrevía a manifestar. Pero creía que si atenuaba mi culpa me haría menos ansiosa de arrepentimiento. Muchas veces, mientras sus labios pintaban la enormidad de mis pecados con vivos colores, sus ojos traicionaban cuán sensible era a mis sufrimientos. De hecho, estoy segura de que las que se dedicaban a atormentarme (pues las otras tres monjas entraban en mi prisión de cuando en cuando), actuaban no tanto movidas por un espíritu de opresiva crueldad como por la idea de que afligir mi cuerpo era el único medio de salvar mi alma. Es más, aun cuando no hubiera sido así, estoy segura de que habrían juzgado mi castigo excesivo, de no haber mantenido sofocadas sus conciencias con la ciega obediencia a la superiora. Pero esta abrigaba su resentimiento en todo su vigor. Al ser descubierto mi proyecto de rapto por el abad de los capuchinos, se consideró que mi infamia la rebajaba ante la opinión de este, por lo que el odio que concibió fue sin reservas. Dijo a las monjas a cuya custodia fui encomendada que mi culpa era de lo más atroz, que ningún sufrimiento podía expiarla, y

que no me salvaría de la perdición eterna sino castigando mi delito con la mayor severidad. Las palabras de la superiora eran un oráculo para muchas de las que vivían en el convento. Las monjas creían lo que a la priora se le ocurría afirmar. Aunque contrarios a la razón y a la caridad, no dudaban en admitir la verdad de sus argumentos. Seguían sus decisiones al pie de la letra, y estaban plenamente convencidas de que tratarme a mí con lenidad, o mostrar la menor compasión por mis sufrimientos, sería el medio directo de eliminar toda posibilidad de que me salvase.

Dado que Camila era la que más me atendía, a ella fue a quien la priora encargó que me tratase con dureza. Y para cumplir estas órdenes, frecuentemente se esforzaba en convencerme de cuán justo era el castigo, y cuán enorme mi crimen. Me pedía que me considerase muy dichosa si salvaba mi alma mortificando el cuerpo, y aun me amenazaba a veces con la condenación eterna. Sin embargo, como ya he dicho, siempre concluía con palabras de aliento y de consuelo. En cuanto a las frases mortificantes, aunque pronunciadas por los labios de Camila, fácilmente reconocía en ellas las expresiones de la superiora. Una vez, sólo una, vino la priora a visitarme a la mazmorra. Me trató con la más irreconciliable crueldad: me colmó de reproches, se burló de mi fragilidad, y cuando le imploré compasión, me dijo que la pidiese al cielo, ya que en la tierra no merecía ninguna. Miró incluso a mi hijito muerto sin emoción; y cuando se marchó, oí que encargaba a Camila que aumentase los rigores de mi cautiverio. ¡Era una mujer despiadada! Pero no quiero pensar en resentimientos: ya ha expiado sus errores con su muerte triste e inesperada. Descanse en paz; ¡y ojalá se le perdonen sus crímenes en el cielo, como yo le perdono mis sufrimientos en la tierra!

Así que seguí arrastrando una existencia miserable. Lejos de familiarizarme con mi prisión, la contemplaba cada vez con más horror. El frío parecía más intenso y penetrante; el aire, más denso y pestilente. Mi cuerpo se volvió débil, febril y consumido. No era capaz de levantarme del lecho de paja para ejercitar mis piernas en los estrechos límites que permitía la longitud de la cadena. Aunque agotada, débil y sin fuerzas, me asustaba quedarme dormida: mi sueño se veía constantemente interrumpido por algún detestable sapo hinchado, horrendo, impregnado con los vapores ponzoñosos de la mazmorra, que arrastraba su cuerpo abominable por encima de mi pecho; o el frío y rápido lagarto, que me despertaba dejándome un rastro viscoso en el rostro y enredándose entre los mechones desgreñados y sucios de mis cabellos. Muchas veces, al despertar, encontraba mis dedos cubiertos de largos gusanos que se alimentaban con la carne putrefacta de mi hijito. Entonces gritaba de terror y repugnancia, y mientras me sacudía de encima los reptiles, temblaba con toda mi debilidad de mujer.

Tal era mi situación, cuando Camila cayó enferma súbitamente. Una peligrosa fiebre, supuestamente infecciosa, la retuvo confinada en la cama. Todas, salvo la hermana encargada de cuidarla, la evitaron con precaución, temerosas de contraer la enfermedad. Era presa de delirios, y no podía atenderme de ningún modo. La superiora y las monjas que estaban en el secreto me habían entregado completamente a los cuidados de Camila; así que no volvieron a ocuparse de mí. Y atareadas en preparar la próxima festividad, lo más probable era que no pensaran en mí una sola vez. La madre Santa Úrsula es la que me informó, después de mi liberación, del motivo por el que Camila dejó de venir a verme. Entonces estaba yo muy lejos de sospechar la causa. Al contrario, al principio esperé la aparición de mi carcelera con impaciencia, y luego con desesperación. Transcurrió un día; luego, otro. Llegó el tercero. ¡Y Camila sin llegar! ¡Y yo sin comida! Podía medir el paso del tiempo por el consumo de mi lámpara, para cuyo suministro me habían dejado aceite para una semana. Supuse que, o bien las monjas me habían olvidado, o bien la superiora les había ordenado que me dejasen morir. Esta última idea parecía la más probable. Sin embargo, es tan natural el amor a la vida, que temblé al pensar que fuera eso. Aunque atormentada por toda clase de miserias, aún sentía apego a mi existencia y tenía miedo de perderla. Cada minuto que transcurría me probaba que debía abandonar toda esperanza de alivio. Yo no era más que un absoluto esqueleto: la vista me flaqueaba, y mis miembros comenzaban a quedarse rígidos. Sólo podía expresar mi angustia y los dolores del hambre que me arañaban las entrañas con gemidos cuyo eco melancólico repetía el abovedado techo. Me resigné a mi destino; y esperaba el momento de mi disolución, cuando mi ángel guardián, mi amado hermano, llegó a tiempo de salvarme. Mi vista debilitada y borrosa se negó al principio a reconocerle; y cuando distinguió su semblante, la súbita emoción que me embargó fue demasiado fuerte. Me inundó la alegría de ver una vez más a un amigo, y a un amigo tan querido para mí. Mi naturaleza no pudo soportar tantas emociones, y buscó refugio en la insensibilidad.

Ya conocéis cuáles son mis deudas con la familia de Villa–Franca; pero lo que no sabéis es la magnitud de mi agradecimiento, que es ilimitado como la excelencia de mis benefactores. ¡Lorenzo! ¡Raimundo! ¡Qué nombres tan queridos para mí! Enseñadme a soportar con valor esta súbita transición de la miseria a la dicha. Hace muy poco tiempo, me hallaba agobiada por las cadenas, moribunda de hambre, hostigada por todos los rigores del frío y la necesidad, desterrada de la luz, excluida de la sociedad, desesperanzada, abandonada y, como temía, olvidada. Ahora, restituida a la vida y la libertad, dotada de todas las comodidades de la abundancia y el desahogo, rodeada de aquellos a quienes más quiero, y a punto de convertirme en la esposa del que

hace tanto tiempo es dueño de mi corazón, mi felicidad es tan intensa, tan completa, que apenas puede mi cerebro soportar su peso. Sólo me queda un deseo por ver cumplido: que mi hermano recupere su salud, y que el recuerdo de Antonia quede enterrado con ella en su tumba. Si se me concede esto, nada más desearé. Confío en que mis pasados sufrimientos hayan ganado el perdón de mi momentánea debilidad. Sé que he ofendido, que he ofendido grave y seriamente. Pero que no dude mi esposo, porque una vez conquistó mi virtud, de la corrección de mi conducta futura. He sido frágil y he caído en el error. Pero no he cedido a la liviandad de la carne. Raimundo, el afecto por vos es lo que me ha traicionado. Confié demasiado en mi fortaleza. Pero confiaba tanto en mi honor como en el vuestro. Había prometido no veros más. De no haber sido por las consecuencias de aquel instante de imprudencia, habría mantenido mi resolución. El destino quiso que fuese de otro modo, y no puedo por menos de alegrarme de su decreto. No obstante, mi conducta ha sido altamente censurable, y aunque trate de justificarme, me ruborizo al recordar mi desliz. Permitidme, pues, que deje ya este tema desagradable. Pero antes os aseguro, Raimundo, que no tendréis motivos para arrepentiros de nuestra unión, y que cuanto más culpables hayan sido los errores de vuestra amada, más regular será la conducta de vuestra esposa.

Aquí concluyó Inés, y el marqués replicó a sus palabras en términos igualmente sinceros y afectuosos. Lorenzo manifestó su satisfacción ante la perspectiva de emparentar tan estrechamente con un hombre por el que siempre había sentido la más alta estima. La bula del papa había dispensado efectivamente a Inés de sus vínculos religiosos; por consiguiente, el matrimonio se celebró tan pronto como se hicieron los necesarios preparativos, pues el marqués deseaba que la ceremonia se celebrase con todo el esplendor y publicidad posibles. Cumplida esta, y tras recibir la esposa los parabienes de todo Madrid, salió con su esposo hacia su castillo de Andalucía. Lorenzo les acompañó, así como la marquesa de Villa–Franca y su hermosa hija. No es necesario decir que Theodore formó parte de la comitiva, y que la alegría que le causó la boda de su amo fue indescriptible. Antes de la marcha, el marqués, para reparar en cierta medida su pasada negligencia, hizo indagaciones acerca de Elvira. Viendo que tanto ella como su hija habían recibido muchos servicios de Leonela y de Jacinta, mostró su respeto a la memoria de su cuñada haciendo a ambas mujeres valiosos presentes. Lorenzo siguió su ejemplo. Leonela se sintió sumamente halagada con las atenciones de nobles tan distinguidos, y Jacinta bendijo la hora en que su casa se pobló de apariciones.

Por su parte, Inés no dejó de recompensar a sus compañeras de convento. La valerosa madre Santa Úrsula, a quien debía su libertad, fue nombrada, a petición

de Inés, superiora de las Damas de la Caridad, una de las mejores y más opulentas sociedades de toda España. Berta y Cornelia, no queriendo abandonar a su amiga, fueron designadas para desempeñar cargos muy principales en el mismo establecimiento. En cuanto a las monjas que habían ayudado a la superiora en la persecución de Inés, Camila, retenida en la cama por su enfermedad, había perecido en las llamas que habían arrasado el convento de Santa Clara. Mariana, Alix y Violante, así como otras dos, habían caído víctimas de la furia popular. Las otras tres que en el convento habían defendido la sentencia de la superiora, fueron severamente reprendidas y desterradas a casas religiosas de oscuras y distantes provincias. Allí languidecieron en espacio de unos años, avergonzadas de su anterior debilidad, y evitadas por sus compañeras, que las miraron con aversión y desdén.

Tampoco se consintió que la fidelidad de Flora quedase sin recompensa. Consultados sus deseos, declaró que estaba impaciente por volver a visitar su tierra natal. Así que se le procuró un pasaje para Cuba, adonde llegó sin novedad, cargada de regalos de Raimundo y de Lorenzo.

Cumplidas las deudas de gratitud, Inés quedó en libertad para proseguir su plan favorito. Alojados en la misma casa, Lorenzo y Virginia estaban juntos constantemente. Cuanto más la veía él, más convencido estaba de sus méritos. Por su parte, ella se esforzaba en complacerle, lo que era imposible que no consiguiese. Lorenzo contemplaba con admiración su hermosa persona, sus elegantes modales, sus innumerables talentos y su dulce disposición. Igualmente, se sentía muy halagado al notar su predisposición en favor suyo, cosa que ella no tenía habilidad suficiente para ocultar. Sin embargo, los sentimientos de Lorenzo no participaban de ese carácter ardiente que había distinguido su afecto por Antonia. La imagen de la amable y desventurada joven aún vivía en su corazón, y neutralizaba todos los esfuerzos de Virginia por desplazarla. Sin embargo, cuando el duque propuso que se celebrase formalmente el matrimonio que él deseaba, el sobrino rechazó el ofrecimiento. Las insistentes súplicas de sus amigos y los méritos de la dama vencieron la repugnancia a entablar un nuevo compromiso. Hizo la proposición al marqués de Villa–Franca, y este le aceptó con alegría y gratitud. Virginia se convirtió en su esposa, y no le dio motivo para que se arrepintiese de la elección. Su estima por ella aumentó de día en día. Sus incesantes esfuerzos por complacerle no pudieron por menos de dar resultado. Su afecto adoptó colores más fuertes y cálidos. La imagen de Antonia se fue borrando gradualmente de su pecho; y Virginia se convirtió en la única dueña de su corazón, que bien merecía poseer de manera exclusiva.

El resto de sus vidas, Raimundo e Inés y Lorenzo y Virginia fueron tan felices como pueden serlo los mortales nacidos para el dolor y juguetes del desencanto. Los intensos sufrimientos que habían soportado les hicieron juzgar livianos los de la vida ordinaria. Habían sentido los dardos más afilados del carcaj de la

desventura; los restantes parecían embotados en comparación. Después de resistir las tormentas más rigurosas del destino, consideraron con serenidad sus terrores. Y si alguna vez sufrieron algún viento casual, les pareció tan suave como el céfiro que sopla blandamente sobre un mar de verano.

Capítulo V

—He was a fell despightfull Friend:
Hell holds none worse in baleful bower below;
By pride, and wit, and rage, and rancor keened;
Of Man alike, if good or bad the Foe.

THOMSON

El día siguiente a la muerte de Antonia, todo Madrid fue escenario de consternación y estupor. Un arquero que había presenciado la aventura del sepulcro había relatado indiscretamente las circunstancias del asesinato, y había contado también quién era el asesino. El alboroto que desencadenó esta noticia entre los creyentes fue sin igual. La mayoría no lo creyó, y fue en persona a la abadía para confirmar el hecho. Ansiosos por evitar la vergüenza a la que la mala conducta del superior exponía a toda la comunidad, los monjes aseguraron a los visitantes que Ambrosio no podía recibirles como siempre simplemente por enfermedad. Este recurso fue infructuoso. Al repetir día tras día la misma excusa, la historia del arquero fue adquiriendo verosimilitud poco a poco. Sus partidarios le abandonaron. Nadie abrigó ya dudas de que era culpable; y los que antes le habían alabado con más ardor eran ahora los que más vociferaban condenándole.

Mientras se discutía en Madrid con la mayor aspereza su inocencia o su culpa, Ambrosio era presa de los tormentos de su conciencia criminal y de los terrores del castigo que se cernían sobre él. Cuando pensaba en qué altura se encontraba hacía poco, y lo universalmente respetado y honrado que había sido, en paz con todo el mundo y consigo mismo, apenas podía creer que fuese efectivamente el culpable cuyos crímenes y destino le hacían estremecer. Pero habían transcurrido algunas semanas desde que fuera puro y virtuoso, respetado por los más sabios y nobles de Madrid y venerado por el pueblo con un fervor que rayaba la idolatría. Ahora, se encontraba manchado con los pecados más abominables y monstruosos, era objeto de universal execración, prisionero del Santo Oficio, y probablemente estaba condenado a perecer bajo las torturas más severas. No podía esperar engañar a los jueces. Las pruebas de su culpa eran demasiado sólidas. El hecho de hallarse en el sepulcro a hora tardía, su confusión al ser descubierto, la daga que en su primera alarma había confesado haber ocultado, y la sangre de Antonia que había salpicado su hábito, le señalaban

suficientemente como el asesino. Aguardaba con angustia el día del interrogatorio. No tenía nada que le consolase en su desdicha. La religión no podía inspirarle fortaleza. Si leía los libros de moral que habían puesto en sus manos, no veía en ellos otra cosa que la enormidad de sus delitos; si intentaba rezar, recordaba que no merecía la protección del Cielo, y juzgaba sus crímenes tan monstruosos, que anulaban incluso la infinita bondad de Dios. Pensaba que para cualquier otro pecador podía haber esperanza, pero que para él no había ninguna. Estremeciéndose ante su pasado, angustiado por el presente y asustado por el futuro; así pasó los pocos días previos al designado para su juicio.

Y llegó ese día. A las nueve de la mañana, se abrió la puerta de su celda y, entrando su carcelero, le ordenó que le siguiese. Le obedeció tembloroso. Fue conducido a un recinto espacioso, tapizado con paños negros. Ante la mesa había sentados tres hombres con expresión grave, también vestidos de negro. Uno de ellos era el Inquisidor General, a quien la importancia del caso había inducido a intervenir personalmente. En otra mesa más pequeña, a poca distancia, se hallaba sentado el secretario, provisto de todos los necesarios utensilios de escribir. Se le hizo seña a Ambrosio de que avanzase y tomase asiento en el extremo inferior de la mesa. Al mirar hacia abajo descubrió diversos instrumentos de hierro esparcidos por el suelo. Sus formas eran extrañas, pero su aprensión le hizo adivinar inmediatamente que se trataba de ingenios de tortura. Se puso pálido, y con mucha dificultad evitó caerse al suelo sin conocimiento.

Reinaba un profundo silencio, salvo cuando los inquisidores se susurraban misteriosamente algunas palabras. Transcurrió cerca de una hora, y a cada segundo los temores de Ambrosio se hacían más punzantes. Por último, una pequeña puerta, en el extremo opuesto a la entrada, chirrió pesadamente sobre sus goznes. Apareció un oficial, seguido inmediatamente de la hermosa Matilde. Los cabellos le caían en desorden. Tenía las mejillas pálidas y los ojos hundidos, y ojerosos. Dirigió una triste mirada a Ambrosio. Él le devolvió otra de aversión y reproche. La colocaron frente a él. Sonó tres veces una campanilla. Era la señal de apertura del juicio, y los inquisidores iniciaron su trabajo.

En estos juicios no se mencionan ni la acusación ni el nombre del acusado. A los acusados sólo se les pregunta si quieren confesar; si contestan que no tienen ningún crimen del que hacer confesión, son sometidos a tortura sin demora. Esto se repite a intervalos, tanto si los sospechosos se confiesan culpables como si se cansa y agota la perseverancia de los interrogadores. Pero sin un reconocimiento directo de su culpa, la Inquisición jamás pronuncia la sentencia final de sus prisioneros. En general, se permite que transcurra mucho tiempo antes de interrogarles. Pero el proceso de Ambrosio se había acelerado debido a un solemne Auto de Fe que iba a tener lugar a los pocos días, y en el cual los inquisidores pretendían incluir al culpable, dando así testimonio patente de su celo.

El abad no había sido acusado sólo de violación y homicidio: se le imputó además el crimen de brujería, así como a Matilde. A esta la habían detenido como cómplice del asesinato de Antonia. Al registrar su celda, se encontraron varios instrumentos y libros sospechosos que justificaban la acusación de que se le hacía objeto. Para incriminar al monje, se presentó el espejo brillante que Matilde había dejado accidentalmente en la habitación de él. Las extrañas figuras que tenía grabadas atrajeron la atención de don Ramírez, cuando registraron la celda del abad. Así que se lo llevó consigo. Se lo mostró al Inquisidor General, el cual, tras examinarlo un rato, cogió una pequeña crucecita de oro que colgaba de su cíngulo y la depositó sobre el espejo. Instantáneamente se oyó un gran ruido semejante al estallido de un trueno, y el acero se quebró en mil pedazos. Esta circunstancia confirmó la sospecha de que el monje practicaba la magia. Incluso se supuso que su anterior influencia sobre los espíritus de las gentes se debía atribuir enteramente a la brujería.

Decididos a hacerle confesar no sólo los crímenes que había cometido, sino también aquellos de los que era inocente, los inquisidores iniciaron su interrogatorio. Aunque tenía miedo a las torturas, y más aún a una muerte que le arrojaría a los tormentos eternos, el abad proclamó su pureza con voz firme y decidida. Matilde siguió su ejemplo, aunque habló asustada y temblorosa. Tras haberle exhortado en vano a que confesase, los inquisidores ordenaron que se le sometiese a tortura. La orden fue ejecutada inmediatamente, y Ambrosio sufrió los más violentos dolores que jamás haya inventado la humana crueldad; sin embargo, es tan espantosa la muerte cuando la acompaña la culpa que tuvo la suficiente entereza para persistir en su negativa. En consecuencia, redoblaron sus agonías, y no le dejaron hasta que, vencido por el exceso de dolor, el desmayo le rescató de las manos de sus atormentadores.

Se ordenó que se sometiera a tortura a Matilde. Pero aterrada ante la visión de los sufrimientos del fraile, se le desmoronó totalmente el valor. Cayó de rodillas, confesó su comunicación con los espíritus infernales, y que había presenciado el asesinato de Antonia a manos de Ambrosio. En cuanto al crimen de brujería, se declaró la única culpable, siendo Ambrosio perfectamente inocente. Esta última declaración no fue creída. El abad había recobrado el conocimiento a tiempo de oír la confesión de su cómplice. Pero estaba muy débil por lo que había soportado para ser capaz esta vez de resistir nuevos suplicios. Se le mandó de nuevo a su celda, aunque primero se le informó de que, tan pronto como recobrase la fuerza suficiente, debía prepararse para una segunda sesión. Los inquisidores esperaban encontrarle esta vez menos endurecido y obstinado. A Matilde se le anunció que debía expiar su crimen en la hoguera del próximo Auto de Fe. Todas sus lágrimas y súplicas no pudieron valer para que le fuese mitigada su sentencia, y la sacaron a la fuerza de la sala del tribunal.

De nuevo en el calabozo, los sufrimientos corporales de Ambrosio fueron

mucho más soportables que los de su espíritu. Sus miembros dislocados, sus uñas arrancadas de las manos y los pies, los dedos aplastados y rotos por la presión de los tornillos, eran sobrepasados con mucho por la angustia y la agitación de su alma y la vehemencia de sus terrores. Veía que, culpable o inocente, sus jueces estaban dispuestos a condenarle. Recordando lo que su negación le había costado, le aterraba la idea de que le sometiesen a suplicio otra vez, y casi se inclinaba a confesar sus crímenes. Pero pensó en las consecuencias de su confesión, y se sintió nuevamente indeciso. Su muerte, una muerte de lo más espantosa, sería inevitable: había escuchado la sentencia de Matilde, y no dudaba que le esperaba algo similar. Le estremeció la proximidad del Auto de Fe, la idea de morir en la hoguera, con lo que escaparía sólo de los tormentos transitorios para caer en otros más sutiles y duraderos. Con los ojos de la mente, contempló, aterrado, los espacios más allá de la tumba. No podía ocultársele cuán justamente debía temer la venganza del Cielo. En este laberinto de terrores, bien le habría gustado refugiarse en las tinieblas del ateísmo; bien le habría gustado negar la inmortalidad del alma y haberse convencido de que, una vez cerrados sus ojos, no volverían a abrirse más, aniquilándose al mismo tiempo el cuerpo y el alma. Pero incluso este recurso le estaba vedado; sus conocimientos eran demasiado amplios, y su entendimiento demasiado sólido y justo, para permitirle refugio en la falacia. No podía evitar sentir la existencia de Dios. Aquellas verdades que en otro tiempo fueron su consuelo, ahora se presentaban ante él con las luces más resplandecientes, pero sólo para arrastrarle a la locura. Destruían sus infundadas esperanzas de escapar al castigo; y disipados por el irresistible resplandor de la verdad y la convicción, los vapores engañosos de la filosofía se deshacían como un sueño.

Con una angustia casi demasiado grande para un cuerpo mortal, esperó la hora de que le sometieran a suplicio otra vez. Se dedicó a trazar utópicos planes para escapar del castigo presente y futuro. Del primero no era posible; del segundo, la desesperación le hacía olvidar el único camino. Mientras la razón le obligaba a reconocer la existencia de Dios, la conciencia le hacía dudar de lo infinito de su bondad. No creía que un pecador como él pudiera encontrar misericordia. Él no había sido arrastrado hacia el error: la ignorancia no le podía proporcionar ninguna excusa. Había visto el vicio en sus verdaderos colores. Antes de cometer aquellos crímenes, había medido escrupulosamente su peso; y no obstante, los había cometido.

—¿Perdón? —gritó, en un acceso de frenesí—. ¡Oh, no puede haber perdón para mí!

Convencido de esto, en vez de humillarse en penitencia, lamentar su culpa y dedicar las pocas horas que le quedaban a aplacar la ira del Cielo, se abandonaba a los transportes de una rabia desesperada. Sentía el castigo de sus crímenes; no el haberlos cometido. Y la angustia de su pecho se desahogaba en inútiles

suspiros, vanas lamentaciones, blasfemias y desesperación. Tan pronto como los escasos rayos de luz que penetraban entre los barrotes de su ventana desaparecían gradualmente, y en su lugar brillaba el pálido resplandor de la lámpara, sentía redoblarse sus terrores, y sus ideas se volvían más tenebrosas, más solemnes, más desalentadas. Le asustaba la llegada del sueño: no bien cerraba los ojos, cansados de llorar y de velar, comenzaban a surgir ante ellos espantosas visiones en las que su mente se había demorado durante el día. Se veía a sí mismo en regiones sulfurosas y ardientes cavernas, rodeado de demonios designados para atormentarle, los cuales le sometían a diversas torturas, cada una de ellas más espantosa que la anterior. En medio de estos horrendos escenarios, vagaban los espectros de Elvira y de su hija. Ambos le acusaban de sus muertes, contaban los crímenes de Ambrosio a los demonios, y les instaban a infligir tormentos de crueldad aún más refinada. Tales eran los cuadros que flotaban ante sus ojos en sueños, y no se desvanecían hasta que el descanso se rompía con los excesos del dolor. Entonces se levantaba del suelo en el que se había tendido, con la frente bañada de un sudor frío y los ojos desorbitados y frenéticos; y sólo lograba cambiar la terrible certidumbre por conjeturas apenas más soportables. Paseaba por el calabozo con pasos desordenados. Miraba con terror la oscuridad que le rodeaba, y gritaba a menudo:

—¡Oh, qué espantosa es la noche para el culpable!

Estaba en ciernes el día de su segundo interrogatorio. Le habían obligado a beber cordiales, cuyas virtudes estaban calculadas para restituir las fuerzas corporales y permitirle soportar más tiempo el suplicio. La víspera del temido día, los miedos por lo que iba a ocurrir mañana no le dejaron dormir. Sus terrores eran tan violentos que casi le anularon los poderes mentales. Permaneció sentado como un estúpido junto a la mesa en la que ardía lúgubremente la lámpara. La desesperación le tenía reducidas las facultades a la idiotez, y durante varias horas fue incapaz de hablar, de moverse, e incluso de pensar.

—¡Alzad los ojos, Ambrosio! —dijo una voz cuyo acento le era muy familiar.

El monje se sobresaltó, y alzó sus ojos melancólicos. Matilde estaba ante él. Se había quitado el hábito religioso. Ahora llevaba un vestido femenino, a la vez elegante y espléndido: una multitud de diamantes centelleaban en su atuendo, y tenía el cabello ceñido por una corona de rosas. En su mano derecha llevaba un libro pequeño. Una animada expresión de alegría resplandecía en su semblante. Pero incluso esta contenía una especie de imperiosa majestad que inspiró al monje gran temor, y reprimió en cierto modo sus transportes al verla.

—¿Vos aquí, Matilde? —exclamó al fin—. ¿Cómo habéis logrado entrar? ¿Dónde están vuestras cadenas? ¿Qué significa esta magnificencia, y el gozo que irradian vuestros ojos? ¿Se han ablandado vuestros jueces? ¿Hay alguna posibilidad de que escape yo? Contestadme, por compasión, y decidme qué debo

esperar o temer.

—¡Ambrosio! —respondió con aire de autoritaria dignidad—. He burlado la furia de la Inquisición. Soy libre: en unos momentos habré puesto reinos entre esa mazmorra y yo. Sin embargo, he comprado mi libertad a un alto precio; ¡a un precio espantoso! ¿Os atrevéis a pagar lo mismo, Ambrosio? ¿Os atrevéis a salvar sin temor los límites que separan a los hombres de los ángeles…? Calláis… Me miráis con ojos de alarma y de recelo. Leo vuestros pensamientos, y os confieso que son justos. Sí, Ambrosio: lo he sacrificado todo por la vida y la libertad. ¡Ya no soy una aspirante al Cielo! He renunciado al servicio de Dios; me he alistado bajo las banderas de sus enemigos. Ya no puedo volverme atrás. Sin embargo, aunque pudiese, no lo haría. ¡Oh, amigo mío, en medio de qué suplicios iba a expirar! ¡Morir entre maldiciones y execraciones! ¡Sufrir los insultos de una chusma enfurecida! ¡Verme expuesta a todas las mortificaciones de la vergüenza y de la infamia! ¿Quién puede pensar sin horror en semejante destino? Dejad entonces que me alegre de mi cambio. He vendido una felicidad incierta y lejana por otra segura y presente. He preservado una vida que de otro modo habría perdido en la tortura. ¡Y he conseguido el poder de procurarme todas las dichas que pueden hacer la vida deliciosa! Los espíritus infernales me obedecen como su soberana. Con su ayuda, pasaré mis días en todos los refinamientos del lujo y la voluptuosidad. Gozaré sin limitación de los placeres de los sentidos. Saciaré toda pasión hasta la plenitud, ¡y luego ordenaré a mis siervos que inventen otras nuevas que revivan y estimulen mis hastiados apetitos! Voy, impaciente, a ejercer mi recién ganado dominio. Anhelo encontrarme en libertad. Nada me detendría un instante más en este recinto abominable, sino la esperanza de convenceros para que sigáis mi ejemplo. Ambrosio, os amo todavía. Nuestra mutua culpa y peligro os han hecho aún más querido a mis ojos, y me alegraría muchísimo salvaros de vuestra inminente destrucción. Decidíos, pues, por vuestro bien, y renunciad, a cambio de unos beneficios inmediatos y ciertos, a las esperanzas de una salvación difícil de obtener, y quizá completamente errónea. Desechad los prejuicios de las almas vulgares. ¡Abandonad a Dios, que os ha abandonado, y elevaos al plano de los seres superiores!

Calló, esperando la respuesta del monje. Este se estremeció en el momento de hablar.

—¡Matilde! —dijo, tras un largo silencio, con voz baja e insegura—. ¿Qué precio habéis pagado por vuestra libertad?

Matilde contestó con firmeza e intrepidez:

—¡Ambrosio, he pagado mi alma!

—¡Desdichada, qué habéis hecho! ¡Dentro de pocos años, qué espantosos serán vuestros sufrimientos!

—¡Hombre débil, cuando pase esta noche, cuán espantosos serán los

vuestros! ¿Recordáis los que habéis soportado ya? Mañana deberéis sufrir tormentos doblemente intensos. ¿Recordáis los horrores de las llamas? ¡Pasado mañana seréis una víctima más de la hoguera! ¿Qué será entonces de vos? ¿Aún os atrevéis a esperar vuestro perdón? ¿Aún os dejáis seducir por esas falsas visiones de salvación? ¡Pensad en vuestros crímenes! ¡Pensad en vuestra lujuria, en vuestro perjurio, inhumanidad e hipocresía! ¡Pensad en la sangre inocente que clama venganza ante el trono de Dios; y luego, pensad en la esperanza que podéis esperar! ¡Soñáis con el Cielo, suspiráis por la luz y los reinos de paz y placer! ¡Absurdo! Abrid los ojos, Ambrosio, y sed prudente. Vuestro destino es el Infierno. ¡Estáis destinado a la condenación eterna! Nada os espera al otro lado de la tumba, sino un abismo de llamas devoradoras. ¿Acaso queréis ir cuanto antes a ese abismo? ¿Queréis estrechar esa perdición en vuestros brazos antes de lo necesario? ¿Queréis zambulliros en esas llamas, cuando tenéis posibilidad de evitarlas todavía? Eso es una locura. No, no, Ambrosio. Dejaos aconsejar por mí. Comprad, con un instante de valor, la dicha de unos años. Gozad del presente, y olvidad lo que el futuro arrastra detrás.

—Matilde, vuestros consejos son peligrosos: no me atrevo, no quiero seguirlos. No puedo renunciar a mi derecho a la salvación. Mis crímenes son monstruosos. Pero Dios es misericordioso; así que no quiero desesperar del perdón.

—¿Esa es vuestra decisión? Entonces no tengo nada más que decir. Corro al goce y la libertad, y os dejo a la muerte y los tormentos eternos.

—¡Aguardad un instante, Matilde! Vos mandáis a los demonios infernales; podéis obligarlos a abrir estas puertas. Podéis salvarme de estas cadenas que me agobian. ¡Salvadme, os lo suplico, y alejadme de esta morada abominable!

—Me pedís la única merced que mi poder no puede conceder. Me está prohibido ayudar a un religioso y partidario de Dios: renunciad a esos títulos, y ordenadme.

—No quiero entregar mi alma a la perdición.

—Persistís en vuestra obstinación; será hasta que os encontréis en la hoguera; entonces os arrepentiréis de vuestro error, y desearéis escapar cuando no tenga remedio. Os dejo… Sin embargo, antes de que llegue la hora de la muerte, la prudencia debería iluminaros, escuchad cómo podéis reparar esta falta presente. Os dejo este libro. Leed las cuatro primeras líneas a partir de la séptima página. El espíritu que habéis visto ya una vez se presentará inmediatamente ante vos. Si sois prudente, nos veremos de nuevo. Si no, ¡adiós para siempre!

Dejó caer el libro en el suelo. Una nube de fuego azul se enroscó alrededor de ella. Alzó la mano para despedirse de Ambrosio, y desapareció. Al disiparse súbitamente el momentáneo resplandor que las llamas difundieron en la mazmorra, pareció aumentar su natural oscuridad. La lámpara solitaria apenas daba luz suficiente para guiar al monje a una silla. Se dejó caer en su asiento,

cruzó los brazos, y apoyando la cabeza sobre la mesa, se sumió en perplejas e inconexas reflexiones.

Aún se encontraba en esta actitud cuando se abrió la puerta sacándole de su estupor. Le llamaban a comparecer ante el Inquisidor General. Se levantó, y siguió a su carcelero con pasos doloridos. Le condujeron a la misma sala, le colocaron ante los mismos interrogadores, y le fue preguntado de nuevo si deseaba confesar. Contestó como la vez anterior, que no teniendo ningún crimen, no podía reconocer ninguno. Pero cuando los verdugos se disponían a someterle a suplicio, y recordó los que ya le habían infligido, su entereza flaqueó por completo. Olvidando las consecuencias, y deseoso sólo de escapar a los terrores del momento presente, hizo una amplia confesión. Reveló todas las circunstancias de su culpa y reconoció no sólo los crímenes que se le imputaban, sino aquellos de los que nunca se llegó a sospechar. Al interrogársele sobre la huida de Matilde, que había creado gran confusión, confesó que se había vendido a Satanás, y que su fuga se debía a un acto de brujería. Incluso aseguró a sus jueces que por su parte jamás había entrado en pactos con los espíritus infernales. Pero la amenaza de ser torturado le hizo declararse brujo y hereje, y cualquier otro título que los inquisidores quisieran atribuirle. Como resultado de esta confesión, su sentencia fue dictada inmediatamente. Se le ordenó que se preparase para morir en el Auto de Fe, el cual se celebraría a las doce de la noche. Se había elegido esta hora con idea de que el horror de las llamas, aumentado por la oscuridad de la noche, produjera un mayor efecto en el espíritu de la gente.

Dejaron a Ambrosio solo, más muerto que vivo, en su calabozo. El instante en que pronunciaron esta terrible sentencia estuvo a punto de resultar el de su disolución. Pensó en el día siguiente con desesperación, y sus terrores aumentaron a medida que se acercaba la medianoche. Unas veces se sumía en tenebroso silencio, otras, llevado de una pasión delirante, se retorcía las manos y maldecía la hora en que vio la luz por primera vez. En uno de esos momentos, sus ojos cayeron sobre el misterioso regalo de Matilde. Instantáneamente se le cortaron los arrebatos de furor. Se quedó mirando el libro fijamente. Lo cogió, pero inmediatamente lo arrojó lejos de sí con horror. Se puso a pasear nervioso por el calabozo; luego se detuvo, y clavó la mirada en el lugar donde había ido a parar el libro. Pensó que aquí, al menos, habría un remedio para el destino que tanto le asustaba. Se inclinó y lo cogió por segunda vez. Durante un rato permaneció indeciso y tembloroso: deseaba fervientemente probar el encantamiento, aunque temía sus consecuencias. El recuerdo de su sentencia le hizo vencer al fin su indecisión. Abrió el volumen; pero su agitación era tan grande que al principio buscó inútilmente la página que Matilde le había dicho. Avergonzado de sí mismo, apeló a todo el valor que le quedaba. Abrió por la página séptima. Empezó a leer en voz alta. Pero sus ojos se apartaban de cuando en cuando del libro y buscaban en torno suyo al espíritu que deseaba aunque

temía ver. No obstante, persistió en su propósito; y con voz insegura y repetidas interrupciones, consiguió terminar las cuatro primeras líneas de la página.

Estaban en una lengua cuyo conocimiento le era totalmente ajeno. Apenas hubo pronunciado la última palabra, cuando los efectos del encantamiento se hicieron evidentes. Se oyó un sonoro estallido. La prisión se estremeció hasta sus cimientos. Un relámpago inundó de luz la celda; y un instante después, envuelto en un remolino sulfúreo, se apareció Lucifer ante él por segunda vez. Pero no fue igual que cuando lo invocó Matilde. En aquella ocasión, había adoptado la forma seráfica para engañar a Ambrosio. Ahora surgió con toda la fealdad que le correspondía desde su caída del cielo: sus miembros abrasados mostraban aún la huella de la fulminación del Todopoderoso; una oscuridad chamuscada se extendía por todo su cuerpo gigantesco; sus manos y sus pies estaban armados de largas garras; la furia relampagueaba en sus ojos, capaces de paralizar el corazón más esforzado; sobre sus hombros se cimbreaban dos enormes alas negras, y en lugar de cabellos tenía serpientes vivas que se retorcían alrededor de su frente emitiendo silbidos espantosos. En una mano llevaba un pergamino y en la otra una pluma de hierro. El relámpago seguía destellando a su alrededor, y el trueno, con repetidos estallidos, parecía anunciar la disolución de la naturaleza.

Aterrado ante esta aparición tan distinta de la que había esperado, Ambrosio se quedó mirando al Demonio, incapaz de proferir una palabra. Cesó el trueno: un silencio universal reinaba en la mazmorra.

—¿Para qué soy invocado aquí? —dijo el Demonio, con una voz que las brumas sulfurosas habían empañado hasta la ronquera.

La naturaleza se estremeció ante esas palabras: un violento terremoto sacudió el suelo, acompañado de nuevos estallidos del trueno, más fuertes y ensordecedores que el primero.

Ambrosio estuvo un rato sin poder responder a la pregunta del Demonio.

—Estoy condenado a morir —dijo al fin, con voz desfallecida y sin sangre en las venas, mientras miraba a su espantoso visitante—. ¡Sálvame! ¡Llévame de aquí!

—¿Se me pagarán mis servicios? ¿Te atreves a abrazar mi causa? ¿Serás mío en cuerpo y alma? ¿Estás dispuesto a renunciar a Aquel que te ha hecho, a Aquel que murió por ti? Contesta sólo «sí», y Lucifer será tu esclavo.

—¿No te contentarás con un precio menos alto? ¿No puede satisfacerte nada sino mi eterna ruina? Espíritu, pides demasiado. Pero llévame de este calabozo: sé mi siervo por una hora, y seré tuyo durante mil años. ¿No te basta esta oferta?

—No. Debes entregarme tu alma: debe ser mía, mía para siempre.

—Demonio insaciable, no quiero condenarme a los tormentos eternos. No quiero renunciar a mis esperanzas de ser perdonado algún día.

—¿No quieres? ¿En qué quimera cifras tus esperanzas? ¡Miope mortal! ¡Miserable desdichado! ¿No eres culpable? ¿No eres infame a los ojos de los

hombres y de los ángeles? ¿Acaso pueden ser perdonados tus enormes pecados? ¿Esperas escapar a mi poder? Tu destino está ya sentenciado. El Eterno te ha abandonado. ¡Para mí estás señalado en el libro del destino, y mío debes y tienes que ser!

—¡Espíritu infernal, eso es falso! La misericordia del Todopoderoso es infinita, y el penitente puede alcanzar su perdón. Mis crímenes son monstruosos, pero no renunciaré a su clemencia. Quizá, cuando hayan recibido la debida penitencia…

—¿Penitencia? ¿Pretendes ir al Purgatorio con unos crímenes como los tuyos? ¿Esperas que se te perdonen tus ofensas con oraciones de beatas supersticiosas y monjes perezosos? ¡Ambrosio, sé sensato! Serás mío: estás condenado a las llamas, aunque puedes evitarlas de momento. Firma este pergamino. Te sacaré de aquí, y podrás pasar el resto de tu vida en la dicha y la libertad. Disfruta de tu existencia; saborea todos los placeres a los que te inclina el apetito. Pero desde el momento en que abandones tu cuerpo, recuerda que tu alma me pertenecerá, y que no dejaré de reclamar mis derechos.

El monje guardó silencio. Pero sus miradas manifestaban que las palabras del Tentador no habían caído en vacío. Pensaba con horror en las condiciones que le proponía. Por otro lado, se creía condenado ya, y que, al rechazar la ayuda del Demonio, no hacía más que acelerar las torturas de las que jamás escaparía. El Enemigo vio que su firmeza flaqueaba. Renovó sus insistencias, y trató de sorprender la indecisión del abad. Le describió las agonías de la muerte con los más terribles colores, y excitó tan poderosamente la desesperación y los terrores de Ambrosio que le persuadió para que aceptase el pergamino. Luego clavó la pluma de hierro en una vena de la mano izquierda del monje. Le penetró profundamente, y se llenó instantáneamente de sangre. Sin embargo, Ambrosio no sintió dolor alguno en la herida. Le puso la pluma en su mano temblorosa. El desdichado colocó el pergamino sobre la mesa que tenía ante sí, y se dispuso a firmarlo. De repente, contuvo la mano; se echó atrás, y arrojó la pluma sobre la mesa.

—¿Qué estoy haciendo? —exclamó. Luego, volviéndose al Demonio con gesto desesperado—. ¡Déjame! ¡Vete! No quiero firmar el pergamino.

—¡Necio! —exclamó el Demonio decepcionado, lanzándole una mirada furiosa que traspasó de horror al fraile—. ¿Así te burlas de mí? ¡Quédate, entonces! ¡Húndete en la agonía, expira entre torturas, y luego, comprueba el alcance de la misericordia divina! ¡Pero ten cuidado de no hacerme otra vez objeto de tus burlas! ¡No me vuelvas a llamar hasta que hayas resuelto aceptar mis ofrecimientos! ¡Invócame para echarme en balde, y estas garras te destrozarán en mil pedazos! Habla, ¿vas a firmar el pergamino?

—¡No! ¡Déjame! ¡Fuera!

Instantáneamente se oyó el estampido espantoso del trueno. Una vez más, se

estremeció la tierra con violencia. La mazmorra se pobló de horrísonos alaridos, y el Demonio huyó entre blasfemias y maldiciones.

Al principio, el monje se alegró de haber resistido a las artes del Seductor, y de haber obtenido un triunfo sobre el Enemigo de la humanidad. Pero a medida que la hora del castigo se acercaba, los terrores comenzaron a revivir en su corazón. Su momentáneo descanso pareció conferirles renovado vigor. Cuanto más se acercaba la hora, más miedo tenía de presentarse ante el trono de Dios. Se estremeció al pensar en lo pronto que se sumergiría en la eternidad, en lo pronto que se hallaría ante los ojos del Creador, a quien tan gravemente había ofendido. La campana anunció la medianoche: ¡era la señal para conducirle a la hoguera! Al oír el primer tañido, la sangre dejó de circular en las venas del abad: en cada ruido oyó murmurar a la muerte y la tortura. Esperaba ver entrar en la prisión a los arqueros; y cuando la campana cesó, cogió el libro mágico en un arrebato de desesperación. Lo abrió, buscó atropelladamente la séptima página, y como si temiese concederse un solo pensamiento, leyó a toda prisa las líneas fatales. Acompañado de sus anteriores terrores, Lucifer se apareció de nuevo ante el condenado.

—Me has llamado —dijo el Demonio—. ¿Estás dispuesto a mostrar más sensatez? ¿Quieres aceptar mis condiciones? Ya las conoces. Renuncia a tus pretensiones de salvación, entrégame tu alma, y yo te alejaré al instante de este calabozo. Aún es tiempo. Decídete, antes de que sea demasiado tarde. ¿Quieres firmar el pergamino?

—¡Debo firmarlo…! ¡El destino me obliga…! Acepto tus condiciones.

—¡Firma el pergamino! —instó el Demonio en tono exultante.

El contrato y la pluma ensangrentada aún estaban sobre la mesa. Ambrosio se acercó. Se dispuso a estampar su nombre. Un instante de reflexión le hizo vacilar.

—¿Oyes? —gritó el Tentador—. ¡Ya vienen! ¡Rápido! Firma el pergamino, y te sacaré de aquí en este instante.

En efecto, se oía aproximarse a los arqueros que debían conducir a Ambrosio a la hoguera. El rumor de pasos animó al monje en su resolución.

—¿Qué dice ese escrito? —preguntó.

—Que tu alma será mía para siempre, y sin reserva.

—¿Qué voy a recibir yo a cambio?

—Mi protección, y la liberación de esta mazmorra. Fírmalo, y al instante te sacaré.

Ambrosio cogió la pluma. La puso sobre el pergamino.

Nuevamente le flaqueó el valor. Sintió una punzada de terror en el corazón, y una vez más arrojó la pluma sobre la mesa.

—¡Pusilánime y pueril! —exclamó el Demonio exasperado—. ¡Desecha esa insensatez! ¡Firma el escrito al instante, o sucumbirás a mi furor!

En ese momento se descorrió el cerrojo de la puerta. El prisionero oyó el ruido de cadenas. Cayó la pesada barra. Los arqueros estaban a punto de entrar. Enloquecido ante la proximidad de la muerte, aterrado por las amenazas del Demonio, y no viendo otro medio de escapar a la destrucción, el desdichado monje obedeció. Firmó el contrato fatal y lo puso apresuradamente en manos del Espíritu Infernal, cuyos ojos, al recibir tal regalo, centellearon con malévola alegría.

—¡Tómalo! —dijo el desertor de Dios—. ¡Ahora sálvame! ¡Aléjame de aquí!

—¡Un momento! ¿Renuncias libre y absolutamente a tu Creador y a su Hijo?

—¡Renuncio! ¡Renuncio!

—¿Me entregas tu alma para siempre?

—¡Para siempre!

—¿Sin reserva ni subterfugio? ¿Sin apelar en el futuro a la misericordia divina?

Se oyó caer la última cadena de la prisión. La llave giró en la cerradura. Los goznes herrumbrosos empezaron a chirriar pesadamente.

—¡Soy tuyo para siempre y de manera irrevocable! —exclamó el monje, loco de terror—. ¡Renuncio a todo derecho de salvación! ¡No reconozco otro poder que el tuyo! ¡Escucha! ¡Escucha! ¡Ya vienen! ¡Oh! ¡Sálvame! ¡Sácame de aquí!

—¡He triunfado! Eres mío sin remisión, así que cumpliré mi promesa.

Mientras hablaba, se abrió la puerta. Instantáneamente el Demonio agarró uno de los brazos de Ambrosio, extendió sus anchas alas y se elevó con él en el aire. Se abrió el techo mientras ascendían, y volvió a cerrarse cuando hubieron abandonado la mazmorra.

Entretanto, el carcelero se quedó estupefacto ante la desaparición del prisionero. Aunque ni él ni los arqueros tuvieron tiempo de presenciar la desaparición del monje, el olor a azufre que reinaba en la prisión delató suficientemente de qué medio se había valido para liberarse. Corrieron a informar al Inquisidor General. La historia de cómo el Demonio se había llevado a un hechicero corrió en seguida por todo Madrid; y durante algunos días, en la ciudad entera no se discutió de otra cosa. Gradualmente, fue dejando de ser tema de conversación. Otras aventuras surgieron, cuya novedad atrajo la atención general; y Ambrosio no tardó en caer en el olvido tan completamente como si jamás hubiese existido. Mientras esto ocurría, el monje, llevado por su guía infernal, cruzó los aires con la rapidez de una flecha, y unos instantes después se hallaba en el borde de un precipicio, el más profundo y escarpado de Sierra Morena.

Aunque rescatado de la Inquisición, Ambrosio no sentía aún la dicha de la libertad. El condenatorio contrato agobiaba pesadamente su espíritu; y las

escenas en las que había sido él el principal actor habían impreso en su alma tales huellas que en su corazón no reinaba sino la anarquía y la confusión. Los objetos que ahora tenía ante sus ojos, y que la luna que ahora navegaba entre nubes permitía contemplar, no eran para inspirarle esa serenidad que tanto necesitaba. El trastorno de su imaginación aumentó ante la desolación del escenario que le rodeaba: tenebrosas cavernas, empinados peñascos que se alzaban unos encima de otros y desgarraban las nubes pasajeras; arboledas solitarias y aisladas, entre cuyas ramas retorcidas gemía ronco y lastimero el viento de la noche; el chillido estridente de las águilas de la montaña que hacían sus nidos en estos desiertos solitarios; el rugido ensordecedor de los torrentes, hinchados por las lluvias recientes, que se precipitaban impetuosas por los tremendos precipicios; y las negras aguas de un río silencioso que reflejaba débilmente el resplandor de la luna y bañaba el pie del peñasco sobre el que se encontraba Ambrosio. El abad paseó en torno suyo una mirada de terror. Su guía infernal estaba aún a su lado, y le contemplaba con una expresión que era mezcla de malicia, exultación y desprecio.

—¿Adónde me has traído? —dijo el monje al fin, con voz profunda y temblorosa—. ¿Por qué me has puesto en este escenario melancólico? ¡Sácame de aquí rápidamente! ¡Llévame con Matilde!

El Diablo no contestó, sino que siguió mirándole en silencio. Ambrosio no pudo sostener su mirada. Apartó los ojos, al tiempo que decía el Demonio:

—¡Así que tengo en mi poder a este modelo de piedad! ¡A este ser irreprochable! ¡A este mortal que colocaba sus mezquinas virtudes a la altura de los ángeles! ¡Es mío! ¡Irrevocable, eternamente mío! ¡Es compañero de mis sufrimientos! ¡Moradores del Infierno, cuánto agradeceréis mi regalo!

Calló. Luego se dirigió al monje:

—¿Llevarte con Matilde? —prosiguió, repitiendo las palabras de Ambrosio—. ¡Desdichado! ¡Pronto estarás con ella! Te mereces un lugar junto a ella, pues el infierno puede jactarse de albergar malvados más culpables que tú. ¡Escucha, Ambrosio; te voy a revelar tus crímenes! Has derramado la sangre de dos inocentes: ¡Antonia y Elvira han perecido a manos tuyas! ¡Antonia, a la que has violado, era tu hermana! ¡Elvira, a la que has asesinado, te dio el ser! ¡Tiembla, hipócrita depravado! ¡Parricida inhumano! ¡Violador incestuoso! ¡Tiembla ante la magnitud de tus delitos! ¡Y eras tú quien se consideraba exento de toda tentación, libre de las humanas debilidades, y lejos del error y del vicio! ¿Es acaso el orgullo una virtud? ¿No es la crueldad un pecado? ¡Sabe, hombre vanidoso, que hacía tiempo que te tenía señalado como mi presa: vigilé los movimientos de tu corazón; vi que eras virtuoso por vanidad, no por principios, y aproveché el momento oportuno de seducción! Observé tu ciega idolatría del retrato de la Virgen. Ordené a un espíritu subordinado y hábil que adoptase una forma similar, y ansiosamente te rendiste a los halagos de Matilde. Tu orgullo se

sintió satisfecho ante su adulación; tu lujuria sólo necesitó la ocasión para manifestarse: corriste a la trampa ciegamente, y no tuviste escrúpulos en cometer un crimen que censuraste a otros con despiadada severidad. Fui yo quien puso a Matilde en tu camino; yo quien te abrió paso al aposento de Antonia, yo quien hizo que llegara a tu mano la daga que se hundió en el pecho de tu hermana, y yo quien advirtió a Elvira en sueños de tus designios sobre su hija, para así, evitando que te beneficiaras de su sueño, obligarte a añadir el rapto y el incesto a la lista de tus crímenes. ¡Escucha, Ambrosio, escucha! De haber resistido un minuto más, habrías salvado tu cuerpo y tu alma. Los guardias a los que oíste en la puerta de tu prisión iban a traerte el perdón. Pero he triunfado: mis planes han dado resultado. Tan pronto como te proponía un nuevo crimen, lo ejecutabas. Eres mío, y el mismo Cielo no podrá rescatarte de mi poder. No esperes que tu penitencia anule nuestro contrato. Aquí está tu compromiso firmado con tu sangre. Has renunciado a la misericordia, y nada puede restituirte los derechos a los que insensatamente has renunciado. ¿Crees que se me escapan tus más recónditos pensamientos? ¡No, no, los puedo leer todos! Tú confiabas en que aún tendrías tiempo de arrepentirte. Vi tu artificio, supe tu falsedad, ¡y me alegré de engañar al impostor! Eres mío sin remisión: ardo en deseos de poseer mis derechos, y no saldrás vivo de estas montañas.

Durante el discurso del Demonio, Ambrosio había permanecido estupefacto de terror y sorpresa. Esta última declaración le hizo volver en sí.

—¿No saldré vivo de estas montañas? —exclamó—. ¡Pérfido!, ¿qué quieres decir? ¿Has olvidado nuestro contrato?

El Diablo contestó con una malévola carcajada:

—¿Nuestro contrato? ¿No he cumplido mi parte? ¿Qué otra cosa prometí, aparte de sacarte de la prisión? ¿Y no lo he hecho? ¿No estás a salvo de la Inquisición… a salvo de todos menos de mí? ¡Qué insensato fuiste al fiarte del Diablo! ¿Por qué no estipulaste que querías la vida, y el poder, y el placer? Yo te lo habría concedido. Ahora, tus reflexiones llegan demasiado tarde. Miserable, prepárate para morir; ¡no te quedan muchas horas de vida!

Al oír esta sentencia, ¡qué espantosos fueron los sentimientos del pobre desdichado! Cayó de rodillas y alzó las manos hacia el cielo. El Diablo leyó su intención, y se la impidió.

—¡Cómo! —gritó, lanzándole una mirada furiosa—. ¿Te atreves todavía a implorar la eterna misericordia? ¿Pretendes fingir otra vez penitencia y representar un papel hipócrita? ¡Villano, renuncia a tus esperanzas de perdón! ¡Así me aseguro mi presa!

Diciendo esto, clavó sus garras en la afeitada coronilla del monje, y alzó el vuelo con él. Las cavernas y las montañas resonaban con los gritos de Ambrosio. El Demonio siguió elevándose hasta que alcanzó una altura enorme; entonces, soltó a su víctima. El monje cayó de cabeza en el aéreo vacío. Le recibió el

afilado pico de una roca, y siguió rodando de precipicio en precipicio hasta que, magullado y desfigurado, fue a parar a la orilla de un río. Aún había vida en su cuerpo miserable. Trató en vano de levantarse; sus miembros rotos y dislocados se negaron a responder, y no fue capaz de alejarse del lugar donde había caído. El sol se alzaba ahora por encima del horizonte. Sus rayos abrasadores dieron de lleno en la cabeza del agonizante pecador. Miles de insectos salieron atraídos por el calor, y bebieron la sangre que goteaba de sus heridas. Ambrosio no tuvo fuerza para ahuyentarlos; los vio agarrarse a sus llagas, clavar sus aguijones en su carne, cubrir en enjambre la superficie de su cuerpo e infligirle las torturas más intensas e insoportables. Las águilas de las rocas le arrancaron jirones de carne y le sacaron los ojos con sus picos retorcidos. Una sed insoportable le abrasaba. Oía el murmullo del río junto a él pero en vano luchaba por arrastrarse hacia la orilla. Ciego, mutilado, desamparado y desesperado, desahogando su rabia con blasfemias y maldiciones, execrando su existencia, aunque aterrado ante la llegada de la muerte que le sumiría en suplicios aún mayores, el villano estuvo agonizando seis días. Al séptimo, se desencadenó una violenta tormenta. Los vientos desgarraron furiosos las rocas y los bosques. El cielo estaba unas veces negro de nubarrones, y otras era rasgado por el fuego. La lluvia caía torrencialmente. El río se desbordó. Las aguas barrieron las riberas, por encima del lugar donde yacía Ambrosio; y cuando se retiraron, arrastraron con ellas hacia el río el cadáver del monje desesperado.

FIN DE «EL MONJE»